

N. S. Luna



TE HACEN
FALTA
MIS
pesos

Prólogo

Máximo

Habían pasado dos años. Si.

No dos meses como habíamos dicho, no.

Se habían cumplido veinticuatro meses desde que la había visto por última vez, *en persona*. Y hago esta aclaración, porque desde nuestra separación, me había hecho un usuario de YouTube para seguirla, y ver cada uno de sus videos, apenas los subía. Alguna chica que había conocido en ese tiempo, había llegado a decirme que era una obsesión poco sana, o que me había vuelto uno más de sus fans, pero no me importaba.

No me perdía ninguno.

Pensar que antes me resultaba una tortura soportar los diez minutos que duraban, para la investigación que hacía antes de un artículo. Y ahora estaba allí, a algunos metros de distancia, en aquella fiesta de la editorial para la que ambos trabajábamos, y no podía estarme quieto.

Ella había lanzado un nuevo libro, que por supuesto ya había leído.

Era sobre su lucha contra la depresión y las enfermedades que había acarreado su desequilibrio alimenticio. Finalmente había tomado mi consejo, se había animado a enfrentarse a sus miedos y lo había logrado.

Estaba tan orgulloso de ella. Era una de las cosas más bonitas que había leído. Tan espontáneo, fresco, íntimo... tan sentido. Tan Delfina.

Me había agregado a las palabras de dedicatoria de una manera fría e impersonal, pero ey, al menos me había recordado. Una frase descolorida sin más.

¿Esa era la misma Delfina que había confiado en mí, a quien había elegido como amante, por primera vez? ¿La misma que tiempo atrás se había derretido entre mis brazos, diciendo mi nombre?

Parecía mentira que esa era la misma que ahora sonreía en medio del salón para todos.

Otra vez mostrando a Fini, el personaje. -- pensé.

Había hecho unos pasos, la tenía más cerca.

Mierda, hasta podía sentir el aire cambiando alrededor. Su aroma siempre dulce, su cabello rosado. Se me secó la boca.

Entonces volteó, y me miró.

Todas las fachadas se habían caído. Por un segundo, tal vez menos, mientras nos mirábamos a los ojos, volvimos en el tiempo, como si no hubiera pasado ni una sola hora. Y éramos los mismos.

Los que se conocían. Los miedos, las inseguridades, los sueños, todo. Éramos esos que se habían llegado a conocer como a nadie.

Los mismos que se habían entregado sin reservas.

Había comenzado a sonreírle. Mi boca empezaba a formar un "hola", que esperaba dijera todo lo que quería y no podía decirle. Pero la llamaron para tomarle fotos, y el hechizo se rompió.

Ella parpadeó, dándome la espalda, todavía perturbada, y yo la vi irse una vez más.

Me tocaron el brazo.

---Amor, tu agente quiere que conozcas a unas personas de un programa de cable. Es para una entrevista. -- dijo mi prometida Olivia, con una de sus sonrisas radiantes. Su cabello rubio y lacio, brillaba. Esa noche se había puesto preciosa para la ocasión.

Asentí, dándole un beso en agradecimiento, y la seguí a donde señalaba, todavía distraído, mirando cada tanto hacia atrás... buscando a la que aun después de tanto tiempo, y a pesar de todo, seguía siendo la dueña de mi corazón.

Sinopsis

Delfina por fin publica una autobiografía y su carrera como youtuber despegua de manera inesperada, abriendo nuevos horizontes que la harán crecer.

Máximo se enfrenta por primera vez a la fama y al reconocimiento de primera mano al publicarse el libro sobre su padre.

Pasaron dos años. Dos años desde la última vez que se vieron, y dos años desde que su relación terminó.

¿Volverían a verse? ¿Cómo sería ese encuentro? ¿Qué cosas habrán quedado sin decirse? ¿Serían los mismos después de tanto tiempo? ¿Habrán superado lo que sentían por el otro?

Malos entendidos en el pasado y Delfina que no quiere volver a cruzárselo ni por casualidad.

Y Máximo...

Bueno, ahí está el detalle.

Máximo no puede sacársela de la cabeza.

Capítulo 1

Delfina

Era él.

Después de tanto tiempo, era él, y lo tenía a pocas personas de distancia. No podía creerlo.

Tanto ensayar mi reacción durante esos dos años, por si tenía que volver a encontrármelo, y justo cuando creía que ya había podido superar esa etapa de mi vida, se aparece así y me sonrío de la misma manera en que solía hacerlo.

Sacudí la cabeza.

Ahora no era el momento, estaba trabajando. Ya podría torturarme luego, cuando nadie pudiera verme.

---Fini, cuando digas unas palabras, la prensa quiere hacer algunas preguntas. -- dijo Vero, mi nueva representante.

Después de algunos problemas había dejado de trabajar con Paul, y ahora era ella la que se encargaba de llevar mi agenda. De la misma agencia todavía, hacía tiempo que veía mis videos, y tengo que decirlo, el cambio se notaba para bien.

La chica era un diez. Comprendía al instante lo que quería, y muchas veces hasta nos conectábamos con una mirada. Llevábamos año y medio juntas, y nos habíamos hecho buenas amigas.

Bajita, de cabello rojizo y curvas generosas, Verónica, era la mejor agente que podría haber pedido.

---Gracias, Vero. -- le dije con una sonrisa. ---Después espero que me quede tiempo para ver a mi familia, que quiere felicitarme. -- me estiré, buscándolos.

---Tienen el mejor lugar en la sala, no te preocupes. -- dijo mirando algo en su móvil. ---Vas a tener el resto de la noche para vos.

Asentí viéndola partir mientras hablaba por su celular, ocupadísima como siempre.

Sin querer, mis ojos se habían perdido nuevamente entre la multitud. Lo estaba buscando.

Miraba entre la gente, queriendo encontrar esa cabellera castaña sedosa que seguía peinando hacia arriba, como un jopo. *Qué guapo estaba...*

Pero nada.

Se había esfumado.

Vamos, Fini. Mejor si ya no lo ves. -- me dije. Hablar en público sabiendo que él estaba ahí para escucharme, me ponía más nerviosa de lo que quería admitir.

Había sido difícil no coincidir en todo este tiempo.

Después de todo pertenecíamos a la misma editorial, y por lo que sabía, hasta tenía contrato con mi agencia, pero de algún modo lo había logrado.

Tras su viaje a Europa, Paul me había organizado una pequeña gira para que recorriera los sitios que me habían quedado sin visitar en la anterior, y yo encantada, me había perdido otro mes y medio más entre promoción y promoción.

Le había seguido el rastro, eso no les quepa la menor duda.

Revisaba cada tanto sus redes sociales para ver qué estaba haciendo, y dónde estaba. Alegrándome al ver el salto que había dado su carrera con la publicación de su libro. Ahora era un autor conocido, y aunque algunos medios lo seguían relacionando con la relación que había tenido conmigo, otros más serios apreciaban su obra como lo que era. Un precioso homenaje a su padre.

Me había enterado de que ahora tenía una columna de opinión en el diario para el que llevaba colaborando tantos años, y ya no solo se lo podía leer de manera digital.

Ahora era un nombre que tenía peso en el mundo de los medios. Sabía que tenía que estar feliz. Yo lo estaba por él.

Más de una vez, me había tenido que contener de escribirle un mensaje para felicitarlo, y me había costado. Pero estaba segura de que si lo hacía, ya después no podría decirle que no a nada. Y me vería a mí misma cayendo nuevamente a sus pies sin remedio.

Una de sus sonrisas torcidas y ya.

Había sido una suerte, un milagro no haberlo visto hasta entonces en persona.

Aun me afectaba.

Eso era algo que no necesitaba preguntármelo.

Hacía unos meses me había topado con una foto en su Instagram, donde abrazaba íntimamente a una chica tan alta como él y por poco me había deshidratado de tanto llorar.

Esa tarde me había enojado. Muchísimo, pero conmigo misma. ¿Qué hacía yo poniéndome mal por él? ¿No había sido yo la que había querido poner punto final a nuestra historia? Era obvio que Máximo reharía su vida.

Que se enamoraría y se pondría de novio.

Hacían tan linda pareja... -- había pensado con amargura, recordando cómo nos veíamos nosotros en las portadas de las viejas revistas. "El día y la noche", eso habíamos sido.

Y yo que creía tenerlo todo tan superado.

No podía reprocharme cosas a estas alturas.

Había sido mi decisión. Yo había querido preservarme y por eso dejar de verlo en su momento. Ahora, dos años más tarde, era justamente eso. Tarde.

Bajé la mirada.

Recordaba cómo en esos días, Max me había enviado mensajes a diario, y me había colapsado el teléfono de tanta llamada. Sin más explicaciones había desaparecido de su vida, ignorando por completo la promesa de volver a hablar después de su viaje a Europa.

Él había querido que volviéramos. Me lo había dejado claro de todas las formas que le habían sido posible. Incluso se aparecía en mi casa a cualquier hora y se ponía a tocar el timbre esperando que lo atendiera.

Debió comprenderlo tarde o temprano, o tal vez es que se había cansado. Pero después de un tiempo, él también había desaparecido.

Me dejó un papelito por debajo de mi puerta diciendo que no iba a seguir acosándome, y que claramente no nos pasaba lo mismo. Que lamentaba haber sido tan pesado, y que no volvería a saber de él.

Yo, que estaba parada en silencio del otro lado, había leído esas líneas cubriéndome la boca para que no se me escucharan los sollozos.

Días después había renunciado al trato que teníamos y Paul me comunicó que no solo ya no teníamos que grabar juntos, si no que tampoco seguiría con el artículo en Ricos e Infames donde hablaba de mí.

Había cortado todos los lazos conmigo, y me había dejado en paz.

Y si se están preguntando por qué es que fui tan dramática por unos pobres párrafos ofensivos en ese cuaderno que tenía y que leí por accidente, tengan en cuenta que yo estaba enamorada.

Enamorada de verdad y con todas las letras, y me sentía engañada.

No quería ver cómo una de las causas de que me sintiera bella y segura de nuevo, se me volvía en contra. Porque ya no tendría de donde agarrarme para

mantenerme fuerte.

¿A qué me refiero?

Que después de que Max se fuera a su viaje, yo caí en un espiral horrible donde dormía poco, trabaja mucho y me estaba haciendo la boba con la comida.

Había empezado a contar las calorías sin darme cuenta, y me inventaba excusas cuando mis amigos me invitaban a comer.

No me siento orgullosa, pero uno de los pasos de mi recuperación dice que tengo que aceptarlo, así que aquí me confieso.

Se me había dado por darme grandes atracones de comida, y luego... liberarme de ella de una u otra forma. No voy a entrar en detalles, no quiero. Solo voy a decir que supe buscar ayuda a tiempo, y que gracias a que mis amigos lo vieron venir, fue que pude volver a rehabilitarme.

Me había salvado por los pelos de volver a caer, --y un poco había caído-- pero a más no me arriesgaría.

Después de eso, pensar en volver a verlo, era eso mismo. Un riesgo. Una recaída.

Ya sabía que Max tenía una influencia en mí. Que me había hecho sentir muy bien, que me había ayudado a superar muchas cosas, y que con él me sentía más mujer... Y mientras habíamos estado bien, había sido lo más grande. ¿pero qué me hacía el estar mal con él?

Me aterraba volver a exponerme. No quería depender de Max.

Desaparecí de su vida y lo alejé de la mía, porque a la larga, era lo mejor que podía hacer.

Había pasado meses de terapia en donde solo lloraba frente a mi psicóloga.

Meses y meses, preguntándome por qué es que tenía tanta mala suerte, y por qué me había enamorado así de un hombre como él.

Habían sido meses, para llegar yo misma a la conclusión de que era algo que formaba parte de mi personalidad, y no podía evitar. Era mi necesidad de gustarle a todo el mundo, de caer bien. Que cuando conocía a alguien a quien no solo le caía mal, si no que no me soportaba, este se volvía un desafío.

¿Qué había querido demostrarme? ¿Que podía lograr que él también me quisiera? ¿Por qué? ¿Era acaso narcisismo? O por el contrario, otro síntoma

de mi enorme inseguridad.

De tantas vueltas, había tomado mi ordenador, y me había puesto a escribir sobre todo. Quería exorcizarme y ponerle punto final a todo lo feo que me había pasado.

Mi peor demonio no era él. No era Max.

Aun después de todo lo que había sufrido, era perfectamente consciente de que mi verdadero enemigo estaba todavía más cerca. Y casi había vuelto a atacarme.

Mis verdaderos demonios estaban en mi cabeza, y era una lucha con la que tendría que aprender a vivir.

Y lo conté todo.

Comencé por mi adolescencia, cuando tuve mi primer mal encuentro con la balanza, y seguí por todo y las burlas, que tanta vergüenza me daba contar. Hablé de los comentarios crueles que tenía que escuchar en la escuela, y muchas veces de los adultos, que sin saberlo, seguían minando mi confianza y mi autoestima.

¿Se habrá enterado aquella señora del supermercado, que su aparente y bien intencionado comentario sobre mi peso, había sido el detonante para mi enfermedad cuando tenía apenas quince años? Y es que cuántas veces escuchamos cosas como: "No deberías comer esto o aquello", o "No es saludable, deberías cuidarte", o y este es el peor de todos "Ningún chico se va a fijar en vos, si seguíis comiendo así". En cada uno de los centros que estuve para hacerme tratar, había casos que habían escuchado esto hasta de sus propios padres. Imagínense.

Había logrado estar en un buen lugar conmigo misma.

En uno donde me aceptaba con todo y mis rollitos. Con todo y ese par de estrías que tenía bajo el ombligo por las pérdidas de peso, y ya no me avergonzaba.

¿Celulitis? De eso casi todas tenemos. ¿Por qué me iba a castigar al mirarme al espejo? Y si yo no lo hacía, menos derecho tenía el ojo ajeno.

Había aprendido a ver mi peso en relación a mi salud y mi nutrición. A alimentarme responsablemente, para lograr estar sana. Para tener las energías que necesitaba para hacer mi trabajo, para reír, para divertirme con mis amigos y disfrutar.

Necesitaba ese alimento que antes había sido mi enemigo.

Y mis lectoras, me habían sorprendido de una manera increíble. El apoyo que había tenido al rebelarlo, había sido tan abrumador, que cada vez que lo

pienso se me llenan los ojos de lágrimas.

Había vivido en primera persona el amor de quienes me seguían, y su aceptación. Había charlado con chicas que habían pasado por lo mismo, y que compartiendo su experiencia conmigo, todas después nos sentíamos mejor. Menos solas. Más *normales*. Por dios, que odio esa palabra, pero era lo que sentíamos.

Me había unido a charlas, marchas y organizaciones para ayudar, y en ese proceso, me había ayudado a mí misma.

Había enfrentado a esos demonios, y les había dado un abrazo fuerte, perdonándolos, y perdonándome por haberme equivocado en un pasado.

Jurándome no volver a caer en las mismas conductas.

Era un camino que había necesitado hacerlo a solas, pero al que me habían empujado montones de situaciones.

Y no hablo de la ruptura y ese periodo de recaída.

Claramente esa había sido la gota que había rebalsado el vaso, pero desde antes ya iba dando pequeños pasitos hacia esa dirección de manera definitiva.

Max había sido parte de aquello, supe ver mucho después.

Él me había obligado a mirarme de frente con mis miedos, y a crecerme frente a ellos.

Él había confiado en que podría escribir ese libro, aun antes de que yo fuera capaz de pensar la primera palabra.

Y ahora ese camino, se vería reflejado en las repisas de todas las librerías. Uf.

Demasiado introspección, por hoy. -- pensé sacudiendo la cabeza.

Me tocaba subir al escenario, dar gracias a todos por haber venido, y por ser parte de este nuevo momento en mi vida. Mi nuevo libro.

Capítulo 2

Máximo

No había podido quedarme.

Después de verla no había podido volver a concentrarme lo suficiente para hilar dos frases con sentido, y menos aun tener que hacer sociales con posibles contactos de trabajo.

Estaba poniéndome en ridículo, y no era eso lo que quería.

Olivia al notarme raro, había propuesto irnos temprano y buscar un lugar para comer, así que la seguí sin rechistar.

Nunca había hablado con ella de mi relación con Delfina, pero creo que a estas alturas, me conocía lo suficiente como para darse cuenta de que había sido una persona importante en mi vida. Además supongo que habría escuchado algo en los medios, quién sabe...

Oli nunca me exigía demasiadas explicaciones, y me daba un poco de culpa el que hubiera tenido que soportar cómo me había venido abajo esa noche, pero me había excusado, lo había achacado al cansancio sin darle más vueltas al tema, cosa que agradecía.

Había llegado en un momento de mi vida en el que me sentía perdido. Por fin había logrado lo que quería con mi libro, y mi carrera estaba dando pasos verdaderos hacia algún lado, pero personalmente era un lío.

Mis amigos intentaron sacarme de ese pozo varias veces, y varias veces también, fueron atacados por un Máximo que no estaba de humor.

Lo habían intentado todo.

Que conociera otras chicas, que saliera más, que tomara aire, que hiciera un viaje. Yo no quería hacer nada.

Si antes era un amargado antipático, en esa época, ni se imaginan.

Chica que me cruzaba, chica que terminaba huyendo de mi lado espantada, diciéndome que tenía problemas por resolver si no quería quedarme solo para siempre. Y sí que tenían razón.

Mi mamá había conocido a un señor muy agradable, y aunque muchos detalles no me daba, suponía que estaban saliendo. Me alegraba por ella y todo, pero aun me costaba horrores verla con otro que no fuera mi padre. No podía evitarlo, y sabía que ella en el fondo me comprendía.

Era joven, y tenía toda una vida por delante. Se merecía volver a ser feliz. De mí solo tendría apoyo incondicional... Pero que no me pidiera que fuera puras sonrisas y o saliera de camping con él, o a la cancha, porque no podía.

Benicio, uno de mis mejores amigos, había conocido una chica preciosa, y así como así, de un día para el otro, nos dijo que estaba de novio. Él, que siempre había dicho que eso no de las relaciones no era lo suyo... Bueno, ahí estaba.

Enamorado como un bobo, viviendo con Catalina, una morena bajita de ojos verdosos, veterinaria, que jugaba al fútbol con amigas los fines de semana y tomaba más cerveza que nosotros tres juntos. Eran la pareja perfecta, y eso me había dejado más amargado aun.

Me daba vergüenza, pero estaba un poco resentido con mi amigo.

Me había abandonado en el barco de los solteros, y en ese entonces yo era el único solo que la pasaba horrible cuando nos juntábamos a comer.

Dos parejitas, y yo, ahí.

Teniéndoles la vela.

Y es que Simón se había casado con Francesca, semanas después de que dejara de ver definitivamente a Delfi, y ahora estaban esperando su primera hija.

Si recordaba lo que había sido esa boda, me daban ganas de esconder la cabeza en un pozo y no volver a sacarla nunca más.

Había hecho el papelón de la historia.

Rodeado de amor por todas partes, teniendo que escuchar como el cura les hablaba de compañerismo, de quererse, de compartir hasta los últimos días juntos con el ser que más quieren, y no sé cuantas cosas, estaba que me retorció de la angustia.

Todas eran sonrisas, fotos, parejas y flores románticas adornando esa noche tan feliz.

Y yo...

Yo acababa de terminar con Delfina, y no estaba con ganas de fiesta, por así decirlo.

Había comenzado a beber desde las cuatro de la tarde.

Para cuando salimos de la iglesia, y fue lo de la lluvia de pétalos y arroz, yo veía doble, y tuvieron que levantarme entre cinco cuando me precipité por las treinta y tres escaleras de un porrazo.

¿Todavía no les parece lo suficiente patético?

Bueno, me tocó decir unas palabras en el brindis...

No es que las recuerde ¿no? Pero como eran un momento importante, estaban en la filmación original del evento, y mis amigos --que eran así de buena onda-- lo tenían grabado todo en sus celulares, y cada tanto me lo recordaban.

Ya si quieren pueden pedírselo a ellos, yo no pienso volver a decir lo que dije. Aunque para que se den una idea, cerré mi discurso cantando una canción y bailando con uno de los mozos que lamentablemente justo pasaba por allí, y no pudo soltarse de mi agarre. ¿que si sé cantar? Oh no. Tengo la voz grave y ronca de alguien que fuma mucho y nunca en su vida tuvo oído para la música.

Un completo desastre.

Había confianza, y todos sabían que por esos días no la estaba pasando bien. Me conocían y para su familia era otro más de sus hijos, pero que la madre de Benicio hubiera terminado frotándome la espalda cuando el alcohol ya se negó a seguir en mi organismo en un florero de la entrada... uff... Hasta para mí era mucho.

Me quería morir.

Y no solo la mañana siguiente, cuando me tocó enfrentar aquella resaca monumental, si no después, al ser consciente de haber montado ese numerito en el casamiento de Simón.

Por suerte, él y los otros invitados, se lo habían tomado como algo chistoso, y hasta habían dicho que les había alegrado la velada. Y eso fue una suerte... porque yo de alegre no tenía nada.

El tiempo fue pasando, viajé a Europa, me cansé de conocerlo todo, de aprender, de visitar, de tomarle fotos a cuanta cosa veía, y había sido increíble, de verdad increíble, pero...

Pero tuve que volver.

Lo primero que hice, antes si quiera de desempacar mi valija, fue llamarla.

Estaba como loco por hacerlo, pero había respetado nuestro trato. Por más ganas que había tenido, y habían sido muchas, no podía molestarla antes, o durante esos dos meses.

Esos dos meses, los quería para pensar. Para "aclararse" me había dicho. Y yo se los dí.

Le dí esos meses, y apenas se cumplieron, marqué su número sin poder

seguir aguantándome. Solo para dar con su contestador no una, si no diez veces.

Mensajes, llamados ...incluso había ido a su casa, y nada.
No quería verme, me estaba ignorando.

No fue fácil.

Yo había pensado que ese tiempo le serviría para darse cuenta de que me quería en su vida, de que me extrañaba y de que podíamos estar juntos. A pesar de nuestras diferencias, a pesar de mi edad, a pesar de que su carrera fuera una locura, estaba seguro de que llegaría a las mismas conclusiones a las que había llegado yo, y que retomaríamos nuestra relación. Después de todo ella era la que lo tenía todo tan claro desde un principio, y yo el que más reticente estaba. ¿Qué era lo que había cambiado?

La echaba tanto de menos, que no entendía.

No entendía cómo para ella no era así.

Todos los recuerdos se me agolpaban en la mente, y más complicado lo hacían.

Nuestra primera vez, aquellas palabras dichas, todo lo que habíamos compartido...

Pasé por todos los estados.

Desde la confusión al enojo, del enojo al más puro resentimiento y luego la pena. Había estado triste. Triste y desanimado por una buena temporada.

Había conocido algunas chicas, si, pero no significaban nada, y yo seguía sintiendo que aquellos besos no eran lo mismo. Simplemente no tenían su dulzura.

En ninguna piel me perdía como me había pasado con ella, y ya no había risa que quisiera escuchar. ¿Me paso de cursi? ¿Estoy siendo muy dramático? Seguro era esa veta romántica, melodramática y trágica que me había quedado de tantos libros y poesía que había leído desde mi adolescencia. Quizá era algo de mi profesión... Un rasgo de mi personalidad como autor...

O solo que aunque creía saberlo todo, con mi edad, recién en ese momento estaba aprendiendo lo que era realmente el amor.

Estaba resignándome con treinta y cuatro años, a que Delfina me hubiera cambiado definitivamente, y a que me iba a quedar soltero, en mi pequeño departamento, y probablemente me moriría quemado una de esas tantas veces

que me quedaba dormido fumando. No es que sea exagerado, mi madre siempre me lo decía, y lo cierto es que era un peligro. Tenía que dejar de hacerlo...

Pero entonces apareció Olivia.

La había conocido en circunstancias un poco vergonzosas, pero eso tenía el destino, ¿no?

¿Quién iba a decirme que el primer rayón que le hice a mi auto nuevo, iba a ser contra el suyo en un estacionamiento? No tenía ni pagado el seguro y me lo acababan de entregar, así que ya estaba maldiciendo en todos los idiomas, cuando la vi aparecer.

Alta, rubia, y con tal cara de querer asesinarme, que me había intimidado desde el primer instante.

---¿Pero qué hacés, pelotudo? -- eran las románticas y primeras palabras que me había dicho.

Por supuesto después habíamos podido aclararlo, y debo haberme reivindicado, porque solo quince días después, ya estábamos saliendo y llevábamos... catorce días acostándonos.

Tenía treinta y cinco años, era pediatra y vivía en el mismo edificio donde me la había --literalmente-- chocado. Sofisticada, le gustaban las salidas culturales, y nos pasábamos las horas hablando de libros y películas. Teníamos mucho en común y nuestras familias habían congeniado. Hasta mis amigos la adoraban.

Tenía como yo, poco tiempo, así que comprendía que a veces nuestras agendas podían no coincidir, sin que eso fuera un problema. Y en la cama... En la cama nos llevábamos muy bien, no puedo quejarme.

Los dos éramos racionales y prácticos. Desde siempre habíamos dejado en claro que no teníamos ganas de tonterías, así que tras llegar a la conclusión de que congeniábamos, ambos decidimos que sería algo serio.

Todo lo que antes me había parecido tan complicado, con ella era lo contrario.

Era una buena compañera y después de cuatro meses de llegar a conocernos, en un arranque de locura, le había dejado caer eso de hacerlo aun más oficial.

Teníamos proyectos en común, estábamos en un momento de nuestras carreras que nos permitía ahorrar, y ninguno se estaba haciendo más joven. ¿Para qué esperar?

Sé que puede ser precipitado, y que ese nunca había sido mi estilo, pero ¿no era esa una de las cosas que me había salido mal con Delfina?

El dar mil vueltas, pensarlo y repensarlo tanto tiempo, para terminarle dando la razón a mi intuición y corazón que me decían que quería estar con ella. Todo para que luego no durara nada. Todo para que fuera demasiado tarde.

Tal vez si lo hubiera hecho antes...

Quién sabe.

Y qué hay de ella, se preguntarán. Porque no hice borrón y cuenta nueva, ese no fue el caso. Ella era un tema que no tenía, pero ni por lejos, superado.

La verdad es que seguía enamorado de Delfina.

Pensaba en ella más de lo que quería y ya me había resignado a que sería el amor de mi vida, por mucho que pudiera después rehacerla.

A Olivia la quería, ojo. Que no se malentienda, no soy un hijo de puta.

Adoraba a mi chica, y me podía ver conviviendo con ella y compartiendo juntos absolutamente todo, pero siempre estaría eso ahí dentro como una espina.

Ese asunto al que no le había dado un cierre, y tampoco quería. La veía tan lejana, que aunque si bien me dolía su ausencia... tampoco se interponía en mi día a día.

Habían sido dos años enteros de no verla, y de aceptar que no quisiera ni verme la cara. Obvio que me dolía, pero había aprendido a vivir con ese dolor.

Olivia ayudaba a aliviarlo bastante.

De Delfina siempre guardaría los más hermosos recuerdos, pero también me llevaría conmigo todo el daño que me había hecho nuestra ruptura.

Me había costado año y medio levantar cabeza, y aun sentía que me habían abandonado. Que yo no había tenido ni voz ni voto, y que acababan de robarme algo lindo que nunca más volví a tener.

Lo había dado por perdido. Ella ya no era una posibilidad, tenía que mirar hacia delante.

Creo que ni siquiera era consciente cuando estábamos juntos, de la magnitud de mis sentimientos.

¿No es una cagada cuando eso pasa?

Eso de que se valora más algo cuando se lo pierde, déjenme decirles, es muy cierto.

Había llegado a reprocharme todas esas semanas a su lado sin hacer nada. Rechazando sus besos, y cada uno de sus intentos por ir más allá. No entendía cómo había podido ser tan estúpido, y rogaba poder volver el tiempo atrás para poder hacer todo distinto.

Nunca volvería a cometer ese error.

Y eso mismo pensé el día en que le dije a Olivia que la quería. El día que elegí para pedirle que se casara conmigo.

Capítulo 3

Delfina

Apagué la cámara después de saludar a mis lunitas, y miré mi escritorio lleno de maquillajes y productos de belleza desparramados.

Sí, que haya podido escribir sobre cosas más trascendentes y que ahora estuviera involucrada con otros temas, no quería decir que mi canal hubiera sufrido un cambio muy significativo en su contenido. El cambio más importante lo había hecho yo, y no se veía desde fuera.

Dejé todo tirado para ordenarlo después y me retoqué el cabello antes de salir.

Vero, mi agente, quería que festejáramos la publicación de mi libro por nuestra cuenta, y esa noche saldríamos a bailar.

Ahora era del tipo de personas que salían por las noches.

De esas que conocen gente, coquetean, todo eso... Pero con la diferencia que yo luego de un par de tragos, volvía a casa sola a dormir con mi gata, acurrucada en mis pies.

Había besado un par de chicos, pero solo por diversión. Ya no había vuelto a sentir ganas de ir más allá, y me lo respetaba.

Si tenía que retomar ese aspecto de mi vida, ya lo haría cuando se diera. Si es que se daba.

---Ese vestido te queda precioso, me encanta. -- me dijo Vero cuando me vió.

---Gracias. Cuando quieras te lo puedo prestar. -- sugerí.

---Me va a quedar largo hasta la rodilla. Sos altísima a mi lado. -- nos reímos.

---Esa pollera tuya sí que me encanta. -- dije yo, halagando su estilo.

---Esta noche es la noche. -- me advirtió, señalándome muy seria y yo también la señalé. Era una arenga que teníamos, una tradición para antes de subir al taxi para darnos suerte. Una de tantas locuras que nos habíamos inventado.

Según ella, las dos necesitábamos conocer dos hombres como la gente, que nos hicieran olvidar a nuestros exs.

No importa cuántas veces le pusiera los ojos en blanco, ella estaba

convencida.

Y es que ella tampoco había tenido mucha suerte en el amor.

Después de un evento en el que ambas habíamos bebido más de la cuenta, habíamos compartido confesiones y lágrimas, mientras devorábamos dos super hamburguesas del Automac. Todo muy elegante, hay que decirlo.

Resulta ser que su ex novio, la estaba utilizando por sus contactos en la farándula, y no la quería ni un poco. Lo único que quería el muy imbécil era ser famoso, y no le había costado nada dejarla, cuando en una fiesta ella misma le presentó a cierta actriz mediática que le hizo ojitos.

Una basura de tipo pero no el único en su especie, ya sabemos.

---Shots. -- anunció, apenas la gente del boliche nos hizo pasar al VIP.

Y así comenzó nuestra noche.

Las luces del lugar cambiaban de color, y el piso vibraba con los bajos de manera potente, mientras nos hacíamos lugar en la pista de baile entre la multitud.

Vero se contoneaba copa en mano, al ritmo de la música electrónica, y yo cerraba los ojos cada tanto para dejar mi mente en blanco y olvidarme de todo.

El alcohol contribuía para que mis caderas se movieran sin inhibiciones, sin importar quiénes podían estar mirándome. Era liberador.

Como siempre ocurría, al poco de ponernos en el medio de la gente, éramos abordadas por chicos que nos invitaban tragos y a bailar con ellos.

Vero le sonreía al chico rubio que tenía delante, y con la mirada me preguntaba si estaba bien dejarme sola unos instantes. Y es que teníamos una forma de proceder.

Un protocolo que seguir, por así decirlo. Y ninguna dejaría a la otra tirada sin avisar. Códigos, chicas. Eso es lo primero.

El amigo del chico con el que ella bailaba me miró con una linda sonrisa, y decidí que podía ser una buena compañía.

---Tené el celular a mano. -- le dije a mi amiga antes de que se perdiera por ahí.

---¿Ya nos vimos alguna vez? -- preguntó en mi oído el chico que se había quedado conmigo, y me reí, porque era una frase tan tópica que daba gracia.

---No creo. -- me encogí de hombros. Era probable que hubiera recordado mi rostro después de haberlo visto por casualidad en los medios, o en mis videos. Pero no pensaba decírselo, no quería que me reconociera y me diera el discursito que me daban todos al enterarse a lo que me dedicaba. ---Es la primera vez que vengo. -- mentí, y él asintió confundido.

---Me encanta tu pelo. -- señaló medio a los gritos, porque apenas nos escuchábamos por la música.

---Gracias. -- le sonreí. ---¿Querés que vayamos a tomar algo a la barra? Me duelen los pies.

El chico, que se llamaba Juan, asintió y se apuró en seguirme, colocando distraídamente una mano en mi cintura.

No era mi tipo y a simple vista, aunque era agradable, no era super atractivo. Tenía lo suyo.

De cabello castaño y ojos marrones, tenía una muy bonita y genuina sonrisa. No le sobraban músculos, ni era mucho más alto que yo. De hecho, su camisa se veía tirante, y tenía lo que él llamaba "barriguita cervecera", cosa que nos había hecho reír a los dos.

Mi idea en un comienzo, era encontrar a alguien simpático como él para no estar sola. Pasar el tiempo y ver si mi amiga se iba acompañada o no... Pero la verdad, la estaba pasando genial.

Juan era tímido, gracioso, tenía veintiocho años, y además de estar estudiando para ser profesor de italiano, era camarero.

Habíamos intercambiado números de teléfono, compartido una cerveza, y ahora nos sacábamos una selfie, después de haber vuelto a bailar y casi doblarnos de tanto reír, por las cosas que me contaba.

El bar en donde trabajaba los días de semana, quedaba a unas manzanas de distancia, y en su trabajo, se podía decir que lo había visto todo o casi todo.

Por eso es que podía ver a la gente que nos rodeaba, y señalar las intenciones de cada uno sin equivocarse.

Sabía quienes habían salido a ligar, y quienes en cambio, estaban en pareja o solo pasándola bien con amigos.

---¿Y yo? ¿Yo que vine a buscar? -- le pregunté entornando los ojos.

---Vos viniste acompañando a tu amiga, pero si podías conocer a un petiso copado con quien pasarla bien, mucho mejor. -- sonrió guiñando un ojo y yo

también sonreí.

---No te arriesgaste con tu respuesta. -- le dije bromeando. ---Es fácil hacer esa deducción cuando tu amigo se fue con la mía.

---Mmm... puede ser. -- re rascó el mentón. ---Es que si te digo lo que de verdad pienso, puede que te enojas conmigo, y no quiero porque me caes muy bien.

Fruncí el ceño.

---Estamos jugando, no me voy a enojar. -- le aseguré y él dudó por un instante antes de asentir.

---Creo que estás decepcionada. Que te rompieron el corazón y todavía te duele. -- tragué en seco. ---Que aunque yo piense que sos la chica más bonita de todo el boliche, no tengo ni media chance con vos. Menos ahora después de decirte todo esto. -- sonrió como disculpándose, y yo no supe ni qué decir.

Había tenido razón en casi todo, y el corazón me iba a toda carrera.

---Tenés más chances que cualquiera en todo el boliche. -- le discutí, haciendo que su sonrisa creciera. ---Pero con lo otro no te equivocaste.

---Yo sabía. -- dijo con tristeza. ---Ese chico está loco. -- dijo después. --- Y él se lo pierde. -- que se refiriera a Máximo como un "chico" casi me había hecho gracia. No, no estaba loco... pero tampoco me había querido.

Justo cuando iba a bajar la mirada, porque su comentario comenzaba a escocer, me tomó de la mano y sorprendiéndome me sacó a bailar.

No había intentado nada raro, todo lo contrario.

Se había quedado ahí, divirtiéndose conmigo como si hubiéramos sido amigos desde siempre.

Esa noche como tantas, había vuelto sola a casa.

Mi amiga se había ido con su conquista, y yo, tras despedirme muy amistosamente de Juan, me había ido a dormir. O a intentar hacerlo al menos.

Había dado mil vueltas en mi cama, con la mente dándole vueltas a todo.

Es que ese chico era muy buen observador como decía ser, o a mí se me notaba en la cara todo lo que me había pasado.

Debía tener un cartel con luces de neón que ponían que había sido una estúpida que se había enamorado hasta las trancas, para luego sufrir un desengaño de novela.

Se notaría que mi primer amor, me había dejado sin ganas de un segundo... y que allí donde fuera que estuviera, aun tenía mi corazón. Todo para él.

¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría solo en esos momentos? ¿Habría salido

también? Tal vez se habría quedado en casa con alguien. Con la chica de las fotos de su Instagram... ¿Sería su novia o una amiga nada más?

Era increíble que siguiera pensando así después de dos años, me sentía una perdedora.

Gruñí molesta.

Odiaba irme a dormir pensando en Max porque eso significaba que fijo soñaría con él, y tenía dos opciones. La primera es que tendría algún sueño horrible en el que me decía aquellas cosas que había leído, a la cara, riéndose de mi ingenuidad y de mi estupidez, para luego humillarme públicamente en uno de sus artículos. Yo lloraría y le rogaría como una idiota, y terminaría sola y patética como me había sentido tiempo atrás.

O peor, la segunda...

Tendría un sueño hermoso. Esos eran los peores.

Esos en los que estábamos bien, revivíamos nuestros mejores momentos, incluso compartíamos otros, siempre juntos. Besos, caricias, el calor de su abrazo... Ni siquiera parecería un sueño. Hasta podría olerlo... Podría sentir vívidamente el perfume del cuello de su jersey, ese perfume frío y masculino que me había atraído en el pasado, y que ahora me perseguía.

Y luego me despertaría sobresaltada, y con muchas ganas de llorar al ver que estaba sola en mi cama.

Al ver que todos eran recuerdos y que eso que habría creído que alguna vez tuvimos, había sido una mentira.

Que toda la historia de amor que creía haber tenido con él, había sido tan real como mi sueño.

La noche de la presentación de mi libro, había sido una de esas últimas.

Después de quedarme con mi familia, de brindar con ellos, y de sacarme docenas de fotos con quienes habían ido a verme, había tenido que volver a casa y estar a solas con mis pensamientos.

¿Qué hacía él allí? -- era lo que más me había preguntado. ¿Por qué había ido al evento?

Si, pertenecíamos a la misma editorial y agencia, pero casi nunca coincidíamos. Mi agente llevaba la lista de invitados, y aunque por compromiso a él le había llegado su invitación, nunca había confirmado asistencia. Y por cómo había quedado lo nuestro cualquiera podría haber asumido que no se presentaría, yo no había ido a su presentación.

Pero no.

Ahí estaba él en medio de esa sala, mirándome con esos ojos pardos enormes, que al día de hoy, seguían teniendo el mismo efecto en mí.

Estaba guapísimo.

Nunca lo había visto de traje, se lo veía tan formal. Tan clásico... *¿Se habría arreglado así por mí?* -- no podía evitar preguntarme.

Lo peor era no haber sido avisada de su presencia. Tener que haberme llevado la sorpresa, había sido terrible.

Me hubiera gustado tener unos segundos para prepararme, y no hacer el ridículo. Para hacerme a la idea, y no voltearme y mirarlo con esa cara de idiota que le había dedicado.

Me hubiera gustado tener la fortaleza suficiente para ir hacia donde estaba y saludarlo como a cualquiera de los asistentes, como si fuera normal.

Como si no me estuviera muriendo por tenerlo tan cerca.

Como si no me afectara su sonrisa...

Como si no guardara intacto el recuerdo de sus besos.

Ni siquiera había visto cuándo se había marchado. Había desaparecido, y no tenía ni idea en qué momento. Como una aparición, un fantasma.

¡Genial! -- pensé.

Además de idiota, había quedado como una maleducada.

Nuestra ruptura no había sido tan drástica ni habíamos quedado enfadados ni nada, como para que no nos habláramos al encontrarnos cara a cara ¿no?

Bueno, estaba el pequeño detalle de que yo me había borrado de la faz de la tierra por dos años, y lo había evitado como a la peste sin darle razones.

Fini, qué inmadura que sos a veces... -- me reproché.

Me arrebujé entre las mantas con violencia, escuchando el quejido de Moona, que molesta por tanto movimiento, se levantaba para buscar un nuevo lugar donde descansar.

Distraída miré la pantalla de mi celular, donde Juan había reemplazado mi fondo rosa, por una foto que nos habíamos tomado juntos, como una broma.

Era genial, los dos estábamos cerrando los ojos.

Un intento fallido por el flash en un lugar oscuro y puede que la borrachera alegre que teníamos, pero nos había dado tanta risa, que para molestar la había elegido como mi fondo, y el suyo también.

Sonreí sacudiendo la cabeza y sin pensarlo, le mandé un mensaje

agradeciéndole lo de esa noche.

Me hacía falta una noche así.

Me hacía falta gente así...

Su respuesta me hizo reír más.

"¿Gracias a mí? Gracias a tu amiga que se fue, y tuviste que hacerle el aguante estando conmigo. Ahora soy el héroe del grupo por haber bailado con vos, la chica del pelo rosa."

A pesar de todo, todavía sabía sonreír.

Capítulo 4

Máximo

Dejé las flores sobre el nombre de mi padre con una sonrisa.

Desde que había salido mi libro venía a visitarlo seguido, y siempre así. Recordándolo, feliz. Siempre dolería su partida pero ahora al menos, me sentía en paz.

Al fin había llegado a un punto donde creía que él se sentiría orgulloso de mí.

No es que no lo hubiera estado antes, de hecho, siempre me había consolado el hecho de que hubiera podido verme obtener mi diploma. Su muerte había sido unos pocos años después de que me hubiera recibido. Un ataque al corazón.

Rápido, inesperado ...y fulminante.

Había sido un hombre temperamental, de carácter fuerte que se acaloraba defendiendo su punto de vista en las discusiones, pero también tenía una salud de hierro. Fue sorprendente para todos.

No hubiéramos podido verlo venir. Eso nos habían dicho sus médicos.

En esa época mi vida había tenido una sacudida. Sostener a mi madre, cuando mi propio sufrimiento me estaba ahogando, no había sido fácil.

Simón y Benicio, habían dejado de lado todo lo que estaban haciendo en ese momento para ayudarme. Nunca podría agradecerles lo suficiente.

Y es que para mí, mi padre no solo era mi padre. Era mi ídolo. Mi referente. Todo lo que aspiraba a ser.

Teníamos una relación preciosa, pero tan extraña... A veces no parecíamos padre e hijo.

Desde que era pequeño me había hablado con la verdad, sin adornarla ni suavizarla. Me trataba como un adulto y valoraba mi opinión aunque esta fuera, muchas veces, estúpida y típica de un chiquillo.

Me había enseñado a defenderme con la palabra, y eso me había cambiado. Me había dado las herramientas necesarias para abrirme camino en mi profesión, y con cualquiera de sus charlas, aprendía más que en cualquier clase de la universidad.

El hombre era un libro abierto.

De él había heredado la piel morena, el cabello abundante, y las cejas.

Tenía fotos de cuando tenía mi edad, en las que nos parecíamos muchísimo.

En cambio de mi mamá había sacado la forma de mi boca, y el amor por el arte en general.

Ella ahora era ama de casa, pero en su juventud había sido profesora de historia del arte en la escuela. En mi escuela.

Fue mi maestra y la de mis dos mejores amigos.

Mis padres se adoraban.

No conocía pareja que se demostrara a diario tanto amor como ellos. Porque mi padre podía parecer muy duro, y de carácter muy fuerte --"el cuervo" como le decían-- pero con mi madre, se convertía en un pichón indefenso que vivía para quererla y cuidarla.

Verla ahora rehaciendo su vida seguía chocándome, pero era lo normal ¿no? Así era la vida.

No podía guardarle luto por siempre, y estaba seguro de que si mi padre pudiera verla, estaría feliz de que ella lo fuera. La alentaría a ilusionarse y a seguir adelante.

¿Y de mí, qué diría? -- me pregunté como tantas veces, y me contesté con una sonrisa.

Esa era otra cosa que había logrado.

Me había llevado tiempo de reflexión, de estudio sobre su vida, y de pensar profundamente en la mía.

Había sido muy duro conmigo mismo en el pasado comparándome injustamente con mi padre, con todos sus logros, con su carrera. ¿Por qué?

Esa había sido *su* experiencia.

Jamás podría ser como la mía, simplemente porque no éramos la misma persona, y eso estaba bien.

Él también era humano, cometía errores, y tenía defectos.

También podían reprochársele cosas, como que entre tantos viajes e investigaciones, había estado ausente para su familia... O yo qué sé... Que podía ser parco, poco demostrativo, y que se guardaba las cosas para él, hasta que lo atormentaban.

Éramos distintos en eso como en tantas otras cosas, y eso no era malo, ni bueno.

Había aceptado que yo era mi propia persona, y eso ya por si solo, tenía

que ser objeto de orgullo para cualquier padre.

Sonreí melancólico pensando en la única persona que me había dicho algo así.

Delfina.

Los demás se andaban con tantos cuidados cuando hablaban de mi padre, tal vez porque temían que yo reaccionara mal al ser tan sensible con ese tema, pero ella no.

Ella apenas unos meses después de conocerme, me había asegurado que mi padre estaría orgulloso de mí. Mierda.

A ella le debía parte de mi crecimiento. *Crecimiento*, tenía gracia. Siempre había creído que era el más maduro en la relación.

En eso también me había equivocado.

Se me puso un nudo en el pecho al pensar en ella, y el corazón me fue a toda carrera.

Tenía una firma de libros en media hora, y pensaba presentarme en la librería y verla. Tal vez fuera una locura, pero nadie hubiera podido detenerme ni aunque quisiera. Estaba decidido.

Quería saludarla, hablar con ella, felicitarla por sus logros...

Todo lo que había pensado hacer en su presentación, y no había podido.

Sabía cómo seguía su gira, y su siguiente parada me quedaba lejos, pero sí tenía que hacerlo, viajaría.

Ya había sido suficiente.

Era lo único que no me dejaba avanzar.

Necesitaba darle un cierre a nuestro capítulo, y embarcarme en uno nuevo con Olivia.

Me bajé del taxi minutos después, y vi la fila que se había formado fuera.

Dos cuadas, y aun no abrían las puertas. Sabía porque lo había visto, y en una hora esto estallaría.

Carteles con su rostro, y una horda de fans que siempre la acompañaban... no mucho había cambiado.

Imaginando que alguien podía reconocerme, me había puesto un gorro con visera que había calado lo más que había podido, y haciendo uso de mis contactos en la editorial, pedí que me dejaran entrar por otro costado.

Su fotografía personal seguía siendo el mismo y al verme, corrió a saludarme y a hacerme lugar en el back para que dejara mis cosas, pero yo casi no le hice caso. Creo que le agradecí apurado y me moví para ver si la

veía.

Aun no habían recibido al público, así que la encontré entre su equipo de trabajo ultimando detalles, y retocándose el peinado.

La boca se me secó.

Estaba preciosa.

Con su cabellera rosa suelta, llena de ondas naturales, y uno de esos vestidos cortitos que le gustaba usar... quitaba el aliento.

Una chica más bajita estaba con ella, y le acomodaba las cosas en el escritorio. Esa tenía que ser su nueva representante.

Sabía porque las noticias volaban en esa agencia, que no trabajaba más con Paul, pero como no quería quedar en evidencia no hice preguntas a nadie. Solo me alegré en silencio que ese fuera el caso, y ya. Él no era una buena influencia para ella.

Me quité el gorro y el abrigo, y lo dejé en un costado sin mirar, mientras caminaba en línea recta hacia donde estaba. Sentía las piernas duras mientras caminaba, y aunque me había puesto tan nervioso que la primera reacción fue salir corriendo, me aguanté.

Había llegado hasta allí, más me valía hablar.

Vamos, Max. Vos podés. -- me dije, cuando quedé a solo unos metros.

---Hola. -- dije aclarándome la garganta.

Ella pareció sobresaltarse, y me gustó pensar que se debía a que había reconocido mi voz. Se giró rápidamente y me miró con los ojos muy abiertos. No me esperaba, eso era obvio.

---M-Max, hola. -- contestó parpadeando.

---Felicitaciones por el éxito. -- señalé la pila de libros. ---Lo leí y me encantó, es muy bueno.

---Gracias. -- me sonrió con timidez y sentí que el corazón me golpeaba las costillas con fuerza. ---A tu libro también le está yendo muy bien, me alegro.

Me encogí de hombros.

---Tanto tiempo ¿no? -- quise hacerme el gracioso, con una sonrisa idiota. --Estás... -- la miré de arriba abajo. ---Estás muy linda, Delfi. -- bajó rápido la mirada.

---No sabía que venías. -- comentó. ---Los de la editorial no me dijeron...

---Fue algo de último momento. -- miré hacia la sala principal, donde las

puertas y ventanas habían sido cubiertas por seguridad. ---No te hagas problema nadie me vio, no quiero que me vean tampoco.

---Va a ser mejor. -- asintió. ---La prensa puede inventarse cosas, y después sería un infierno.

---Ya sé. -- tenía toda la razón. ---Solo quería hablar con vos, cuando puedas. Cinco minutos.

Me miró durante un rato y se humedeció los labios sin pretenderlo, de una manera tan sensual. *Mierda*. Los tenía rosados como su cabello, y parecían tan suaves...Cambié el peso de un pie a otro, inquieto, y me reajusté la camisa para que no se notara lo que ese pequeño gesto me había hecho. Otra vez me comportaba como un adolescente en su presencia... Era patético, la verdad.

---Vero, me voy a la sala de atrás unos minutos. ¿Podés sola? -- le preguntó a la chica bajita que había visto antes.

---Si, no hay problema. -- contestó esta, dedicándome una mirada extraña, con el ceño fruncido. Algo me decía que me había reconocido, y que al parecer, eso no era algo bueno.

Delfina me hizo un gesto con la mano, y la seguí a cierta distancia hasta la pequeña sala que estaba al final del pasillo. Una vez allí, entramos los dos y cerró la puerta para tener privacidad.

Ahí estaba de nuevo esa sensación tan irritante.

No sé por qué, pero me sentía como un crío.

Me sudaban las manos, y no estaba seguro de si me saldría la voz cuando quisiera hablar. *Huevos, Max*. -- me dije.

Tomé aire.

---Dos años sin vernos. -- comenté como si nada. ---Y ahora en los eventos de la editorial nunca podemos coincidir. Como si estuvieras evitándome.

---Max. -- empezó a decir y suspiró. No quería darme explicaciones, no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta.

---Te preguntaría por qué, pero sé que no vas a contestarme. -- volvió a callarse. ---Quiero dejar las cosas bien, que podamos vernos, saludarnos normal y que no sea incómodo. ¿Puede ser? Nos pasamos meses casi conviviendo, teníamos confianza. Yo no creo haberte hecho nada como para...

---¿A eso viniste? -- me interrumpió. ---A pedirme que nos saludemos normal.

---Delfi... -- negó con la cabeza y su gesto se arrugó como si algo le

doliera.

---¿Vas a pedirme que seamos amigos? -- se rio y yo apreté las mandíbulas. No podía pedirle aquello, negué con la cabeza. Era absurdo.

---Tuvimos algo, no funcionó. Me dejaste. -- recalqué, porque por su mirada, parecía que algo me reprochaba. *¿No tendría que ser al revés? ¿No tendría que ser yo el molesto?* ---No entiendo, nunca te hice nada, Delfina. Nunca lo voy a entender. -- me sinceré y la voz se me quebró de manera vergonzosa.

---No tiene sentido estar hablando de estas cosas ahora. -- dijo todavía esquivando mis ojos. Se había cruzado de brazos frente a su pecho, y todo su lenguaje corporal me decía que tenía que mantener la distancia.

---Está bien. -- acepté. Yo tampoco tenía ganas de tener esa discusión en ese momento. ---Pero al menos tengamos un trato cordial. Nos vamos a seguir viendo en eventos, o en la agencia...

---No es fácil. -- dijo ella con la boca chiquita, y el pulso se me disparó.

---¿Qué cosa? -- quise saber.

---Verte, después de tanto tiempo. -- confesó, y ahora sí me miraba. ---No es fácil tenerte de nuevo tan cerca. -- me señaló y los ojos le brillaban.

¿Qué era esto? ¿Qué quería decir? Si no le era fácil tenerme cerca es porque algo seguía sintiendo. ¿Seguía sintiendo cosas por mí? ¿Cómo tenía que sentirme? ¿Qué significaba todo esto?

Y mi mundo, ese del que estaba tan seguro, y el cual creía que entendía, se sacudió por completo. Como si alguien acabara de decirme que la Tierra era plana. Ya no sabía nada.

Nada de nada.

---¿Por qué? -- insistí, estudiando su rostro. ---Delfi...

---Vamos a hacernos un favor. -- me dijo alzando sus manos cuando vio que yo había avanzado unos pasos hacia donde estaba, sin notarlo. Pero *¿qué estaba haciendo?* ---No tenemos que cruzarnos, podemos organizarnos y ya. Mi agente se va a encargar de hablar con la agencia y no hacernos coincidir. No va a haber problema, y no vas a sentirte incómodo en los eventos.

---No es eso a lo que me refería. -- negué con la cabeza, exasperado. --- Me importan una mierda los eventos. Yo no quiero que *nosotros* estemos así.

---Así es como estamos. -- dijo cortante y me pareció que se tragaba un nudo de emociones.

---Entonces lo que querés es no verme nunca más. -- dije y me sentí un

imbécil, daba lástima. Si en ese instante hubiera podido verme desde afuera, me hubiera dado un buen golpe.

---Eso es lo que quiero. -- dijo muy segura, asintiendo.

Y si hubiera podido darme ese buen golpe, me habría dolido menos.

Sentí que palidecía y fui apenas consciente de asentir y de mascullar una despedida, antes de irme de ahí con la cabeza baja.

Mierda.

Como cierre de nuestro capítulo había sido uno definitivo. Ya no podía ponerla como excusa a ella de no poder avanzar. Era lo que había venido a buscar, pero me sentía morir.

¿Qué esperaba que saliera distinto?

O es que acaso después de dos años de no querer ni verme, esperaba que me recibiera con los brazos abiertos, como si nada hubiera sucedido entre nosotros.

Como si a pesar de haber sido muy corto, lo nuestro no hubiera tenido la intensidad que había tenido...

Era ridículo. ¿Qué esperaba realmente? Que ella me confesara que aun sentía cosas por mí. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué decía todo eso de mi relación actual?

¿Qué pasaba con Olivia? ¿Dónde quedaba ella?

Vagué por las calles unas horas antes de ir a parar en un bar horrible, donde me emborraché tanto, que no recuerdo nada más hasta que desperté a la mañana siguiente, con mi prometida pegada a un costado.

No sabía ni cómo había llegado a mi casa y cuándo había venido ella, pero era claro que nos habíamos acostado. Me froté los ojos y maldije, convencido de haberme pasado esa noche haciendo el amor con ella, pensando en otra persona.

¿En qué me había convertido? Esto no estaba bien.

---Amor, buenos días. -- dijo ella, besando mi pecho y yo me removí incómodo.

Me sentía como si la hubiera engañado.

---Oli... -- comencé a decir con la voz rasposa. ---Tengo que contarte algo.

Capítulo 5

Delfina

Al otro día, Vero me había despertado temprano con un mensaje en el que decía que tenía que verme urgentemente. Me había dado una ducha rápida y después de limpiar mi casa y los apuntes que había dejado tras una sesión nocturna de estudio, me cambié para recibirla.

Ahora estaba estudiando Publicidad y Marketing a distancia en la universidad, lo que me permitía seguir con mi trabajo y viajar, sin complicarme. Era una institución privada, así que tenían algunas flexibilidades que la universidad pública no, como era el organizar mi programa de manera que cursara pocas materias por semestre, o yo lo fuera manejando a medida que podía.

Aprender cosas nuevas me mantenía cuerda, y desde hacía más de un año, me emocionaba pensar en las cosas que me deparaba este nuevo camino.

Emi, quien había sido mi tutora para dar las asignaturas de la secundaria que me quedaban, era muchas veces mi compañera de estudio, y con quien me preparaba para cada final.

Hacía tanto tiempo que no iba a clases, que estaba un poco oxidada con eso de dar exámenes importantes.

Me sentía bien con mi elección y me daba orgullo decir que era estudiante.

También me mantenía ocupada, vamos a decir la verdad.

Después de haber visto a Max, se podría haber esperado que la Delfina de antes, se pusiera tonta y se la pasara llorando recordando viejas épocas, pero no.

Había seguido mi día como si nada, reprimiendo esos sentimientos lo mejor que podía, y había proseguido con la firma de libros porque mi público se lo merecía.

Al llegar a casa me negué a dedicarle un segundo de mi tiempo al sufrimiento, y saqué los libros para ponerme a estudiar.

Me había costado más que de costumbre concentrarme, pero finalmente lo había podido hacer.

No entendía a qué había venido todo ese discurso que me había soltado en la librería, pero tampoco me lo preguntaría demasiado, porque terminaría mal.

Terminaría cediendo, lo llamaría y todo se iría al diablo, ya que me hiciera

la dura o no, Máximo seguía afectándome. Más de lo que me hubiera gustado admitir.

---Decime que estás durmiendo hasta tan tarde porque aceptaste por fin salir con el bombón de la otra noche. -- dijo Vero cuando entró a casa. Saludó a Moona acariciándola un poco con el pie mientras tocaba la pantalla de su Tablet.

Me reí porque estaba empeñada en que quedara con Juan, que ya me había invitado a cenar, al cine y a un recital, sin éxito claro. En esos días había estado ocupadísima.

---No, no salí con Juan. -- contesté. ---Tenía que estudiar. ¿Y vos con su amigo? -- pregunté.

---¿Pablo? -- frunció el gesto. ---Mñé... -- dijo encogiéndose de hombros.

---¿Cómo que *mñé* si te pasaste todo ese fin de semana con él? -- me sorprendí. ---¡Me dijiste que te encantaba!

---Y va a ser un lindo recuerdo... pero no mucho más. -- respondió con indiferencia y yo sacudí la cabeza.

Siempre hacía lo mismo. Conocía un chico, lo veía dos, tres veces, la pasaba genial, pero tal vez él hacía o decía algo que no le gustaba, y chau. Cortaba con él para siempre, sin darle el beneficio de la duda u otra oportunidad.

Había cerrado las puertas de su corazón de manera definitiva, y de paso, las había rodeado de murallas gigantes donde nadie tenía lugar.

Podía comprender que no quisiera exponerse a sufrir. Yo había hecho lo mismo con ...mi ex. Pero es que a ella la desesperaba estar sola, no le gustaba estar soltera. Estaba determinada a encontrar pareja, y no paraba de fracasar.

¡Se pasaba de exigente! Fracasaba porque no se daba una chance con nadie, esa era la verdad. Suspiré.

---¿Y ahora qué fue lo que hizo este chico? ¿Cuál es ese defecto tan terrible que seguro tiene? -- quise saber, y ella puso los ojos en blanco por el tono de mis preguntas.

---Es muy mono y todo, pero... -- hizo gestos con las manos, como si quisiera encontrar las palabras adecuadas. ---Tiene tres perros y dos gatos. Es mucho.

---¿Qué? -- pregunté sin poder creérmelo. Tenía que haber escuchado mal.

---No me digas nada, vos no sabés lo que es irse con alguien a la cama, y estar rodeada de público. -- me reí. ---Había juguetitos de esos bichos por

todo el departamento, y se levanta todos los días a las cinco para sacarlos a pasear. ¡A las cinco, Fini!

---No seas dramática, le gustan los animales. -- opiné. ---Eso es algo lindo, habla muy bien de él.

---Los rescata. -- agregó ella. ---El último gato lo encontró hace unos días bastante maltratado. Es voluntario en un refugio...

---Ohhh. -- dije enternecida con una mano en el pecho.

---No. -- me señaló. ---No te me pongas tierna, porque ya le dije que lo nuestro no podía ser. Además... -- desvió la mirada un poco incómoda. --- Además iba muy rápido.

Alcé una ceja. Ni por casualidad me creía que él hubiera querido tener sexo y ella no. La conocía.

---¿Rápido?

---Me despertó con el desayuno en la cama, y cuando nos estábamos besando me dijo "bebé". -- me contó Vero poniéndome cara de asco. ---¡Bebé! Es muy cursi.

---A mí me parece un divino. -- sonreí.

---Y a mí un desubicado, no se hable más. -- me cortó mi amiga. --- Hablemos de trabajo que te tengo noticias, y no creo que te gusten. -- avisó y me encogí.

---Ya no me gusta como suena eso. -- respondí y fui a buscarnos dos vasos de gaseosa y unos bizcochitos de manteca que tenía a mano. Desayunos sanos, eso era lo mío.

---Vengo de una reunión en la agencia, y quieren cambiar algunos detalles de tu gira de presentación. -- anunció.

---Pero ya teníamos todo listo. -- resoplé.

---Creeme que para mí también es un embole. -- dijo. ---Pero al menos de esta manera, sería un poco más corta. Podrías terminarla en el sur y quedarte unos días con tu familia.

Asentí resignada. También me quedaría tiempo para dar más finales en aquellas fechas. Suponía que sería un alivio.

---¿Qué quieren cambiar? -- pregunté, metiéndome una galleta casi entera en la boca, ganándome la mirada sorprendida de Vero, que casi me hace ahogar de la risa.

---Nena, entiendo que yo esté soltera por jodida, pero vos, con ese talento... -- me señaló y más me reí.

---Dale, contame lo de la gira. -- dije con la boca llena y volví a meterme otra galleta.

---Quieren que compartas con otro autor. -- se encogió de hombros. --- Abaratar costos, los dos tienen que hacer presentaciones, es lo más práctico. Además se conocen.

No le hacía falta decir más, que ya sabía de quién se trataba. Y ahora sí me ahogué. Escupí para todos lados las migas de lo que no me había tragado, y Vero se quejó cuando la bañé de galleta mientras tosía.

No. No podía ser.

---¡Qué bruta! -- me alcanzó el vaso y me dio unas palmaditas en la espalda. ---Eso te pasa por atolondrada.

---¿Es Máximo Echeverría? -- pregunté con los ojos llorosos, apenas recuperada. ---Es él. ¿No?

---Es él. -- asintió. ---Una vez me contaste que ya habían hecho gira. Es el que estuvo el otro día ...en la librería. -- fue diciendo cada vez más lento hasta que sus ojos se abrieron de par en par. ---Con el que te habían inventado un romance. ¿Fini? -- yo asentí. ---¿Máximo es el ex del que me hablaste tanto? -- preguntó haciendo la relación en su cabeza.

Después de tanta conversación, yo le había terminado confesando parte de nuestra historia, pero no le había dado nombres.

---Si, es él. -- admití y ella ahogó un jadeo.

---¡Yo sabía que había algo raro en ese chico! -- dijo señalándome. --- Cuando lo vi en la firma de libros, su cara se me hizo conocida, pero la forma en que te miraba...

---¿Como si le pareciera linda pero muy, muy tonta? -- me reí. ---Porque a eso se resume lo que hubo entre nosotros.

---No es eso lo que yo vi. -- dijo contrariada.

---Pero eso es lo que es. -- me encogí de hombros. ---Me vió en el evento de mi presentación y como ni nos saludamos, después me encontró en mi firma para felicitar me. Para que tengamos un trato cordial, ya que trabajamos para la misma agencia, y no sé cuántas pavadas más. -- puse los ojos en blanco. --- Siempre tan correcto, siempre tan profesional.

---A mí me suena a puras excusas para verte. Parecía nervioso, y le brillaban los ojitos. -- opinó y la fulminé con la mirada.

---Te puedo asegurar que no es así, él no me soportaba. Ya sabés cómo terminamos... -- me mordí los labios y ella asintió con compasión. ---Vero, necesito que intercedas por mí. Por favor, no puedo hacer la gira con él. Si

tengo que cancelar todo...

---Esperá un poco, Fini. No digas locuras. -- me frenó, alzando las manos. ---¿Cómo vas a cancelar tu gira? No. Voy a hablar con mi jefe y la gente de la agencia y lo vamos a solucionar. Vos no te hagas problema.

Inquieta la miré y me cubrí el rostro queriéndome morir.

No podía estar pasándome. Una cosa era verlo una o dos veces por casualidad, y otra muy distinta era tener que pasarme meses a su lado, no. No había manera.

Al verme tan perturbada, Vero tomó su teléfono y se puso a hacer llamadas, mientras yo me hacía una bolita en el sillón abrazada a un almohadón.

---Entiendo. -- decía, frotándose la frente con los dedos. ---Voy a ver qué puedo hacer. -- dijo y colgó derrotada.

Cuando se volteó para mirarme, supe que no había podido hacer nada.

---Escuchame Fini. -- dijo antes de que me pusiera a discutir. ---Van a estar todo lo separados que se pueda, y van a estar tan llenos de trabajo que no van a tener tiempo para...

---Son meses de gira. -- me quejé. ---No puedo verlo ni dos minutos que me pongo mal, Vero.

---Yo voy a estar ahí. -- me recordó, tomando mi mano con cariño. ---No vas a estar sola, yo te voy a ayudar con ese imbécil.

---¿No hay nada que pueda hacerse? Posponer mi tour unos días... no sé. -- dije desesperada y ella negó con la cabeza.

---La gente... -- tomó aire. ---La gente quiere verlos juntos, después de las fotos. -- agregó y se encogió esperando mi reacción.

---¿Qué fotos?! -- chillé.

---Parece que un fotógrafo lo vio salir de la firma de libros. -- contestó mi amiga, y buscó en su móvil algún portal en donde estuvieran las imágenes. --- Es este de acá, con el gorro negro. Lo reconocieron y ya empezaron los rumores de que ustedes se habían reencontrado, y se volvían a ver.

---Rumores otra vez... -- la sensación de déjà vu era tan abrumadora, que sentí que el aire se me atascaba en los pulmones.

---Y sirve para la promoción. -- explicó, como si hiciera falta. Yo ya sabía que eso vendería. ---Muchos de tus fans aun están ilusionados y piensan que...

---Que vamos a volver. -- dije con la mirada perdida en la pared. ---No puedo tener esta suerte de mierda.

Vero apretó los labios conteniendo una sonrisa, porque era raro escucharme decir malas palabras. Digamos que solo las decía cuando sentía que era necesario. Y ahora lo era.

---Lo podés usar a tu favor, Fini. -- dijo entonces, y la miré sin comprender. ---Si tenés que verlo, que vea que no te pasa nada más con él. Que podés tenerlo cerca sin que se te mueva un pelo.

---Es muy fácil decirlo, pero... -- empecé a decir.

---Si, me imagino. Pero vos podés, te conozco. -- siguió diciendo. ---Te he visto agotada, enferma, y de pésimo humor, teniendo que ponerle buena cara al mundo. Si hay alguien que puede disimular, esa sos vos.

---Con él nunca pude disimular. -- sonreí con tristeza. ---Él me va a ver, y se va a dar cuenta de todo.

---Sos una profesional. -- me recordó. ---Has podido con cosas peores, te has... reinventado. Empezando de cero, más de una vez. -- me sonrió y mi mentón comenzó a temblar. Por supuesto ella estaba al tanto de todos mis problemas de salud también.

---Pero él -- sollocé sintiéndome una boba. ---Todavía lo veo, y -- me llevé una mano al pecho, llena de pena.

---Fini... -- me abrazó mi amiga, apenándose por mí también. ---No llores, no.

---Vero no sé si voy a poder. -- confesé entre lágrimas.

---Sí que vas a poder. -- me aseguró, masajeando mi espalda. ---Y cuando te sientas débil, yo te voy a sostener. -- me prometió. ---Ahora vamos, nos lavamos la cara y buscamos ideas para videos nuevos.

Sonreí entre sollozos y me abracé más fuerte a ella. Era una buena amiga, siempre me entendía y sabía lo que me hacía sentir mejor.

Un pitido de mi celular nos interrumpió, y secándome las mejillas, desbloqueé la pantalla para leer el mensaje nuevo que había recibido. Sonreí sin darme cuenta y mi amiga al notarlo me miró con atención.

---Es Juan. -- le expliqué. ---Anoche nos escribimos hasta tarde y me preguntaba si ya había podido despertarme.

---Ves, él te hace bien. -- dijo cada vez más convencida. ---Ese chico te conviene, Fini. Es lindo, te hace reír y por lo que me contaste es un dulce total.

---Es genial. -- asentí. ---Un amigo genial.

---¿Ni un poquito te gusta? -- insistió.

---Supongo que sí. -- me paré a pensarlo. ---Pero no jugaría con él, no quiero alentarle y que después...

---No te está pidiendo matrimonio, ridícula. -- me hizo reír. ---Te pide una cita, nada más. Salen, se divierten y si no te pasan cosas con él, se lo explicas y ya está. No es como si te hubiera dicho bebé al otro día de conocerse. -- agregó fingiendo tener escalofríos.

---¿Te parece? No sé. -- dudé.

---No es la muerte de nadie. -- me dijo. ---Se están conociendo, él no está enamorado de vos, no creo que salga herido si la cita sale mal. Y si sale bien, qué mejor.

---Puede ser, tenés razón. -- asentí. ---Pero ahora con la gira, no tiene sentido empezar algo y...

---Sí, podemos estar hasta la madrugada y vas a inventarte mil excusas. -- se rio. ---Te entiendo, sé que necesitas desengancharte de ese Máximo, y para eso es la gira. Cuando vuelvas, y tengas esa historia más que cerrada, le das una oportunidad a Juancito que es un bombón. -- sabía que tenía razón. Era cierto todo lo que me decía, como así también que lo mejor para ella era darle otra oportunidad a Pablo, el voluntario del refugio...

Claramente ella no hacía lo que decía, vaya par de locas...

---¿En la gira que tengo que verlo constantemente se supone que me tengo que desenganchar? -- me reí con ironía.

---Es la mejor oportunidad que podías pedir para demostrarle y demostrarte a vos misma, que ya lo superaste. -- me dijo segura. ---Que después de tanto tiempo lo tenés idealizado, que no es ni tan bueno, ni tan lindo, ni tan especial y en realidad es un imbécil que no te merece.

---Tanto como un imbécil no es... -- lo defendí.

---Sí, es un imbécil. -- me discutió. ---Y si no te desenganchas vos, te desengancho yo. -- dijo haciéndome reír. ---Sos mucha mujer para él, es hora de que se dé cuenta lo que se perdió.

Negué con la cabeza no muy convencida de lo que me decía, pero consciente de que cuando se le metía algo en la cabeza a la terca de mi amiga, poco podía hacer para llevarle la contraria.

Capítulo 6

Máximo

Había tenido unos días complicados.

Después de ver a Delfina por última vez, y de esa noche de borrachera en la que había terminado acostándome con Olivia sin acordarme de nada, las cosas se habían ido a la mierda.

El despertarme a su lado sintiéndome una basura, me había hecho recapacitar y en honor al cariño que le tenía, había tenido que hablar con ella, por más que costara.

---Oli... -- comencé a decir con la voz rasposa. ---Tengo que contarte algo.

Ella se separó un poco de mí para mirarme y su sonrisa se borró. Sabía que podía notar en mi rostro más de lo que podría decirle en palabras. Me conocía.

---¿Tiene que ver con el estado en el que estabas anoche? -- preguntó y asentí. ---Te pregunté mil veces qué te pasaba y no quisiste decirme.

Y menos mal que no lo había hecho. Ebrio no tenía control de lo que salía por mi boca, y lo que menos hubiera querido hacer era lastimarla.

---Pensé que estabas mal porque me contaste que querías ir al cementerio a dejar flores a tu papá. -- comentó. ---No quise presionarte.

Para colmo de males, era la persona más considerada que conocía. Negué con la cabeza y le besé los nudillos de la mano que tenía tomada con cariño.

---Ayer después de ir al cementerio fui a otro lugar. -- juntó las cejas desconcertada. ---Fui a la firma de libros de Delfina.

La comprensión llenó sus ojos y alzó las cejas sin decir nada. Ese nombre, aunque mucho no lo mencionábamos, significaba algo para los dos. Era un fantasma que nos había rondado desde el principio de la relación, al que yo ya no nombraba.

---Fuiste a verla. -- asintió, resignada.

---Necesitaba hablar con ella, felicitarla por el libro... -- pura mierda, no quería mentirle. ---En realidad quería verla, Oli. Perdón.

Me froté el cabello con violencia, mientras ella me miraba con el gesto más serio que le había visto en esos meses.

---¿Y después te fuiste con ella a tomar algo? -- preguntó. ---¿Es eso lo que me quieres decir, Max? ¿Estuviste con ella? ¿Se acostaron?

La miré en silencio por un instante. Había tanta tranquilidad en sus palabras que me asusté. No parecía para nada sorprendida.

---No. -- respondí mirándola a los ojos. ---No, solamente hablamos y yo me fui solo de ahí. No pasó nada entre nosotros, te lo juro.

Soltó el aire que estaba conteniendo y se sentó en la cama, lo más alejada que pudo de mí.

---¿Qué significa esto? -- la sábana ahora cubría su cuerpo desnudo mientras ella la sostenía con fuerza. Me sentía un hijo de puta.

---Si hay algo que me gusta de nosotros es que somos sinceros con el otro. -- comencé a decir y ella asintió despacio. ---Y sabes que con ella me pasaron cosas en el pasado. No sé por qué fui a verla, por qué quise aclarar las cosas. -- confesé. ---Tal vez porque terminamos de una manera tan rara, yo sentí... siento -- me corregí. ---Siento que no tuvo un cierre. Que es una historia que quedó inconclusa.

---Fuiste buscando darle un cierre. -- dijo, intentando comprenderme.

---Si. -- respondí. ---Terminar con eso para empezar una nueva etapa, con los planes que tenemos. -- ella asintió.

---¿Por qué siento que ahora vas a decir "pero"? -- alzó una ceja. Mierda, cómo me conocía.

Tocaba ponerle huevos a la situación.

---Pero no me esperaba reaccionar como lo hice. -- admití, mirándome las manos.

---No esperabas sentir cosas por ella todavía. -- dijo con calma. Convengamos que otra ya me hubiera estado tirando cosas por la cabeza, pero ella no era así. Racional. Olivia era racional y práctica ante todo.

---No sé qué es lo que siento. -- dije con un suspiro. ---Pero no quería mentirte.

---Máximo, te voy a preguntar esto una sola vez y espero que seas sincero conmigo. -- asentí, tenso como un palo. ---¿Me quieres?

---Si, amor. -- contesté sin dudar. ---Claro que te quiero.

Ella asintió y sonrió apenas.

---Yo también te quiero. -- acertó rápidamente la distancia que nos separaba y me besó en los labios. ---Si vos estás bien sabiendo eso, yo no tengo nada para agregar.

---¿Segura? -- pregunté sin poder creérmelo.

---Muy segura. -- respondió con sus labios todavía rozando los míos, y con un solo movimiento, quitó las sábanas de en medio y se sentó sobre mí a horcajadas.

Acaricié su piel desnuda, rodeándola por la cintura, dejándome llevar.

Dejando que sus besos borrarán todas las preocupaciones, el pasado y la noche anterior. Centrándome esta vez sí en nosotros y en lo mucho que esa preciosa rubia me quería, comprendía ...y a la que le debía tanto.

Minutos después, los dos más tranquilos, nos miramos convencidos de que aquello solo sería un mal recuerdo. Algo que el tiempo se encargaría de solucionar.

Siempre me sucedía.

Oli hacía que pensara que podía superarlo todo, o al menos, volverlo más fácil.

Aunque el caos vino después...

Esa semana, había recibido un llamado de mi agente que me comunicaba algunos pequeños cambios que habían hecho en mi gira.

Tras publicarse unas malditas fotos en donde yo salía del evento de Delfina, nos querían a los dos juntos para llamar la atención del público y los medios.

Mierda.

¿Cómo había sido tan pelotudo de dejarme ver por la prensa?

Ese acto impulsivo seguiría pasándome factura.

Por supuesto me había resistido, y por lo que me habían contado, Delfina había hecho lo mismo, pero no habíamos logrado desligarnos. Era nuestra obligación, teníamos contratos firmados, y en otras palabras, como dice el dicho: *a llorar al campito*.

Y con eso, se había terminado la calma de mi novia.

Le había sentado pésimo y no hacía más que reprochármelo, aunque yo no podía hacer nada. No le gustaba que compartiera tanto tiempo a solas con la youtuber y la entendía, pero estaba atado a mis compromisos.

---También tenés un compromiso conmigo. -- me recordó, alzando la mano en donde estaba el anillo que le había regalado y yo tragué en seco.

---Tenés razón, amor. -- tuve que decir. ---Pero qué querés que haga.

Le jodía, podía verlo.

Decía que yo tenía una actitud muy pasiva al respecto, y que debería haberme plantado, porque no podían obligarme.

Intentando buscar soluciones, le había dicho que viniera conmigo. Que me acompañara en la gira esos meses, pero no.

No podía abandonarlo todo.

Ella tenía un trabajo, y era de por sí muy exigente.

---Está bien. -- había dicho una noche, tras otra de nuestras discusiones. Cerró los ojos y se tocó el anillo. Me di cuenta que se lo sacaba, recién cuando lo dejó en mi mano, apenada.

---¿Oli? -- dije mirándola. ---¿Qué hacés? ¿Por qué me lo devolves?

---Guardalo vos. -- dijo muy segura. ---Si todavía querés, me lo devolves en unos meses, cuando esa maldita gira termine.

Estaba posponiendo nuestro compromiso.

Estaba dejándome ese tiempo para que terminara de ponerle cierre a mis historias, y volver a ella cuando pudiera escribir una nueva a su lado.

Asentí y la besé en los labios, prometiéndole ser otro al regresar.

Seguiríamos juntos, no era una carta blanca, y me lo dejó muy claro. Era solo un pasito atrás. Un tomar distancia, para formarnos mejor y que lo nuestro funcionara. Era algo responsable, como todo lo que ella hacía.

Más me valía poner mi cabeza en orden en esos meses y ser el hombre que esa preciosa mujer se merecía.

Delfina

Me pasé las manos por la falda de mi vestido dos veces, para secármelas y tomé aire antes de entrar a la agencia. El reflejo que me devolvió la gran puerta de cristal casi me hizo reír.

Estaba tensa y con una cara de miedo que no se podía creer.

Mi cabello rosado, recogido en dos trenzas, y el maquillaje llamativo de siempre. Al menos no se sorprendería al verme...

Seguía siendo la misma ¿no?

---Nos están esperando en la sala de juntas. -- me avisó Vero apenas me vio pasar. ---Ya sabés, frente en alto. Vos podés. -- susurró mientras caminábamos por el pasillo.

---Me estás poniendo más nerviosa. -- dije para que se callara.

---Ni se te ocurra. Tenés que estar tranquila, como si nada. -- me hizo respirar profundo dos veces, y cuando le hice señas de que estaba lista, abrió

la puerta frente a nosotras.

La sala, tenía la misma mesa en la que habíamos hecho el acuerdo antes de aquella gira dos años antes, y si me ponía a pensar, no me sentía muy distinta.

Nop.

Ahí estaban las nauseas...

Se pusieron de pie rápidamente y yo hice todo lo posible por mirarlo a los ojos.

---Buenos días. -- creo que nos dijimos a coro.

---Ya nos conocemos todos. -- dijo Alberto su agente. ---Por favor tomemos asiento.

Asentí apenas, y Vero me indicó la silla que quedaba a su lado. Levanté apenas la mirada y me arrepentí en ese mismo instante. *¡Mierda!*

Máximo, con esa camiseta mangas cortas color gris claro, y esos pantalones de jean oscuros, me miraba con una intensidad que no estaba preparada para afrontar. Su cabello, algo despeinado, me hacía pensar que había estado frotándolo como cada vez que estaba ansioso. Se pasó una mano por los labios sin querer, y yo reconocí ese gesto.

Seguro se moría de ganas de ir a fumarse un cigarrillo.

---Como ya les comentamos, los cambios de la gira van a ser beneficiosos para ambos. -- dijo Alberto. ---Van a terminar antes, y las ventas de sus libros van a ser sin dudas, mejores.

---Esta reunión es para que coordinemos los itinerarios, y para que todos nos saquemos las dudas antes de viajar. -- siguió diciendo Vero. ---Saben que las primeras fechas son en Buenos Aires.

Todos asentimos.

La conversación siguió de modo profesional. Nosotros básicamente no dijimos nada, y dejamos que nuestros representantes se encargaran de los detalles técnicos, que al parecer ya tenían bastante resueltos.

Yo solo me mordía el labio inquieta, y cruzaba y descruzaba las piernas, conteniendo el impulso de salir corriendo de allí. Cada vez que me volvía a donde estaba Max, me estaba mirando. De hecho, más de una vez me había sonreído incluso, pero yo esquivaba su mirada y hacía de cuenta que estaba prestando atención a lo que se estaba diciendo. Pero lo cierto es que Vero iba a tener que contármelo todo después...

---Yo tengo una pregunta. -- dijo entonces Máximo hablando por primera vez, haciéndome estremecer con ese tono ronco que tenía. ---Todas las firmas de libros y eventos son en librerías ¿verdad? Es que en la otra gira de Fini, había otros eventos y convenciones que no tienen nada que ver con el género que yo escribo.

Ok. Había usado mi sobrenombre artístico, eso era nuevo. Lo miré curiosa y él me devolvió la mirada relajado.

---Por supuesto que las firmas es en donde coincidirían. -- comentó Vero. --Si, Fini tiene otros eventos que no requieren tu presencia y vos tenés los tuyos. Estamos haciendo lo posible por que se ajusten perfectamente. -- anotó algo en un cuaderno, como la perfecta ejecutiva que era.

---Y en cuanto a los rumores... -- empezó a decir, pero antes de que terminara la frase, lo interrumpí.

---No. -- negué con la cabeza. ---Esta vez no vamos a prendernos a ese juego. Esta es una gira de promoción y nada más.

---Mi clienta quiere que cada uno por su cuenta acepte una entrevista en donde deje perfectamente aclarado que entre ustedes no hay nada. -- aclaró Vero y Max apretó un poco las mandíbulas mirándome con atención.

Alberto que no entendía nada, asintió conforme y miró a su representado.

---Me parece sensato. -- acotó. ---Ya tengo una entrevista para vos esta tarde.

Mi amiga aprovechó la interrupción, y me sonrió disimuladamente. Me pasó su cuaderno para que leyera aparentemente algo importante y yo por poco no solté una carcajada ahí mismo.

Había hecho un dibujo ridículo en el que una cucaracha, sospechosamente parecida a Máximo, era aplastada por un zapato de tacón... sospechosamente parecido al mío.

Me aclaré la garganta para no reír y tomé un trago de mi botellita de agua.

---¿No más agua de unicornio? -- preguntó Max, señalando una botellita cualquiera que había recogido fuera, con una sonrisa torcida.

---La guardo para ocasiones especiales. -- contesté muy digna, mirando para otro lado. Ni siquiera iba a darle el gusto de quedarme mirando su reacción.

No podía aflojar.

¿Quería impresionarme recordando cosas de nuestro pasado? ¿Qué pretendía haciéndose el simpático?

La reunión no duró mucho más, y cuando tuvimos todo ajustado, solo restaba acordar una fecha y una hora para el comienzo de aquella maldita experiencia.

Tenía que recordar agradecerle a Vero por haber hecho todo por mí, ya que no habría podido pensar claro con él tan cerca. Ahí estaba cumpliendo su promesa, y lo estaría durante toda la gira. Sin dudas esto con Paul no hubiera sido posible.

Nos saludamos de manera formal, y yo me apuré a acercarme a la puerta, para no tener que darle la mano a nadie, fingiendo estar leyendo algo interesantísimo en mi celular.

La pantalla estaba bloqueada, por si preguntan...

---Delfi, ¿podemos hablar un minuto? -- dijo Max, frenándose fuera, con una mano en mi antebrazo.

Me solté como si su contacto me quemara y sin siquiera mirarlo, le contesté.

---No.

¿Había sido lo más maduro? No creo, pero me daba igual.

Capítulo 7

Verónica

Tuve que frenar a la loca de mi amiga, que había salido casi disparada de la agencia sin fijarse si quiera si venían autos por la calle.

Después de eso, fuimos a tomar helados para relajarnos y para seguir trabajando, como siempre hacíamos.

La reunión había sido un éxito, y aunque Fini ahora no pudiera verle el lado positivo a la situación, con el tiempo se daría cuenta de que era una movida de marketing inteligente. Había arreglado para ella una entrevista con un amigo periodista que me debía una, y ahora la estaría esperando en un bar cercano para que pudiera darle su exclusiva.

Era una lástima que lo de ese Máximo y ella no hubiera funcionado, porque se veían muy bien juntos. Eran lo suficientemente diferentes como para ser llamativos, y tan opuestos, que saltaban chispas. Una pareja de lo más sexy. Sacudí la cabeza con pesar. Él había sido un imbécil, y se la había perdido.

Ella ya encontraría a alguien que se lo hiciera olvidar, y pasaría a ser solo una mala anécdota.

¿Es que ya no quedaban hombres decentes en este mundo?

Si pienso en mi ex, tendría que contestarles que no.

Tan tímido que parecía ser a veces, y tan lleno de sueños alocados... Eso era lo que me había enamorado de él.

Renato, si, así se llamaba. Aunque era conocido como René, me conoció en un casting, donde yo era asistente de la producción para una publicidad de bebidas gaseosas, tiempo antes de que me dedicara a representar celebridades como Fini.

Recuerdo que había gustado y había quedado entre los seleccionados, pero al final no resultó ser lo que buscaban justamente por su timidez. Le faltaba algo, y ese algo era confianza.

A mí me había dado ternura, y eso me había llevado a acercarme, charlar con él, y convencer a quien ese entonces era mi jefe, de contratarlo al menos como uno de los extras.

Estaba agradecido, y si bien todos en el set coincidían en que le faltaba

experiencia para terminar de animarse, ahora que lo recuerdo tan modesto, humilde y sencillo, me doy cuenta de que todos nos habíamos equivocado totalmente. Y que era mejor actor de lo que nos habríamos imaginado nunca.

Creo que hasta se había sonrojado al invitarme a salir después de la grabación. ¿Cómo es que no había sabido verlo? Rodeada de actores y tan ingenua para ver que esa era una técnica para ganarse mi confianza.

Tenía que haber notado que yo me sentía atraída, y que sentía cierta debilidad por él, y se había aprovechado. Se había aprovechado de mí el muy maldito.

Me daba gracia acordarme todas esas veces, cuando al principio de nuestra relación, había tenido que acompañarlo a los eventos. Si casi había tenido que arrastrarlo, y apenas si podía soltar una o dos palabras, sin separarse en toda la noche de mi lado.

Repetía una y otra vez que no quería que sintiera que estaba presionándome, y que yo no tenía obligación de presentarme a nadie... pero a la vez, siempre dejaba caer indirectas haciéndome saber lo mucho que le apetecía que lo hiciera.

No quería que mezcláramos nuestra vida personal con nuestras carreras, pero ¿es que eso era posible en el mundo en el que nos movíamos? ¿hablábamos alguna vez de algo que no tuviera que ver con el medio? A los dos nos apasionaba.

Supuestamente no pedía mi ayuda, pero yo terminaba dándosela porque era una boluda, y él, un manipulador.

Y entonces, de un día para el otro, sucedió.

René se vio en medio de los flashes, y quedó encandilado por tanto brillo.

Se olvidó de quién era, de quién había sido, y por supuesto, se olvidó también de mí.

Cuando estábamos a solas era una persona, y luego en público era una totalmente diferente. Sobre todo cuando obtuvo el papel principal en la novela de la noche. Ese fue el momento en que todo cambió.

Las cámaras se encendían y se transformaba. Se convertía en una estrellita airada y soberbia que no veía nada más allá de su propio ombligo, y se creía ya con el derecho de tratar a todo el mundo como se le daba la gana. Sabía que era normal que le ocurriera a los más inexpertos. Que no supieran manejarlo correctamente, y terminaran estrellados antes de tiempo. Lo había visto miles de veces, y en actores mil veces más talentosos.

Había querido aconsejarlo.

Aun tenía mucho para demostrar, tenía que ganarse las cosas de a poco, con esfuerzo y trabajo. Necesitaba humildad o su carrera sería tan fugaz como la de tantos que había visto pasar y que habían cometido el mismo error. Tenía que pagar un piso, y no lo comprendía.

Protagonizaba una tira en el horario central del canal, había despegado como actor hasta lo más alto, y no había forma de bajarlo a tierra.

Sentía vergüenza ajena cada vez que lo escuchaba dar una entrevista, refiriéndose a él mismo en tercera persona, o dándose las de artista torturado.

Era un fraude.

Hasta en sus redes sociales, donde hacía creer a todo el mundo que llevaba una vida interesantísima, ocupada y llena de compromisos y reuniones de trabajo.

¿Quieren saber qué hacía mientras publicaba esas pavadas?

Estaba jugando a la play en calzoncillos, tirado en el sillón de casa. Si.

No es por romperle la ilusión a más de una, pero cada vez que escribía esas frases motivacionales sobre la vida sana, el entrenamiento y salía ejercitándose en el gimnasio, en realidad estaba reciclando una de sus fotos viejas, mientras se quedaba holgazaneando en mi casa, comiendo comida chatarra. Y no me malentiendan, no tengo nada en contra de la comida chatarra, para nada. Yo soy fan, de hecho, pero al menos no miento al respecto.

Y es que el muy jodido, había sido bendecido por una buena genética que lo dejaba comer lo que quisiera y seguir teniendo un cuerpazo. No tenía que esforzarse... Y créanme que le venía muy cómodo, porque a la palabra *esfuerzo*, nunca la entendió del todo.

Cada vez que quería hablarle, era como intentar razonar con un niño caprichoso. No me escuchaba. Ni como su novia, ni como su agente. Ni siquiera quería escuchar al director a veces, él estaba por encima de todos, y había momentos en que nos hacía sentir como una molestia. Íbamos a eventos y fiestas juntos, pero apenas tenía una oportunidad o excusa, se esfumaba entre la gente dejándome por allí tirada.

Si no lo hubiera querido tanto, y de verdad estaba enamorada, seguramente lo hubiera mandado a la mierda. Pero René sabía perfectamente que con una de sus sonrisitas --entre otras ...cosas que me hacía-- yo podía perdonarle lo que fuere.

Bueno, lo que fuere no.

Ahora es cuando la historia se complica.

Era el cierre del ciclo en el canal, y lo habían festejado en un boliche de

Palermo, invitando a todos los que trabajábamos en él, y en donde se iba a homenajear a las tiras que llegaban a su fin también. La de René ya estaba llegando a sus capítulos finales, pero le estaba yendo tan bien, que se había hablado de renovarla por una temporada más. Solo había que darle otro giro, y ya estaban hablando con escritores para el guión.

Se había convertido en el actor mimado en poco tiempo y cualquier cosa que se le hubiera ocurrido, se lo hubieran dado, porque el rating estaba por las nubes.

Estaban desesperados por darle con todos los gustos, y cuando después de que en una fiesta le presentara a cierta actriz, él la señaló y dijo a los productores que la quería como su nueva pareja de ficción, a todos les pareció fantástico.

Ni hablar de la chica, que acababa de obtener un rol principal solo por haberle hecho ojitos a mi novio en una fiesta.

Me había puesto celosa. Yo misma los había presentado por educación y porque no me quedaba otra, la chica se nos había quedado mirando después de saludarme, y René estaba encantado con tanta atención y ojitos coquetos. Me torturaba cada vez que lo pensaba...

Había montado millones de escenas ridículas y patéticas en el set viéndolos, pero es que todos podían notarlo. La química que tenían era indiscutible, y algo me decía que algunas de esas miraditas, tenían un trasfondo que yo desconocía.

Comencé a perseguirme, a sentirme mal cada vez que me decía que tenía reunión con los del elenco, o que tenían que repetir algunas tomas hasta altas horas de la madrugada y él no volvía en toda la noche.

Me enloquecía que cuando estábamos juntos, su teléfono no parara de sonar, y que cada vez que en la tele se hablaba de ellos, se hablaba de un supuesto romance que estaban escondiendo.

No podía ver más la novela, porque si tenían que besarse en cámara me ponía enferma. Literalmente, se me revolvió el estómago del asco.

René me lo había negado por supuesto.

Se había cansado de asegurarme una y otra vez que eran ideas mías, y que con Eugenia, solo eran amigos. ¡¿A mí me venía con esa respuesta tan típica?! No le creía ni una sola palabra.

Y así fue que un día, de la nada, me pidió que me reuniera con él en el restaurante en el que habíamos tenido nuestra primera cita. Nunca voy a saber

si él se percató de lo insensible que eso había sido, o si en realidad ni siquiera lo recordara, de tan ocupado que estaba al mirarse su propio ombligo las 24 horas del día.

Me había dicho que lo nuestro había cumplido un ciclo, y que los dos necesitábamos otras cosas, volar, y no sé cuántas chorradas. Me puse furiosa. Odiaba que hablara por los dos, yo lo quería y había dado tanto por la relación, que su actitud me repateó. Y él, como si fuera un jefe despidiendo a su empleado, con mucha educación, me hacía saber que mis servicios ya no eran requeridos por la empresa. Que me dejaban ir y que mucha suerte también, ya que estaba. Frío como un témpano, le faltaba solo darme una palmadita en la espalda.

Había llorado en frente de todos. Me importaba un carajo su cara de incomodidad, o que hubiera estado seguro que reuniéndose conmigo en un lugar público no iba a armarle un escándalo. Se lo había armado igual.

Hasta le había arrojado con todo lo que había en la mesa. Por ejemplo el vino que había en mi copa, que dejó una enorme mancha violeta en su camisa celeste favorita.

Tienen que comprender que más allá de algunos celos y de su actitud frente a la fama, nosotros nos llevábamos bien. No había nada que me hubiera hecho pensar en que querría terminar así, tan abruptamente de un día para el otro.

Estaba devastada, no entendía nada.

Pero al lunes siguiente lo entendí, sí.

Habían salido a la luz unas fotos de René y Eugenia saliendo de un hotel donde claramente habían pasado la noche, y no quería que se dijera nada malo de él, porque *técnicamente* ya estaba soltero y libre de hacer lo que le pareciera.

Digo técnicamente, porque las fotos eran de unas semanas atrás...

Tengo conocidos en la prensa, claro que me enteré de cuándo eran y dónde exactamente habían sido tomadas.

Me enteré de eso, y de que Eugenia ya le había hecho lugar en su departamento donde iban a vivir juntos. Casi desde el mismo día en que cortó conmigo.

Rata. Rata inmunda.

Era una rata de dos patas, como dice la famosa canción de Paquita la del Barrio.

Rata inmunda, animal rastrero Escoria de la vida, adefesio mal hecho

Infracumano

Espectro del infierno, maldita sabandija Cuánto daño me has hecho...

Había cantado totalmente ebria unas noches después con mis amigos en un karaoke.

Alimaña

Culebra ponzoñosa Deshecho de la vida Te odio y te d-despreciooo

Lloraba, botella en mano, señalando a un lugar del público donde creía estarlo viendo, sacándome todo el dolor del pecho.

*Rata de dos pataas, René, sí Te estoy hablando a ti Porque un bicho
rastrero Aún siendo el más maldito Comparado contigo Se queda muy
chiquito*

El próximo recuerdo que tenía de aquella velada, era haber sido arrastrada por mis amigas al departamento de una, donde me desplomé en un sillón hasta que se hizo de día.

La cabeza me martilleaba de dolor, tenía una resaca asquerosa, no había hecho otra cosa que vomitar, y cuando por fin había logrado meter algo en el organismo además de agua, en la tele, el programa de chimentos empezó a hablar de la parejita del momento.

Eugenia y René, tomados de la mano a la salida del canal, dando notas de lo feliz y enamorados que estaban, y de lo afortunados que habían sido al conocerse. Respondían entre miradas cómplices, que no descartaban casarse el año siguiente, y que los dos querían formar una familia grande juntos.

Para cerrar, se habían dado un beso apasionado que hizo aplaudir a todos en el estudio... Y que a mí me produjo una enorme arcada, que me hizo correr hacia el baño.

Después de eso, habían venido meses en los que me había cansado de revolcarme en mi desdicha, y ya que estábamos, revolcarme también en otros sentidos con cuanto chico se me había cruzado.

Se había vuelto mi misión el volver a estar en pareja, y volver a sentir aquellas cosas que había sentido por René, pero al día de la fecha, aun no lo había logrado.

Ninguno era tan gracioso, ni tan carismático... ni tenía los mismos ojos azules que mi ex tenía.

Sabía que era patético, y no pensaba admitir que todos pasaban por esa

odiosa comparación, porque en el fondo, lo que yo aun no superaba, era aquella ruptura.

Estaba despechada, y supongo que ninguno de esos chicos que había conocido, tenían la culpa de eso.

De hecho, más de uno seguramente era un buen partido, y si hubiera accedido a una segunda o tercera cita, tal vez hubiera funcionado. Quién sabe, era una jodida.

Ahí es donde había aparecido Pablo.

En una de las salidas con Fini, se nos habían acercado dos chicos y habíamos bailado un rato con ellos, parecían simpáticos. Y sí. También eran dos bombones.

Juan de cabello castaño y una mirada despierta y graciosa, y su amigo. Uff... su amigo.

Alto, rubio con el cabello cortito casi al ras, aunque en el frente algunos mechones quedaban despeinados. Barba cuidada a tono, ojitos azules verdosos, nariz importante, y un gesto pícaro con la boca que me ponía flojitas las rodillas. Estaba buenísimo.

Hablamos poco, lo suficiente como para saber que era bombero y en su tiempo libre, voluntario en un refugio de animales callejeros, donde salvaban perros a punto de ser sacrificados, y les daban hogar transitorio hasta que encontraran una familia que los pudiera adoptar.

Él mismo había adoptado un par, los amaba.

Tenía una familia muy unida, cuatro hermanos y varios sobrinos ya, que ocupaban todos los marcos en las repisas de su departamento.

Y en la cama era... Me sonrojaba solo con recordarlo.

Habíamos congeniado desde el primer beso, pero cuando llegamos a su casa y la cosa se puso caliente, yo no podía creerlo. Y no es que mi falta de reacción se debiera al increíble cuerpo que escondía tras la ropa, porque por su profesión, era comprensible que tuviera ese físico... Aunque admito que cuando se quitó el bóxer, ahogué un grito, sin saber qué hacer. Era... Era algo que no se veía todos los días. Algo digno de admirar. Algo para quedarse contemplando y agradeciendo a la naturaleza...

Pero además era un amante generoso.

Y si dan esto por sentado, es que han sido muy afortunadas con sus parejas sexuales, porque déjenme decirles que no siempre es el caso. No siempre

saltan chispas, no siempre la otra persona sabe lo que está haciendo o se interesa por que su compañero de cama la pase bien, ni termina una con los ojos en blanco, como nos hacen creer las películas. La mayoría de las primeras veces entre dos personas, es algo incómoda, y es lo normal.

Pero él, parecía haber sido hecho para mí. No exagero.

Desde René, no suelo quedar varias veces con nadie, sin embargo, ni dudé cuando esa mañana después de conocernos, Pablo sugirió que pasáramos el día juntos.

Ni cuando me dijo que ya era tarde, y que me quedara otra noche con él.

...Ni cuando esa noche se convirtió en la mitad del día siguiente.

Había sido un fin de semana de locos. La habíamos pasado genial, y la química entre nosotros era de otro planeta, *pero...* --si, yo siempre encontraba uno de esos-- me había asustado.

Era dulce, y me confundía su trato a veces.

Como si fuera su novia, era detallista, tenía gestos cariñosos y me ponía apodos como "bebé", que yo odiaba. Quería que esa semana quedáramos para comer, y que el próximo sábado saliéramos juntos al bar de uno de sus amigos.

Ya pretendía presentarme a su grupo, iba muy rápido, no me parecía normal. Mi cerebro me repetía una y otra vez que no era René y que si no era él, no podría estar así con otro... así que para qué molestarse.

Me había entrado el pánico, y unos días después, borré todos sus mensajes y dejé de contestarle.

Él no parecía aceptar mi rechazo, o es que todavía no se había dado cuenta porque yo no le había dicho claramente que no quería volver a verlo. Pero... hacía un rato, me había enviado un Whatsapp diciéndome que se moría por verme y por ...por hacerme cierta cosa que sabía que a mí me gustaba mucho.

Me miré por un instante, evaluando mi estado. No estaba muy linda, pero tampoco es que estaba desastrosa. Me mordí el labio releendo el mensaje. *Sí que tenía ganas de lo que ahí ponía...* -- pensé, sintiendo un estremecimiento agradable. Imágenes de su torso musculoso, y sus brazos sujetándome, tan fuertes por la cadera mientras me tenía empotrada a la pared de su cuarto hicieron que mi corazón se acelerara.

Si podía mantener nuestros encuentros en lo que eran, puro sexo, podía seguir viéndolo. Sí, él no me haría sufrir como René.

Asentí convenciéndome, y le contesté aceptando.

Capítulo 8

Delfina

Estaba tranquila con las respuestas que había dado.

Todo muy educado, muy políticamente correcto... tal cual lo había ensayado millones de veces para cuando este tema salía a la luz.

---*¿Te estás viendo con Máximo? ¿Cómo está la relación entre ustedes?*

---Si, tenemos trabajo en común, solo eso. La relación siempre fue muy buena, y lo sigue siendo todavía. Siempre es un placer compartir con él.

---*¿Si se llevan tan bien por qué dejaron de salir en su momento?*

---Eso forma parte de nuestra intimidad, no voy a contestarte. Solo puedo decir que si lo nuestro no funcionó como pareja, no quiere decir que no podamos ser buenos amigos.

---*¿Solo amigos?* -- preguntó entornando los ojos.

---Solo amigos. Entre Máximo y yo no hay nada más que eso.

---*Se llegó a decir que había una tercera persona involucrada, y que él te había engañado. ¿Eso es cierto?*

---Para nada. No hubo terceros, ni dramas. Solo nosotros y diferencias que nos separaron, simplemente.

---*¿Entonces no estás enojada con él como también se había sugerido? Algunas personas dicen que los vieron discutir en la librería en donde se iba a realizar tu primera firma de libros.*

---No he tenido tiempo de ver tele ni leer los portales de noticias, así que no sé qué es lo que se está diciendo, pero desde ya te digo que no es así. Con él está todo bien. Es una buena persona, muy buen profesional, le deseo lo mejor.

---*¿Te siguen pasando cosas con él? ¿Te mueve algo el volver a verlo después de tanto tiempo?* -- había tenido que sonreír ante su pregunta. Era eso o ponerme a llorar ahí, y lo hubiera arruinado todo. Así que tomé aire y disimulé.

---Le tengo un gran cariño. Fue muy importante para mí en una etapa de mi vida, así que siempre voy a tener lindos recuerdos de él. Pero hoy en día, solo se traducen en una bonita amistad.

No había podido sacarme nada. Ni un titubeo del que agarrarse para decir

que estaba mintiéndole, así que seguramente se fue poco conforme y con la sensación de que no había logrado su cometido que era quebrarme para una entrevista jugosa. Pero al menos había despejado las dudas y los rumores.

Estaba orgullosa de la calma que había mantenido, francamente, no sabía si iba a ser capaz...

Ahora solo me quedaba esperar a que él hiciera lo mismo, y en su nota, dijera cosas parecidas.

Me encogí de hombros.

Que dijera lo que quisiera, no tenía que interesarme. Yo ya me había cubierto las espaldas, que él se las arreglara como pudiera con las suyas.

Unos días después, la locura se había desatado.

Empezábamos la promociones de nuestros libros, y el primer punto en la agenda era Buenos Aires. Al no tener que movilizarlos ni alejarnos demasiado de casa, no habíamos necesitado quedarnos en un hotel, así que cada uno había llegado a la primera librería por su cuenta.

Vero no se me despegaba ni un segundo, que era lo que habíamos acordado, y él estaba algo distante, haciéndolo todo más fácil.

Nos presentamos en tres oportunidades esa semana, y cada uno tenía un escritorio en un rincón del lugar, facilitando a nuestros lectores poder hacer dos filas distintas, y de paso manteniéndonos siempre a veinte personas de distancia.

En los pocos momentos en los que podríamos habernos cruzado que eran los descansos para comer, yo esperaba que él volviera para irme o me escapaba cuando más ocupado lo veía para tomarme un café.

Vero y su agente eran nuestros intermediarios, y si todo seguía así, poco sería lo que tendríamos que compartir en la gira.

Tal vez no sería tan terrible después de todo...

Sin embargo, tenía la sensación de que el fin de semana no llegaba más, y cuando lo hizo, eso solo significaba que la verdadera gira, esa que tendríamos en ruta, estaba a punto de comenzar.

Negándome a pasarla mal por adelantado, me dije que lo mejor sería hacer planes.

Dejé todo listo, mis cosas y las cosas de mi gata porque ahora Moona viajaría, y aunque era una santa y no requería de tanto mantenimiento, era un cambio. Una de mis condiciones con la agencia, era la presencia de mi

mascota, ya que cuanto me ausentaba tanto tiempo la extrañaba horrores, y además, no quería poner en un compromiso a mis amigos para que se encargaran. Ya tenían ellos bastante con lo que entretenerse por esos días...

Con las valijas hechas, y la casa ordenada y limpia, llamé a Vero para salir, pero me sorprendió diciéndome que no estaba sola en casa y que ya había quedado.

Me sorprendí más aun cuando al preguntarle quién era el afortunado, me dijo que se trataba de Pablo, aquel chico tan lindo y tan especial que había conocido en el boliche.

No era para nada común que volviera a ver a sus conquistas de una noche, así que intuía que eso podía ser una muy buena señal.

Eso me hizo pensar.

Di vueltas por horas esa noche en la cama, debatiéndome si me convenía, pero finalmente y con una sonrisa, marqué el número de Juan.

Si mi amiga podía darse una nueva oportunidad para ser feliz después de lo que le había pasado, por qué yo no podía aspirar a lo mismo.

En el peor de los casos, de todo esto me llevaría un buen amigo.

---No sé qué te hizo cambiar de opinión, y no estoy tan loco como para cuestionártelo, así que sí. -- me dijo apenas me atendió el teléfono. ---Cuándo y dónde quieras.

Me hizo gracia su respuesta, pero tampoco me detuve a analizarla demasiado. Solo le dije que tenía ganas de ir al cine, y le advertí que para que no nos molestaran, tendríamos que ir en la última función, en la que había menos gente, como siempre acostumbraba.

---¿Tan famosa sos, eh? -- preguntó sorprendido.

Él no me había reconocido aquella primera vez, pero luego de charlar casi a diario, había terminado por contarle a qué me dedicaba, y aunque le hice prometer que no me buscaría en Google, suponía que alguna vez lo habría hecho para ver mis videos. ¿Quién no lo hubiera hecho al menos por curiosidad?

---No soy tan famosa. -- contesté sonriendo. ---Pero va a ser más cómodo, creeme. -- agregué y él no puso ninguna objeción.

---¿Y qué día quedamos? -- quiso saber después. ---Porque ya que vamos a salir, sé de un lugar que hace una comida mexicana muy buena...

---Ah... -- lo interrumpí. ---En realidad, me quedaría bien que fuera ahora.

-- me encogí siendo consciente de lo mal que había encarado la situación. ¿Se ofendería? ¿Tendría otros planes para hoy? Era super tarde. *Delfina, qué desubicada...*

---¿Ahora? -- dijo sorprendido y yo cerré los ojos, maldiciendo por dentro.

---Es que mañana me voy de gira por un tiempo y hasta que vuelva...

---Sí. -- respondió, interrumpiéndome él también. ---Dejame me cambio y nos encontramos, o voy a buscarte. -- siguió diciendo de manera atropellada.

Sonreí porque era un poco adorable.

Me encantaba que tuviera tan pocas vueltas, y estuviera tan predispuesto a hacer planes a último momento conmigo.

---Dame tu dirección. -- contesté, sacándolo del apuro. ---Voy a buscarte en una hora.

Y así fue que tuve mi primera cita con Juan.

A una hora ridícula en un cine perdido y casi vacío, viendo la primera película que se nos había ocurrido, que terminó siendo malísima, pero el entorno perfecto para esa velada.

Esa velada que estuvo llena de risas, conversaciones de todo tipo, hasta de las interesantes, y mucha, *mucha* comida chatarra.

Una velada en la que yo al haber salido desabrigada, me vi envuelta en el calor de su chaqueta mientras nos tomábamos un helado a la luz de la luna.

Una que fue testigo de confesiones y confidencias entre nosotros y también por qué no, un poco de coqueteo inocente.

Ya nos teníamos como fondo de pantalla, y ahora entre risas, también nos habíamos asignado un tono en el celular para cuando nos llamáramos.

Yo había elegido para él una canción de reggaetón horrible que habíamos bailado aquella vez en el boliche, y él para mí...

Él había elegido una preciosa de Bruno Mars que le cantaba a una chica y le decía que era maravillosa, justo como era. Y que cuando ella sonríe, todo el mundo se para a mirarla, porque es maravillosa... Que no le cambiaría nada.

Déjenme decirles que yo me sentía bien conmigo misma a estas alturas, pero aun así, tengo que admitir que me emocionó que me dedicara justo *esa* canción, porque siempre me había gustado y que tan bonito significado tenía.

Esa velada que cerró también perfecta con un beso tierno en los labios, que me tuvo sonriendo todo el camino a casa, haciéndome olvidar de todo lo

que se me venía encima al día siguiente.

Máximo

Me llevé el cigarrillo a los labios, pensativo, esperando a que los primeros rayos de sol asomaran por el horizonte. Ya lo hacían, muy suavemente.

El aire estaba fresco pero lo agradecía, porque desde siempre, el viento frío había tenido el poder de aclararme la mente. Y sí que necesitaba aclararme.

Miré a mis espaldas, Oli en mi cama, acostada entre las sábanas que nosotros mismos habíamos deshecho la noche anterior y me maldije como ya venía haciendo seguido.

Desde que me había devuelto el anillo, tenía la cabeza hecha un lío. Porque no ponía en duda lo mucho que la quería, de eso estaba seguro... Pero es que al desaparecer el símbolo de aquel compromiso que existía entre nosotros, también había experimentado otras sensaciones.

Por un segundo me había sentido hasta libre, y eso me daba miedo. Me aterrorizaba esta libertad que no hacía más que abrirme puertas desconocidas e inciertas, cuando yo lo que más necesitaba era la seguridad que sus brazos siempre me habían hecho sentir.

Quería de una puta vez en mi vida saber hacia donde iba, y cuando yo le había puesto ese anillo en su dedo, estaba convencido de que lo sabía.

Su cabello rubio se desparramaba sobre la almohada donde la luz que entraba por la ventana, lo hacía brillar dorado... en otro momento hubiera buscado mi cámara para capturar el instante por lo hermosa que se veía, pero ahora...

No quería quedarme con este instante, no. No con este precisamente. Sentía tanta culpa, tanta vergüenza...

La gira había comenzado oficialmente.

Llevaba unos días comportándome.

Me había mantenido a cierta distancia de Delfina, evitando encontrármela más de lo estrictamente necesario y al parecer, ella estaba haciendo lo mismo.

Hablando con mi agente, llegamos a la conclusión de que lo mejor era ubicarnos en dos puntas alejadas en las librerías, porque aunque estábamos en

la misma editorial, nuestros libros no tenían nada que ver.

Si, teníamos que enfrentar todo tipo de preguntas por parte de quienes habían ido a vernos. Hasta las más incómodas que involucraban nuestra... antigua relación, pero para el tercer día, ya estábamos programados a responder siempre lo mismo.

Lo mismo básicamente que mi agente me había redactado para decir en la entrevista que había dado para que los rumores de que habíamos vuelto no crecieran.

Eso estaba descartado.

Yo mismo había elegido decir que con ella teníamos solo un vínculo de amistad y laboral... y Alberto, le había puesto un montón de frases bonitas y políticamente correctas que tanto nos gustan a los periodistas.

No había dicho nada de Olivia, y eso había sido un poco su decisión. Sin saber bien en qué punto estábamos y qué iba a pasar con nosotros, no se sentía cómoda conmigo hablando de nuestro compromiso en plena gira con mi ex.

La entendía. Era ridículo pretender que quisiera que la expusiera a todo este circo, pudiendo afectar su trabajo, su familia o su intimidad.

Recordaba lo duro que había sido para mí dos años atrás...

Me cubrí el rostro hastiado.

No me gustaba mentirle, no quería.

En todo estos meses con ella había sido sincero, creía que en eso se basaba lo que teníamos, y tal vez era lo que ahora me encontraba tan contrariado.

La noche anterior había estado con ella, si.

La había besado, la había tocado, le había hecho el amor, ...y en ningún momento la había mirado a los ojos. Mi cuerpo respondía a Olivia y a todo lo que me hacía sentir, pero mi mente... Mi mente no.

No había podido perderme en su piel.

Mi mente tenía aun patente el recuerdo de Delfina, y no había nada que pudiera hacer para sacármela de allí. Desde que había vuelto a verla, ella estaba en todas partes, pero sobre todo, en nuestra cama.

Ya no era capaz de hacerle el amor a mi novia sin pensar en otra. Era horrible.

Tengo que superar todo esto que me está pasando para volver a la normalidad -- me decía constantemente. Tenía que dejar el pasado atrás,

donde pertenecía, y enfocarme en el futuro que había elegido. Pero hasta este se había llenado de una niebla turbia y fría, y ya no lo veía todo tan claro. Porque quería a Olivia, la quería. ¿La quería? Si. La quería. ¿*La amaba?*

Solté el humo viendo como dibujaba figuras en el aire, arremolinándose frente a mis ojos, y fastidiado lo espanté con las manos, apagando lo que quedaba del cigarrillo con mal humor.

Puto asco, en lo que me había convertido.

Capítulo 9

Delfina

En el avión ni nos habíamos mirado.

Yo iba charlando con Vero, y él se había quedado dormido casi al instante, alejándose como de costumbre de todo lo que lo rodeaba.

En el check in del hotel yo estaba pegada a mi amiga, y aunque Max me miraba cada tanto, tampoco había hecho ningún intento en entablar una conversación.

Las habitaciones que nos habían tocado en Salta estaban cerca, al final de un pasillo eterno, totalmente opuesto al ascensor, y todo el asunto hacía que inevitablemente tuviera miles de recuerdos de la gira anterior.

Nuestros encuentros, nuestras peleas, tanto beso...

Una historia tan intensa que ahora parecía haberse dado en una vida diferente. Como si ni siquiera hubiéramos sido nosotros sus protagonistas. Parecía todo tan lejano, y a la vez... Aquí estábamos nuevamente.

---¿Estás bien? -- susurró mi amiga, una vez que nos reunimos con todo el equipo para prepararnos para el primer día.

Miré hacia donde estaba Max y el aire se me quedó atorado en la garganta. Se había dado una ducha al llegar, y ahora peinaba su cabello húmedo, desordenándolo como más me gustaba. Llevaba una camisa clara y una chaqueta liviana que le daban un look canchero, pero fiel a su estilo clásico. Su reloj, aquel de cuero que tan bien le quedaba, estaba en su lugar, impecable. Como una señal luminosa que hacía que no pudiera quitarle los ojos de encima, que me hacía pensar en que nada había cambiado. Que seguía siendo el mismo en el fondo, después de dos años.

---No te preocupes, hoy no vas a tener que verlo mucho. -- dijo mi amiga, adivinando mi preocupación. ---Fini tiene un evento en el teatro, y vamos a pasar el día fuera. -- dijo ahora dirigiéndose al grupo, para que todos la escucharan.

Pude sentir los ojos del periodista mirándome, y por el rabillo del ojo, noté que se disculpaba con la persona que estaba hablando, y hacía unos pasos en nuestra dirección. Me giré y clavándole los ojos, y luego dije a Vero.

---Qué suerte. -- se frenó de golpe con cara de no entender, con esos ojos

enormes y pardos tan expresivos. ---Un día menos que tengo que soportar ...esta locura.

Había intentado mantener mi tono de voz firme y frío, para que no se adivinara en él lo nerviosa que me sentía. Para que pasara como indiferencia, eso pretendía, aunque viéndolo desde su punto de vista, tal vez me había quedado un poquito borde. Y puede que el resto de los que estaban con nosotros y no nos conocían, a lo mejor pensarán que era un arranque de diva.

Pero por suerte, no había tenido oportunidad a réplica.

Dependíamos de un horario, y todos teníamos trabajo por hacer, así que minutos después nos marchamos hacia la presentación.

Máximo se había quedado mirándome con gesto desconcertado, pero rodeado como estaba de su agente y otros, tampoco había podido decir o hacer mucho más.

El teatro estaba que reventaba.

Salta siempre era uno de los destinos más impresionantes de mis giras. Todos tenían buena onda, y estaban siempre predispuestos a pasarla bien. Ya había estado antes en esta misma locación y además de ser bellísima, la gente que organizaba era muy atenta y me trataban como a una reina.

Mi público, después de mi último libro, había cambiado un poco. Si, estaban mis seguidoras del canal de YouTube, que fieles me seguían a donde fuera, pero también ahora se sumaban un montón de chicas y chicos, que como yo, habían sufrido problemas con su peso. Y lograban en estas reuniones sentirse no tan solos y encontrarse con otros que estaban pasando, o habían pasado por cosas parecidas.

Yo era una más de ellos. No tenía aptitudes para ponerme a dar una charla informativa ni dar terapia, pero si podía ayudarlos desde mi experiencia, eso siempre lo agradecían.

A las charlas o encuentros, me acompañaban ahora una nutricionista y dos chicas más que eran representantes de una asociación de lucha contra la Bulimia y la Anorexia, y ellas sí que podían brindar herramientas si es que alguien las necesitaba. Había sido idea de Vero, y me parecía de lo más acertado.

Le daba seriedad al asunto, y nos hacía sentir a todos más responsables, porque mi libro no era ningún manual de autoayuda, no. En todo caso, era uno de todo lo que *no* había que hacer. Era mi vida...

Como ya nos imaginábamos, los medios de prensa se hicieron presentes después de terminado el evento, y aunque habían comenzado por hacer preguntas relacionadas con los temas que se habían tratado, y sobre las anécdotas que había hecho públicas en mi libro, también se habían puesto pesados.

---¿Y estás haciendo gira nuevamente con Máximo Echeverría? -- preguntó uno, y nerviosa miré a Vero. Ella les había aclarado que no daría notas sobre ese tema, y era obvio que ante su exigencia, había despertado más interés.

---Si, él es un autor del mismo sello editorial. -- contesté tranquila.

---Pero entre ustedes en el pasado hubo algo ¿Cómo quedaron las cosas? -- insistió.

---Bien, quedaron bien. -- dije, esquivando las miradas. ---No voy a hablar más de esto.

---¿Por qué? ¿Te pone incómoda el tema? ¿Te pone incómoda tener que verlo y hacer gira otra vez después de haber salido? ¿Es cierto que él habla de vos en su libro? Algunos dicen que te lo dedicó como vos le dedicaste el tuyo. -- dijo, cada vez más entusiasmado.

Lo que me faltaba...

Le di a mi agente una mirada más que significativa, y ella, que me comprendía sin siquiera tener que hablarle, ya estaba encima de ellos, diciéndoles que las entrevistas se habían acabado por ese día. Que yo no seguiría respondiendo.

---No te preocupes. -- me dijo cuando nos alejamos de la puerta y nos metimos al auto. ---Ya me comuniqué con varios medios, no van a volver a preguntarte estas cosas, si no, no das una sola nota más. -- aseguró.

Ella no solía meterse cuando estaba hablando con la prensa. Siempre teníamos una reunión antes y acordábamos lo que iba a decir y cómo, porque era quien llevaba mi relación con ellos, pero lo de hoy había sido una emergencia. Me fastidiaba, porque estaba segura de que todos se harían eco de mi reacción. De cómo me había quedado en blanco sin saber qué decir, y de mi representante echándolos antes de tiempo.

Me llevé las dos manos a la cabeza, despeinándome el recogido elaborado que me habían hecho y me solté el cabello suspirando de alivio.

---Tantas cosas importantes se dijeron en el evento de hoy, tan lindo fue, y ahora en los diarios y portales de lo único que se va a hablar va a ser de estas

estúpidas preguntas. -- me lamenté, con ganas de patear el asiento.

---No, no. -- negó mi amiga con la cabeza, mientras tocaba la pantalla de su celular. ---Tengo una idea. Estoy hablando con el agente de Leo Gamer, ese youtuber salteño con el que charlaste en la última convención... -- dijo y recordé al chico que me había caído tan bien y que jugaba al Minecraft como yo. ---Si ahora en estos días hacemos un video de ustedes juntos, una colaboración, eso te puede ayudar a que todo esto se olvide un poco. Él acá tiene mucha llegada.

Asentí sin pensarlo.

---Vos no te hagas problema por nada. -- me dijo Vero, haciéndome un gesto con la mano, quitándole importancia. ---Vos te vas ahora al hotel y te relajás, que yo me encargo de todo.

---Gracias. -- dije tras darle un beso en la mejilla.

---Dale, para eso estoy. -- se apuró en decirme.

El auto me había dejado en la parte trasera del hotel, por si acaso, y yo había pasado directamente a la zona de los ascensores sin mirar. Había corrido, sin exagerar.

No es solo que no quisiera encontrarme con alguien de la prensa, es que tampoco estaba de humor para ponerme a charlar con nadie del equipo. Quería entrar a mi habitación, sacarme los tacones, y de ser posible, comerme aquel paquete de papas fritas que me había traído en la mochila mientras escuchaba música.

¿Era mucho pedir? Yo creía que no.

Las puertas de acero ya se estaban cerrando, cuando para mi horror, volvieron a abrirse y alguien más entró.

¿Quién?

Máximo, claro.

Puse los ojos en blanco sin poder creerlo y él carraspeó, haciéndose lugar a mi lado. Esto iba a ser incómodo.

Los dos estábamos parados mirando hacia las puertas, en silencio, sin saber qué hacer con las manos ni con el cuerpo, sin escapatoria y el otro tan cerca. Su perfume, seguía usando el mismo... *Mierda*.

---Recién vengo de una firma de libros. -- comenzó diciendo, para romper el hielo. ---Estaba lleno de gente, una locura. ¿Tu presentación bien?

---Bien, muy bien. -- contesté con la vista fija en el suelo.

Sentía que me estaba mirando, y por mucho que tratara de evitar sus ojos, era imposible no encontrármelos. En ese pequeño ascensor hasta podía respirarlo en el aire, estaba en todas partes.

Nos bajamos en el segundo piso y caminamos por el pasillo, doblando en una esquina, mudos los dos. Si antes me parecía largo el camino, ahora me parecía un laberinto sin fin. ¿Quién ponía las habitaciones tan lejos de los ascensores? Me sentía violenta, tenía miedo de tropezarme con mis propios pies que se sentían de plomo. Era sumamente consciente de cada una de mis respiraciones y movimientos como si me estuvieran estudiando o tuviera que pasar una prueba. Qué ridícula me sentía.

---Estás muy callada ¿no? ¿Cansada? -- preguntó entonces.

---Cansadísima. -- respondí acelerando mi paso, ante su mirada ceñuda.

---¿Estás enojada conmigo, te hice algo? -- dijo alcanzándome.

Resoplé sin contestarle.

---Esto es ridículo. Una cosa es guardar las distancias por los rumores y la prensa, pero esto... -- siguió diciendo.

---Esto es lo que es. -- le ladré de malas formas antes de llegar a mi puerta, y perderme en mi habitación dejándolo solo.

Tenía razón. ¿Evitarlo toda la gira sin darle ninguna explicación? Claro que era ridículo.

Sabía que no iba a poder escapar de tener esa conversación, y como estaban las cosas, teniendo que compartir tanto tiempo juntos, no me iba a quedar otra, pero hoy no.

---Hoy no. -- me repetí, tranquilizándome. Hoy no me sentía lista.

Moona dormía sobre mi cama, y cuando me vio entrar, rápido se acomodó en mi costado como si supiera que necesitaba consuelo.

Saqué mi celular para poner música y me encontré con un mensaje de Juan que me preguntaba cómo había llegado. Suspiré y le contesté con una sonrisa.

Si, eso necesitaba hoy...

Y el día siguiente, fue más de lo mismo.

Firma de libros, grabar un video en casa de Leo Gamer jugando juntos un videojuego y haciendo un challenge divertido para nuestros suscriptores, en fin. La rutina a la que me había acostumbrado en esos años.

Seguía huyendo de Max cada vez que nos cruzábamos en los pasillos sin mirarnos, y usando las escaleras de emergencias, porque ni loca me quedaba encerrada otra vez con él en un ascensor.

Notaba que él comenzaba a molestarse, y que cada vez que estábamos en un mismo lugar, quería acercarse para hablar, pero yo me iba.

Hoy no, no estaba lista.

---Hoy no. -- se había convertido en un mantra con el que me convencía de que algún día si podría enfrentarlo.

Máximo

Me parecía rarísimo que alguien se acercara para pedirme que le firmara el libro, como si fuera un autor reconocido. Bueno, técnicamente lo era. Era un autor, y supongo que ya me conocían.

Surreal.

Totalmente surrealista.

Suponía un proceso para mí el ser consciente de todo lo que estaba cambiando no solo en mi carrera si no en mi vida, y yo, lo estaba llevando como podía.

Normalmente hubiera ayudado que Oli me acompañara, o que me escuchara cuando como ahora, me podían los nervios, y no sabía ni donde estaba parado.

Pero no quería ser injusto, ya bastante culpable me sentía como para estar molestándola. En estos momentos estaría de guardia, y yo ya era grande. Tenía que afrontar mis miedos.

Pensé con amargura que quien de verdad entendería lo que estaba sintiendo ahora, sería Delfina. Ella seguro ya lo había experimentado alguna vez, pero nuestra relación era como mínimo, complicada.

Si es que hasta me daba vuelta la cara cuando le decía buenos días por la mañana. No sabía qué mierda era lo que le pasaba, y al principio, no iba a darle importancia.

Mejor así. -- me había dicho a mí mismo. Más fácil para mantenerme lejos de ella.

Pero al tercer desplante, ya me empezó a molestar. *¿Qué carajo?*

¿Qué le había hecho yo a esta chica para que me tratara así? ¿Se había vuelto loca?

Cuando llegamos a nuestro segundo destino, Santa Fe, tengo que admitir que me obsesioné un poco con el tema, y se volvió mi misión saber de qué iba todo esto.

Le podía poner el nombre que quisiera, qué se yo, se me daba bien eso de inventarme excusas cuando tenía que ver con ella... Pero ahora, me doy cuenta de que era un síntoma más que indicaba lo mucho que me importaba aun lo que la chica pensara o hiciera.

Me podía seguir engañando con eso de querer darle un cierre a nuestra historia, dejando las cosas claras después de dos años de total incertidumbre, pero la verdad es que era otra forma más de volver a ...estar cerca de ella.

Podía ser muy necio si quería.

Podía esforzarme por hacer las cosas bien, y recuperar lo que tenía con Olivia, pero en el fondo, Delfina...

Delfina seguía estando ahí.

Clavada en mi pecho, ocupándolo todo.

Capítulo 10

Delfina

En Santa Fe hacía calor, y para mi mala suerte, estaba con el periodo.

Teníamos mucho tiempo libre, y todos estaban usando la pileta del hotel, mientras yo los miraba con mal humor.

Hacía años que no tenía vacaciones, y hubiera dado cualquier cosa por bañarme con ellos y disfrutar de esa refrescante, enorme y azul piscina que me llamaba.

Estaba con mi parte de arriba del bikini, y debajo un short de jean con recortes y los bolsillos brillantes, mirando la pantalla de mi celular en la sombra, aprovechando al menos del buen clima.

Max, se paseaba por allí sin camiseta, y hasta a Vero se le había caído un poquito la baba.

---¿Tan malo es? Porque con ese pecho ya le perdonaba yo un par de cosas... -- se rio, admirándolo a la distancia.

Pero yo no le contesté. Estaba más concentrada viendo como sus músculos se estiraban y flexionaban cuando se tiraba desde el trampolín, con estilo. *Qué sexy era el jodido...*

Creo que todas las mujeres del hotel se acalararon un poquito ante semejante visión.

Hacía solo unas horas que estábamos aquí, y él ya estaba super moreno... Un moreno imposible, al que mi piel pálida jamás podría aspirar.

---No me hagas hablar de lo malo o bueno que es, no quiero. -- me quejé, acomodando mis gafas oscuras. ---Cambiemos de tema mejor. ¿Qué onda con Milo? -- pregunté, refiriéndome al fotógrafo que nos acompañaba. ---Vi que recién te pasaba protector solar por la espalda.

Vero se giró apenas para mirarlo y se rio, coqueta.

---Es un histeriqueo sin importancia, ya sabes que no mezclo trabajo y placer. -- me recordó. ---Puro tonto.

---Si, claro. -- comenté sin creerle, uniéndome a sus risas.

---Es en serio. Las cosas están bien con Pablo, no estamos conociendo. -- admitió a regañadientes. ---Shhh, no. -- me frenó cuando estaba a punto de chillar, emocionada. ---Tampoco te ilusiones tanto todavía, que no sé qué va a

pasar.

---Querés decir que vos no te querés ilusionar todavía. -- adiviné, conociéndola.

---Algo de eso hay. -- respondió haciendo un gesto con la mano, para restarle importancia. ---Un día a la vez, ya vamos a ver qué pasa. La gira es larga y puede que no le interese esperar a una chica tan ocupada. -- agregó queriendo parecer indiferente, pero fallando miserablemente.

---Si es así, él se lo pierde. -- le sonreí.

---¿Y vos cómo estás? -- preguntó ella.

---Bien, yo estoy perfecta. -- respondí. ---Juan es muy bueno, nos escribimos todos los días, es buena onda...

---No te hagas la tonta, que sabés de qué te hablo. -- me cortó. ---Connmigo no. Hacele creer a todos lo que quieras, pero yo te conozco. ¿Cómo estás estando tan cerca de él? -- la miré en protesta, pero ella siguió hablando. --- No te lo estoy nombrando, pero sabés a quién me refiero.

Suspiré.

---Bien, cada vez mejor. Ya vas a ver. -- le aseguré, pero entonces una sombra se interpuso entre nosotras y el sol.

---Te traje un jugo de frutas para que no te deshidrates si no entras a la pileta, hace calor. -- dijo Max, acercándose con un vaso de brillante color anaranjado. ---Vero, no te vi, si no te hubiera traído uno a vos también.

No contesté.

No podía.

Me había quedado mirándolo con los ojos como platos.

Gotitas le caían por el pecho resbalando hacia abajo, perdiéndose en su bañador rojo brillante, hicieron que tuviera un fuerte déjà vu de verlo en la ducha. Uf. Nosotros solos, el vapor, su piel caliente sobre la mía.

---Está bien, yo me iba a la barra de todas formas a buscar uno. Quiero volver a la piscina. -- dijo entonces mi amiga, interrumpiendo mis pensamientos.

---Deja, Vero. Tomate mi jugo. -- dije poniéndome de pie, apenas mirando a Max. ---Gracias, pero no lo quiero. -- agregué antes de salir de allí de manera brusca.

Me pasé.

Ay, me pasé dos pueblos. -- pensé avergonzada, mientras caminaba.

Los de mi equipo a estas alturas debían pensar que era una loca, y ni hablar de lo que pensaría Máximo...

---¡Delfina! -- escuché a mis espaldas mientras me alcanzaba. Max. Su voz ronca, esa que ponía cuando estaba molesto, era exactamente como la recordaba.

Me estremecí entera antes de girarme para verlo.

---Ya está bien, ¿no? -- dijo frunciendo el ceño, con su característica cara de mala leche, sin darse cuenta de que a mí me pasaban mil cosas en el cuerpo cuando se ponía así. Se estaba acercando demasiado. ---No podemos seguir así, el viaje es largo. -- quería escaparme, pero sus ojos me tenían ahí atrapada mirándolo. ---Delfina si vos ya te olvidaste de mí, si pudiste hacer tu vida, que supongo que sí porque fuiste vos la que se alejó... -- agregó cada vez más nervioso, y de paso, más cerca de mi rostro. ---Si yo ya no te importo, y te da igual si yo estoy en esta gira o no... -- se aclaró la garganta, y siguió hablando más bajo. ---Deberías hacer como si nada. Deberías... -- toda esa seguridad con la que había venido a encararme, ahora se desvanecía, y parecía tan vulnerable. Sus ojos, parecían torturados. ---Deberías...

---Debería ignorarte, que es lo que hago. -- dije de repente.

---No. -- me contestó, tomándose de la mano al ver que yo estaba a punto de echarme a correr. ---No me ignoras solamente. Sos ...cruel. Me estás tratando mal, y vos no sos así.

---¿Y vos sabés cómo soy? -- era el enojo lo que me había llevado a hacer esa pregunta, pero al instante me arrepentí.

---Sí que sé cómo sos. -- respondió seguro aunque ahora estábamos tan cerca, que casi nos hablábamos a susurros. ---Te conozco muy bien y lo sabes. -- asintió convencido, y con la punta de sus dedos, alzó mi mentón para que lo mirara de frente.

No podía más, no podía resistirme. Todo el cuerpo me temblaba, las emociones me estaban ganando y tenía el pecho hecho nudos.

Una lágrima me corrió veloz por la mejilla, pero nunca llegó a mis labios, porque él la secó con una caricia muy despacio.

---¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no me decís? Nosotros podíamos hablar antes. ¿Te acordás? -- asentí, hipnotizada por sus ojos cálidos y su voz que ahora era dulce como un ronroneo. ---Podés contarme lo que sea, Delfi. No me gusta verte llorar.

Oh, cada vez que me decía así...

El corazón se me rompió a la mitad.

Verlo tan desconcertado y tan preocupado por mí, me había terminado de debilitar. Ya no podía sostener mi postura, y lo de disimular... Bueno, sabía que tarde o temprano con él me desmoronaría. ¿A quién quería engañar?

Las palabras salieron solas con alivio, no tuve que seguir resistiéndome.

---Leí tu cuaderno. -- confesé.

---¿Qué cuaderno? -- preguntó sin entender.

---Hace dos años, cuando volvimos de la gira y me quedé sola en tu casa... -- me interrumpí recordando que había husmeado entre sus cosas. ---No puedo creer que te esté contando esto, no quise hacerlo, se cayó de tu bolso y no sé, me ganó la curiosidad.

---Esa mañana... -- pareció hacer memoria, pensativo.

---Esa mañana que me fui. -- asentí. ---Acababa de leer todo lo que habías escrito. Bueno, no todo. -- reconocí. ---No pude terminar porque me dolía... -- sacudí la cabeza ante el recuerdo de aquellas palabras tan hirientes.

---Delfina... -- la voz apenas le salía. ---¿Hasta dónde...? ¿Hasta dónde leíste? -- preguntó con desesperación.

---Leí lo suficiente. -- dije. ---Decías que era estúpida, infantil, que no me soportabas -- me reí con tristeza. ---Nada muy diferente a tus artículos, pero hubo algo... -- señalé mirándolo a los ojos. ---Decías que me tenías lástima. Eso fue demasiado.

Los colores abandonaron su rostro y parecía tan impresionado, que por un instante creí que no sabía ni de lo que estaba hablando. Tal vez no lo recordara, y si ese era el caso, qué suerte tenía.

Ojalá yo hubiera podido olvidarme en todo este tiempo de esos odiosos párrafos, pero tenía que reconocer que podía citarlos con exactitud por lo mucho que me habían dolido.

---Yo no... -- empezó a decir, negando con la cabeza, y sujetándome por el rostro. Pero no, no quería escucharlo.

No lo dejaría justificarse así como así.

Era su letra, él mismo lo había escrito, y yo ya lo había aceptado. Ahora no tenía ningún sentido dar explicaciones vacías. ¿Para qué? O lo más importante ¿por qué? ¿Es que otra vez había sentido pena por mí y lo idiota

que me había hecho sentir?

No se lo permitiría.

---Ya está. -- lo interrumpí. ---Fue hace mucho, y no pensaba decir nada porque aunque me hiciste creer otra cosa con tus acciones, debería haber leído lo que ponías en tus artículos con más atención. -- resoplé. ---Si al final, ni siquiera puedo reprocharte que me hayas mentido. Yo fui la tonta que no prestó atención a lo que realmente decías.

Nada.

No decía nada, no le salían las palabras, y yo aproveché para seguir hablando.

---¿Querías una razón para mi actitud? ¿Querías saber por qué estaba cortante o indiferente? Ahora lo sabes, y ahora pasamos página los dos. -- dije terminante, soltándome de su agarre.

---No. -- dijo atormentado.

Me encogí de hombros, y me alejé por el pasillo sin volver a girarme una sola vez.

Lo dejé solo en el lugar en donde habíamos hablado, sintiendo que por fin volvía a tener el control sobre mí misma. Sentía alivio. Como si un nudo que llevaba tiempo apretándome y estorbándome, se soltara dentro en mi pecho, y me permitía respirar más aire.

Se me hacía raro haber tenido aquella conversación después de tanto, ya me había resignado a nunca tenerla y de alguna manera había podido estar un poco en paz con eso, pero ahora...

Ahora me sentía genial.

Seguramente Máximo estaría comiéndose la cabeza, dándole sentido a mi repentina desaparición dos años atrás.

Finalmente comprendería todo, y me alegraba.

Ya ninguno tenía que seguir fingiendo.

Máximo

La cabeza me estallaba de tantas preguntas. ¿Qué habría leído Delfina? El cuaderno al que se refería, tenía tantas estupideces escritas que podría haber sudo cualquier cosa...

Muchas de las cuales a veces no reflejaban del todo lo que sentía.

Eran anotaciones idiotas que pensaba podía añadir a mis artículos. Chistes, ocurrencias y comentarios filosos que pensaba le gustarían a los lectores. Pensamientos que exageraba... y que habían cambiado con el tiempo también.

Si Delfina supiera hasta qué punto habían cambiado en su caso...

Ni siquiera pensaba lo mismo de mi persona.

Me llevé las manos al cabello, desesperado, desordenándolo como siempre hacía. No podía creer que aquellos escritos estúpidos fueran los responsables de cómo me había sentido los últimos dos años, por dios.

Eran culpables de que nosotros no siguiéramos juntos.

Quería quemar ese maldito cuaderno. -- pensé enfurecido.

Algo que para mí había sido tan inofensivo.

Mierda, mierda, mierda.

Habría leído solo el comienzo, o esas pavadas que bocetaba cuando estaba de mal humor por lo mucho que odiaba mi trabajo.

¿Qué decía que había puesto? Si es que le daba tan poca importancia que apenas lo recordaba. ¿Que me parecía estúpida? ¿Que me daba lástima?

¿En qué estaría pensando?

Enfadado como estaba, descarté volver a la piscina como pensaba hacer, y subí a la habitación para tomar una siesta hasta que fuera hora de mi compromiso con la editorial esta noche. No quería cruzarme con nadie.

El hecho de saber que todo esto podría haberse evitado, empezaba a torturarme. Y yo que pensaba que ella se había aburrido de lo que teníamos.

Me había resentido tanto con ella, sin entender por qué me abandonaba sin dar explicaciones, y había sido todo mi culpa.

De haberlo aclarado a tiempo, tal vez nosotros podríamos haber...

¡Mierda!

No, definitivamente ya no tenía sueño.

Me frené furioso y revolví todo mi equipaje. Lo di vuelta. Puse de cabeza toda la habitación, pero nada.

Sabía que no lo había traído. Había quedado en casa con las otras anotaciones para mi libro anterior. Maldije en voz alta, sin importarme si podían escucharme desde fuera.

El recuerdo de Delfina en el pasillo llorando mientras me confesaba todo, su tristeza... ¿Habría sufrido? Si había pasado por un tercio de lo que había

pasado yo tras nuestra separación, seguro que sí. Es que esos días en el Sur habíamos estado tan bien...

Algo me decía que esa indiferencia no era típica de ella. No se parecía en nada a la chica que yo había conocido.

Sabía que lo que habíamos vivido era demasiado fuerte como para que pudiera borrarlo todo de su memoria, y hacer como si nada, sobre todo cuando volvíamos a vernos después de tanto tiempo. Era una especialista en ponerse una máscara y ocultar sus sentimientos, pero cuando por fin se dejaba ver... no me habían quedado dudas, lo sabía. Yo la conocía.

¿Y si ella aun sentía cosas por mí? -- me pregunté dejándome caer a un costado de la cama.

La posibilidad de que eso pudiera ser verdad, me causaba tanto vértigo que no quería analizarla. Tenía que saberlo.

Busqué mi teléfono y escribí a Benicio que era quien vivía más cerca de mi departamento, pero como no me respondía y los minutos seguían pasando, tuve que llamarlo.

---¿Cómo va esa gira, hermano? -- preguntó apenas respondió. ---¿Ya te diste cuenta de que es una locura, y tenés que volver a casa donde te espera tu novia? -- siguió diciendo.

Ah, eso.

Creo que omití el detalle de que Olivia no era la única que se oponía a lo que estaba haciendo. Mis amigos se habían sorprendido y me habían puteado a sus anchas por horas, tratando de convencerme de que me negara a cumplir con lo que quería la agencia. Los dos estaban molestos, y decían una y otra vez que mi chica no se lo merecía. Que por fin estaba en un lugar en el que me sentía bien, y que Delfina me complicaría la vida como lo había hecho dos años atrás.

---Es trabajo. -- discutí con pocas ganas de explicar lo mismo por décima vez. ---Solo trabajo.

---Ok, vos sabrás. -- dijo con ese tono que me sacaba de quicio.

¿Por qué tenía que juzgarme? Justo él que había sido el peor sinvergüenza con las mujeres. ¿De dónde sacaba el valor para criticarme?

De estar enamorado y en una relación estable y maravillosa, supongo. -- me contesté.

---Como sea, te llamaba para pedirte un favor. -- dije, impaciente.

---Decime. -- contestó.

---Necesito que me envíes algo por correo al hotel en el que voy a estar en

unos días. Es algo que dejé en casa y me hace falta. ¿Tenés para anotar?

---¿Anotar? -- se rio. ---¿De qué siglo te escapaste? Mandame un mensaje con lo que necesitas y la dirección del hotel, que apenas pueda lo busco y te lo envío. Estoy trabajando, no seas hincha pelotas.

Puse los ojos en blanco y antes de cortar, le describí con pelos y señales mi cuaderno para que no lo confundiera con ningún otro.

No sé qué pretendía con todo aquello, pero no me quedaría tranquilo hasta que lo consiguiera.

Capítulo 11

Delfina

Después de nuestra charla en el pasillo del hotel, el ambiente estaba denso. Densísimo.

Los del equipo podían notar que algo había ocurrido y si no podían intuirlo por los silencios cada vez que coincidíamos en algún lugar... estaban las miradas. Las miradas lo decían todo.

Vero intentaba estar siempre a mi lado, pero también tenía mil cosas para hacer, y había momentos en que Máximo encontraba la manera de quedarse a solas conmigo. Y no era cómodo, créanme.

Esta noche era un ejemplo.

Después de cenar, nos habíamos ido a un local bailable donde yo tenía una presentación. Conociéndolo, podía imaginarme que ese sería el último lugar al que le hubiera gustado ir.

Había protestado tanto cuando había tenido que hacerlo por obligación de Paul la vez anterior, que estaba tranquila pensando que se había ido a descansar con los que no salían.

El lugar estaba lleno. Tanto que la gente se amontonaba empujándonos cuando llegamos, y la música... La música me encantaba. Su ritmo alegre me hacía sonreír y querer bailar, aunque técnicamente había ido allí a trabajar.

Mi presentación fue corta, a pesar de que el público estaba respondiendo muy bien. El boliche ya tenía otras actividades previstas, así que nos quedamos por ahí a disfrutar del resto de la velada.

Había estado sometida a tanta presión esos días, que un descanso se sentía genial.

Vero fue a buscarnos unos tragos y festejamos brindando por todo lo bueno que venía. Convengamos que a ella nunca le faltaban razones para alzar una copa, pero esta noche, sentíamos que lo merecíamos.

Algunas horas después me pidió entre gritos que la acompañara al baño, y como ya iba algo borracha, la sostuve con cuidado y la conduje hacia donde había visto que estaban los sanitarios. Pero fue hacer dos pasos y entre tantas

luces de colores, tanto empujón, y tantas personas de fiesta... la perdí.

Estos eran los momentos en que tener una amiga bajita, se volvía complicado.

No había manera de encontrarla en aquel mar de gente.

Resignada, resoplé y me giré para volver al punto de inicio por si volvía. Estaba llegando a la barra, cuando sentí que alguien me frenaba tomándome de una mano.

Me volví solo para quedarme con el aire atorado en la garganta, y sentir que el corazón se me iba a salir del pecho. *Traicionero* -- pensé escuchando los latidos detrás de las orejas tan fuerte que podía confundirse con el ritmo alocado de la música. A pesar del tiempo y toda el agua que había pasado bajo el puente, mi corazón todavía hacía eso cada vez que lo veía.

Máximo, viéndose guapísimo, con una camisa de jean clásica y recién afeitado, todavía revolucionaba mi mundo entero cuando me tocaba.

---Delfi. -- dijo acercándose a mi oído. ---¿Podemos hablar un rato solos?

---No estamos solos. -- fue lo primero, y más brillante, que se me ocurrió decir.

---Es verdad. -- contestó con una sonrisa torcida. ---Si querés, podemos irnos a buscar un lugar más tranquilo... -- sugirió y yo negué frenéticamente con la cabeza.

Si así estaba por un pequeño roce, imagínense lo tonta que podía ponerme si me quedaba a solas con él en "un lugar más tranquilo."

Mmm... no. Mala idea.

---¿Qué querés, Máximo? -- pregunté, para no seguir pensando en cosas que no debía.

---Quiero que hablemos. Quiero saber por qué no me dijiste nada esa misma mañana. -- demandó mirándome directo a los ojos de una forma que no supe interpretar. Esa emoción que veía en los suyos, nunca antes se la había visto. *¿Qué significaba esto?*

---No tiene sentido estar hablando de esto después de tanto tiempo. -- dije evitándolo.

---Sí que tiene sentido. -- empezó a decir cada vez más nervioso. ---Es que si yo hubiera sabido esto antes, nunca... -- se frenó contrariado, las palabras le

estaban costando, y no le salían del todo. ---Nunca te hubiera dejado ir esa mañana, Delfina.

Oh.

El pecho me subía y bajaba con violencia. Estaba a punto de... llorar, gritar, chillar, o explotar, quién sabe. No sabía qué era lo que estaba sintiendo, pero quería que se acabara.

---¿De verdad no sabés por qué no te lo dije entonces? -- pregunté sacada, hasta riendo un poco con ironía. ---¿Y vos decís que me conoces? No iba a exponerme, Max. Era obvio que iba a disimular y protegerme.

---¿Protegerte de mí? -- preguntó mortificado. ---Lo que teníamos era de verdad, eso que leíste... fue una pavada que anoté sin pensar, fue...

---No lo minimices. No tenés idea de lo mucho que me lastimó, o ...hasta qué punto me afectó. -- lo corté arrepentida de haberle dicho eso último.

Sus ojos se abrieron más y casi pude escuchar los engranajes en su mente trabajando. Estaba asustado.

Podía sentir su preocupación, y sabía que se estaba imaginando montones de escenarios posibles por lo que le había contado de mi pasado.

No Máximo, no me hagas esto. No me mires así.

---No, no sé. Decime, hablémoslo Delfina. Para mí también fue difícil, las cosas no son como vos crees. -- rogó, mirándome a los ojos.

---Ya lo superamos. -- contesté decidida, deseando con toda el alma que se lo creyera. ---Los dos seguimos adelante, y ya no importa.

---¿Ya no importa? -- insistió en voz baja, estudiando mi mirada con algo de decepción. ---¿Yo ya no te importo? ¿Estás segura?

Había escuchado sus palabras tan claras que cualquiera hubiera dicho que nos habíamos quedado solos en una sala vacía. Todos se habían marchado, ya no había música, y lo único que existía en esos momentos, éramos nosotros dos.

El ceño fruncido de Max, y la pose nerviosa de sus brazos, desesperados por retenerme para que no fuera a escaparme.

Pero ¿cómo podía no hacerlo? No tenía opción.

Jamás podría haberle respondido con la verdad.

---Pasaron dos años. -- dije y sin pretenderlo alcé mi voz hasta gritarle. --- Dejemos el tema de una vez, no tenés derecho a preguntarme esto después de tanto tiempo. ¡No somos nada! -- negué con la cabeza, y me alejé unos pasos de donde estaba. ---No sé qué pretendes, ni quiero saberlo. Solamente dejame

en paz.

Me fui de ahí casi corriendo, encontrándome en el camino a mi amiga, que bailaba muerta de risa con una de las estilistas con las que habíamos salido.

Quería salir de ahí y volverme al hotel. No.

Quería volver a Buenos Aires... a mi casa.

Quería irme.

Y como si esa noche hubiera sido poca cosa, al otro día mientras viajábamos rumbo a Córdoba, nos enteramos que algunos de los asistentes del evento en el boliche nos habían tomado fotos, y las habían subido a sus redes sociales. Por suerte, estaban a cierta distancia, y no tenían detalles de nuestra conversación... pero solo las imágenes les servían a los medios de comunicación para especular y montarse millones de historias distintas.

Lo cierto es que se nos veía pelear bastante acalorados. Yo parecía a punto de ponerme a llorar, y él me tenía sujeta mirándome como si quisiera comerme. *Por dios, esa mirada...*

La escena era íntima y podía malinterpretarse de mil maneras, pero el hecho de que yo hubiera salido corriendo, y que él me hubiera perseguido por un buen rato, le agregaba dramatismo, y les daba a ellos mucha tela para cortar.

Vero y Alberto se la habían pasado atendiendo el teléfono, intentando apagar el incendio, mientras nosotros ni nos hablábamos.

Es que cuando nos habíamos enterado, los dos habíamos estallado de furia.

Él, furioso con sus colegas por las mentiras que habían inventado, y yo... Yo estaba furiosa con él.

---Esto es tu culpa. -- le reproché fuera de mí. ---Yo te dije que no quería hablar. Máximo no quiero rumores, no quiero pasar otra vez por todas estas cosas... Las persecuciones, los titulares...

---¿Y te piensas que lo hice a propósito? -- preguntó molesto. ---¿Te piensas que me encanta que digan que me estoy arrastrando para que vuelvas conmigo? En serio, Delfina... -- dijo hastiado, llevándose las manos al cabello. ---Que estés enojada conmigo por ...otros motivos... -- comentó sin dar detalles de repente al notar que estábamos rodeados de gente que nos escuchaba. ---Eso no te da derecho a insinuar pavadas.

---No digo que lo hayas planeado. -- le respondí. ---Todo lo contrario, es

que no pensabas que nos podían estar viendo. -- le saqué en cara. ---No te tenía por alguien impulsivo justamente. -- agregué con toda la mala leche del mundo, y él se quedó mudo.

No, si algo Máximo no era para nada, era impulsivo, yo podía asegurarlo. Lo nuestro era el ejemplo que lo demostraba. Se había pasado meses dando vueltas sobre lo mismo, reprimiéndose y comiéndose la cabeza por sus propios prejuicios.

Ahora que lo pensaba, hacía eso con todo. ¿Acaso cuando lo conocí no llevaba años estancado sin poder avanzar en su carrera o con su libro?

Puras trabas que se ponía él solito por miedo.

Dios, estaba tan enojada, que si me seguía dando cuerda, podía soltarle todo tipo de cosas.

Pero por suerte, tomó el palo que le había tirado como una señal para quedarse calladito.

Ni él era impulsivo, ni yo tan combativa.

¿Qué nos pasaba?

¿Se habían invertido los roles o es que sacábamos lo peor del otro?

Al llegar lo primero que hicimos tras desempacar, fue presentarnos en la firma de libros que teníamos pactada en una librería del centro.

Si bien Alberto y Vero habían dejado caer la idea de que la suspendiéramos hasta que los rumores se apagaran un poco y la prensa se calmara, ni Máximo ni yo quisimos quedar mal con nuestros lectores. Ellos no tenía la culpa de nada, y habrían estado haciendo fila fuera desde temprano. No era justo.

Con todo, apenas tuvimos un recreo de media hora para comer. Y aunque me hubiera gustado escaparme o evitarlo, hoy no teníamos tiempo para irnos por separado ni nada. Todo el equipo iba a comer junto, y junto se movería para cumplir con el horario.

En otra época, tal vez, hubiese sido la excusa perfecta para saltarme el almuerzo, o tomarme un café enorme para pasar la tarde, pero desde mi recuperación, ni siquiera se me ocurría.

Nadie me iba a cuidar si yo no lo hacía.

Y si eso significaba tener que soportar la incomodidad de tener que estar en el mismo espacio que el periodista por un rato, tendría que sacrificarme.

Teníamos una reserva en un restaurante en la misma cuadra de la librería, y nuestra mesa quedaba al fondo del local, donde los fotógrafos que nos vieron salir y nos seguían, no podían acceder con facilidad.

Estábamos por sentarnos, cuando Alberto separó a Vero del resto para comentarle algo, y claro, Max aprovechó para tomar su lugar y su silla que quedaba junto a la que yo pensaba ocupar.

---Delfi, ¿podemos hablar un segundo? -- preguntó en susurros.

---¿Ahora? No. -- respondí por lo bajo, ignorando las cosquillas que me daba escucharlo llamarme así.

---Después tampoco vas a querer, y te vas a escapar como lo estuviste haciendo todos estos días. -- insistió alzando una ceja, y no pude más que admitir que tenía razón.

---Decime. -- cedí de mal humor, tomando aire antes de acercarme a él para escucharlo mejor. Se había afeitado otra vez, y la piel morena de su mejilla me llamaba... Qué bonitos labios tenía.

---Quiero pedirte disculpas. -- dijo entonces. ---Por reaccionar mal, estaba nervioso por las fotos que aparecieron pero no tendría que haberte hablado así.

Bajé la mirada avergonzada.

Si alguien se había pasado, esa había sido yo. Él en todo caso, había respondido a mi ataque como había podido, pero no quería admitirlo. En cambio, hice un comentario de manera esquivada.

---Los dos estamos muy nerviosos. -- Max asintió.

---Sé que no vas a querer, pero por favor escuchame. -- siguió diciendo, de manera precipitada. ---Hay algo que quiero decirte, que quiero mostrarte... No lo tengo acá, pero le pedí a un amigo que me lo mandara por correo. Si me dejaras explicarte...

---¿Explicarme? -- pregunté confundida. ---Si esto tiene que ver con lo que hablamos el otro día, por favor basta. No quiero seguir revolviendo cosas que me hacen mal. -- dije y abrí los ojos consciente de mi error. ---Que me hicieron mal. -- me corregí, antes de disimuladamente ponerme de pie, empezando a sentir los ojos vidriosos. *Dios, por qué era tan difícil...*

---Es por eso que quiero hablarlo. -- contestó y conociéndome como lo hacía me frenó despacio, tomándose de la muñeca con una mano, y la otra... la otra fue a parar a mi rostro. ---No quiero que te haga mal, no quiero que... -- su voz ronca murmurándose, derretía mi razón. Me volvía una idiota en sus

brazos, no podía hacer otra cosa que no fuera mirar sus ojos con el corazón abierto de par en par.

Vero se aclaró fuerte la garganta y nos soltamos, para ver flashes en una de las ventanas del local. Nos estaban tomando fotografías. Genial.

---¿Ves lo que pasa cada vez que te hago caso? -- pregunté quitándomelo de encima como si fuera una mosca, ante su mirada dolida. ---No quiero seguir hablando con vos. No me importa lo que tengas para decirme, no va a cambiar en nada lo mal que me hiciste sentir, y lo poco que me interesas ahora.

Y con esa última e hiriente frase, me separé de él, buscando la última silla en la mesa lo más alejada posible, donde no le dediqué ni una sola mirada más.

En el taxi camino al hotel, mi amiga, que hasta el momento tampoco había querido decirme nada por el humor que me gastaba, me dijo que me estaba equivocando.

---Esta no es la forma de demostrar que ya no estás enganchada con él, Fini. -- dijo seria. ---Y creo que te estás pasando, te desconozco.

---Nunca tendría que haber accedido a venir a esta gira. -- contesté enfurruñada.

---En algún momento vas a tener que dejar de escaparte, y enfrentarte a las cosas. -- comentó encogiéndose de hombros. ---Porque eso mismo es lo que decís en tu libro a tus lectores una y otra vez... y estaría bueno que vos también lo pusieras en práctica si es que de verdad lo pensas.

La miré sin saber qué decir y pensativas, hicimos el resto del viaje en un silencio enorme.

Sabía que estaba en lo cierto, pero no quería admitirle ni admitirme a mí misma que si no estaba lista para enfrentarme a Max, era porque nunca lo había superado.

Y que aunque ahora Juan estuviera distrayéndome un poco del dolor, éste seguía tan patente en mí, que solo con estar cerca de mi ex, el corazón se me partía.

No había superado a Máximo, claramente no.

Todavía lo quería y seguía enamorada de él.

Capítulo 12

Máximo

Sentía que daba un paso adelante, y luego veinte atrás.

Quería aclarar el malentendido con Delfina cuanto antes, pero parecía que todo, y hasta las circunstancias se nos ponían en contra.

Después de las fotos discutiendo en el boliche, habían salido otras, y estas habían sido muchísimo más complicadas de explicar.

Eran nuestras, sí, porque esos que aparecían en ellas éramos nosotros, pero no eran de ahora. Habían sido tomadas dos años antes, sin haber sido publicadas entonces. Nosotros en un rincón de una librería, riendo cómplices, abrazados en un rincón y también besándonos. Librerías que estábamos visitando ahora otra vez, y que para quien no sabía, podía confundirlas con imágenes actuales.

Recordaba que nos habían hecho esas fotos, pero como habían sido sus fans y les habíamos pedido discreción, nunca habían visto la luz.

Bueno, hasta ahora claro, que era literalmente el peor momento para aparecer.

Mierda.

Delfina estaba super afectada y me carcomía la impotencia de no poder acercarme a ella para brindarle mi apoyo. No podía prometerle que todo estaría bien, ni reconfortarla con un abrazo, porque ella no me quería ni a diez metros de donde estaba... Y porque sinceramente, no sabía que hubiera sucedido conmigo si me lo hubiera permitido.

Mientras tanto, nuestros agentes, nos habían aconsejado quedarnos callados. No dar más entrevistas, no escribir en nuestras redes sociales, ni contestar cuando nos gritaban algo los de prensa. Nos teníamos que limitar a saludar, sacarnos fotos con nuestros lectores y sus fans, y no avivar el fuego de los rumores hasta que supieran cómo hacerlos desaparecer.

Después de todo, nosotros ya habíamos dado nuestra versión de la situación. Habíamos dejado clarísimo que no nos unía nada que no fuera una relación laboral, y estas fotografías malintencionadas, ya desaparecerían del radar.

Verónica, había podido averiguar quiénes habían sido los encargados de

difundirla, y estaba haciendo todo lo posible por solucionarlo.

Pero no todo era quedarse tranquilo y esperar, no. Porque por más que no le debiéramos ninguna explicación al público, yo sí le debía una respuesta a alguien...

---Oli, son fotos viejas. -- dije cuando no pude seguir ignorando su llamada entrante con la excusa de estar en un evento. ---Si te fijas, Delfina tenía el cabello fucsia, y ahora lo tiene un poco más claro. Casi rosa pastel, con algunos mechones plateados.

Su risa irónica del otro lado de la línea, me dejó clarísimo lo poco que le importaba el color de pelo de la youtuber.

---No, Max. -- dijo. ---La verdad no me había fijado en su tintura. No tanto como vos, eso es evidente...

---Oli... -- empecé a decir, despeinándome a manotazos de pura frustración. ---Sé que no tenés por qué creerme, pero te juro que no te estoy mintiendo.

Silencio.

Un silencio gigante en el que me pareció que me había colgado, pero que después se interrumpió cuando me habló por fin.

---Te creo. -- admitió en voz baja. ---Pero que esas fotos sean viejas, no quiere decir que eso que se ve, no sea real.

---No te entiendo. -- dije confundido.

---La manera en que se miran, cómo se besan... -- enumeró con la voz quebrada. ---Nunca te había visto así.

Cerré los ojos soltando el aire. Yo también podía verlo. Podía recordarlo como si hubiese sido ayer, y si me esforzaba, todavía era revivir cómo era tener en mis labios la sensación de haberla besado... Sabía de lo que estaba hablando.

Cada vez que besaba a Delfina, me transformaba. Desde el primero de nuestros besos, supe que sería distinto.

---Lo que tuve con ella, está en el pasado. -- respondí, aunque sintiéndome un fraude. ---Yo... yo le hice mal... Nunca me perdonó. -- confesé.

---Y algo me dice que eso es lo que más te pesa, Max. -- dijo, y antes de que pudiera discutirse, siguió diciendo. ---Espero de verdad que puedas solucionar lo que tuviste con esa chica de una vez. Te extraño, pero...

---¿Pero? -- susurré con un gusto amargo en la boca.

---Pero no puedo estar con vos mientras la tengas a ella en la mente... -- hizo una pausa para sorber por la nariz, y me pareció que lloraba. ---Ni en el corazón.

---Oli... -- dije por segunda vez en el día sintiéndome impotente. A ella tampoco podía abrazarla para hacerla sentir mejor, era un inútil.

---Quiero una relación de a dos. -- me cortó, reponiéndose. ---Solo nosotros dos.

Para cuando colgó, el mismo sentimiento de culpa que venía sintiendo, me abrumó. Salí al balcón de la habitación en busca de aire, porque sentía que el cargo de consciencia estaba aplastándome la garganta y las costillas, como si fuera un hombre muy, muy pesado, sentado sobre mi pecho.

No tenía derecho a poner en juego lo que teníamos de esta manera. Era un idiota por ser incapaz de decidirme de una puta vez. ¿A qué estaba esperando?

El cigarrillo que tenía entre los dedos, se consumió solo, quemándome y haciéndome lanzar todo tipo de maldiciones. Ni siquiera me lo había fumado. Tenía la cabeza tan lejos...

Tan lejos que por poco no había escuchado el teléfono de la mesita de noche sonar como loco.

Me llamaban desde la recepción porque me había llegado un paquete...

Bueno, al menos una cosa me salía bien.

Delfina

La luz que entraba por la ventana, apenas alcanzaba para iluminar mi habitación, pero era todo lo que necesitaba para verlo. A él. ÉL.

Él, que entre sus brazos me hacía sentir como nunca antes me había sentido.

Él que con sus besos, lo llenaba todo de ilusiones, y colores brillantes que me encandilaban. Cada vez que sus labios tomaban los míos con ansias, me estremecía completa, y mis manos, impacientes, se enredaban en aquel sedoso cabello color castaño oscuro, para después bajar y aferrarse a su espalda desnuda.

Desde el primero... desde aquel primer beso, lo había cambiado todo, llenándolo de vida, de pasión... Haciéndome arder por su piel, volviéndome adicta a su boca.

Máximo y sus caricias tiernas, y esa manera tan dulce de decirme

"Delfi"...

Todo estaba como recordaba. Como aquella primera vez entre mis sábanas blancas, con el mismo deseo y el mismo calor de esas ganas tan contenidas por meses... Con sus ojos, perdiéndose en los míos en cada momento, cuidándome y guiándome hacia lo más alto.

Mis gemidos, sus gruñidos y jadeos por lo bajo, apenas tapados por la música. Por dios... aquella canción.

La de Soda Stereo, esa que era perfecta para nosotros dos. Tratame suavemente, y un montón de mariposas en mi pecho, al mismo ritmo errático de mi corazón.

Nervios, miedo, si. Pero tanto amor, tanto que nada más importaba.

Me sentía completa.

Totalmente sobrepasada por la intensidad de lo que estaba viviendo. Abrumada por tanto placer, algo que me era desconocido, y estaba descubriendo con la única persona que estaba destinada a hacerlo.

Sensaciones por todas partes recorriéndome como una corriente eléctrica, pero por momentos distraída en cómo una de sus manos se frenaba para quitarme un mechón de cabello del rostro con delicadeza, para luego volver a besarme. Pequeños detalles.

Pequeños recuerdos, como su boca acariciando la mía lentamente cuando todo acabó, un mimo que casi decía sin palabras lo mucho que le costaba separarse de mí... Lo mucho que quería prolongar los minutos, volverlos eternos.

---Delfi -- decía. ---Delfi...

Suspiré cerrando los ojos, removiéndome entre las mantas, dejando que sus manos me recorrieran con reverencia, haciéndome consciente de cada suave centímetro de mi anatomía en contacto con la suya. Éramos uno solo...

Arqué la espalda con una sonrisa y me giré así podía mirarlo, cuando sentí que su peso me abandonaba para no aplastarme. Y ahí estaba, sonriéndome con esa bendita sonrisa suya... Tan guapo...

Acercó su rostro una vez más, y volvió a rozarme los labios cuando le dije que lo quería. Casi estaba por besarme cuando un sonido intenso, otra canción comenzó a colarse en la habitación.

Esta otra, también conocida, y que no significaba nada bueno...

"Mad Hatter" de Melanie Martinez, mi alarma, me daba los buenos días como de costumbre y yo, que de a poco volvía al mundo real, tenía que

hacerme a la idea que todo lo que acababa de suceder, había sido solo un sueño.

Me llevé una mano al cuello, donde mi piel quemaba y pequeñas gotas de sudor resbalaban mojando la camiseta con la que me había ido a dormir.

Frustrada, me levanté desnudándome camino al baño, decidida a borrarlo todo bajo el agua cálida de la ducha.

Otra vez volvía a soñar con él, y no me sorprendía. Ya me había pasado tantas veces en esos dos años sin verlo, que ahora que lo tenía tan cerca... solo se podía esperar que aquello empeorara.

Hice la cabeza hacia atrás, dejando que cada gota calara entre mis cabellos llevándose todo, hasta las ganas que tenía de ponerme a llorar.

No lo entendía.

No había sido una pesadilla, y sin embargo, me hacía sentir tanta angustia. Me sentía vacía. Ahí, en medio del pecho, donde antes había habido tanta calidez, tanto amor... Ahora solo había frío. Me estremecí.

Máximo quería que lo escuchara. Tenía una supuesta explicación para darme, y yo estaba cada vez más indecisa. Por un lado, quería darle un sentido a esos dos años de dolor, y tal vez sanarlo con lo que pudiera decirme, pero...

Pero era un riesgo.

Lo conocía. Sabía el poder que tenía en mí.

Era capaz de hacerme tanto bien... Y también de destruirme. Yo le había dado ese poder, y me había tomado dos años quitárselo, para ahora con sus palabras volverme atrás. Sentía que estaba retrocediendo.

¿Y todo lo que había aprendido en este tiempo?

¿Acaso seguirle el juego no hubiera sido ir en contra de todo eso que creía haber superado?

Negué con la cabeza, mientras me secaba.

No.

Esto era distinto. Si ahora dudaba en escucharlo, era porque me daba curiosidad. ¿Cómo era posible que pudiera justificar lo que había escrito? No veía posible otra opción que no fuera decirme que era en realidad lo que pensaba por esos días. Eso lo había asumido.

Eso era. Pura curiosidad.

Mandé un mensaje a Juan mientras me vestía, para contarle que ya había llegado a Córdoba y de paso, deseándole suerte porque ese día tenía un examen parcial muy importante. Y él, me contestó casi al instante, dándome los

buenos días, agradeciéndome por haberlo recordado y ya que estaba, preguntando eso que tanto me temía, algún día preguntaría.

"¿Es cierto eso que dijeron en la tele? ¿Volviste con tu ex? Sé que no tengo derecho a preguntarte eso, no es que seas mi novia..." -- iba soltando en frases tras escribir y borrar varias veces en la aplicación de mensajes instantáneos. *"Olvidate que te pregunté eso, no tenés por qué contestarme."* - se arrepintió rápido, haciéndome sonreír. *"Perdoname, sé que además me dijiste que no viera tus entrevistas o tus notas..."*

Eso. ¿Por qué las estaba viendo? No quería que pensara cosas raras de mí, me gustaba cómo nos habíamos conocido, y no quería que cambiara el concepto que tenía de mi persona, ni se confundiera con tanta bobada.

De algún modo, quería que fuera todo lo contrario que me había ocurrido con Máximo. Él me había conocido como la "estrellita youtuber", como decía, y tenía una idea que los medios habían construido a partir del personaje que yo mostraba en mis videos, pero cuando compartió más tiempo conmigo se dio cuenta de que a veces, ...a veces las cosas y las personas no son lo que parecen.

"Tenía ganas de verte" -- confesó entonces Juan. *"Te extrañaba, y cuando vi tu cara en la tele ni lo pensé, me vi todo lo que decían de vos. -- una pausa enorme en la que escribí y borró tres veces más. "No es que esté todo el día pendiente" "Ignora ese mensaje también" -- pidió y me reí. "Estabas muy bonita en tu firma de libros"*

Era imposible enojarse con ese chico, era adorable. Todo se daba tan fácil con él.

Todo era tan liviano, sin vueltas, sin historias... Sin un pasado que trajera dolor.

Respondí con un mensaje breve pero que sentía debía mandarle. No, no era mi novio, ni tenía que darle explicaciones en realidad, pero la había pasado muy bien en nuestra cita, y sinceramente tenía ganas de conocerlo un poco más.

"No volví con él, las fotos que viste son viejas. De hace dos años, cuando sí estábamos juntos."

Estaba escribiendo un mensaje...

"¿Te puedo hacer una pregunta?" -- dijo entonces, y contesté con un sí a regañadientes. No quería hablar de Máximo con Juan y temía que preguntara algo que yo no pudiera contestar.

Me estaban pasando tantas cosas que no entendía...

"¿Este es el chico que te hizo tanto mal, no? Te dije cuando te conocí que podía ver eso en tus ojos... ¿Es él?"

Cerré los ojos maldiciendo. No iba a mentirle, no se lo merecía.

"Es él. Pero, Juan, no quiero hablar esto así, por mensajes. Cuando vuelva te cuento ¿sí?"

"No tenés que contarme nada si no querés, Fini. Pero cuando vuelvas, quiero verte. Para hablar o no... pero quiero verte."

Sonreí otra vez con un poco de tristeza, y dejé mi móvil para terminar de arreglarme.

El agua caliente del baño había ayudado un poco a sacarme la sensación que me había quedado en el cuerpo después del sueño. Y la conversación con Juan me había alegrado apenas la mañana, pero hubiera sido una necedad negar lo que de verdad me pasaba...

Ni la ducha, ni los dos años que habían pasado, eran capaces de borrarlo tan fácil del corazón.

Máximo, Máximo...

Capítulo 13

Lo único que tenía ese día en la agenda era un programa de cable en el que presentaría mi nuevo libro, y según lo que habían dicho no iban a hacer ninguna pregunta incómoda. Era grabado, por lo que saldría unos días después, y las otras dos veces que había asistido, su conductora había tenido el mejor trato con nosotros. Seguramente me haría participar de algún juego de preguntas y respuestas, o sorprender a alguien de la audiencia que pagaba entrada por presenciar el programa en estudio.

No era difícil, y aunque siempre me ponía nerviosa en televisión, el ambiente relajado y el hecho de que Máximo no asistiera... había ayudado a que las horas se pasaran rápido.

Cuando quise darme cuenta, estaba de nuevo en el hotel con Vero que ya estaba programándonos un masaje. Ella se había obstinado en decir que lo necesitábamos, y además, nos esperaban unos días ocupados en los que no tendríamos ni dos minutos para relajarnos.

¿Por qué iba a discutirle?

Podría haberme vestido camuflándome con ropa oscura y salir a hacer turismo por la ciudad, pero la verdad, me apetecía mucho más que me mimaran los del Spa.

Mi amiga nos había conseguido unos tragos a base de jugo de frutas, y con máscaras hidratantes en el rostro, pasamos un buen rato riéndonos de nada en particular.

Me contó de Pablo y su encuentro antes de comenzar la gira, y si bien se esforzaba por ponerlo en la categoría de los chicos con los que solo se divertía, ya era distinto al resto por haber quedado con ella más de una vez.

---Se escriben mensajes todo el tiempo. -- le hice ver con una sonrisa pícaro y ella me gruñó.

---La pasamos bien, no exageres. -- contestó. ---Yo lo veo así... -- dijo preparándose para explicar, sentándose más derecha en su reposera con su copa en la mano. ---Claramente no es mi tipo, no me voy a enamorar de él aunque me encantaría... -- la miré con escepticismo ¿no es eso lo que todo el mundo dice cuando ya se ha enamorado? ---Pero mientras tanto, tenemos buen sexo y eso no es poca cosa. Creeme que no es fácil de encontrar a una persona con la que las cosas se den así de bien. Tan compatibles... tan... mmm... no sé...

-- agregó poniendo ojitos soñadores.

---No sabría decirte, no tengo tanta experiencia. -- me reí. ---Ni mucho con lo que comparar. -- por supuesto sabía que Max había sido mi único hombre.

---Mmm, hablando de eso... -- insinuó bebiendo hasta la última gota de su trago. ---¿No piensas darle una oportunidad a Juan?

---Te dije que sí. -- le recordé. ---Cuando vuelva de la gira nos vamos a conocer mejor y...

---No es a eso a lo que me refiero. -- me interrumpió. ---¿No te da curiosidad saber cómo sería estar con alguien más? -- la miré incómoda porque cada vez que salía el tema, sentía que nadie me entendía. ---Hace dos años que no...

---Y antes me había pasado veinticinco. -- me encogí de hombros. ---Estoy perfecta así como estoy, y si las cosas se dan con Juan... -- incliné la cabeza intentando imaginármelo... y la verdad es que no pude. ---Se darán cuando tengan que darse, no es algo que me preocupe.

---No voy a decir que te entiendo. -- dijo negando con la cabeza. ---Pero si es lo que vos querés, supongo que entonces es lo mejor para vos. -- hizo señas para que nos trajeran otra ronda de lo que estábamos bebiendo.

Asentí convencida de que así era mejor. No me sentía lista todavía para compartir ese tipo de intimidad con Juan, ni siquiera estaba cerca de estarlo.

Y aunque le había dicho casi toda la verdad, era inevitable la sensación de que estaba mintiendo a mi amiga. Porque de mis sueños, ella no sabía nada... Claro que sabía que habían pasado dos años desde la última vez. Lo tenía muy presente, no es que no sintiera en mi cuerpo que el tiempo seguía pasando. Echaba de menos el calor de su piel. Sí. Su piel.

Porque no me lo imaginaba con Juan, pero con Máximo...
Con Máximo lo revivía cada noche cuando dormía.

Sacudí la cabeza ahuyentando esos pensamientos, y me dispuse a descansar para que el tratamiento me hiciera efecto. Luego nos tocaba masajes faciales y limpieza con punta de diamante... Tal vez me animaba y grababa un video para el canal.

Era de noche.

Estaba envuelta entre mantas, editando lo que había grabado antes para poder subirlo apenas tuviera oportunidad, y de paso comiendo un postre helado que me había pedido al *room service* con el que complicaba un poco la dieta confeccionada por mi nutricionista.

Bueno, era un permitido para coronar un lindo día de mimos y descanso ¿no? Ya mañana podía volver a mis proteínas, vegetales y vitaminas saludables... ahora necesitaba el azúcar para soportar el programa de edición de videos que tanto detestaba.

Unos golpes en la puerta me distrajeron por un segundo, y pensando que era mi amiga que volvía para que viéramos una película o algo, guardé el archivo en el que estaba trabajando, y ni me molesté en ponerme una bata para recibirla.

No iba a ser la primera vez que me viera en mi pijama de gatitos, mi cabello alborotado y mis horripilantes gafas de descansar la vista.

Oh.

Apenas abrí no me encontré a Vero, no. Obvio que no.

Era Max.

Y estaba guapísimo, ahí apoyado al marco con esa actitud tan suya, relajada... casi despreocupada, casual con su camiseta mangas cortas clásica color gris, un jean oscuro y su melena castaña tan sexi.

Creo que me atraganté con la saliva.

---¿Qué... -- empecé a decir. ---¿Qué hacés acá?

Si algo había contribuido a que ese día fuera uno de descanso y relax, era el hecho de saber que él iba a estar de presentación en presentación, ocupadísimo, y se la pasaría fuera hasta la noche. Es que ni siquiera me había

aventurado a cenar con los del equipo por eso mismo.

---¿Puedo entrar un minuto? -- pidió. ---Te busqué en mi descanso de la tarde, pero no pude encontrarte por ningún lado. Tampoco estabas ahora en el comedor...

No, claro que no. Me estaba escapando de vos, por eso no me viste. -- pensé, mordiéndome el labio.

Miré a mis espaldas, donde mi cama revuelta y llena de ropa hecha un desastre, y el resto de mi equipaje desparramado por ahí se mezclaba con mis maquillajes de cualquier manera. *Uff...*

Moona, que había estado durmiendo muy cómoda en uno de los sillones, se acercó a donde estaba y se frotó amistosa a la pierna de Max, haciéndole abrir los ojos como platos.

Agradecí en silencio a mi pobre gatita por iluminarme, porque me acababa de dar la excusa perfecta.

---Ehm, mejor voy yo a tu cuarto. -- sugerí. ---Acá con Moona te va a dar un ataque de alergia.

---Mmm... ok. -- aceptó, creo que conteniendo la respiración para que los pelos de mi mascota no le afectaran.

Caminamos los dos por el pasillo en silencio.

Él tan lindo como siempre, aunque con cara de cansado, me miraba por el rabillo del ojo algo inseguro y yo estaba más concentrada en ignorar el hecho de que me estaba paseando por todo el hotel con mi ropa de dormir...

---Veo que no cambiaste los anteojos. -- señaló con una sonrisa torcida y yo sobresaltada me los quité de un manotazo. ¡Me había olvidado de ellos! Seguro estaba horrible.

Sacó la tarjeta para pasarla por el lector y tras abrir, me hizo señas para que pasara primero a su cuarto.

Caminé esforzándome por mantener una línea recta aunque me temblaban las rodillas. Esforzándome el doble en no respirar de su perfume, ni ver como sus sábanas también estaban revueltas del lado en el que solía dormir dos años atrás.

---Estoy editando unos videos. -- le avisé. ---Y tengo que terminar para poder subirlos mañana así que...

---Entiendo. -- asintió con la cabeza. ---No te voy a demorar demasiado, solo quiero que veas algo.

Me giré a donde estaba él, cerrando la puerta con una mano, mientras que con la otra, me tendía algo con los ojos clavados en los míos.

¿Ese era?

El corazón se me detuvo.

Si, su cuaderno. Lo conocía perfectamente, y los recuerdos que me traía no eran precisamente los mejores. Las mismas cubiertas de cuero, el mismo estilo clásico que siempre me había atraído. Ahí estaban las páginas que me habían perseguido hasta hacía poco. En esas líneas escritas, se encerraba tanto dolor.

Negué instintivamente con la cabeza y retrocedí casi chocándome con su cama. No quería volver a leerlo, no. Por nada del mundo.

---No. -- dije fuerte para que me escuchara él, y me escuchara yo misma por encima del sonido de mi pulso enloquecido en mis oídos.

---Delfi, sé que leíste algunas cosas que no me hacen sentir... orgulloso. -- dijo bajando la mirada. ---Pero si terminaras de leerlo todo, entenderías.

---No, Max. -- repetí resuelta. ---Ya no tiene sentido. Vos no entendés... -- respondí con los ojos anegados en lágrimas. ---No sabés cómo me hiciste sentir... No quiero acordarme.

---Puede no tener sentido. -- comenzó a decir. ---Pero para cerrar este capítulo los dos necesitamos aclararlo. Confía en mí. -- pidió, acercándose de a poco a donde estaba. ---En una época lo hacías, Delfi, y te prometí entonces que iba a estar a la altura. ¿Te acodas? Dejame que cumpla esa promesa. Nunca quise lastimarte.

Cerré los ojos ante su golpe bajo. Esas últimas frases me habían desarmado, eran las que me había dicho antes de nuestra primera vez... Después de enterarse de que era virgen.

Tomé el cuaderno con miedo, como si se hubiera tratado de algo sumamente peligroso que apenas era capaz de soportar. Toqué sus tapas y suspiré en busca de valor.

Máximo me miraba ansioso, pero lleno de esperanza. Había soltado todo el aire de sus pulmones al ver que accedía, y se pasó una mano por los labios con nerviosismo. Ahí estaba... el gesto inequívoco de que se sentía superado y quería fumar...

Me senté en el borde de su cama y abrí en la página que estaba marcada. Claro, la página en la que había quedado, en donde decía sentir lástima por mí...

"Quiero que esta gira termine de una vez, la situación empieza a

superarme. Todo lo que pensaba de ella, todo lo que llevo escribiendo desde hace meses... todo estaba basado en lo poco que la conocía. No puedo creer que como periodista haya tenido tan mal juicio, estaba totalmente equivocado. Delfina me confunde constantemente."

Alcé la mirada sorprendida y me encontré con sus ojos angustiados. Me rogaban que terminara de leer.

"Cada vez veo más difícil el hacer bien mi trabajo, y cumplir con lo que se me pide. Esta gira me está volviendo loco. Todo este circo, tantas cámaras, todo está jugando con mi mente y ella tampoco ayuda. Confía en mí sin casi conocerme, y no duda en contarme detalles de su vida que nadie conoce, sabiendo que yo podría escribirlo todo y publicarlo. Claro, podría, pero no voy a hacerlo. De ninguna manera."

No me esperaba leer eso, no puedo mentir. Desconcertada di vuelta la página y saltaba a unos días después.

"Otra vez me dejé llevar, no pude evitarlo. No puedo dejar de mandarme cagadas con esta chica. Cada vez que me mira de esa manera y el perfume de su pelo rosa... Terminé otra vez a los besos con Delfina, aunque le dije una y mil veces que no quería nada con ella."

Quise reírme de lo contrariado que parecía al escribir eso, y no pude más que recordar aquellos días cuando tantas señales contradictorias me enviaba. Casi podía verlo escribiendo con su ceño fruncido y esa cara de mala leche.

Recordé también esos besos... Esos besos hambrientos que siempre nos dejaban queriendo más.

"Jorge ya me llamó la atención dos veces por mis artículos, pero así quiera no puedo volver al tono que antes le ponía a mis notas. Ya no pienso lo mismo de ella. No siento lo mismo por ella." -- terminaba diciendo crípticamente.

No daba más detalles, no agregaba mucho más de aquellos sentimientos, ni seguía contando su día a día como antes. Cortaba abruptamente para no nombrarme por jornadas enteras.

Enumeraba lo que habíamos hecho, se quejaba de algunas cosas puntuales de la gira, de la exposición, de la prensa... pero de mí no decía nada más. Nada. Esos insultos que había leído dos años antes, no iban dirigidos a mi persona, ahora me daba cuenta. Las manos me temblaban.

No siguió escribiendo hasta una fecha que me llamó la atención.

Era del día en que nos habíamos encontrado en aquel café. El día en el que me despedí de él, el día en que rompimos esa especie de relación que teníamos.

"Me pidió un tiempo, no está segura de lo que siente. Pude ver en sus ojos la duda... Delfina necesita tiempo justo cuando yo creo haber ordenado mi cabeza. Justo cuando por fin veo que lo nuestro puede funcionar. Justo cuando me doy cuenta de todo lo que la quiero."

El corazón se me quebró pensando en cómo había cambiado nuestro destino mi decisión aquella vez. No podía creerlo.

Me había equivocado.

Max sí me quería. *"Todo lo que la quiero"* -- volví a leer con los ojos empañados de lágrimas que ya caían libres por mis mejillas.

"Dos meses sin verla. No puedo dejar de pensar en ella, no me reconozco." -- ponía meses después. "Estuvimos juntos tan poco tiempo, no tiene ningún sentido que me sienta de esta manera." -- seguía diciendo. "Hoy me doy por vencido para aceptar que ya no quiere volver a verme, lo intenté todo. Lo mío con Delfina se acabó. Siempre la voy a querer, una parte de mí ya se hizo a la idea."

Entonces la había pasado mal después de nuestra separación...

Me había echado de menos, mientras yo estaba también destrozada por él. Si lo hubiera sabido...

La página que seguía era un montón de garabatos sin sentido, y palabras tachadas que me hacían pensar en que por un buen tiempo no había sabido qué escribir. Curiosamente, las hojas que quedaban estaban en blanco.

---Empecé un cuaderno nuevo después de eso. -- respondió a la pregunta que estaba formándose en mi mente. ---Demasiados recuerdos... -- explicó y asentí, todavía aturdida.

---No sé qué decir. -- admití mirándolo.

---¿Aclara esto lo que leíste esa mañana? -- preguntó. ---¿Ahora me crees cuando te digo que todo lo que vivimos fue real, y sacaste esas cosas de contexto?

---Max... -- dije con la voz quebrada. ---¿Es cierto todo lo que ponés acá? Lo último... -- no podía decirlo en voz alta, pero los dos sabíamos a qué me refería. *¿Él siempre me querría?*

---Mirame a los ojos, Delfi. -- señaló y lo miré insegura. ---¿De verdad me tenés que preguntar?

Tragué en seco sin saber qué hacer. ¿Qué me estaba diciendo? ¿Qué significaba todo esto? Sus enormes ojos marrones casi verdes, ahora tan dulces, transmitían tanta intensidad que temí.

Temí volver a caer. No ser capaz de resistirme y volver a repetir patrones de mi pasado, lo sentía.

Temí no poder decirle que no a nada nunca más.

---Pasó mucho tiempo... -- esa era mi última defensa. El único argumento que me quedaba, pero ahora que lo escuchaba en voz alta, me daba cuenta de lo débil que sonaba. Porque así hubieran sido dos meses, dos años o diez, lo que sentía por él estaba intacto, y no había manera de que no se diera cuenta con solo mirarme.

---Pero no era como se suponía que tendría que haber terminado. -- me discutió. ---En este tiempo cambiaron mil cosas, pero otras -- se encogió de hombros. --- ...otras van a seguir estando ahí.

Su voz. Casi un susurro ronco y grave que hacía vibrar hasta el último poro de mi piel...

Me puse de pie dispuesta a irme, pero él se me adelantó, cortándome el paso. Tan cerca, que su respiración me hizo cosquillas en las mejillas húmedas y casi pude escucharlo. El sonido de todas mis defensas derrumbándose frente a él como lo habían hecho dos años antes.

Estaba perdida.

Capítulo 14

Máximo

Sus ojos me tenían totalmente hipnotizado.

Habían pasado de mirarme con cautela, a la forma en lo hacían ahora. Su respiración agitada subiendo y bajando su pecho, y la manera en que acababa de humedecerse los labios... Ahí estaba otra vez.

En un segundo, volvíamos el tiempo atrás y ahí estábamos otra vez.

Desde que había comenzado a llorar, sabía que ya había perdido la batalla. La batalla conmigo mismo de mantenerme a distancia, eso estaba claro. No podía verla así, era más fuerte que yo. Esas lágrimas eran por mi culpa, por lo que estaba leyendo...

Era inevitable ponerme a pensar que dos años atrás, tal vez también hubiera llorado.

Mierda.

Todo esto podría haberse evitado.

Por un instante juro que me olvidé de todo.

De lo que nos había pasado, de quiénes éramos y dónde estábamos o por qué. Esto ya me había pasado antes, y me había pasado con ella.

Lo olvidé todo, no tengo más justificación que esa.

Me incliné hacia delante y cuando ella hizo lo mismo, nuestras bocas se encontraron a mitad de camino en un suspiro.

Inevitable.

Natural.

Así tenía que ser.

Así tiene que ser. -- era lo que se repetía una y otra vez en mi mente, mientras Delfina me rodeaba el cuello con sus manos y yo acariciaba su cintura en ese beso que se sentía un alivio.

No podría describirlo de otro modo. Se sentía como un consuelo. Era un bálsamo para mi corazón después de todo lo que había vivido. Todos esos días en los que la había pensado... Las veces que la había soñado así, en mis brazos.

Gemimos los dos porque casi nos dolía.

Era un beso de dos personas que se echan de menos y se reencuentran después de mucho tiempo. Demasiado.

---Max. -- dijo rápido empujándome, devolviéndonos a la realidad. ---No, no.

La realidad.

Cerré los ojos lleno de culpa al ser consciente de lo que acababa de hacer.

Con los labios todavía ardiendo, le rogué desesperado que me perdonara, y ella solo sacudía la cabeza retrocediendo más. La había cagado pero completamente, y eso no era lo único.

---Hay algo que tenés que saber, yo... -- dije frotándome la frente, lleno de vergüenza. ---Yo estoy con alguien.

Pude ver cómo su rostro cambiaba y su mente iba a toda máquina. Rezumaba tensión por todas partes, su mirada era casi violenta.

Estaba indignada, mierda.

---¿Qué? -- preguntó molesta.

---No quiero mentirte. -- dije enfrentándome a sus ojos que me fulminaban. ---Tengo novia, está en Buenos Aires y se llama Olivia.

---No quiero que me cuentes. -- dijo escupiendo las palabras y yo me encogí. No estaba acostumbrado a verla así, conmigo siempre había sido... simplemente había sido de otra manera. Esta nueva Delfina me desconcertaba, pero a la vez... ---Recién nos besamos. -- me recordó, interrumpiendo mis pensamientos. ---¿Otra vez pensabas tenerme en tu ida y vuelta sin decidirte? ¿Otra vez íbamos a jugar a "te beso, pero después me arrepiento"? -- se rio con ironía y me sentí un idiota. ---Peor, antes por lo menos no estabas con nadie, antes solo jugabas conmigo... pero ahora. ¡Es que no te entiendo, Max! ¿Qué estás haciendo, por dios? ¡Tenés novia! -- decía furiosa, apretando los puños.

Tenía razón.

Tenía toda la razón del mundo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba haciendo con Olivia?

Intentando ordenar mi cabeza, empecé a hablar.

---No, no Delfi. -- negué con la cabeza, martirizado. Tenía que hacerle entender... Tenía que arreglar lo que acababa de arruinar otra vez. ---Lo de recién lo cambia todo, nunca me imaginé que pudiéramos volver a estar así. Si nosotros...

---Ni se te ocurra terminar esa frase. -- me frenó levantando una mano. ---No me voy a prestar a tu histeriqueo, ya no. Si algo bueno pudo salir de estos

dos años, es que me di cuenta de muchas cosas. Crecí y aprendí tanto... ¿Y sabés qué?

La miré incapaz de responder. En un segundo me había dejado fuera de combate con sus palabras. Reducido a un simple imbécil, un inútil. Alguien que no se merecía más de lo que le estaba pasando. La verdad, me lo había buscado.

---Vos no aprendiste nada. -- agregó antes de hacerme un lado de forma brusca y abrir la puerta para irse y dejarme solo.

Mi cuaderno de anotaciones ahora descansaba en el suelo y yo...

Yo me daba un asco terrible.

Delfina

Volví a mi cuarto hecha una furia, y hasta creo que azoté la puerta de manera escandalosa, olvidando que me encontraba en un hotel, y no en mi casa.

No podía creer lo que acababa de suceder.

¿Estaba de novio? ¿Cómo se atrevía a buscarme? ¿Para qué quería explicarme y aclarar las cosas? ¿Qué sentido tenía después de dos años, y sobre todo si él estaba en una relación?

Me sentía tan molesta.

Engañada.

¡Me había besado! Me toqué los labios, sintiéndome traicionada también por ellos, que se habían derretido en los suyos, haciéndome ceder de esa manera tan vergonzosa.

Chillé frustrada y decepcionada de mí misma.

Acababa de decirle que en esos dos años yo había crecido. Que había aprendido y me había dado cuenta de muchas cosas... me sentía una mentirosa. ¿Entonces qué hacía besándolo?

Delfina, otra vez...

Pero no.

Me había prometido cosas, y a pesar de que claramente mis sentimientos seguía siendo los mismos, al igual que mis reacciones frente a él, a pesar de que con ese beso había cruzado ese límite autoimpuesto que no quería cruzar... También era cierto que había podido detenerlo.

Había podido detenerme.

Eso, en el pasado me hubiera resultado impensado. Decirle que no a

Máximo, me había parecido imposible y sin embargo acababa de hacerlo.

Aun cuando después de leer su cuaderno, me había dado cuenta de que llevaba tiempo equivocada.

Me dejé caer en la cama y cerré los ojos.

Era como si la bronca me hubiera nublado por un instante la mente, sin dejarme prestar atención a lo otro. A lo que había leído... *Siempre me querría...* Eso decía. ¿Cómo me sentía con eso?

No sabía cómo sentirme.

Era tan difícil después de meses y meses en los que me había convencido que todo había sido mentira. Meses de hacerme a la idea de que me habían roto el corazón, de que mi amor no había sido correspondido y que Max no sentía nada por mí.

Pero ahora me enteraba de que no.

Había sufrido y en realidad me quería.

Ya no podía seguir viéndolo como el malo de la película. Ahora que le quitaba a él la culpa de ser tan cruel y mentirme, me quedaba sin nadie más a quien culpar que no fuera... a mí solita.

¿Qué hacía con toda esta nueva información?

¿Y si esa mañana no me hubiera marchado y hubiéramos aclarado todo? Me cubrí el rostro con fastidio. No quería pensar en eso.

Era inútil.

Así él antes dijera que siempre me querría, la realidad es que ahora estaba con otra. Tenía novia, así que esas palabras no tenían que significar nada para mí. Nada.

Esto era Máximo siendo Máximo otra vez.

Siempre indeciso, cobarde, incapaz de jugarse por sus sentimientos del todo, pero siempre provocando. Todo tenía que girar en torno a sus ocurrencias, todo siempre tenía que depender de lo que él y su ego quisieran.

Vamos, un auténtico histérico, y ahora, después de dos años, eso ya no me atraía tanto.

Franco

Dos años antes...

Mi avión aterrizó de madrugada, pero yo no podía seguir esperando para ir a ver a Tati. Me sentía tan mal por haberle fallado... Había sido un descuido imperdonable.

Las flores. -- pensé al llegar a su casa en el taxi. Mierda.

Tenía pensado comprarle un ramo para felicitarla por su estreno, invitarla a una cena romántica ¿y en cambio que hacía? Lo olvidaba por completo y llegaba a verla con las manos vacías.

Mierda, mierda.

Siempre había sido capaz de librarme a la hora de pedirle perdón a una mujer. Siempre la había tenido fácil.

¡Hey! No me siento orgulloso, pero esa era la verdad.

Ellas solían dejarme pasar todo tras unas sonrisas, unas caiditas de ojo y dos excusas patéticas. Si me creían realmente o no, siempre me había tenido sin cuidado, pero Tatiana... ella era diferente.

Ella me conocía, conocía mis trucos y no caería en ellos.

A Tati no voy a engañarla con estos jueguitos... -- pensé encogiéndome en mi mismo.

Estaba en problemas.

Me paré más derecho y me acerqué al portero eléctrico de su edificio y sin pensarlo, toqué.

Genial, si estaba durmiendo tendría otra razón para odiarme.

Volví a tocar, impaciente, y nadie contestó.

Consulté en mi reloj y eran las dos de la mañana. ¿Habría salido a festejar? Si ese era el caso, mi hermana estaría al tanto.

---Delfi -- dije apenas me contestó el teléfono.

---¿Franco? ¿Dónde te habías metido, idiota? Hoy era el estreno de Tati. -- gritó sin darme tregua, con voz de dormida. *No estaba con ella...*

---Escuchame -- la interrumpí antes de que siguiera regañándome. ---Es... largo de explicar, y no te ofendas hermanita, pero es con ella con quien quiero hablar. ¿Sabés dónde está o si salió? -- aproveché para preguntar.

---Está en su casa. -- respondió. ---Estaba tan triste que no quiso salir con su elenco. Franco le arruinaste esta noche que era tan especial para ella, en estos momentos te agarraría a patadas.

---Yo también me agarraría a patadas. -- dije antes de colgar, frotándome los ojos. Me quería morir.

Me giré para seguir tocando, y entonces me quedé congelado en el lugar. Con la mano en medio camino hacia el portero y los ojos como platos, vi a Tati que me miraba del otro lado del portal de vidrio con los brazos cruzados. *Oh...* Se la veía furiosa.

Todo mi cuerpo y mis instintos me decían que saliera de allí corriendo. Era un mecanismo de defensa, algo inconsciente... pero por suerte no le hice caso y me quedé ahí, poniendo la cara. Haciéndome cargo de mis ...cagadas.

---Perdón. -- vocalicé porque sabía que podía leerme los labios aunque no me escuchara a través del cristal. Mejor ir al grano en estos casos. ---Tati, por favor no quise...

Puso los ojos en blanco y resopló como cuando realmente está muy enojada, y cuando pensé que me dejaría fuera como me merecía, abrió y dándome la espalda, me hizo pasar a su departamento sin dirigirme la palabra.

Mientras tanto yo me retorcí las manos de los nervios y repasaba mentalmente mi patética disculpa para no seguir embarrándola.

Su salón estaba a oscuras con la única luz de la pantalla de su ordenador que proyectaba apenas sobre su sillón, donde una manta y miles de pañuelos descartables descansaban.

Había estado llorando. *Llorando por tu culpa, Franco.* -- pensé cerrando los ojos lleno de culpa.

---Soy un imbécil, el peor. -- empecé a decir, impaciente. Alguien tenía que romper el hielo. ---No me di cuenta del día que era, te juro que no lo hice a propósito.

Bajó la mirada sin contestar y el mentón le tembló. Claramente no la estaba haciendo sentir mejor. *Mierda, Franco...*

---Tati, no tenía planeado este viaje. -- comenté. ---Fue cosa del momento, y aunque no lo creas fue pensando en vos. En nosotros. -- me corregí.

---¿Te fuiste de viaje? -- preguntó sin mirarme.

---A Chile. -- contesté sin pensar.

Y digo sin pensar, porque jamás se me hubiera ocurrido que Tati iba a empezar a relacionar todo y conociéndome, entender una cosa que no era.

---El día del estreno te fuiste a Chile a ver a la chica que conociste por

Instagram. -- dijo acusándome. ---Desde hace meses que querés ir a verla a su casa, nos habías contado a Delfi y a mí...

---No, no, no, Tati. -- la frené.

---¿No fuiste a verla a ella? -- quiso saber torciendo la cabeza y yo me mordí el labio porque cada vez me sentía más profundo en el propio barro en el que me había enterrado.

---Si, fui a ver a Sofía -- empecé a decir y ella volvió sobre sus pasos para abrir de nuevo la puerta, hecha una furia. ---¡Pero dejame terminar de hablar! - - rogué desesperado antes de que me echara a patadas.

---Pensé que hablabas en serio, Franco. Que lo que teníamos era diferente... -- soltó una risa irónica mirando el techo. ---Y yo angustiada pensando que no habías ido a mi estreno porque no aceptabas mi carrera. ¡Resulta que te habías ido a ver a otra! -- negó con la cabeza. ---Lo peor de todo es que... ¿me ves sorprendida?

El corazón se me hundió en el pecho lleno de desazón. No, no la veía sorprendida. En el fondo, ella nunca se había creído todo lo que le había dicho. Y es que las palabras son muy lindas, pero si no se demuestran con acciones...

Yo creía que estaba haciéndolo. Que estaba demostrándole mi amor cada día como mejor sabía, pero evidentemente, de esto sabía muy poco.

---No es lo que vos pensas. -- dije y me arrepentí, porque el efecto que esa frase tan trillada podía tener en una chica tan inteligente como ella, solo empeoraba la situación. ---Fui para hablar, para cortar la casi relación que teníamos. Quería que lo nuestro fuera en serio desde el principio. Que no quedaran cabos sueltos, ni historias pendientes.

Me miró llena de dudas, aunque todavía muy triste.

---Estaba tan preocupado por querer hacer las cosas bien, que hice todo lo contrario. -- admití. ---Porque mi intención era hacer lo que correspondía, no te mereces menos... y tenía planeado sorprenderte esta noche con una cena y flores. Tati, fui el peor novio del mundo con todo este tema de tu obra y tu actuación.

Ahora ella por lo menos había dejado de sostener la puerta para cruzarse de brazos. Seguía muy dolida, pero yo tenía que terminar de hablar.

---Acepto tu carrera y voy a apoyarte en lo que sea que hagas. -- me comprometí. ---Antes me ganaron los celos, pero me di cuenta de que eran tontos. De que yo era un tonto. Confío en vos. -- me encogí de hombros. ---A lo mejor es que pienso que todos los hombres van a ser como yo, que van a

aprovechar la más mínima ocasión para intentar algo... o que van a caer enamorados a tus pies. Son inseguridades mías, Tati. Llevo tantos años queriéndote en silencio, que todavía no puedo creer que estés conmigo.

Unas lagrimas cayeron por sus mejillas, pero dura como sabía que era, solo se las limpió de un manotazo y frunciendo el ceño, exigió que terminara con mi discurso.

No le alcanzaba con lo que le estaba diciendo.

---Sos el amor de mi vida. -- agregué con la voz tomada. ---La única, ya no quiero estar con nadie más. No me imagino estando con nadie más después de haberte tenido estas semanas conmigo.

---No se nota. -- me reprochó, pero acercándose unos pasos a donde estaba. ---Esta noche era muy importante para mí y lo sabías.

Me tomé a sus manos, en un gesto desesperado apostándome todo. Ahí iba...

---Y me siento horrible por eso, perdón. Por favor, mi vida, perdoname. -- dije desde el fondo del corazón, y noté como empezaba a suavizar un poco su mirada. No era común en mí aceptar mis errores con esta vehemencia. Con ninguna en realidad, nunca pedía disculpas. Nunca me habían hecho falta. Ya sé, soy un desgraciado, pero es así. Si alguien tenía que ser la primera en verme arrastrar por el piso mi dignidad y orgullo, esa era ella.

Ya que estábamos, si iba a ser dramático, que valiera la pena.

Aproveché su desconcierto para agacharme, y si, arrodillarme frente a ella dispuesto a todo. Seguro. En mis ojos había seguridad, estaba totalmente seguro de lo que estaba haciendo. ¿Cómo hacía para explicarle eso a mi estómago que estaba a punto de salirse de mi boca? Eso era otro tema...

---Tati, la cagué y sé que no te merezco pero... Pero... -- se me secaba la garganta. ---Pero te ofrezco toda la vida para que te desquites, y que me hagas pagar mis errores, porque prefiero pelear con vos, rogarte y que me hagas esa cara de enojada, a volver a estar sin vos. Te amo. -- un poco sonrió y eso me dio esperanzas. Aclarando mi garganta hice lo que a estas alturas ya estarán adivinando... ---Quiero casarme con vos. ¿Querés casarte conmigo?

Abrió los ojos enormes y me soltó las manos, para sujetarse de la puerta que tenía detrás.

---¿Qué? -- preguntó asustada, y aunque yo también lo estaba, me hizo gracia su expresión. Mi momento de dramatismo no tenía nada que hacer a su lado. Ella era la reina del drama, siempre lo había sido. ---¿Qué estás diciendo? ¡¿Estás loco?!

---No. -- contesté de repente muy tranquilo. Apenas esas palabras habían salido de mi boca, se habían sentido tan apropiadas. Tan verdaderas. ---Por favor decime que sí. -- insistí.

---Fran, cuando esta noche no viniste -- comenzó a decir y caminó hasta el sillón para dejarse caer en él de golpe. ---...estaba por llamarte y decirte que esto se había acabado. Por favor levántate del suelo.

El corazón me latía tan fuerte que realmente pensé que estaba por tener un infarto. *¿Que me levantara?* No podía ni cerrar la boca de la impresión. Me estaba rechazando.

---No tiene sentido... -- decía por lo bajo sacudiendo la cabeza. ---Íbamos a tomarnos un tiempo para ver si podíamos estar juntos ¿cómo pasamos de eso, de casi terminar y ahora esto?

---Tiene todo el sentido del mundo. -- dije arrastrándome, y ahora literalmente, hasta quedar entre sus piernas en el sillón, con mis brazos apoyados en su regazo. ---Desde que somos chicos sabemos que iba a ser así, Tati. No puede ser de ninguna otra manera.

Soltó una risita nerviosa y los ojos se le empañaron.

---Te voy a poner el anillo más bonito y más brillante que pueda comprar. - dije tomando su mano y besando sus nudillos. ---Vamos a llamar a mi hermana y la vamos a volver loca con la noticia, y después vamos a tener una boda simple en el sur. -- asintió. ---Pero con una fiesta enorme, que va a durar tres días, mínimo.

---Cuatro. -- se rio.

---Cinco si querés. -- solté, contagiándome de sus risas. ---Por favor decime que sí.

Tati se mordió los labios antes de volver a asentir y tomarme el rostro con las dos manos, acunándolo con cariño.

---Sí. -- contestó. ---Me caso con vos.

Solté todo el aire del cuerpo y me abracé a su cintura emocionado antes de abalanzarme y comerle esa boca tan bonita que tenía. Ella respondió todavía riendo, y aunque nos caímos del sillón y un buen golpe nos dimos con la mesita ratona, rodamos por ahí felices. Siendo protagonistas, sin saberlo, de uno de los recuerdos más importantes de nuestra vida que guardaríamos para siempre.

Los besos se volvieron febriles, las manos ansiosas, y nuestras ropas un obstáculo para querernos como necesitábamos querernos.

Esa noche, que casi se convierte en el final de lo nuestro por mi culpa,

había sido solo el principio...

Capítulo 15

Verónica

Llegué a mi departamento con la sensación de haber estado meses de gira, aunque solo habían sido unas pocas semanas. Por supuesto, no se había terminado.

Teníamos que volver al ruedo en unos días, pero este descanso, se suponía que tenía que servirnos para respirar, y de paso para cerrar pendientes. Fini tenía que grabar material y yo tenía unas cinco reuniones programadas en la agencia con marcas auspiciantes.

Vamos, que de "descanso" tenía bastante poco.

Abrí las canillas y me apresuré en entrar a la ducha para sacarme el olor característico a avión y la sensación de entumecimiento de mis músculos. Estaba cansada, tenía una agenda que seguir, pero... prioridades primero, dicen ¿no?

Una vez seca, fui hacia el cajón de ropa interior y buscando, saqué a relucir un modelito casi obscuro que me encantaba y que me había regalado Fini, la experta en lencería bonita.

Ni me puse a pensar en el desperdicio que suponían tres cajones de esas prendas finas y delicadas en su guardarropas, si solo se las veía ella misma, porque hacía dos años que no se acostaba con nadie. *No la entendía...*

Puse los ojos en blanco, no. No tenía tiempo para ponerme a pensar en mi amiga. Perdón, pero ahora estaba apurada.

Sacudí con una toalla mi cabello rojizo para que se secase un poco porque no iba a tener tiempo para secador ni planchita.

El sonido del portero eléctrico me dio la razón, y rápido me coloqué por encima un vestidito liviano. Puras formalidades, bah, no iba a durarme nada puesto.

Unas gotitas de mi perfume favorito y así, a cara lavada ya estaba lista. No alcanzaba a producirme más y en el fondo... en el fondo, era lo último que me importaba en este momento.

Abrí la puerta y Pablo entró como un toro, embistiéndome en un beso hambriento, sujetándome por los muslos que se enroscaban a su cadera, marcando esos bíceps tan fuertes que tenía.

Apenas vi que aun llevaba parte de su uniforme de bombero, sonreí porque notaba que él también estaba ansioso. También había sentido la urgencia de vernos tras días de estar lejos, y no se había querido demorar en volver a su casa para cambiarse.

En este tiempo, nos habíamos escrito casi a diario y entre nosotros había surgido algo que a los dos nos había sorprendido. Si, yo quería una relación. Deseaba encontrar a alguien con quien poder compartir mi vida y enamorarme, pero tenía mis dudas con él.

Puede sonar un poco frío, pero no estaba convencida de que él fuera el indicado. Era tan diferente a René...

Era lo opuesto, pero por lo bien que lo pasábamos era ridículo rechazarlo. ¿No podíamos ser amigos con derecho a roce?

Sus ojos claros eran adorables, era un buen chico, ...y follaba tan bien...

---Hola, bebé. -- susurró mordéndome el lóbulo de mi oreja, y gemí. ---
Qué rico perfume...

Habrán notado que su apelativo ya no me molestaba. Le había agarrado el gustito, y un poco... Un poco me calentaba. *Bebé...*

---Vamos a mi habitación. -- pedí entre jadeos y él no tardó en obedecerme, cargándose sin esfuerzo con una sonrisa perversa.

Su barba picaba haciéndome cosquillas en mi cuello, y me hacía poner los ojos en blanco de lo bien que se sentía.

Fuimos a parar a mi cama, a la que destendimos de tanto revolcarnos y arrancarnos prenda por prenda con desesperación.

Así, con ese cabello cortito y despeinado tras haberse quitado la camiseta mangas cortas azul oscura, estaba imponente. Y aunque me hubiera quedado mirándolo y admirándolo ya que estaba, porque era perfecto, rara vez me dejaba.

No podía estar sin tocarme.

No podía estar sin envolverme con sus brazos y entre besos apasionados, volverme loca con sus caricias.

A Pablo le gustaba el contacto.

Le gustaba mucho.

Era de los que se dedican a los juegos previos y que disfrutan del calor de los abrazos, de los besos dulces, los susurros cariñosos, pero también de hacer que me corriera más de una vez antes incluso de si quiera quitarse los pantalones.

Y cuando se los quitaba, por dios...

Nunca había tenido un amante como él, me hacía ver las estrellas, y no lo digo de una manera cursi, ojo.

Veía las estrellas y me sujetaba al cabecero de la cama con fuerza, mientras él la hacía chocar sin pudor contra la pared mientras yo le pedía más y más.

---Te extrañé tanto, *bebé*... -- dijo entre jadeos con el rostro frente al mío. Sudorosos los dos, nos mirábamos a los ojos y por un segundo, solo por un segundo, creí perder el equilibrio.

Fruncí el ceño y desvié la vista hacia el techo.

¿Qué había sido eso? ¿Qué quería decir esa mirada?

Debió notarlo.

Debió notar que me ponía rara de repente, porque también desvió sus ojos, para prestar atención a la sábana de mi almohada algo desconcertado.

Reanudó su ritmo, ahora de manera frenética, y habilidosamente, salió de mí para girarme y dejarme apoyada a la cama por mis rodillas. Ahora, desde atrás, ya no podía ver su rostro.

---Mmm... me encanta. -- jadeé loca de placer. ---Me encanta todo lo que me haces.

---A mí me encantás vos. -- gruñó entre dientes.

No pude ver su gesto al colar una mano entre mis piernas para tocarme mientras aumentaba la velocidad de sus acometidas, pero solo guiada por sus gruñidos, podía darme cuenta de que estaba cerca. Cerré los ojos, olvidándome de todo y me dejé llevar de manera violenta e inesperada, acabando entre resuellos incoherentes, seguida por él que gimíó fuerte reteniéndome por la cadera.

Oh sí...

Y justo cuando pensé que el momento raro había pasado, lo soltó, creo que un poco inconsciente de lo que decía, borracho por semejante orgasmo.

---Mmm... Te quiero, Vero. -- dijo agitado.

Después de eso, la temperatura del cuarto bajó como diez grados, no miento.

Se quedó muy quieto y tras un largo silencio, se dejó caer a mi lado mirando el techo, con la respiración aun alterada.

Mierda.

Es que son momentos en que cualquier cosa puede decir uno sin pretenderlo, y no quiere decir que realmente se sientan. No podía tenérselo en cuenta, pero es que era tan violenta la situación.

¿Cómo se superaba algo así? ¿Cómo se salía de esa?

La respuesta es que no salimos.

Minutos después, al ver que yo no decía nada, él me pidió disculpas y con la poquita dignidad que le quedaba, se vistió y se marchó a su casa, de lo más abochornado.

Mierda.

---¿Y dejaste que se fuera? -- preguntó Fini, mientras desempacaba sus cosas. Obviamente había ido corriendo a casa de mi amiga para contárselo todo.

---¿Y qué querías que hiciera? -- me cubrí el rostro. ---¿Cómo me va a soltar algo así? ¿Cuánto hace que nos conocemos?

---Pobrecito, Vero. -- se lamentó. ---Cuesta decir algo así, uno se siente vulnerable. Peores cosas te podría haber dicho.

---No hay nada peor. -- discutí.

---Te podría haber dicho el nombre de su ex. -- bromeó con una risita, pero yo no estaba para sus chistes.

---Eso no hubiera sido peor. -- dije enfurruñada. ---Creo que hubiera sido preferible que se le escapara el nombre de otra, el de la madre... -- enumeré. --O que se le escapara un pedo, pero no un "te quiero".

Fini se rio negando con la cabeza.

---Asquerosa. -- contestó.

---Es una reacción natural del cuerpo. -- aclaré ofendida. ---A cualquiera le puede pasar. -- agregué y las dos nos pusimos a reír a carcajadas.

Esa anécdota la dejo para otro día, mejor, no quieren saberla.

---¿Y ahora qué? -- preguntó, mirándome con compasión.

---Y ahora se acabó. -- respondí resuelta. ---No puedo ignorar lo que pasó y cómo nos despedimos. Sería muy incómodo.

Fini asintió y comprendiéndome, me acarició la cabeza y me propuso pedir helado para darnos un gustito mientras veíamos la segunda temporada de la

serie que teníamos pendiente. Ella también tenía sus propios asuntos que la agobiaban y quería olvidar.

Y yo agradecí la distracción.

Horas después cuando llegué a casa, me puse mi pijama y tomé mi celular, dispuesta a borrar el contacto de cierto bombero guapo que conocía de mi directorio.

Pero para mi sorpresa, sonó el timbre.

Descolocada por la hora abrí y me lo encontré ahí, con una sonrisa tímida que podría haberme comido a mordiscos.

---Pablo... -- dije, regañándome mentalmente por abrir sin mirar antes, y más siendo de noche. Algún día de estos me llevaría un disgusto.

---¿Podemos hacer como si nada, o ya lo arruiné para siempre? -- preguntó entornando los ojos en un gesto demasiado adorable como para ignorarlo.

No podía con la ternura de esos ojos...

Mordiéndome los labios, abrí más la puerta dejándolo pasar sin decir ni una sola palabra.

Ay...

Delfina

Estaba enojada.

La visita de mi amiga mientras desempacaba, no me había servido demasiado para calmarme, pero al menos habíamos comido helado. Ella tenía también sus problemas, y creo que aunque la idea era distraernos, terminamos las dos más molestas de tanto hablar del tema.

Tenía tal lío en la cabeza, que ahora frente a mi ordenador, apenas podía poner en orden un esquema de publicaciones para mi canal. Ni hablar de ponerme a estudiar, no podía.

Estaba furiosa con las circunstancias, furiosa con el pasado y esa mañana en la que había leído ese maldito cuaderno... furiosa con Max por haberme besado, y de paso, furiosa conmigo misma por haberme dejado.

Rocé mis labios con las puntas de mis dedos.

Si, estaba furiosa, pero a la vez, estaban todos esos sentimientos. Por supuesto me pasaba de todo en el cuerpo cuando lo escuchaba decirme todas aquellas cosas lindas.

Pero no podía olvidarme. No. No debía olvidarme de todo lo que había vivido.

No podía seguir odiándolo por lo que había leído dos años atrás, pero eso no cambiaba otras cosas...

Y ese beso en su habitación me lo acababa de recordar. Esas actitudes que siempre había tenido, y que antes, obnubilada no había sabido ver.

Estando en una relación me besaba, y encima se atrevía a insinuar que eso lo cambiaba todo. ¿Qué esperaba que sucediera?

¡Era un cobarde!

Ofuscada, hice algo que hacía días moría por hacer. Volví a ver su perfil de Instagram.

Había subido montones de fotos de la gira, de sus lectores, y de los lugares que habíamos visitado, pero eso no era lo que yo quería ver.

Fui hasta la foto de la chica rubia. Era una foto de ellos, y aunque nada en lo que había escrito me hacía pensar que era su novia, ahora que lo sabía, y veía que había una tal "Olivia" etiquetada... ya no me quedaban dudas.

Era ella.

Me acomodé en la cama y miré la pantalla mordiéndome una uña.

Era preciosa.

Alta, delgadísima, con una cabellera rubia natural brillante y elegante... podía verla con Max. Juntos se los veía tan bien...

Claro, conociéndome, tienen que suponer que con eso no me alcanzó, no. Tenía que ir a donde estaba etiquetada y buscar su perfil también para seguir mi investigación. ¿No es lo que haríamos todas?

Olivia López Bernal, pediatra, tendría la misma edad de Máximo y tenía perfil público. Respiré profundo antes de continuar. ¿Realmente quería ver sus fotos? Sabía que era un camino de ida. Después de conocerla más, ya no podría dejar de obsesionarme, pero hubiese sido más fácil que dejara de respirar o parpadear a estas alturas.

Oh.

Si en el Instagram de Max no había nada que hiciera suponer que tenía pareja, el suyo era todo lo contrario.

De tres fotos, dos eran con él.

Algunas de eventos en donde los dos estaban muy arreglados en la presentación de su libro, o en navidad con sus familias... -- me rasqué el cuero

cabelludo porque me picaban los celos. Se los veía tan contentos, puras sonrisas.

Otras fotos más íntimas, de una noche viendo tele, Max cocinando sin camisa, un desayuno en la cama... tantos, tantísimos besos. -- el corazón me volaba en el pecho de lo rápido que iba.

¿Por qué nos hacemos estas cosas? Ver estas imágenes estaba rompiéndome por dentro, pero no podía parar. De verdad no podía.

Y entonces lo vi.

Un anuncio en blanco y negro, solo sus manos entrelazadas para la cámara y un anillo en la mano de ella. -- dejé de respirar.

Comentarios de felicitaciones y tantos "me gustas" de gente que estaba feliz con la noticia.

Se habían comprometido.

Máximo se iba a casar.

Capítulo 16

Máximo le había pedido casamiento a su novia y me había besado.

Estaba sorprendida. Francamente me sorprendía mi reacción, porque teniendo en cuenta todo lo que había llorado por él, era de esperar que ahora estuviera hecha un mar de lágrimas, pero no.

Me temblaban las manos y estaba en shock, y aun así, nada.

No había llanto.

Había otra cosa. Había una furia roja que me quemaba las entrañas, y pedía a gritos salir en forma de violencia. No estoy orgullosa, pero tengo que admitir que de haberlo tenido en frente, ahora mismo se hubiera ligado una buena cachetada.

Una de la que me arrepentiría después, pero que un poco de gustito me dejaría.

Era inevitable pensar en lo que había estado a punto de pasar.

Si yo no hubiera puesto fin a ese beso, habiéramos terminado en la cama ¿y entonces qué?

Él era casi el marido de esta chica, ¿en qué me convertía a mí?

Quería golpearlo.

De nuevo ese costado de Máximo que me molestaba. Ese que era incapaz de tomar las riendas de su vida. Era un *cagón*, perdónenme la palabra. Uno que buscaba excusas para no tener que tomar decisiones difíciles.

Supongamos que no estaba feliz con Olivia ¿yo era su salida de esa relación? No pensaba prestarme a eso. Siempre quieto, pensando tanto las cosas sin actuar, que al final, estas lo superaban y terminaba mandándose cagadas.

Ya le había sucedido conmigo antes.

Se resistía a aceptar la atracción que sentía hacia mí. Estuvo semanas haciendo lo imposible por mantenerse alejado, enviándome todo el tiempo señales contradictorias... ¿Y qué ocurrió? Que el día que no pudo más, terminó en la cama con una de mis fans, poniendo su carrera, la mía y toda la gira en peligro. Miles de excusas escuché sobre eso. Que la gira lo estaba volviendo loco, que estaba borracho...

En aquella época había jugado con mis sentimientos, haciéndose el lindo consciente de que yo, mientras, me hacía ilusiones, y ahora iba a hacer lo mismo con Olivia.

Aquella chica de las fotos que no me había hecho nada como para que yo ahora estuviera besándome con su prometido, que era un idiota.

No iba a ser parte de ese engaño.

Esa misma mañana habían aparecido más fotografías de la gira anterior, donde se nos veía muy cariñosos, y poco importaba lo que pudiéramos decir, ya nadie nos creía. Estaban convencidos de que habíamos vuelto, era una pesadilla.

La situación se estaba saliendo de control, y yo no sabía qué le había dicho Max a su prometida o si es que ella confiaba ciegamente en él, pero yo no estaba cómoda.

Ahora menos que nunca.

Así que se me ocurrió algo que podía al menos ser una solución momentánea.

Iba a llamar a Benja, mi amigo youtuber para quedar con él y que nos vieran juntos.

Lo cierto es que podría haber llamado a Juan, después de todo, habíamos tenido una cita... pero no me parecía justo. No iba a meterlo en estos líos, él no era un personaje público, y apenas nos conocíamos. No tenía la confianza para pedirle una cosa así.

Benja tenía experiencia, y por lo que me había contado en otra oportunidad, no sería la primera vez que hacía algo así por prensa. Hasta podía beneficiarnos en el fondo.

Si, yo también era consciente de la ironía.

Tantos problemas me había traído ese mismo plan años atrás con Max y mi representante de esa época, como para ahora querer repetirlo... Pero era diferente. Para empezar, mi intención no era mentirle a mis seguidores, solo a la prensa, que es la que más complicaciones me traía.

En estos años me había dado cuenta de que a mis verdaderos fans, poco les importaba con quién estaba. Ellos me querían a mí y me querían bien.

Y a diferencia de Max, Benja era mi amigo, y solo mi amigo.

Un amigo que no dudó en recibirme ese mismo día en su casa, sin importar que su agenda era a veces más apretada que la mía.

---En dos días empiezo con la presentación de mi nueva mini serie para YouTube. -- comentó mientras nos acomodábamos en el sillón turquesa de su estudio de grabación. ---Si todo sale bien, va a tener su stand en el Click Con, y va a ser increíble.

---Wow, Benja. -- dije sonriendo. ---Me alegro mucho por vos, trabajaste un montón para que se hiciera. -- me alegraba por él, se lo merecía muchísimo. Y es que no muchas cadenas o grandes productoras confiaban en el talento de la gente que salía de YouTube.

No nos consideraban talentos, directamente. No importaba que cualquiera de nuestros videos se llevara diez veces más vistas que los capítulos de los programas que ellos tenían en el aire, o que la gente en las redes sociales apenas conocieran el nombre de sus actores, pero a nosotros nos seguían millones. No. Seguíamos siendo una categoría de segunda dentro de los famosos, y eso muchas veces nos cerraba puertas.

Que Benja hubiera obtenido el apoyo de YouTube para su serie, era enorme. Un gran logro.

---Gracias, Fini. -- dijo tras darme un beso en la frente. ---Pero supongo que no viniste para que te contara eso, porque para eso esperabas a la semana que viene que seguro nos cruzamos en algún evento.

---Eh... no. -- me reí. ---Pero sí estoy feliz por todo lo que te está pasando, y siempre me encanta pasar tiempo con vos, ya lo sabes.

---Y a mí con vos. -- asintió. ---Ahora decime qué necesitas, porque tenés una cara de nervios, que me está poniendo ansioso a mí también.

Me reí retorciéndome las manos, y pasé a contarle toda la historia.

Todo sobre Max, lo nuestro, y lo que estaba sucediendo en esos momentos.

---¿Y tienen que hacer la gira juntos, aun cuando surgieron las fotos? -- se extrañó. ---Mi agente me hubiera sacado del foco por un tiempo, y se hubiera encargado de que no volvieran a verme con esa persona, pero ni a cien metros. -- comentó. ---Si necesitas ayuda o un nuevo representante que te ayude...

---No, no es eso. -- contesté. ---Es que los dos somos autores de la misma editorial, es parte de la gira de promoción. Creeme que hice todo lo que pude para zafar, pero me toca.

---Qué cagada, entonces. -- se encogió de hombros. ---Pero seguro en unas semanas aparece otro rumor de alguien más y se olvidan.

---Sí, pero es más complicado que eso. -- comenté. ---Hay algo que no te

conté... -- tomé aire porque desde que me había enterado, nunca lo había dicho en voz alta, y la sola idea me costaba. ---Máximo está comprometido. Tiene novia y se va a casar.

---¿Comprometido? -- preguntó con los ojos abiertos como platos. ---¿El mismo que te dijo que siempre te va a querer, y que te besó la otra noche?

---El mismo. -- dije aun molesta.

---Qué imbécil. -- masculló con los ojos entornados. ---¿Y en qué querés que te ayude? Porque si es para defenderte a trompadas, yo me acuerdo de ese Máximo y perdón, pero ni loco.

Me reí porque si bien los dos tenían una estatura parecida, Benja siempre había sido... flacucho y para nada atlético.

---No, qué decís. -- seguí riéndome. ---Es por esto de la prensa. -- expliqué. ---Necesito una distracción, que me vean con otra persona para que no piensen que volví con él.

---Ahhh... -- dijo entendiendo perfectamente. ---No se diga más. --tomó su celular y tecleó rápido un mensaje mientras yo lo miraba curiosa. ---Listo, ya avisé a mi agente que busque fotógrafo y nos vamos por ahí a que nos vean. Un par de fotos profesionales, otras de fans y listo... -- resolvió como si nada.

---Esperá, Benja. -- lo frené. ---Gracias, yo sabía que podía pedírtelo a vos y que ibas a entender, pero... ¿esto no va a traerte algún problema a vos?

---Para nada. -- contestó convencido.

---Vas a salir en todos los programas de la tarde, puede afectar tu gira. -- le recordé.

---Mejor. -- se rio. ---Un poco de publicidad que nos venga bien a los dos de toda esta payasada de los medios.

---¿Y no te va a traer algún problema con cierta youtuber que yo conozco? -- pregunté divertida, porque en esos dos años, había tenido una relación de idas y vueltas con mi amiga Roxy. Tanto me había querido emparejar con él, y al final...

---Si lo decís por Roxy, no. -- se rio, adivinando rápido a quien me refería. ---Es mi mejor amiga, en el verano nos vamos de vacaciones a México juntos y tenemos la mejor onda, pero no estamos saliendo desde hace más de seis meses.

---¡No me había contado nada! -- dije molesta, lista para ir a reprocharle de todo a mi amiga.

---Yo le pedí que no lo hiciera. -- confesó mordiéndose el labio.

---No entiendo. -- dije triste. ---¿Por qué rompieron?

---Fue en buenos términos, porque ehm, somos mejores como amigos. Nos faltaba... algo. -- sacudió el cuerpo como si le diera un escalofrío. ---Era como estar con mi ...no sé, prima. Nos conocemos demasiado, no funcionaba.

---Bueno, si están los dos bien. -- sonreí. ---Me alegro de que haya sido así entonces.

---Ella está genial, está conociendo a uno de los productores del nuevo reality del trece. -- comentó confidente. ---Está super enganchada.

---¿Y vos? -- le sonreí cómplice.

---Y yo... -- se meció el cabello lila de la frente hacia un costado con estilo, como hacía cuando algo lo inquietaba. ---Fini, si no quise que Roxy te contara de que habíamos terminado, era porque... -- dudó, buscando las palabras. Se lo veía nervioso. ---Porque en estos últimos meses, me pasaron mil cosas... Aprendí mucho de mí, de quién soy... Cosas que no había querido ver antes. -- se acomodó en el sillón. ---No sé ni cómo decirte esto.

No puedo decir que no me imaginaba un poco lo que estaba a punto de soltar. También nos conocíamos mucho nosotros dos.

---Benja, sabes que siempre voy a apoyarte y quererte. No hay nada que me digas que pueda cambiar eso. -- dije para tranquilizarlo.

---Estoy conociendo a alguien. -- dijo con la voz entrecortada. ---No fue algo que planeé, solo pasó. En una gira, de hecho. Estábamos en una fiesta después de un evento, y... -- se frenó con la mirada perdida. ---Estuve mucho tiempo para aceptarlo, al principio me costó. Me resistía. Nadie lo sabe, claro.

---¿Cómo se llama él? -- pregunté con una sonrisa comprensiva. Notaba que le estaba constando decir esas palabras, y quise ayudarlo un poco.

---Se llama Damián, es instagramer^[1]. -- respondió con una sonrisa tímida. ---Hace unas semanas que estamos saliendo oficialmente.

---Estoy contenta por vos. -- dije sincera. ---No sé por qué dudarías en contármelo. Somos amigos.

---Todavía me cuesta a mí, Fini. -- suspiró. ---Además porque yo una vez te dije que me gustabas. -- levantó una mano como queriendo atajarse antes de tiempo. ---Era cierto ¿eh? Igual que cuando salí con Roxy.

---También te gustan las mujeres. -- asumí.

---No voy a ponerle una etiqueta a esto. -- dijo. ---Y tampoco es que me gustan *los* hombres. Me gusta él. -- asentí entendiendo perfectamente a lo que se refería. ---Y esto de ayudarte y que aparezcan fotos nuestras, me va a venir perfecto. Ya lo vieron en alguna de mis fotos, y están preguntando por él.

---¿No piensas contarle a tus seguidores? -- me sorprendí. ---No digo ahora, pero...

---Todavía no le dije a mi familia, y estamos recién empezando. -- contestó. ---Si esto no funciona, voy a haber hecho un escándalo por nada.

---Benja, que las cosas con Damián no terminen funcionando, no cambia quien sos. -- dije yo.

---Me ayuda a ganar tiempo por lo menos. -- dijo.

---Si tu miedo es que no te entiendan, ellos van a apreciar que seas sincero, te van a querer igual.-- me acerqué pasándole un brazo por los hombros. ---Y en la comunidad de YouTube sabés que eso nunca fue un problema.

---Todavía no estoy listo. -- admitió con tristeza, y yo lo abracé con cariño.

---No importa. -- le dije. ---No tenés que contar nada si no querés, y si querés hacerlo, no estás solo.

---Roxy me dijo lo mismo. -- sonrió y me pareció que se secaba una lágrima de manera torpe. Nunca lo había visto ponerse sentimental por nada. Siempre había sido tan positivo...

---No me sorprende de ella. -- dije. ---Te quiere mucho.

---Me dijo eso y que quería conocerlo. -- agregó y nos reímos.

---Ah, eso también. -- le advertí. ---Porque si es quien pienso, es un divino.

Benja se rio y sacó nuevamente su móvil para mostrarme fotos de su chico. Claro, en el mundillo en el que nos movíamos, nos conocíamos casi todos, y si. Damián era un chico guapísimo. Alto como mi amigo, tenía el cabello negro, unos ojos castaños impresionantes y unos labios super sexis. Había que ver el buen gusto que tenía Benja...

En esos días, también me vi con Juan.

Quería explicarle que iban a salir fotos mías con Max y otras tantas con Benja, pero que todo lo que se dijera, era mentira. No éramos novios, ni teníamos una relación exclusiva, pero al menos le debía eso. Ser sincera.

No quería hacerle lo que me habían hecho a mí.

Quedamos en su casa para comer varias veces, y nos escabullimos a alguna función de cine nocturna donde nadie podría encontrarnos, y aunque la pasamos genial... no pasó nada más.

Él respetaba mis tiempos, y sabía que tenía a alguien en el corazón, así que

no insistía. Y yo... yo no podría haber pedido un mejor amigo.

Capítulo 17

Máximo

El volver a casa, fue bastante más duro de lo que me imaginaba.

Olivia me esperaba contenta, casi por un momento como si hubiera olvidado por completo todos nuestros problemas.

Estuvo feliz, eufórica por mi regreso y veía que se había esforzado por hacerme sentir bienvenido. Preparándome mi comida favorita, y poniéndose linda para recibirme, aun cuando sabía que habría tenido que hacer malabares con su tiempo y la clínica.

Yo estaba agradecido, claro, pero no podía evitar sentirme un falso.

Y a medida que pasaron las horas, y pasada también la emoción del reencuentro, otras cosas empezaron a salir a flote.

Nosotros no estábamos bien.

Por más que con sus besos y caricias pudiera abstraerme de la realidad, eso solo duraba un rato. Solo hasta que la culpa me alcanzaba y todo se ponía raro.

No sé si ella podía percibirlo, o es que aun le pesaba el tema de las fotos que habían salido en los medios con Fini, pero hacía tiempo que no me sentía tan ...incómodo en una relación.

Esos días mi cabeza era un lío. No paraba de pensar en lo que había ocurrido.

En que además, no le había contado nada de eso a Olivia. Nada de ese beso... Y era la primera vez que le ocultaba algo a propósito.

No quería herirla, pero tampoco podía recomponer lo que fuera que no estaba funcionando entre nosotros.

Estaba congelado.

Totalmente confundido.

Porque si, esa noche en mi habitación con Delfina, me había hecho ver que todavía la quería, y que todavía era vulnerable a ...a su presencia. Era verla y derrumbarme como un idiota.

Pero tenía que ser inteligente. Lo había arruinado todo con ella. ¿Estaba dispuesto a hacer lo mismo con lo que tenía con Oli?

---No, ni en pedo. -- fue lo que me dijo mi amigo Benicio, tras darme un coscorrón en la cabeza para que entrara en razón. Eso y ayudar a que me

emborrachara como cuando éramos más jóvenes, en su fiesta de cumpleaños.

Mi chica me acompañaba, aunque se había perdido la charla por estar bailando por ahí con Francesca, la mujer de Simón y Catalina, la novia de mi otro amigo. Se habían hecho íntimas amigas... Y así también se habían emborrachado juntas entre risas. Bueno, Francesca no, porque estaba de seis meses de embarazo... Pero las otras dos, habían tomado por ella.

Esa, había sido la primera y la única vez en ese recreo entre giras, en que el peso que tenía en el pecho me dejaba respirar aunque fuera por un rato. Si, definitivamente el alcohol había ahogado algo de esa terrible culpa...

Llegamos a mi casa dando tumbos, eso es lo poco que recuerdo.

Apenas unos momentos... Ella desprendiéndome la camisa y haciéndome cosquillas en su intento de besarme en el pecho. El borrón de nuestros cuerpos encontrándose ansiosos a la luz de la madrugada.

Sexo.

No había habido mucho más, la verdad. Ni la ternura o la intimidad de otras veces, no.

Solo saciar de un impulso primitivo que nos arrancó jadeos roncocos, y nos vio acabando casi con bronca, dejándonos vacíos.

Ni abrazos, ni besos, ni siquiera una caricia más.

Me desperté solo al otro día en las primeras horas de la tarde, con el sonido de la ducha y un dolor de cabeza inmenso.

Con medio ojo abierto, registré nuestras ropas tiradas en el suelo, mi teléfono en la mesita de noche, junto con mis llaves. *Faltaba algo.*

Cerré los ojos otra vez, rogando al cielo que Olivia hubiera ya limpiado y se hubiera deshecho del condón usado, como había hecho en alguna otra oportunidad en que nos quedábamos en su casa y ella madrugaba para irse a trabajar.

Si...

Seguro lo había hecho.

Seguro no habíamos sido tan inconscientes...

Delfina

Uno de esos días, había quedado con mis amigos para ponernos al día, sabiendo que con lo ocupados que los tres estábamos con el trabajo, podían volver a pasar semanas sin vernos.

Tati y mi hermano Franco, se habían casado hacía unos meses, en una boda preciosa que se había celebrado en nuestra ciudad natal, cerca de la familia y el hogar que nos había visto crecer. Había sido una ceremonia íntima, romántica, y alejada de las cámaras.

Lógicamente, después habían tenido que lidiar con la noticia en todos los medios de comunicación sobre "el sorpresivo casamiento del tenista número uno de la Argentina con una chica desconocida". Nadie salía de su asombro, pensando que esto había sido cosa de un día para el otro, pero para quienes los conocíamos, sabíamos que nada podía alejarse más de la realidad.

Se conocían desde siempre, por Dios.

Y ahora, ya casados y acomodados en su rutina, no podían esperar a formar una familia.

Si, ya hacía un tiempo lo estaban intentando. Antes incluso de dar el "si, quiero".

Querían ser padres cuanto antes, porque además, era el momento perfecto en sus carreras.

Tatiana estaba terminando de grabar una serie y mi hermano iba a tener un tour por Europa muy pronto. Se habían organizado para tener el tiempo después de dedicarse a ellos, y yo no podía hacer otra cosa que alegrarme por lo felices que se los veía. Se querían tanto, y habían encontrado la felicidad al lado del otro... era envidiable.

Envidia sería mucho decir, para ser sincera.

Nunca había sentido necesidad ni de casarme ni de tener bebés, no era mi prioridad. O tal vez es que era aun muy joven, pero no podía imaginármelo...

En cambio a esos dos, sí que los veía.

Serían unos papás geniales. Si es que ya estaban encima de todos los detalles.

Tati tomando sus vitaminas, su ácido fólico cada mañana sin falta, dejando de lado la comida chatarra y haciendo yoga para preparar su cuerpo como ella decía. No tomaba una gota de alcohol desde el día en que se habían propuesto dejar de cuidarse, y Fran, acompañándola haciendo lo mismo en solidaridad.

Mi hermano había vendido su antiguo departamento de soltero, y ahora estaba terminando de remodelar una casa hermosa donde aquel o aquella bebé ya tenía su cuarto decorado.

Seguía entrenando a diario religiosamente, pero no dudaba un segundo en dejarlo todo si su esposa lo necesitaba para algo.

Era increíble ver el cambio que había experimentado... De mujeriego

terrible, a futuro padrazo enamorado de su mujer. Mis padres todavía no podían creerlo.

Yo sí.

Si existía alguien que podía hacerlo cambiar así, esa tenía que ser mi amiga. Nadie más.

Y por más que no me imaginaba convirtiéndome en madre, si podía verme como tía. No veía la hora de conocer a mi sobrino para mimarlo, consentirlo y amarlo incondicionalmente desde que estuviera en la panza de su mamá. Solo con pensarlo ya se me llenaban los ojos de lágrimas de la emoción.

Como siempre, nos juntamos a comer. Esta vez en un restaurante de la zona, y comimos uno de los mejores asados que probé en mi vida. O es que justo tenía mucha hambre...

Sea como sea, la charla, giro como de costumbre en torno a ese bebé que buscaban y los planes que tenían para el año siguiente si todo se daba como esperaban.

Me preguntaron por mi gira, por mi nuevo libro... por Max, y después de ver cómo me cambiaba la cara, me regañaron un buen rato por haber aceptado ser parte de semejante locura. Nadie estaba de acuerdo con la gira que estaba haciendo. Ni siquiera yo, pero como les expliqué, tenía obligaciones, un contrato... Y no podía escaquearme.

Al regresar a casa, me sentía agotada y con nada de ganas de empacar. Después de la conversación con mis amigos, en la que por supuesto tenían toda la razón, cada vez me parecía una peor idea volver a donde estaba mi ex.

Nuestro beso no hacía más que llenarme de miedos, y si, también de mariposas el estómago.

Mi cuerpo no entendía lo que mi mente le decía, y seguía sintiendo debilidad por él. Una debilidad ridícula...

Estaba contestando un mensaje a una seguidora, cuando una alerta en mi celular, me avisó que había salido una nota en Internet que me nombraba. No me juzguen, pero tengo alertas de Google para todos los que conozco por consejo de mi representante.

Oh...

"Cita romántica de los youtubers más queridos del país", "Fotos exclusivas del nuevo romance en las redes", "Fans enloquecidos por la nueva parejita de YouTube."

Eran algunos de los titulares que resaltaban entre los portales principales

de chimentos del espectáculo. Las mismas cinco fotos de nosotros saliendo de un restaurante, un abrazo, y una que era sin dudas la más graciosa, en donde Benja me susurraba algo al oído, y yo era puras sonrisas.

Parecía una situación romántica, si. Nadie nunca se podría imaginar que en realidad lo que me estaba diciendo era que tenía todo su pantalón chupín negro, lleno de pelos de mi gata. ¿Ven? Es que esas cosas tienen las "noticias" que se publican. La gran mayoría, son puros inventos.

Automáticamente mi teléfono empezó a sonar, tenía varias llamadas desviadas de los medios de comunicación, y una entrante de Verónica, mi agente. *Oh no*. Me había olvidado por completo contarle de mi plan con mi amigo.

---¡Delfina! -- chilló desde el auricular. ---¿Qué son esas fotos que estoy viendo? Que me va a dar un infarto. Tengo a todo el equipo de prensa de la agencia llamándome desesperado desde la otra línea y no sé qué decirles. -- de fondo, la voz de un hombre que intentaba calmarla. Pablo, me imaginé.

---Perdón, Vero. Se me pasó avisarte. -- dije cerrando los ojos, arrepentida y agradecida de paso de que mi amiga no estuviera aquí conmigo para gritarme en persona.

---¿Me estás diciendo en serio? ¿Se te pasó? -- siguió diciendo cada vez más nerviosa. ---¡¡Nena, es para matarte!! Te adoro, pero no me dejes sin trabajo porque te voy a buscar y te dejo pelada.

Molesta como estaba, apenas hizo una pausa a su griterío para que pudiera explicarle lo que sucedía. Aceptó un rato después mis disculpas, todavía renuente, solo a cambio de que esa noche nos juntáramos a hablarlo bien.

Tenía razón, había sido poco profesional de mi parte, y podría haberla afectado de verdad con la agencia, con las marcas que auspiciaban la gira, y ya que estábamos con su jefe que también estaba llamándola sin parar.

Nadie entendía nada, y no es que a todos les importara mi vida amorosa, no.

Es que estar con alguien como Benja, era como una fusión de empresas, y toda la gente que quedaba en medio, enloquecía. Simplemente enloquecía, porque querían coordinar hasta el último detalle.

Pasaba a ser de interés para todos y ahora estarían pensando en cómo sacarle provecho a lo que creían era, una nueva relación.

Cada uno desmentiría el asunto con su equipo, pero mientras tanto, era enfrentarse a una tormenta enorme... No lo habíamos pensado bien,

evidentemente.

---Te entiendo, pero podrías haberme avisado. -- me dijo mi amiga esa noche cuando nos vimos. ---Sé que desde que volvimos estuve un poco desaparecida, pero si me llamás, estoy acá... -- agregó.

---Eso. -- sonreí con picardía, encantada de desviar la conversación para que dejara de regañarme. ---¿Dónde estuviste desaparecida? En la agencia no te vi nunca cuando me tocó ir.

---Fini, estoy en problemas. -- se cubrió el rostro de manera trágica. --- Desde que volvimos, tengo a Pablo metido en casa.

---¿Metido en tu casa? -- pregunté confundida. ---¿No se quiere ir?

---Yo no quiero que se vaya. -- explicó con boca chiquita. ---Se va a trabajar, a buscar ropa a su casa, y después vuelve para pasar la noche conmigo. No sé qué me pasa, pero no puedo dejar de estar con él...

---Te estás enganchando. -- me encogí de hombros. ---Eso es algo bueno, Pablo me parece un chico divino.

---Si, muy divino. -- asintió. ---A lo mejor demasiado. No sé si va a poder con toda la locura de mi carrera, lo veo más tradicional. Está buscándose una esposa, puedo olerlo... -- y sé que hizo un gesto arrugando la nariz.

---Vos también querías tener pareja, a lo mejor... -- empecé a decir, pero ella me cortó.

---El mundo en el que vivo se lo va a comer crudo, Fini. -- respondió, llena de tristeza. ---Por eso René era perfecto... Tenía una coraza el muy hijo de puta, le gustaba más la cámara que lo que alguna vez le gusté yo. Pablo es tan sensible... No quiero hacerle mal.

---René no era perfecto. -- le discutí. ---Pablo te quiere, él mismo te lo dijo.

---¡No me hagas acordar! -- gritó, desesperada.

---Vos estás muerta de miedo. -- me reí. ---No querés enamorarte para no sufrir, pero ya estás entregada. Ya te enamoraste de Pablo, amiga.

---Si fuera así, sería lo peor que me podría pasar. -- dijo. ---Los dos enamorados, en una relación que está destinada a fracasar.

---Todo esto que me contás, me suena. -- reflexioné. ---A mí me pasó lo mismo, qué sé yo. -- comenté. ---Con la diferencia que mis inseguridades lo arruinaron todo antes de que pudiera si quiera ver cómo podía ser...

Las dos suspiramos con pesar.

---Y miralo. -- le mostré una foto de su Instagram que llevaba horas

viendo. ---Saliendo con sus amigos, como si nada. -- protesté, molesta. ---Se está por casar, hace unos días me besó y míralo. -- insistí. ---No se le mueve un pelo, mientras yo acá me estoy comiendo la cabeza.

---Qué boca que tiene... -- observó mi amiga babosa, y yo solo pude reírme. Reírme y pegarle con mi almohada. ---Ahora, en serio... Deberíamos salir nosotras también. -- resolvió. ---No voy a dejar que te quedes ahí quejándote como idiota mientras él se divierte. Ya mismo nos vamos a tomar algo. -- dijo, y ni se lo discutí.

Estaba en lo cierto.

Necesitaba salir a tomar aire.

Capítulo 18

La habíamos pasado genial.

Habíamos bailado, habíamos bebido, y nos habíamos reído por horas en lo que había sido un paseo por tres bares y dos boliches hasta dejarnos agotadas en una cafetería desayunando antes de las cinco de la mañana.

La idea, claro, era olvidarnos de todo lo que teníamos en la cabeza y no pensar ni en Max, ni en Pablo, ni en René... Pero mi amiga, con unas copas de más, había tomado su teléfono y se había puesto de lo más cariñosa con el bombero que la tenía loca, y como era de esperarse, tras dejarme en casa, se había ido corriendo a la suya para poder verlo.

Me había alentado a que le escribiera a Juan para hacer lo mismo, pero si tengo que ser totalmente sincera, no tenía ganas.

Quería llegar a casa, darme un baño y dormirme.

Habían pasado horas, pero yo todavía sentía los efectos del alcohol, y hasta me reía sola de cómo me tambaleaba al quitarme los tacones.

Me alegraba de haber salido con mi amiga. -- medité mientras tarareaba una de las canciones que más habíamos bailado.

Máximo

La salida se nos había ido de las manos.

Todo había comenzado esa tarde.

Benicio había venido a casa para ver un partido de fútbol y envalentonado por el triunfo de nuestro equipo, no dejaba de insistir para que esa noche saliéramos. Y era en vano intentar negarme o decirle que no tenía nada de ganas, porque no entendía razones.

Oli que acababa de irse a trabajar, también estuvo de acuerdo en que me hacía falta salir a divertirme con mi amigo. Ella estaría fuera toda la noche y parte del día siguiente, y cuando volviera solo querría dormir, así que de todas maneras no podíamos quedar para hacer nada.

---Estoy reventado. -- le dije a mi amigo con cara de cansancio, exagerando a lo mejor un poco, para que me creyera. ---Ya salimos el otro día, hoy no tengo ganas.

---Vos lo que querés es quedarte, para seguir obsesionándote con esto. --

me arrebató el teléfono de la mano rápidamente sin dejarme reaccionar.

Forcejamos como cuando éramos más chicos, pero me fue imposible recuperar el aparato.

No podía negarlo, me había descubierto.

Desde que habían salido todas esas notas sobre Delfina, no había podido dejar de leerlas, y torturarme con las fotos que habían aparecido. Ese chico que recordaba de las convenciones años atrás, aquel youtuber que la había saludado con un beso en los labios, su ahora el supuesto nuevo amor, y yo no tenía ganas ni de levantarme del sillón.

Sabía que hasta Oli se había dado cuenta de que algo me ocurría, no era tonta. Desde que había visto la primera foto, se me había ido hasta el hambre.

Era un idiota, y me estaba comportando como un crío.

Delfina era libre de hacer lo que ella quisiera, no tenía por qué creer que no estaría con nadie si no estaba conmigo. Era una chica preciosa, adorada por miles, con una personalidad super interesante, en la edad ideal para divertirse. Se los veía bien juntos, hacían buena pareja... Se merecía ser feliz, y yo no había podido lograrlo cuando tuve oportunidad. Yo lo había arruinado, y lo seguía arruinando todavía, como el imbécil que era.

Si, todo eso me decía la cabeza. Mi lado racional, el más lógico.

Pero en la sangre me ardían los celos.

Unos celos violentos y asquerosos que me daban ganas de agarrar algo a patadas de pura impotencia.

Yo no era así, nunca lo había sido.

Esos sentimientos estaban ahí porque era ella. ELLA, la de las fotos. De la que quería todos sus besos, todos y cada uno, porque la sentía mía, aunque no lo fuera.

---Devolveme el teléfono. -- le dije a Benicio con mala cara.

---Te lo voy a devolver cuando volvamos. -- me explicó, mientras me empujaba a la ducha de mala manera. ---Ahora vamos a salir, te vas a poner en pedo, y no quiero que lo agarres y mandes mensajes en ese estado. Para mandar, ya te mandaste demasiadas cagadas.

---No me voy a emborrachar. -- le discutí. ---Mañana tengo una reunión de trabajo a la tarde, no puedo caer con resaca.

Mi amigo puso los ojos en blanco y se rio.

---Para esa hora ya vas a estar fresco como una lechuga. -- dijo.

---Ya no tenemos veinte años. -- me reí.

---Pero te voy a tener que llevar a bañar como si tuvieras seis, dale. --

siguió empujándome y tirándome de la ropa para que me metiera a la ducha.

Con una risa ronca, me deshice de él y lo saqué del baño para poder ducharme tranquilo. Lo único que faltaba es que también quisiera enjabonarme la espalda.

De bar en bar, habíamos perdido totalmente los papeles.

En algún momento de la noche, Benicio tomó mi celular y subió a mi Instagram una foto de nosotros para que Oli viera que al final había accedido a salir, pero eso es algo que me enteré al otro día cuando lo ví, porque de haberla tomado, no tengo recuerdos.

Tenía recuerdos de haber tomado otras cosas, eso sí. Cuántas copa, vaso o balde que se me cruzó.

La música moderna, mezcla reggaetón y electrónica, resonaba en mis oídos, y aunque prefería apretarme los dedos con una puerta que escucharla, tenía una borrachera tal, que hasta gracia me hacía.

Benicio seguía comprando bebidas, mientras simpático, nos presentaba con todas las chicas del local con esa labia que lo caracterizaba.

---¿Qué haces? -- le pregunté en un susurro cuando invitó a dos morenas a tomar algo con nosotros. ---Los dos tenemos novia.

---Yo pienso portarme bien, esto lo hago por vos. -- dijo como si fuera obvio. Lo miré sin entender. ---Si vas a mandarte una cagada, que sea con una desconocida que no le hace mal a nadie, y no con Delfina. -- explicó. ---Sacate las ganas y listo, basta de amargarse y te sacas a la youtuber de la cabeza.

Lo miré por unos segundos antes de soltar una carcajada.

---Qué consejos de mierda das. -- me reí negando con la cabeza.

---Vos reíte, pero después no te quiero lamentándote como en el casamiento de Simón. -- me recordó. ---Esto se acaba acá.

---Estoy grande, no necesito que me estén cuidando. -- le dije. ---No pienso estar con ninguna de estas chicas, mejor, me voy a mi casa porque con todo lo que tomé, mañana no me levanta nadie y tengo que ir a esa reunión.

Benicio me miró con desconfianza, pero después asintió.

---Ahora, devolveme el celular. -- le dije, poniéndome de pie, y con la mala suerte de trastabillar con mis pies casi cayéndome al suelo.

---Mañana te lo devuelvo al mediodía. -- resolvió. ---En este estado, no vas a tocar el teléfono. Lo que menos necesitas es mandarle un mensaje patético a Delfina.

---Dale, boludo. -- insistí con pocas ganas de jugar. ---Que tengo que

poner la alarma y tenerlo a mano por si se comunican desde la agencia.

---Me quedo a dormir en tu casa, y te despierto a tiempo. No te hagas problema. -- dijo.

Insistí un poco, pero estaba mareado y agobiado, así que creo mi amigo terminó cansándose y me lo metió al bolsillo. Estaba frustrado, y ahora que me la había nombrado peor me sentía.

Creía ver a Delfina en cada chica con cabello claro. Creía ver su sonrisa, y sus vestiditos cortos por ahí, bailando entre la multitud. *Ella no está acá.* -- me repetía sacudiendo la cabeza.

Y así estuviera, ella ya estaba con alguien más...

Esas malditas fotos. -- mascullé para mis adentros ---Ya vengo, voy al baño. -- dije a mi amigo y sin saber por qué, me escabullí entre la gente hasta perderme, y antes de que pudiera darme cuenta, estaba en la puerta, frenando un taxi.

Sabía exactamente dónde quería estar.

Delfina

No podía dormirme aunque fuera tardísimo, así que me serví una copa y cómoda solo usando una de mis camisetas, me puse a editar.

No sería la primera vez que se me hacía de día trabajando, para luego dormir toda la tarde, y como no tenía nada que hacer más que descansar, podía permitírmelo.

Acababa de poner música y ahora The Weeknd me hacía compañía con su tema "*Call out my name*", mientras repasaba mi video preparándolo para subirlo.

El ritmo, más el alcohol, de a poco me relajaron, y por eso es que pegué un salto que por poco me despega de mi propia piel cuando el timbre comenzó a sonar de manera escandalosa.

Asustada y pensando que podía ser mi amiga, corrí para ver por la cámara del portero. Si era algún borracho que aburrido se había puesto a tocar por tocar, ya vería que hacía.

Pero no.

El corazón me latía a toda velocidad, y los pies se me habían clavado en el suelo.

Era Máximo.

¿Qué quería? ¿Le contestaba por el telefonito, o bajaba a abrirle? ¿Qué quería a estas horas? -- pensé mientras lo veía ahí, tan guapo como siempre. Se acomodó el jopo hacia atrás con demasiada fuerza y con el impulso, trastabilló con sus pies, apenas a tiempo de sostenerse con la verja de entrada.

Estaba borracho.

Algo preocupada, bajé despacio para ver qué quería, o si necesitaba ayuda. Pocas veces lo había visto en ese estado. Creo que haciendo memoria, una sola vez, y había terminado con una de mis fans...

Mejor no acordarse.

Apenas abrí el portón, se giró para mirarme y me pareció que tragaba en seco. Acto seguido, me daba un repaso completo apretando las mandíbulas, porque claro, en el apuro, no había hecho tiempo a ponerme unos pantalones. *Genial.*

---¿Qué hacés acá, Max? -- quise saber, ignorando su mirada. Maldije estirando la tela de mi camiseta sin lograr que cubriera apenas mis muslos.

Se tomó su tiempo para responder.

Seguía con los ojos clavados en los míos, tan vulnerable que me estaba costando mantener mi pose indiferente.

---Yo, eh... Necesito -- empezó a decir. ---Quiero hablar con vos un segundo ¿puedo pasar?

Eso mismo había dicho la otra noche cuando fue a buscarme a mi habitación de hotel. ¿Y ahora qué quería?

---Estuviste tomando, no sé si es la mejor idea... -- le dije, cruzándome de brazos porque la madrugada estaba fría, y yo me había quitado el corpiño para estar cómoda.

---Delfi, solo quiero que hablemos. -- pidió, casi una súplica y a mí se me aflojaron más las rodillas.

Cualquier persona con dos dedos de frente lo hubiera enviado de vuelta a su casa, convengamos...

Cualquier persona lo hubiera mandado a... Lo hubiera mandado bien lejos. Pero ya se podrán imaginar.

Asentí despacio, y aunque sabía que lo más inteligente hubiera sido negarme, lo invité a pasar a mi casa con un gesto.

Una vez dentro, paseó la mirada por todas partes, como si estuviera

reconociendo el espacio que hacía tanto tiempo que no veía. Tenía que traerle algunos recuerdos, me imagino. A mí me los hubiera traído entrar a su departamento también.

---¿Qué querés? -- pregunté, impaciente. Cuanto antes se fuera, antes podría liberarme de las cosquillas que sentía en la piel al tenerlo tan cerca.

Sus manos, esas que ahora se hundían en sus bolsillos, seguían siendo tan bonitas y masculinas como siempre. Capaces de tocarme como nadie lo había hecho, y estaba segura, todavía con la habilidad de hacerme suspirar de placer sin siquiera esforzarse.

No tenía que mirarle las manos. -- me recordé, concentrándome en un punto lejano de mi sala.

---Así que estás saliendo con ese amigo tuyo... el youtuber. -- soltó de repente como incapaz de seguir conteniéndose. ---Ví las fotos en todos lados.

¿Qué?

---¿En serio me estás diciendo todo esto? ¿Justo vos? -- y no me reí como quería hacer, porque me temblaba todo.

---Ya sé. -- se pasó las manos por el cabello dos o tres veces, dejándose lo hecho un lío, cada vez más guapo, si es que eso era posible. ---No tengo derecho, no somos nada... -- mascullo por lo bajo, con la mirada tan torturada que me costaba reconocerlo. Tan distinto al Máximo orgulloso y altivo que había conocido años atrás. ---Pero es que no puedo dejar de pensar en esas fotos... Benicio, mi amigo, me quitó el celular para que dejara de verlas. Creo que me lo devolvió... -- dijo, mientras se palpaba los bolsillos confundido, calculo que buscando su teléfono. Estaba borracho y esta actitud suya tan extraña para mí, lo volvía impredecible.

No podía negar que tenía la adrenalina por las nubes... Algo en toda esta situación, con la tensión que se respiraba, se sentía emocionante. Se sentía explosiva. No podía creer que estuviera aquí diciéndome todo esto.

---No entiendo por qué tendría que afectarte, vos estás de novio. -- le reproché y él bajó la mirada, culpable. ---Te estás por casar, de hecho.

---Pero solamente puedo pensar en vos. -- confesó caminando hacia mí muy despacio, y yo contuve la respiración. ---Te tengo en la cabeza, Delfina, no te puedo sacar. -- agregó tirando de su cabello en su puño, como si estuviera al borde de enloquecer. Cuando cayó, esa mano se apoyó con delicadeza en mi cintura y se ajustó ahí, arrugando la tela de mi camiseta.

Negué con la cabeza todo lo fuerte que pude, casi provocándome un mareo.

---Decime que no te pasa lo mismo, y me voy. -- propuso ya con un susurro tan ronco y profundo que no pude más que tragar en seco. Tenía la garganta seca.

Su agarre se fue convirtiendo en una caricia lenta, acercándome a su cuerpo. Tomándome por la espalda baja, acomodándome a donde me sentía como en casa. A sus brazos donde encajaba perfectamente.

---¿Qué estás haciendo? ¿Qué estamos haciendo...? -- tuve que corregirme cuando fui consciente de que lejos de estar rechazándolo, había comenzado a recorrer con las manos su pecho, sus hombros... ---Estaba bien sin vos, Max. Ya había pasado página, no puede ser que después de tanto tiempo sigas... -- quise decir llena de impotencia y bronca. Sintiendo mi voluntad debilitarse de manera vergonzosa, pero al menos no estaba sola en esto.

---Ya sé... -- asintió. ---A mí me pasa lo mismo. -- dijo apoyando sus labios en mi mejilla haciéndola vibrar con su voz. Su boca caliente sobre mi piel por poco me hizo gemir... Su cabello rozaba apenas mi frente, y mis dedos hicieron el camino hacia ellos de manera mecánica, sintiendo su suavidad, esa que se me hacía tan conocida, cerrándonos en un abrazo apretado. Creo que en ese punto, los dos temblábamos.

No había escapatoria y lo sabíamos.

Teníamos miedo, estábamos aterrados.

Por todo esto que nos estaba pasando, por estar así como estábamos después de años... por las circunstancias, por no saber qué ocurriría cuando nos arrepintiéramos, porque lo haríamos.

Por la manera en que nos miramos a los ojos cuando nuestros rostros se separaron apenas lo suficiente.

Estábamos aterrados por que esto se nos volviera a escapar de las manos. Por que otra vez se acabara...

---No estoy con Benja. -- sentí la necesidad de decir. ---Es todo mentira para los medios, largo de explicar... -- me apuré en aclarar, sintiendo que Max en ese abrazo apretado, nos conducía al sillón cuidadosamente.

---Olivia me devolvió el anillo, sabe lo que hubo entre nosotros, sabe que estoy confundido. -- dijo él. ---No me voy a casar. -- negó con la cabeza, desesperado, casi como si estuviera diciéndose esas palabras a sí mismo. --- Se terminó, no estoy enamorado de ella. Te quiero a vos...

Y no sé si es que en el momento podría haberme dicho cualquier cosa y le hubiera creído... o porque realmente lo hice, hipnotizada por sus ojos pardos velados por la pasión. Ojos con los que seguía cada uno de mis movimientos. Hasta aquel suspiro, casi jadeo que dejé escapar al sentir su erección a través de su pantalón, pegado a mí.

Ninguno nunca tuvo la fuerza suficiente para frenar lo que nos pasaba cuando estábamos tan cerca. No hubiéramos podido. Ni siquiera sabiendo que esto no estaba bien.

Su boca atrapó la mía en un beso apresurado en el que poco nos importó no disfrutarlo completamente después de todo lo que nuestros cuerpos lo habían esperado. Poco nos interesó que en el apuro de quitarnos la ropa, nuestras caricias se volvieran torpes y nuestros jadeos nos dejaran en evidencia de las ganas que nos teníamos.

No había tiempo para seducción ni juegos previos. Ahora nos necesitábamos y nada más iba a interponerse.

Esto estaba muy mal.

Capítulo 19

Me desperté en mi cama, enroscada en las sábanas calentitas, donde algunos rayos de sol se colaban entre las cortinas, y la espalda morena de Max en todo su esplendor, estaba pegada a mí.

No era la primera vez que dormíamos juntos, así que no me sorprendió su pose. Sonreí recordando que le gustaba dormir boca abajo, casi abrazando la almohada, así, desnudo como estaba, apenas tapado con mi cobertor de peluche rosado, se lo veía adorable. Alto, con ese físico suyo tan fibroso y con los músculos justos para verse super masculino, en contraste con mi habitación llena de unicornios, brillos y gatitos... Era algo digno de ver.

Mordiéndome una uña, me giré boca arriba y mirando el techo, comencé a tomar dimensión de lo que acababa de suceder.

No me sentía orgullosa ni mucho menos, pero para ser sincera, y dándome también una tregua, era algo que no hubiera podido frenar.

Me gustaba Max.

Me gustaba demasiado, y la tentación de sentir su piel con la mía, era demasiado. No era solo algo sexual, por supuesto que no. Ojalá lo hubiera sido.

Yo todavía seguía sintiendo cosas por él, lo quería.

Estiré una mano y acaricié su cabello queriendo alargar aquel momento por siempre, sin tener que preocuparme por las consecuencias.

Al sentirme, se removió y con un ronroneo, se volteó para enfrentarme y apretarme en un abrazo cariñoso. Su olor me atrapó junto con su calorcito y no pude más que acurrucarme con él y cerrar los ojos.

Casi como si no quisiera ver.

No quería ver la realidad que nos rodeaba.

No quería ver que estaba volviendo a equivocarme, y esta vez era peor. Máximo era malo para mí de por sí, pero esta vez, este Máximo tenía novia además.

Bien, Delfina... Cada día mejor. -- pensé contrariada, y me ofusqué durante un segundo.

Un segundo en el que Max se tardó hasta comenzar a besarme el cuello haciéndome cosquillas con su barba apenas crecida, y ya no pude volver a pensar.

Una de sus manos, se aferró a una de las mías por encima de nuestras

cabezas, mientras la otra rodeaba mi cintura, llegando a mi espalda... y luego a mi cola, despegándose sin delicadeza del colchón, para girarme a la vez que también se giraba él boca arriba. Apretándome fuertemente contra su cuerpo, con un jadeo hambriento.

---*Buenos días...* -- dijo casi sin aire cuando entró en mí tras manotear un condón de la mesita de noche, así sin más ceremonias. Su respiración agitada y la fina película de sudor entre nosotros podrían haber empañado los vidrios de mi habitación esa mañana, no exagero.

Respondiendo con un gemido que lo hizo sonreír de manera perversa, me uní a sus movimientos tan, pero tan a gusto de sentirlo en mí que no podría haber pronunciado palabra.

Y su boca...

Su boca serpenteaba llenándome de besos los pechos, lamiéndolos... mordiéndolos, haciendo que quedáramos sentados sobre la cama, meciéndonos contra el otro, hechos un nudo de pura piel y jadeos.

Era una locura.

Éramos una locura juntos, tan intenso que no podíamos parar.

Mis cabellos rosados en sus manos morenas, sus ojos pardos sin perderse detalle de cada cosa que me hacía... Mi piel pálida y tatuada sobre la suya tan perfecta. Mis muslos enroscándolo por su cadera angosta y el sonido de nuestros cuerpos al chocar de manera frenética, estremeciéndonos. Sin darnos tregua.

No, puede que esta vez no fuera como la primera años atrás. No sonaba la misma canción de Soda Stereo, ni el ambiente era tan romántico... Ni yo estaba tan nerviosa, ni él estaba siendo cuidadoso como antes lo había sido. No.

Esta vez nuestro encuentro estaba siendo salvaje. Necesidad pura que buscaba ser saciada en el otro sin importar nada más. Buscando calmar un apetito que desde hacía días, ardía entre nosotros, llevándose todo con él como si fuera un incendio. Un incendio enorme que estaba quemándolo todo, y en el que esperaba no salir demasiado herida.

Sus besos llenos de ganas, los míos igual de sedientos mientras las embestidas se volvían rápidas, incapaces de seguir esperando por aquello que cada célula nos estaba pidiendo a gritos.

Su abrazo fuerte acercándonos al final y su *te quiero* susurrado, casi un rezo dicho entre nuestros besos.

Y nos estábamos comiendo a besos.

Esos besos que tanto había extrañado.

Con sus labios apoderándose de los míos llenos de pasión, caliente y dulce, así como lo recordaba y lo recordaría siempre, porque nunca nadie me besaría así. Dándolo todo en esos últimos minutos.

Con mi grito de placer cuando toqué el cielo a su lado, y su suspiro hondo, señal de que también se estaba dejando ir entre mis muslos. Con las frentes juntas, conmigo temblando y él latiendo en lo profundo de mí, era poesía pura. Tenía la cabeza llena de colores y el cuerpo lleno alivio, no quería que aquello acabara nunca.

¿Cómo se hacía para tener suficiente?

Una sensación en el pecho de calidez al sentirnos unidos y uno solo, compartiendo algo que me parecía mágico.

Era mágico y no me imaginaba que pudiera tener aquello con nadie que no fuera él. Y mi corazón lo sabía antes que mi mente, por supuesto. Por eso es que no había vuelto a estar con nadie más, por eso hasta mi cuerpo se resistía y no quería ningún otro que no fuera el suyo.

Desde Max, nadie más hubiera podido hacerme sentir así, y el ser consciente de esto erizaba mi piel, como si me recorriera electricidad, y sabía que él podía sentirlo también.

Con ninguno podría haber hecho magia.

Eché la cabeza hacia atrás, sintiendo como esa sensación tan maravillosa se extendía por todas partes, y él con sus manos muy despacio acariciando mi rostro, me adoró con la mirada, mientras su pecho subía y bajaba aún agitado.

Abrumada por todo lo que estaba sintiendo, rodeé su cuello para abrazarlo más cerquita y cerré los ojos en una súplica de que nunca me dejara ir.

---Delfi... -- susurró devolviéndome el abrazo con la misma emoción. ---
Mi amor... -- agregó dándome besitos en la mejilla con ternura, al notar que yo sollozaba.

---Shhh. -- dije. ---Quedémonos así un rato más. -- le pedí sin querer soltarme. Y él me sostuvo.

Así, sin movernos. En los brazos del otro, envueltos aun por la magia que alejaba del todo la realidad que nos rodeaba. Como en una burbuja de jabón que iba a explotarnos en la cara en cualquier momento. Solo pedía un rato más. Unos minutos, para seguir engañándome y viviendo aquel sueño, que llevaba dos años soñando. Y que se había reavivado desde el mismo instante en que nuestros ojos habían vuelto a encontrarse. Ellos también sabían antes que nosotros, que terminaríamos así.

Solo unos minutos más.

Solos unos minutos más.

Claro que tuvimos que separarnos poco después.

Claro que eventualmente, el silencio se volvió incómodo llenando ese cuarto y el arrepentimiento se asomó para atormentarme.

Así, aun envuelta en las sábanas, mirando el techo mientras él se vestía para irse. Porque claro, tenía que irse. Habíamos pasado la noche juntos, y lo esperaban.

El ruido de su cinturón y un carraspeo de su garganta me sacaron del trance y lo miré porque supuse que también se sentiría violento.

---¿Y Moona? -- preguntó queriendo alivianar las cosas. ---Siempre salía a saludarme cuando llegaba a tu casa. -- recordó.

---Está en la guardería. -- le contesté y al ver su gesto desconcertado, agregué. ---Quería que se acostumbrara a quedarse allá porque mi hermano no la puede cuidar, y no voy a llevarla a esta gira. Fue muy estresante para ella, no quiero que se enferme.

---Guardería para gatos. -- asintió, reprimiendo las ganas de hacer un comentario de los suyos. Uno que seguramente estaría seguido de una alzada de cejas y una burla. Lo conocía perfectamente...

---Para gatos y perros de gente que viaja, trabaja y quiere que los cuiden mientras se van. -- expliqué con paciencia.

Él levantó las manos para no hacer ninguna acotación, pero un poco la risa se le escapó por lo bajo.

---¿Y cuánto se paga por eso? -- preguntó sin poder aguantarse, y yo puse los ojos en blanco contagiándome su sonrisa encantadora.

Sabía que lo hacía para picarme, así que cuando vio que lo había logrado, se acercó y mordisqueó mi labio de manera coqueta, sujetándome por el rostro con ambas manos.

Pero justo antes de que pudiera contestarle siguiéndole el juego, su teléfono empezó a sonar sobre la cama, iluminándose con una foto que me dejó congelada y sin reacción.

Una foto de él con su novia, una foto preciosa en la que se besaban de un modo íntimo y cariñoso. Lo estaba llamando.

Máximo lo tomó rápido para que no la viera, pero ya era tarde.

Salió de mi habitación para contestarle, dedicándome un gesto de disculpa y yo me giré para no verlo mientras la saludaba con un "*hola, gorda*" lleno de amor, que se me clavó como puñal.

Respiré profundo mientras me ponía la bata por encima de los hombros, retándome a no llorar. Ya sabía a lo que me enfrentaba, era de esperarse. Que anoche me hubiera dicho que ella le había devuelto el anillo, no quería decir que no siguieran juntos.

Yo tampoco se lo había preguntado.

Vos te lo buscaste, Delfina. -- me dije, comenzando a empacar mi valija para la gira. Si ese día tenía tiempo, grabaría algunos videos para luego editarlos... Tenía que ocupar mi mente en otras cosas, eso era lo que tenía que hacer.

---Delfi. -- dijo acercándose un rato después por mi espalda, y tomándome de la cintura para abrazarme. ---Perdón, no sabía que iba a llamarme, ella estaba de guardia y...

---No me tenés que explicar nada. -- contesté, tensándome como un palo.

---Si, después de lo que pasó entre nosotros, si. -- me discutió. ---Te dije lo que siento... Lo que siento por vos.

---Eso no cambia nada. -- mascullé.

---Pensé que si lo hacía. -- me giró para mirarme a los ojos y tuve que tragar en seco al verlo tan afectado. ---Pensé que te lo había demostrado, y que vos pensabas lo mismo...

Negué con la cabeza.

---Lo que pasó anoche ...y esta mañana, no cambia en nada nuestra situación. -- contesté, intentando no mirar sus labios, que tan cerca los tenía. --
-No quiero volver a enredarme, volver a caer en esto... Vos estás con alguien más, y vos sabrás. -- me encogí de hombros. ---Yo no me voy a meter en tus cosas, pero tampoco me metas vos.

---Los dos sabemos que eso no se puede. -- dijo alzando una ceja. ---
Apenas nos quedemos solos en esa gira, esto va a volver a pasar, porque no podemos evitarlo. Porque me gustas, Delfi, te necesito... -- sus manos me tomaron por los hombros en una caricia y yo suspiré derrotada. ---Y a vos te pasa lo mismo.

---No lo hagas más difícil, Max. -- le rogué, separándome de él un poco, pero entonces me tomó del rostro de ese modo que tanto me debilitaba.

---Te quiero a vos, Delfina. -- dijo en un tono ronco, lleno de impotencia. Quería que le creyera, quería jurármelo... Y a mí me hubiera encantado creérselo. ---Si vos me lo pidieras, yo terminaría lo mío con Olivia y podríamos estar juntos...

¿Qué?

Me solté de un empujón antes de que terminara la frase y lo miré llena de furia. ¿Si yo se lo pedía? ¿Qué estaba diciendo?

---¿Vas a seguir con ella cuando me querés a mí, pero si yo te lo pido la dejas? -- me reí con ironía porque no podía creérmelo. ---¿Necesitas que yo te lo pida? Claro. -- me reí más, negando con la cabeza. ---No te animás a dar ese paso vos solo, y querés que yo lo de por vos. Que te deje las cosas más cómodas. ¿Por quién me tomas?

---No, yo no quiero que me dejes las cosas más cómodas, pero... -- tartamudeó. ---Bueno, no quiero lastimarla y menos si lo nuestro va a quedar en la nada. Menos si voy a hacer algo y vos te vas a desaparecer otra vez por dos años. Ponete en mi lugar.

Un tic involuntario me hizo latir el ojo, y pensé seriamente en sacarlo de mi casa a patadas así como estaba. Aunque mis vecinos tuvieran que verlo medio desnudo en la calle.

---¿Y quién se pone en *mi* lugar? -- le reproché, cerrándome más la bata. --
-Seguís siendo el mismo ¿te das cuenta? Todo este histeriqueo... -- enumeré haciendo gestos nerviosos con las manos. ---Un día querés estar conmigo, al otro no sabés si vas a terminar con tu novia, no te haces cargo de nada. No te

haces cargo de lo que sentís, ni de lo que decís, me tenés cansada. Antes me hacías lo mismo. Un día respondías a mis besos o me besabas vos, y después me rechazabas y me dabas tus discursos de lo que convenía y lo que no. -- dije colérica, sacudiéndome su mano del brazo con un movimiento, porque había querido volver a acercarse.

---No es así. -- negó con la cabeza sin mirarme. ---Si estoy acá con vos, es porque estoy haciéndome cargo de mis sentimientos. Me estoy jugando todo para que vos me des otra oportunidad. ¿Te parece poco cancelar un matrimonio?

---¿Cancelar un matrimonio? -- me reí con más ganas. ---¡Ella te lo canceló, caradura! Vos una vez más no tuviste que hacer nada. Ella fue la que te devolvió el anillo, vos mismo lo dijiste. Si no, hasta ahora estarías comprometido. -- me agaché para buscar su camiseta y se la tiré por la cabeza. ---Vos no hiciste nada, te lo dejaron en bandeja.

---Delfi... -- quiso frenarme, pero yo estaba ciega de la bronca.

---Mirá, dejémoslo así. -- lo callé. ---Yo ya sabía cómo eras, y no me sorprende tu actitud. Ni sueñes en que voy a pedirte que la dejes, porque no lo voy a hacer. ¿Necesitas la tranquilidad de saber que si terminas con ella, me vas a tener a mí de suplente? -- le reproché y bajó los ojos avergonzado. --- Tampoco te voy a dar ese gusto, lo lamento.

---Escuchame, Delfina. -- dijo mientras lo invitaba a retirarse a puros empujones por el pasillo. ---No dejemos las cosas así, por favor. Todo lo que te dije es verdad, te quiero.

Abrí la puerta, enfurruñada sin mirarlo y esperé a que se marchara, pero él aun no terminaba de colocarse los zapatos, dando saltos.

---Seguís siendo mi amor. -- me susurró muy cerca antes de irse y yo, incapaz de contenerme, apreté los dientes y le contesté.

---Y vos seguís siendo el mismo inseguro que sigue lastimándome, y ahora lastimándola a ella, porque no tenés el poder de decisión de hacer nada. -- susurré al borde de las lágrimas. ---El mismo cobarde.

Callado, me miró lleno de dolor, pero no pensaba echarme atrás.

Terminé de sacarlo cerrando la puerta, y dando un portazo a sus espaldas, me tragué los sentimientos, y por ese día ya no le dediqué otro pensamiento más. No se lo merecía.

Capítulo 20

Verónica

Después de aquella vez que Pablo había soltado ese "te quiero", ya nunca más habíamos vuelto a sacar el tema.

Nos seguíamos viendo, seguíamos saliendo, y seguíamos pasando noches juntos. Y tengo que decir que la cosa cada vez se ponía mejor.

El chico sabía cómo hacerme enloquecer, y es que juntos teníamos una química increíble en la cama, no podía negarse.

Pero además, tenía otras cosas que empezaban a aflojar un poquito mis rodillas cada vez que lo veía.

Lo bueno que estaba, eso no era novedad. Había que ver cómo le quedaba ese bendito uniforme de bombero... Esos brazos suyos estaban hechos para abrazar.

Y para sujetarme desde las piernas cuando lo hacíamos parados contra la pared. Posición que por cierto, me había dado cuenta, era una de sus preferidas.

Su espalda era tan ancha y fuerte, como de vikingo que me hacía sentir pequeña y delicada. Acostada en su pecho me iba a dormir, respirando de su perfume, y para qué mentir... también viendo lo adorable que era cuando dormía. Cuando ya no podía descubrirme contemplándolo, es que menos miedo me daba quedarme así. Embobada.

Que siempre encontrara la ocasión para verme, me escribiera y estuviera pendiente de complacerme, eran solo parte de los miles de detalles que tenía para conmigo. Y yo tenía miedo.

Miedo porque nunca ningún chico me había tratado así, y no sabía cómo manejarme.

Me confundía su preocupación por mí, y cada vez que me traía el desayuno a la cama por las mañanas.

Cada vez que no dudaba en presentarme a sus amigos, y hablarles de mí en ese tono que ...que me llenaba de inquietud.

Me tomaba de la mano cuando andábamos por la calle, y aunque no había vuelto a decirme "te quiero", juro que en su mirada podía leerlo. No me llamaba su *novia*, pero sabía que para él, nuestra especie de relación era exclusiva. Exclusiva e importante. Mierda.

No quería engancharme, porque todo en mí decía que saldría mal. Era tan distinto a René. *Tan distinto...*

Y durante años lo único que había sabido del amor, lo había aprendido de él. Había sido mi alma gemela, mi todo. ¿Cómo podría enamorarme de alguien tan opuesto? Sabía que no iría a ningún lado, por mucho que quisiera y lo intentara.

En Pablo no había ni una pizca de esa ambición que me había enamorado de René. Ni una pizca de su vanidad, de su carisma ante las cámaras.

Nunca había siquiera sugerido que le interesara mi costado mediático, o mis contactos famosos. En cambio, quería saber de mí y de mi trabajo desde otro lado. Sin dobleces.

Le gustaba que le hablara de mi día a día, y cuáles eran las cosas que me habían gustado o las que no.

Nunca hacía comentarios mezquinos para picarme como mi ex. Ese modo que tenía el otro de estar todo el tiempo haciéndome sentir insegura con mis puntos débiles, por medio de chistes... Nombrándome como si tal cosa sus amigas mujeres, o sus antiguos amores, para que yo me angustiara.

Como si lo necesitara para hacerse valer más. Como si quisiera con eso demostrarme todo el tiempo lo afortunada que era por tenerlo de novio.

Pablo era todo lo contrario. Él no parecía tener ojos para nadie que no fuera yo. A él no le iban los jueguitos mentales. No me hubiera hecho daño ni de broma... Era tan transparente y directo en sus intenciones.

Y sé que suena mal que lo diga, pero soy consciente de ese puntito masoquista que siempre tuve. Porque si me había obsesionado con mi ex, había sido exactamente por todas esas cosas. Me gustaba tanto su costado ruin, como cada beso y cada caricia que me había propiciado.

La nuestra había sido una relación tóxica, y yo me había vuelto adicta... Es por eso que ahora dudaba tanto de poder desengancharme por fin y desintoxicarme de todo aquello que sentía aun en las venas.

Era malo. Malísimo para mí... Y Pablo tan bueno, que temía convertirme en precisamente eso para él. No quería ser mala con él.

No quería hacerle daño.

Máximo

Al salir de la casa de Delfina, había vagado unas cuantas horas por la ciudad, caminando... Intentando reflexionar sobre todas las cosas que habían

ocurrido, todo lo que nos habíamos dicho.

Mierda.

Ni siquiera tenía conmigo los cigarrillos, y la falta que me hacían.

Me sentía una mierda. Un miserable. Lo peor del mundo.

De más está decir que había cancelado todas las reuniones de ese día, porque no tenía la cabeza como para enfrentarme al trabajo.

Con pesar, había vuelto a mi piso y me había duchado a regañadientes para quitarme de encima la noche y mañana que habíamos compartido, para ir donde Olivia. Porque si, ella me esperaba.

Quitarme de la piel en pocos minutos, lo que en horas me había revuelto hasta la última célula, volviéndome pedazos, y completándome de una manera tan increíble. Era hasta injusto.

Si lo único que me quedaba de Delfina era su olor en mi cuerpo... el tener que desprenderme también de eso, me enfurecía, lo odiaba. Resentía todas las gotas de agua que me la quitaban, y me resentía conmigo mismo al no tener otra alternativa.

Me molestaba tener que borrarla de los labios para ir a besar otros, porque aun sentía el eco de sus besos y ya los echaba de menos.

Llegué a casa de Olivia cuando ella estaba despertándose de su siesta. Su guardia había sido larga, pero a juzgar por lo entusiasmada que estaba, muy productiva.

Me recibió con un beso cariñoso y un abrazo que me sentó como una patada en la culpa de mi consciencia, hasta dejarme casi enfermo.

---Y mi pacientita, Luci ¿te acordas la nena de cuatro años? -- me contaba emocionada mientras nos hacía de comer. ---Estaba feliz de verme, me hizo un dibujo mirá. -- dijo señalando una hoja de cuaderno que ahora estaba expuesta en la heladera. En ella, lo que parecía una papa gigante con palos como piernas y brazos y una cara sonriente. ---Esa soy yo. -- explicó entre risas, aunque todavía emocionada.

---Qué tierno, gorda. -- sonreí con tristeza, queriéndome involucrar en la conversación aunque mi mente estaba lejos.

---Si, no sabes qué divina. -- contestó achinando sus ojos brillantes. Estaba usando una de mis camisetas para dormir sobre su ropa interior, y si bien en otras oportunidades, encontrármela así me hubiera vuelto loco, ahora solo me dejaba frío.

Mi cuerpo no respondía como de costumbre, y sabía muy bien por qué era. Cariñosa, se había acercado y me había abrazado por el cuello para mirarme a los ojos. Antes de que pudiera decirle que no estaba de humor, ella ya me estaba besando con la ansiedad que siempre lo hacía.

Con la misma que me hacía saber que tenía ganas de más.

De mucho más de lo que yo iba a poder darle.

No podía seguir así.

Me separé apenas y le sonreí algo tenso, pensando una excusa para rechazarla sin tener que hacerla sentir mal, ni decirle la verdad.

Decirle que no me quedaban energías, ni me imaginaba amando otro cuerpo que no fuera al que acababa de amar. Que venía de hacer el amor con Delfina, y que ahora ya nada podría compararse de manera justa, porque no solo lo había hecho con el cuerpo. Se lo había hecho hasta con el corazón.

---No puedo creer que en unas pocas horas te vuelvas a ir. -- dijo en tono triste, haciendo pucheros, mientras me soltaba y volvía a chequear la comida. Creo que estaba haciendo verduras al horno... ---Si me parece que acabas de llegar.

---Si, yo sé. -- asentí con la cabeza, fingiendo un pesar que no sentía. No veía las horas de irme porque no soportaba la culpa. No soportaba mentirle. No soportaba mirarla... Era un hijo de puta. ---Así son las giras, no dan descanso.

---Te voy a extrañar, gordo. -- dijo y volvió a colgarse de mi cuello, amorosa. ---Voy a extrañar despertarme a tu lado...

Sonreí y la abracé para no tener que soportar el peso de sus ojos sobre los míos mientras me decía cosas tan lindas. Cosas que hoy no podía corresponder.

---Gorda, si no te jode, me voy a recostar un ratito antes de que esté la comida. -- dije de repente. ---Esta tarde tengo que ponerme a empacar, y me espera un viaje largo.

---Anda tranquilo que yo te llamo. -- volvió a besarme. ---A esto le queda un rato, y de paso aprovecho para poner un lavarropas. Tengo dos chaquetillas sucias, y hoy que tengo tiempo voy a aprovechar. -- dijo volteándose para seguir en lo suyo, y yo huí por el pasillo como la rata que me sentía.

Al llegar a su habitación, una foto nuestra me recibió en su mesita de noche, recordándome lo idiota que estaba siendo con ella.

No podía dejarla, la haría pedazos.

¿Cómo haría?

Miles de escenarios pasaron por mi cabeza mientras estaba allí acostado mirando el ventilador de techo girar, haciendo sombras por todas partes. Todos los escenarios tenían finales terribles.

Con Delfina estaba arriesgando demasiado.

La manera en que se había esfumado dos años atrás, todavía me ardía no iba a mentir. Aun me dolía todo lo que había sucedido. Pasar de estar viviendo uno de los mejores momentos de mi vida, a de repente, verme solo sin ninguna explicación, con ella desaparecida.

Me había abandonado, y aunque ahora sabía sus razones, y hasta cierto punto podía entenderlo, temía a que volviera a suceder.

Someterme a eso otra vez, me parecía suicida.

Las palabras de mis amigos también me hacían pensar. Ninguno creía que la youtuber fuera buena para mí, me habían visto pasarla muy mal, y pienso que hasta le tenían un poco de manía por eso mismo. A nadie le gusta ver a un amigo sufrir, y yo...

Yo la había sufrido más de lo que ellos pudieron nunca entender. Fueron apenas unos meses de conocerla, y todavía menos tiempo de tener una relación, pero por alguna razón había calado tan hondo en mí. No podía explicarlo. Nada de lo que me había pasado y aun me pasaba con Delfi, podía explicarlo.

Con Olivia tenía algo adulto, estable, algo que se había construido con cariño y con tiempo, teníamos un futuro juntos. Ya había logrado verlo y proyectarlo con ilusión... Claro, antes de que Delfina apareciera, y este se volviera borroso y descolorido.

Había engañado a mi novia.

Me había acostado con otra mujer, y aún así, no se sentía como algo malo o algo incorrecto.

Estar con Delfi había sido... un sueño.

El calor de su cuerpo, recibéndome después de tanto, había significado todo para mí. Todavía sentía sus besos, y me encontraba recordándolos y recordándola a ella, pensativo.

Estaba en las nubes, por más culpa que pudiera sentir.

Solo con ella sentía eso en el cuerpo. Solo con ella todas mis barreras se caían dejándome así de vulnerable, entregado... Cada vez era como la primera, y volvía a ser un adolescente.

Estaba enamorado de Delfina, no había nada que hacer.

Y ella estaba tan furiosa conmigo, me había dicho tantas verdades. Mierda. Me sentía un canalla, y me lo merecía.

Me merecía que Delfina me echara de su casa a empujones y muchas más cosas. Que yo tuviera temor y no supiera cómo manejar mi relación, no tenía por qué involucrarla a ella.

Estaba metiéndola injustamente en mis mierdas, y eso no se le hacía a la persona que uno amaba. Lo sabía.

Desde el primer día lo había hecho fatal.

Prejuzguéandola, inventándome una Delfina que no era, sin conocerla, para terminar estampándome contra una pared. Era una chica única, que me había confiado las cosas más importantes de su vida y yo siempre la había tratado de lo peor. Me había aguantado tantas cosas... Tantas idas y vueltas, cuando supongo, ni yo aun sabía lo que quería de mi vida. Ahora después de dos años, me daba cuenta de que ella me conocía más de lo que me conocía yo mismo, y me daba vergüenza pensar así.

Que ahora me lo sacara en cara, no me hacía nada de gracia, y me lastimaba en lo más profundo del ego y el orgullo... Además de dolerme en miles de niveles más, porque no era cualquier persona la que me lo decía.

Me retorcí en la cama, tapándome el rostro con la almohada.

Cobarde.

Me había llamado cobarde.

¿Y cómo más se le dice a una persona que en casa de su novia, se esconde en la habitación haciéndose el dormido para no tener que enfrentarla?

Esto tenía que terminar de una vez. No sería fácil, no sería bonito, pero era lo correcto.

Así, pensando en el modo menos dañino de decirle a mi novia y casi prometida que ya no podíamos continuar, fue que me encontró.

---Tengo que irme de urgencia al hospital. -- dijo Oli, entrando a su cuarto como un huracán, mientras se cambiaba a toda velocidad. Tenía ya mucha práctica. ---Te dejo la comida lista, si puedes guardame en la heladera un poco y yo como a la vuelta.

Se apuró en darme un beso en los labios inclinándose a donde yo estaba acostado, y antes de que pudiera decirle algo, ya se había marchado.

Miré mi reloj y maldije.

Cuando ella regresara, yo ya tendría que estar marchándome. Juro que no

estaba buscando pretextos, pero es que no podía terminar una relación como la nuestra en un par de minutos. Ella se merecía más.

Se merecía más que suponer que todo estaba bien también, y esperar mi regreso como si nada sucediera. Esperando que yo volviera con ganas de retomar el compromiso, casarme...

Encendí un cigarrillo y me paseé por su departamento dándole vueltas al asunto y no tenía nada.

Había estado tan cariñosa al reencontrarnos, que me tenía desconcertado. Después de todo, fue ella la que me había devuelto el anillo antes de irme, ella era la más afectada por la discusión que habíamos tenido. Ella era la que había replanteado lo que teníamos cuando le confesé mis sentimientos por Delfina... y ahora parecía...

Parecía haberlo olvidado todo.

Tal vez estaba haciendo exactamente lo que había dicho que haría. Me daría tiempo de regresar de la gira para volver a intentarlo. O tal vez es que esto era una prueba... Olivia me conocía bastante bien, y sabía que me costaba tomar decisiones. Mierda. Hasta ella sabía que era un cobarde.

O tal vez solo había visto las fotografías que habían salido publicadas de Delfi con ese youtuber, y asumía que con eso lo que podría haber existido entre nosotros, estaba en el pasado. Esas malditas fotografías que tanto me habían torturado...

"No estoy con Benja." -- me había dicho, y era imposible ignorar el alivio que me habían dado esas palabras. Era imposible ignorar la cantidad de sentimientos que habían revuelto dentro de mí. Me había movido el suelo donde creía estar parado, de una manera irreversible.

Me habían terminado de enfrentar con la realidad.

No podía casarme con Oli. Ya no.

Capítulo 21

Delfina

---Entiendo que estés enojada con toda la situación, pero Fini, vos también sos culpable. -- dijo Vero mientras nos tomábamos un café en el aeropuerto. En unas horas partíamos a Mendoza para la segunda parte de la gira y teníamos que ponernos al día después del descanso. La miré enojada, pero claro, ella no se iba a dejar intimidar. ---Nadie te obligó a hacerlo, y vos ya sabías que él tenía novia.

---Eso lo sé. -- puse los ojos en blanco. ---No lo culpo por eso, si no por las cosas que me dijo después. Él está bien con ella, yo lo escuché hablando por teléfono... son cariñosos. -- me lamenté, deslizándome por la silla, como si quisiera esconderme. Hacerme chiquita y desaparecer. ---¿Por qué me tiene que decir que me quiere a mí y que no va a casarse? ¿Con qué necesidad?

---Claramente quiere tenerlas a las dos. -- se encogió de hombros. --- Como René. -- dijo con la misma cara de asco que siempre ponía al mencionar a su ex. ---A mí me necesitaba para ascender en su carrera, y a la otra para la prensa.

---A Max esas cosas no le interesan. -- me reí con tristeza, recordando lo poco que le gustaba que su vida privada estuviera en las revistas.

---No, peor. -- me advirtió. ---Con ella tiene estabilidad, una relación seria y adulta... y con vos, una química que ni él entiende. -- explicó. ---Por lo que me contas, me parece que hasta puede quererlas a las dos y está confundido. Eso es mucho más complicado de lo que le pasaba al idiota de René. -- dijo con mala cara. ---¿A vos te sigue gustando mucho, no? ¿Lo querés? -- asentí, hundiéndome más en el asiento.

---¿Y qué hago? -- pregunté angustiada. ---No me gusta estar en este lugar... No quiero ser la otra.

---Mmm... no sé, Fini. -- dudó. ---Vos tampoco podés hacerte responsable de lo que él haga con su prometida, o ex prometida. No te corresponde, vos no tenés la culpa.

---Si, pero... -- me frenó antes de que acabara la frase.

---Si ella le devolvió el anillo, seguramente las cosas no estén bien y no creo que sea solo por vos. -- me consoló. ---Esta gira les va a servir a los tres para poner perspectiva. Deja que las cosas fluyan y no te tortures. -- señaló mi

vaso de cartón en donde mi café se enfriaba. ---Y tomate eso que te necesito lúcida para trabajar.

---Muy compasiva, amiga. -- reproché entre risas.

---Si, pero también soy tu agente. -- se rio. ---Y te adoro, pero necesito pagar las cuentas. -- se levantó y me ayudó a hacer lo mismo, tomándome de la mano en un tirón. ---Vamos que nos tenemos que encontrar con tu ex y su equipo. -- gruñí por lo bajo y Vero se rio. ---Además tengo que hablarte de Pablo. -- dijo con pesar. ---Me parece que cree que somos novios.

Ahora era mi turno de reír.

Nos quedamos charlando mientras hacíamos el Check in y registrábamos nuestro equipaje a la espera de que Máximo y su gente llegara.

Nos esperaba otras semanas de gira...

Apenas vi el cartelito, me desprendí el cinturón de seguridad, y me puse de pie con la excusa de ir al baño. Si, claro.

Ir al baño.

Nada tenía que ver el hecho de que Máximo iba sentado a unos asientos de distancia y desde donde estaba, podía percibir su perfume como un imán que no me dejaba ni pensar.

Había hecho un esfuerzo inhumano para mantener mi mirada lejos de sus ojos, pero es como si me estuviera buscando. Lo conocía, después de nuestra última discusión, querría hablar conmigo, y yo, no tenía ni intenciones de hacerlo.

Por el rabillo del ojo, pude ver que hacía lo mismo y se apuraba en seguirme.

No, no, no.

Esquivé una señora que salía del baño con mucha torpeza, y al ver que alguien más lo ocupaba, y yo no tenía más salida, me giré rápido para volver, pero claro, me choqué con su pecho dándome un golpe feísimo en la nariz.

De esos que literalmente te ponen a mirar estrellitas, y te dejan un sabor raro en la boca. Auch. Si, así de duro tenía el pecho...

---Uh, ¿estás bien? -- preguntó preocupado y yo respondí un *si* que salió amortiguado detrás de las manos que me cubrían medio rostro. Quería vomitar.

---¿Máximo? ¿Máximo Echeverría? ¡No puedo creer! -- chilló una chica jovencita de unos quince años. ---Por favor, te tenés que sacar una foto conmigo. Mi papá era fanático del tuyo, leímos tu libro... -- comenzó a decir y yo aproveché la distracción para salir huyendo.

Vero, que por supuesto estaba al tanto de todo, solo se hacía la tonta y se reía por lo bajo de lo ridícula que parecía al querer escaparme en un espacio tan reducido.

---Señorita, le vamos a tener que pedir que tome asiento que estamos por servir el almuerzo. -- me dijo una azafata con una sonrisa enorme y amable.

Asentí como boba y volví a mi lugar echando la capucha de mi buzo hacia delante para que nadie pudiera ver mi rostro de color rojo brillante.

---¿Ahora tiene fans? -- preguntó mi amiga con ironía.

---Eso parece. -- me volteé para verlo sacarse una selfie con la chica y su familia. ---Después del libro le fue muy bien, se hizo conocido...

---Ajam, seguro. La biografía del papá de Max es justo lo que busca una adolescente para leer en estos días. -- dijo Vero, alzando una ceja. ---Lo conocen por vos, Fini. Y si no te frenó fue porque te estabas cubriendo la cara como una idiota.

Nos reímos bajito.

---Shh... -- la hice callar. ---Como sea, no quiero que me reconozcan ahora. Ya bastante incómoda me siento de tener que tenerlo tan cerca, no quiero encima que nos saquen fotos juntos y empiecen a dar vueltas en Twitter...

Vero asintió, poniéndose seria, y luego me miró con detenimiento.

---Tenés la nariz como un pimiento morrón. -- advirtió.

---Si, me duele muchísimo. -- me quejé mirándome en la pantalla del celular. ---¿Qué tiene debajo de esa camisa? Auu...

---Si justamente vos no sabés qué tiene... -- agregó guiñándome un ojo mientras yo la hacía callar.

---No me quiero acordar, que es distinto. -- me encogí en el asiento y cerré los ojos evitando el recuerdo de Max sin camisa, y mis manos recorriéndolo entero... mis uñas clavándose profundas en su piel.

Inevitablemente mis ojos volvieron a buscarlo momentos después, y ahí estaba. Conversando con su agente de manera animada mientras escribía algo en su computador. No parecía afectado por lo que habíamos vivido...

No parecía alguien que hubiera tenido una pelea con su novia por confesarle que tenía sentimientos por otra... No parecía alguien que hubiera terminado una relación.

Me ofusqué.

Lo que me molestaba en realidad es que no parecía el Máximo que había

ido a mi casa desesperado por tenerme. El mismo que se había quedado hasta el amanecer haciéndome el amor...

Ni siquiera me había mirado desde que yo lo había hecho y eso me tenía de lo más desconcertada.

Me ardía, esa era la verdad.

Esperaba encontrarlo dolido. Con la misma actitud que había tenido cuando casi lo había echado esa mañana tras nuestra discusión. Creía que iba a rogarme que lo perdonara.

Que escuchara lo que tenía para decirme.

Que me insistiría una y otra vez para volver a estar juntos...

Pero no, y yo creía saber a qué se debía. Se había arreglado con su novia. Le habría contado del lapsus que había tenido conmigo, y ella lo habría comprendido... tan madura que seguramente era. Y juntos se habrían reconciliado la noche anterior, dejando atrás su pasado. Dejándome atrás a mí, y eso además de ponerme triste, me enfermaba.

Estaba enojada. Enojadísima.

Máximo

El vuelo fue una locura. No era común que me reconocieran en la calle, rara vez sucedía, y tenía que reconocer que esas pocas veces, había sido por Delfina. Me asociaban a ella, a sus videos, y a aquella época de su gira.

Ahora, unos años después, yo también estaba de gira, y había quienes conocían mi obra. No podía creerlo.

Había sido una experiencia especial y extraña que no tenía nada que ver con las firmas de libros y otros eventos a los que había asistido, y que había interrumpido mis intenciones de hablar con Fini y dejar todo claro antes de que estas semanas se transformaran en algo incómodo.

Tenía que contarle que no había terminado mi relación con Olivia, pero que pensaba hacerlo a mi regreso. Que las cosas habían cambiado desde lo que había pasado en su casa, y que yo estaba más convencido que nunca de que ella era la persona con la que quería estar.

Se enojaría, lo sabía, pero tenía que decirle la verdad.

Con Oli llevábamos mucho tiempo, y había sido también muy importante para mí. Se merecía explicaciones y eso no podía hacerlo con una agenda apretada.

Tal vez lo mejor hubiera sido cancelar mi gira... -- pensé, pero después rápido lo descarté. Tenía compromisos, un contrato, miles de obligaciones.

Y unas ganas enormes de estar con Delfina...

---Vamos a tener unos quince minutos para ubicarnos y después nos viene a buscar un auto para ir a la firma. -- dijo mi agente, distrayéndome por un momento cuando llegamos al hotel. ---Pedí una habitación con balcón para vos. -- agregó conociendo mi vicio.

---Da igual, me convendría estar unos días sin fumar de todas formas. -- me encogí de hombros.

---Tenemos un pequeño... inconveniente. -- dijo una de las recepcionistas, acercándose a mi agente con gesto de disculpa. ---Acá la señorita me indica que su cliente necesita una habitación con balcón, y solo nos queda una sola disponible. Si pudieran discutirlo y decidir ustedes... -- dijo nerviosa.

---Nosotros la solicitamos primero. -- se enojó mi agente.

---Yo sé, le pido disculpas. Pero la señorita Fini siempre que está en Mendoza se hospeda con nosotros, y en realidad tengo órdenes de complacer todos sus pedidos. Me ponen en un compromiso con mis superiores. -- comentó. ---Si ustedes pudieran hablarlo...

---Esto no se puede creer. -- resopló mi agente.

---Está bien, no hay ningún problema. -- dije sonriéndole a la chica para tranquilizarla. Se la veía mortificada y sin saber qué hacer. ---A mí me da lo mismo, no voy a pasar tanto tiempo tampoco en la habitación... -- me encogí de hombros. ---Pueden darle a ella la del balcón.

---Le agradecemos muchísimo por comprender, señor Echeverría. -- contestó la chica, aliviada. ---Me voy a encargar personalmente de que le hagan llegar alguna atención especial.

---No es necesario, por favor.

---Por supuesto que sí. -- dijo ella sin admitir más discusión, y se fue sonriente a donde estaba Verónica para comunicárselo.

---No me sorprendería que ella misma sea esa atención especial. -- susurró mi agente poniendo los ojos en blanco. ---Mirá cómo te sonríe.

---Deja de decir boludeces, y vamos que ya tenemos diez minutos y no quince para acomodarnos. -- respondí riendo, y tomando mi valija y mi bolso de mano para dirigirnos al ascensor.

Iban a ser unos cuantos días y como tenía tantas presentaciones, me llevaba

prácticamente toda la ropa que poseía, y mucha de la que me habían enviado de la agencia y luego tendría que devolver, así que íbamos cargados.

El equipo de Delfina ya estaba dentro del ascensor y apenas quedaba lugar, pero si nos amontonábamos...

Estábamos a punto de entrar, cuando Delfi estiró la mano y presionó el botón para cerrarnos la puerta en la cara, antes de dedicarme la mirada más envenenada que le conocía.

---¿Y a esta qué le pasa? -- preguntó mi agente desconcertado, y yo sonreí con algo de tristeza bajando la cabeza.

---Me odia. -- contesté. ---Esperemos al próximo... -- señalé el otro ascensor, resignado.

Ya me parecía raro... Por cómo habíamos dejado las cosas, había sido ingenuo de mi parte pensar que iba a estar todo bien. Seguro, era una especialista en fingir y poner una sonrisa para las cámaras, si. Pero si quería ser fría e indiferente... No conocía a nadie que lo hiciera mejor. Tenía dos años de experiencia para probarlo, y tras nuestra última pelea, sabía que tendría que tolerar algún que otro desplante.

Aunque esa no había sido la única vez.

Delfina parecía buscar cualquier excusa para molestarse y dejarme en evidencia frente a todo el equipo. Que si tardaba un minuto más en prepararme y tenían que esperarme, la retrasaba... Hasta llegó a dejarme varado en el hotel para irse sola en el transporte en el que tenía que ir todo el equipo. Yo había tenido una entrevista de radio que se extendió más de lo planeado, y junto a los que me acompañaban, tuvimos que irnos en taxi al próximo evento, porque ella simplemente no había podido seguir esperando.

Cuando comíamos, y yo me sentaba donde ella iba a querer sentarse era otro escándalo. Si ella quería ocupar el asiento delantero de la traffic que nos trasladaba por toda la ciudad, montaba una escena... Si me detenía para charlar con algún lector o no sabía cómo tratar con el público...

Si en los descansos me iba a fumar y después tenía olor a cigarrillo... o -- *Dios no lo permita*--, le llegaba el humo desde donde estaba yo, era para pelea. Vale aclarar que siempre intentaba estar a veinte metros de ella, y soplando en dirección al viento para que no se quejara, pero ni eso.

No hacía nada bien.

Nada la contentaba, y francamente, quienes no sabían de nuestro altercado, estaban empezando a agarrarle manía. Todos decían que era una diva, y los tenía cansados.

Ya habían sido varias las veces en las que los había escuchado comentando sus actitudes, sus miradas despectivas, y sus caprichos salidos de la nada.

---Mmm... -- me miró de arriba abajo cuando nos juntamos en la recepción antes de partir para una presencia que teníamos en un boliche. ---Estamos los dos vestidos de violeta, esto no va a funcionar. -- dijo sacudiendo la cabeza con un gesto desaprobatorio. Por el rabillo del ojo pude captar la manera en que mi agente apretaba los dientes, tal vez mordiéndose la lengua antes de contestarle.

---Ya estamos llegando tarde, Fini. -- comentó por lo bajo su agente Verónica, dándole un codazo que pretendía ser disimulado ---Da igual, en el boliche está oscuro, nadie los ve.

---Van a salir fotos. -- le discutió cruzándose de brazos, y apretando los labios en una línea. ---Tenés que cambiarte. -- me ordenó de mala manera.

---Tengo que cambiarme... -- repetí sin poder creérmelo. *¿Era broma, no?*

---Si. -- contestó sin inmutarse. ---Es más fácil para vos, te ponés otra camisa y listo. No podemos ir así.

---Tu vestido es morado oscuro, y la camisa de Max lila. -- explicó mi agente con la poca paciencia que le quedaba. ---No están iguales.

---Yo así no salgo. -- amenazó, sin moverse del lugar.

Me había dejado helado.

No me acostumbraba aun a esta Delfina. No tenía nada que ver a la que hacía dos años había conocido. Esta que era combativa y difícil... tan inaccesible. Fría como un témpano, sin embargo quemándome como si fuera de fuego. Con esos ojos furiosos tan llenos de vida, y esa boquita apretada de enojo tan sexy. Mierda. Ese vestido, el cual la verdad lo último que había visto era su color, estaba por volverme loco.

Las curvas se dibujaban sinuosas y ese tajo que dejaba ver prácticamente hasta su muslo... No me salían ni las palabras.

Estaba ahí, haciéndonos a todos la vida imposible porque estaba molesta conmigo, y yo en todo lo que podía pensar era en sus piernas pálidas sobre esos tacones, sus tatuajes adornándolas de manera tan salvaje, y el recuerdo de tenerlas enroscadas sobre mis hombros.

Me moví incómodo y tomé aire de golpe.

---Subo y me cambio la camisa en dos minutos. -- me escuché decir antes de desaparecer por el pasillo.

A quién mierda le importaba mi camisa, la verdad. Yo lo que quería era borrar todas esas escenas de Delfina medio desnuda de mi mente.

Esa noche iba a ser larga...

Capítulo 22

Delfina

---Te estás pasando. -- dijo Vero, negando con la cabeza.

---Para nada. -- contesté, obstinada. ---Las fotos aparecen en todas partes, y así vamos a quedar ridículos. Ya me parece absurdo que la agencia quiera vendernos como dos partes de un combo... peor si vamos por ahí vestidos como mellizos.

---Ok, en eso puede ser que tengas un poco de razón. -- reconoció mi amiga entre risas. ---Pero le estás haciendo la vida imposible, y por si no te habías dado cuenta, a todos nosotros también.

---Perdón, no quiero perjudicarlos a ustedes,.. voy a tratar de tener más paciencia aunque técnicamente yo no elegí las condiciones de esta gira. -- dije cruzándome de brazos. ---Y si le estoy haciendo la vida imposible a él, que se joda, se lo merece.

---Te recuerdo que ni él tiene toda la culpa, ni vos sos una santa. -- retrucó alzando una ceja. ---Y no te queda otra que terminar esta gira así como estamos, así que fijate si podés madurar un poco en las próximas horas, antes de que alguien del equipo sin querer te ahorque.

Puse los ojos en blanco, pero ya no le contesté. Sabía que tenía razón, pero es que me salía sin proponérmelo.

Toda esa frustración de que las cosas no fueran como yo quería, y que mis sentimientos se revelaran después de dos años, me tenían tan contrariada, que me desahogaba maltratándolo.

Tenía que admitir que estaba aun más enojada conmigo misma.

Suspiré y fui a sentarme en el auto que nos llevaría al evento, mientras esperábamos al periodista.

Ya cambiado, había bajado acomodándose el cabello con los dedos, y oliendo delicioso como solo él podía. Esa mezcla especiada de su perfume fresco y el aroma distintivo de su piel. Su piel morena, que ahora dejaba entrever con esa camisa blanca apenas desabotonada en su pecho.

Qué guapo se había puesto...

No había resentimiento que me impidiera ver eso.

Ahora que tenía mil eventos, y que su vida había cambiado por completo,

tenía un estilista que se encargaba de prepararle atuendos y conseguir que las mejores marcas lo vistieran.

Había cambiado su look.. De sus camisetas y pantalones de jean desgastados, a trajes impecables y modernos, que combinaba con estilo a veces con toques un tanto roqueros.

Era el Max que había conocido, pero aun más irresistible.

La presencia en el boliche era como tantas otras a las que había asistido.

Estábamos en mi terreno, claro. Era mi público al que estábamos visitando. Seguro que por asociación, también había un poco de sus seguidores, pero la mayoría habían venido a verme a mí.

Lo sumaron a último momento porque desde la agencia habían insistido, pero hasta él se daba cuenta de que estaba desubicado y fuera de lugar. La verdad es que no tenía otros planes esta noche, y la exposición siempre era favorable.

La música que sonaba solo podía describirse como de fiesta. El ambiente era festivo, y los ritmos latinos como el reggaetón entre los más populares, invitaban a bailar. Y aunque con Vero había frecuentado algunos sitios como este, no voy a decir que era donde más cómoda me sentía. Pero era trabajo.

Me dediqué a relacionarme con mis fans, firmar autógrafos y sacarme fotos como siempre, intentando controlar el mal humor que me provocaba verlo ahí, parado como si nada. Tan ...él.

Con ese cabello apenas alborotado, esa sonrisa seductora y esa mirada penetrante, mirando a cualquiera menos a mí.

A cualquiera no, eso era lo peor de todo.

Estaba rodeado de mujeres.

Al parecer ellas también lo veían con mis ojos, y el muy maldito se veía tan bien. Con esos aires de James Dean, y esa actitud tan irreverente, era como un imán.

---¿Ese no es Max, el Max que aparecía en tus videos? -- preguntó una de mis seguidoras, que se había acercado para conocerme. ---Ese que está ahí, sacándose fotos con esa morocha alta.

Apreté los dientes sin mirar a donde la chica me estaba señalando.

---Ah, si, si. Es él. -- respondí haciéndome la tonta, como si fuera lo más normal del mundo.

---¿Ustedes no salían? -- siguió diciendo, curiosa y yo asentí sin ganas. ---
¿Y no te molesta que esté así con otras? La de minifalda de cuero se le está

colgando al cuello... -- se rio y yo sin poder evitarlo, me giré para ver la escena que sabía que me seguiría torturando.

En efecto, la chica que estaba algo tomada, abrazaba a Max hablándole al oído, bailándole bien pegada a su cuerpo de manera desvergonzada.

Y él, lejos de rechazarla, la tenía bien sujeta de la cintura y le seguía el juego haciéndose el lindo, disfrutando de sus atenciones.

Ahora la chica se giraba dándole la espalda, para pegarle el trasero mientras bailaba y él reía negando con la cabeza, impresionado. Si, bailaba bien. Y si, tenía un cuerpo increíble... Pero estaban dando un espectáculo.

Los odiaba.

Una furia irracional se apoderó de mí y lo vi todo rojo. De repente tenía ganas de interrumpir a la pareja, tenía ganas de cortarle a él las manos y a ella espantarla dejándole clarísimo que no tenía que tocarlo. ¿Acaso me había vuelto loca? No me correspondía a mí molestarme por el comportamiento del periodista. No me estaba siendo infiel a mí... No era nada mío.

Me disculpé de mi seguidora con una sonrisa, y salí corriendo al baño para no tener que seguir viéndolo.

Vero me encontró unos minutos después, y por supuesto se dio cuenta de que estar ahí retocando mi maquillaje que iba perfecto, eran puras excusas.

---Fini, se está divirtiendo... está de gira. No está haciendo nada malo. -- me dijo mientras se lavaba las manos. ---Este evento es tuyo, ¿qué querés que haga él, que se la pase sentado por ahí, aburrido? -- preguntó y alcé una ceja.

Eso era exactamente lo que esperaba que hiciera el Max que yo conocía. El que detestaba los clubes bailables, y le daba sarpullido tener que socializar en mis presentaciones.

---A mí no me importa lo que esté haciendo, no es mi novio. -- dije haciéndome la dura, mirando por décima vez mi labial en el espejo. ---En todo caso, su casi prometida es la que tendría que estar molesta.

---Ella no está por acá. -- contestó mi amiga con una risita. ---Si tanto te jode que baile con otras, ¿por qué no lo sacás a bailar vos? Te morís de ganas de volver a estar con él.

Resoplé, y me encaminé a la puerta mientras respondía enojada.

---Máximo es un asunto superado. -- empecé a decir airada, dejándola unos pasos atrás. ---Después de habernos acostado la otra noche, ya no me quedan ganas de estar con él.

Apenas pude terminar la frase.

Tan concentrada estaba en hacerle creer eso a mi amiga, que había cruzado el umbral de los sanitarios con los ojos casi cerrados y no vi... No vi con lo que me choqué.

Otra vez ese dolor en la nariz. *Oh, no...*

Otra vez *ese* pecho.

Sus manos me apresaron por los hombros para que no me desplomara por el impacto, para después tomar mi mentón y mirarme el rostro, preocupado.

Ay, Delfina...

Dos años, y seguís siendo la misma torpe de siempre. -- me recriminé queriendo desaparecer. Seguía haciendo el ridículo con él.

---¿Estás bien? -- preguntó clavando su mirada en mis ojos llorosos.

Aclaré mi garganta, muerta de vergüenza.

---Si, no pasó nada. -- contesté, aunque la nariz me latía de dolor y podía sentir como se ponía caliente, junto con todo mi rostro. *Mierda.*

Me solté disimuladamente y miré a mi alrededor. Estaba solo y parecía haber estado esperándome en el pasillo desde hacía rato, ni rastros de la morena guapísima que antes se lo quería comer.

---Lo que yo creo es que ahora le tenés más ganas que antes, justamente porque se acostaron. -- salió diciendo mi amiga, sin percatarse de su presencia. Su voz se había escuchado clarísima, incluso cuando provenía del baño. *Oh...*

Cuando llegó hasta donde estábamos se calló de golpe poniéndose pálida y abriendo los ojos como platos.

---Nos escuchaste... -- adiviné, y él asintió achicando los ojos y encogiéndose de hombros.

---Yo mejor me voy. -- dijo Vero, saliendo casi disparada hacia la zona del boliche de donde provenía la música.

Miré a Max en silencio, sintiendo que las palabras se me quedaban atoradas en la garganta.

Vi que se mordía los labios acercándose más y más a mí, hasta arrinconarme en la pared. Poniendo una de sus manos en ella, justo al lado de mi rostro.

---¿Después de la otra noche ya no te quedan ganas de estar conmigo, eh? -- preguntó en su voz baja. Esa bien ronca que tenía conexión directa con ese punto entre mis piernas que solo él sabía hacer vibrar.

---Es... es una mala idea. -- balbuceé de manera patética, mientras mi respiración se volvía superficial, y su cuerpo me aprisionaba más. Sus caderas

casi me empujaron, haciendo que los ladrillos que tenía detrás se me clavaran levemente.

---Si, puede ser. -- admitió con su boca pegada en mi cuello, volviendo el calor que ya sentía, en fuego. Su aliento se condensó humedeciéndome con cada palabra... que antes de que pudiera darme cuenta, se habían convertido en perezosos besos.

Dejé escapar un jadeo y mis manos fueron automáticamente a su cabello para sentir su suavidad. Perdiéndose entre ellos con fuerza, cuando con un gruñido alzó una de mis piernas sobre su cintura para enroscarla ahí.

Mi muslo había quedado totalmente descubierto, ahora libre desde el tajo de mi vestido y pude sentirlo de manera tan deliciosa... Su piel debajo de la ropa ardía, y su erección, más dura que la pared que tenía detrás, latía impaciente, haciéndome latir a mí también. Haciéndome gemir de deseo una vez, enloqueciéndolo, haciendo que se abalanzara a devorar mis labios sin piedad. Terminando de llevarse lo poco que quedaba de mi razón. Haciéndome delirar cada vez que su lengua entraba y salía de mi boca, invadiéndola, acariciando cada rincón.

Recordándome por qué aunque era una malísima idea, no podía hacer nada para resistirme.

No podía evitarlo...

Del boliche nos fuimos a los pocos minutos. No podíamos permitirnos una foto indiscreta, ahora menos que nunca, y sobre todo, necesitábamos seguir aquello que habíamos comenzado, y habíamos seguido en el taxi de camino, otro poco en el ascensor, y ahora por fin, en su habitación, donde ya no teníamos que escondernos de nadie.

Donde la ropa ya no se interponía entre nosotros, y podíamos volver a ser nosotros.

---Me vuelves loco. -- confesó entre jadeos, admirando mi cuerpo sobre el suyo, quitándome el corpiño con reverencia... acariciando los mechones de cabello que sueltos caían sobre mis pechos. Un gesto tan tierno, tan dulce, y a la vez tan lleno de erotismo, que mis pezones reaccionaron, sensibles.

---Vos a mí también. -- respondí con un suspiro, sintiendo que adelantaba su cadera, clavándose más en mí en un lento movimiento tan sensual, que me llevaba al límite. Los músculos de su abdomen se contraían por el esfuerzo y brillaban por el sudor. ---Ese es el problema.

---El mismo problema que tuvimos siempre. -- agregó sentándose también.

Chocando su nariz contra la mía antes de besarme y acoplarse a mí. Sus piernas me tenían aprisionada y las mías a él también. Entrelazados en uno solo, encontrándonos en cada vaivén, danzando a nuestra manera. Abrazándonos y recorriéndonos con desesperación toda la piel.

Acelerándonos, jadeando en la boca del otro, totalmente despeinados. Muriéndonos de gusto y también contrariados. Resignados a que lo nuestro siempre sería así, y no podíamos hacer nada para evitarlo.

Molesta con él, molesta conmigo, molesta con su chica y con el universo. Dejaba que me besara y me dijera todo tipo de cosas, que me hiciera todo tipo de promesas, sabiendo que aquello se acabaría tan rápido como él se quitara el condón tras hacerlo.

Estaba enojada, no podía ni con mí misma, esto no estaba bien.

Estaba peleada con mi propio cuerpo, por necesitarlo de este modo... Por ser tan débil y caer una y otra vez.

Miré a Max sintiéndome furiosa y lo empujé contra el colchón, hasta volver a dejarlo recostado a mi merced, en un intento ingenuo de tomar distancia.

Un brillo en sus ojos me hizo pensar que tal vez estuviera planteándose lo mismo. Que cada vez que decía mi nombre, sus mandíbulas se apretaban como si se lo reprocharan, y sus manos le dolieran de tanto tocarme.

---Esto no puede seguir así. -- le dije. ---No podemos seguir haciendo esto...

No dijo nada. Solo se quedó mirándome y con fastidio, me tomó fuertemente de la cintura para moverse más a prisa. Jadeando con cada embestida, descargando toda su frustración en un quejido cada vez que yo subía y bajaba sobre él. Estábamos siendo rudos, nunca antes lo habíamos sido y no sabía muy bien qué hacer con lo que me provocaba.

Estábamos locos, pero tan excitados, que no nos fue difícil encontrar un nuevo ritmo, casi frenético, y retándonos con la mirada a hacernos volar la cabeza... A llevarnos al borde de la locura.

Con él, clavando sus dedos en mis muslos con tanta posesión. Conmigo, golpeando su pecho en venganza, liberándome.

Frunciendo el ceño, adelantó mis rodillas para dejarme casi sentada en cuclillas sobre él, y esperó a que me acomodara a la nueva posición. No nos costó nada. Estábamos tan sincronizados, tan húmedos, que resbalábamos en el otro... Que apenas me tomó por el trasero para subirme y bajarme con violencia, dejé caer la cabeza hacia atrás y me dejé llevar con un gemido

desgarrador.

Ya no me importaba nada. Ni siquiera que de esta forma, estaba expuesta como nunca lo había estado... Que no tenía la experiencia suficiente y todo lo que hacíamos era nuevo para mí...

El sonido de mi piel contra la suya y sus ojos... Eso era lo único en lo que podía hacer foco.

Su mirada vulnerable, y la manera en que contuvo la respiración cuando me corrí diciendo su nombre, como si fuera lo más increíble que hubiera visto. Cerrando los ojos cuando el placer pudo con él, pulsando en mi interior y entregándose con un quejido bajo de su garganta que me erizó de pies a cabeza.

Temblábamos.

Terminamos deshechos.

Desmoronados uno junto al otro en aquella cama, resollando aun en busca de oxígeno. Callados y abrumados, volviendo a la realidad muy despacio, apenas conscientes de que nuestros teléfonos no paraban de sonar.

Genial.

Capítulo 23

---¡Amiga hace horas que te busco! ¿Dónde te metiste? -- gritó Vero del otro lado de la línea.

---Ehm, me fui. -- pude decir a duras penas antes de que me interrumpiera.

---Con el equipo nos fuimos a un after buenísimo, pensé que habías venido en el otro auto pero... -- decía a los gritos porque con la música, poco se escuchaba. ---Mandame un mensaje y voy a buscarte.

---No, no. -- me apresuré a contestarle. ---Prefiero quedarme en el hotel, estoy muy ...cansada. -- agregué mientras me subía el vestido. Max a mi lado, escuchaba atento con su propio celular en las manos tras haber rechazado su llamada.

Fruncí el ceño molesta y me despedí de mi agente deseándole que siguiera divirtiéndose.

---No tenés que irte, Delfi. -- dijo estirando una mano para que volviera a la cama.

---No tendría que haber venido. -- me reí con ironía cuando su teléfono volvía a sonar. ---¿No vas a atenderla? Se va a preocupar.

Max echó la cabeza hacia atrás, resoplando.

---Quedó en llamarme cuando terminara su guardia. -- explicó sin mirarme. ---Sabe que si no le contesto a esta hora es porque estoy durmiendo y después de dos intentos, ya no vuelve a llamar.

---No estabas durmiendo. -- respondí ácidamente, indignada con la situación.

---Ya está bien, ¿no? -- dijo buscando su ropa interior y calzándosela en camino de ponerse de pie frente a mí. ---Hace días que estás con esta actitud... -- me señaló. ---No digo que yo esté haciendo todas las cosas bien, pero tampoco te obligué a nada. Estás acá porque querés, no me hagas sentir peor, Delfina. No es justo.

Lo miré en silencio.

Muda porque sabía que tenía razón y eso era lo que más bronca me daba. Había sido más cómodo achacarle todas las culpas y poder descargarme con él, porque también era parte de esto... Esto que estaba muy mal.

---No podemos seguir así. -- repetí lo que tantas veces había dicho. ---Yo me siento mal, me siento... pésimo. -- abracé mi cintura con fuerza, detestando

que mi voz se rompiera un poco.

Odiaba ser la otra, sabiendo que alguien lo esperaba en Buenos Aires. Que tenían planes, una historia, y que esta era más sólida que lo que sea que hubiéramos tenido dos años atrás.

Es que tenía que afrontarlo. Unos cuantos meses de gira, besos y lo que habíamos vivido en mi casa del Sur, no se comparaban con su relación con Olivia. Con ella tenía una relación en serio.

---Yo también. -- aceptó él, despeinándose el cabello húmedo y se acercó un paso más hacia mí. ---Vos sabés lo cuadrículado que puedo ser para algunas cosas, y toda esta situación, me saca de quicio, pero... -- se calló y acarició mi mejilla con delicadeza.

Si, podía entender ese *pero*.

---¿Estás enamorado de ella? -- pregunté, arrepintiéndome al instante. No iba a ser capaz de escuchar su respuesta ¿por qué me hacía estas cosas?

---La quiero mucho. -- contestó, haciéndome doler más el corazón. ---Creo que en algún momento la amé de verdad, y creí que iba a tener una vida a su lado.

---Qué fuerte. -- dije, limpiándome una lágrima de la mejilla.

---Si, fue fuerte. Olivia apareció en un momento en el que yo estaba muy mal, ella... Me sacó del pozo. -- me contó. ---Me hace bien, siempre supo cómo hacerme bien.

Asentí sintiéndome destrozada. Abatida por sus palabras, y muy sucia. El recuerdo de lo que acabábamos de hacer se me opacaba en la mente, tiñéndose de vergüenza ahora de manera desagradable.

---No entiendo qué haces ahora conmigo. -- dije en voz baja.

---La quiero, pero no estoy enamorado de ella, Delfi. -- contestó tomándome del rostro. ---Aun cuando la conocí y la empecé a querer, a vos ya te amaba. Sé que suena...

---Horrible.

---Si, suena mal. -- admitió. ---Pero es mi verdad.

Negué con la cabeza porque no quería seguir escuchándolo.

No quería enterarme de que él también me quería, y que lo nuestro todavía podía ser. Ilusionarme solo sería abrirle las puertas nuevamente a la decepción y al dolor. Ya había superado todo esto.

---Vos seguís con ella. -- le recordé ---Me querés a mí, pero estás con ella.

---Yo a vos te amo. -- dijo mirándome con decisión. ---Y apenas vuelva de la gira, voy a hablar con Olivia y se lo voy a explicar. Le voy a decir que

quiero estar con vos, ya estaba por hacerlo esa mañana que volví de tu casa, pero ella se tuvo que ir y...

---Basta. -- lo detuve. ---¿Qué pensas que va a pasar si terminas con ella? -- pregunté. --- La última vez que lo hablamos, me dijiste que conmigo estabas arriesgando demasiado. Que no querías lastimarla si lo nuestro no funcionaba como nos pasó hace dos años. ¿Qué cambió?

Máximo bajó la mirada y maldijo por lo bajo.

---Sé que te dije eso, y te pido disculpas. -- volvió a acercarse, tal vez porque notó que yo cada tanto miraba hacia la puerta para irme. ---Estaba asustado. Tenés razón, soy un cobarde... Lo fui siempre, pero creeme si te digo que estoy muy arrepentido. Arrepentido de haberte dicho eso, arrepentido de no haber terminado antes con Oli, arrepentido de haberte dejado ir esa día hace dos años y arrepentido de no haberte dicho lo que sentía realmente cuando nos empezamos a conocer. -- soltó todo eso tan rápido que no pude responderle. ---Me arrepiento siempre y cada vez que me acuerdo de las excusas que te daba. De las veces que no quise aceptar, ni aceptarme a mí mismo que me estaba enamorando de vos aunque escribiera esos artículos imbéciles para criticarte.

Otra lágrima traicionera se escurrió hasta mi mentón y tomé aire con fuerza.

---¿Por qué me hacés esto justo ahora? -- pregunté angustiada. ---¿Por qué tenías que volver a aparecer después de tanto tiempo, cuando yo ya estoy bien y haciendo mi vida? -- protesté.

Me miró sin saber qué decirme, y yo aproveché su silencio para tomar mis zapatos, mi bolso, y salir de allí sin mirar atrás.

Necesitaba tomar distancia y aclarar mi cabeza, porque sentía que estaba a punto de estallarme.

Máximo

Por fin sentía que había dicho lo que tenía atorado en el pecho.

Por fin me parecía que estaba yendo por el camino indicado, y si bien ahora me había quedado solo en esa habitación de hotel y Delfina acababa de irse aun molesta conmigo, yo me sentía liviano.

El saber finalmente lo que tenía que hacer, me había dado una tranquilidad que hacía mucho que no sentía.

Decidido, llamé a Olivia y tras saludarla y ponernos al día, le dije que cuando regresara, teníamos que ponernos a hablar. Sabía que ella podía adivinar la conversación que estábamos por tener, y con ese temple que la caracterizaba, me dijo que estaría esperándome. Ella también sonaba decidida o resignada, y también tenía la necesidad de que conversáramos. Mientras tanto, cada uno usaría este tiempo para aclarar su cabeza y pensar bien lo que queríamos.

Sonriendo por saber que estaba comenzando a enmendar mis errores, me recosté en mi cama y respiré profundo, disfrutando el perfume que Delfi había dejado por todas partes y fui cayendo en sueño relajado.

Cuando me desperté, hasta el día parecía más brillante.

Me duché en dos minutos, y corrí al comedor para desayunar con el equipo antes de comenzar la jornada llena de eventos que teníamos por delante, estirando la cabeza cada tanto para ver si ella bajaba.

---Tenemos una sesión de fotos con la youtuber en unos minutos. -- anunció mi representante. ---Tienen que estar temprano para que les hagan prueba de vestuario y los peinen y esas cosas... -- hizo un gesto con la mano mientras leía de su Tablet. ---Y vos tenés una entrevista para un canal de cable después de almorzar. -- siguió enumerando, pero yo no paraba de mirar sobre su cabeza a ver si la veía. ---Después cada uno tiene una firma importante de libros, y eso nos va a llevar el resto del día...

Y entonces bajó.

Su cabello rosado aun húmedo, recogido en un moño alto maquillaje sencillo... --apenas un labial haciendo juego y unas pestañas postizas--, y un vestidito de verano color azul cielo. Estaba preciosa, y puede que en mi gesto hubiera quedado claro que estaba embobado observándola, porque apenas me vio, se sonrojó y bajó la mirada mordiendo una sonrisa en los labios.

Estaba eufórico. Esto era un avance y uno enorme.

---Max. -- me llamó mi representante. ---Eu. -- insistió y yo a regañadientes lo miré. ---Te estaba diciendo que el programa de mañana a la mañana es uno de los más duros de la gira. El entrevistador no es un tipo fácil.

---Mmm... si. -- asentí fingiendo que había prestado atención y tomé de un sorbo lo que me quedaba del café. ---¿Y ...ella tiene algún compromiso esta noche? -- curioseé.

Mi representante me miró por un instante antes de contestar.

---Creo que no. -- se giró un poco para verla y luego volvió a mirarme con el ceño fruncido. Delfina estaba mirándonos también, y yo levanté un poco la mano en señal de saludo. ---Lo que sea que esté pasando, cuidado. -- advirtió. ---Esa chica es un dolor de cabeza y ya demasiado tuvimos que soportar sus caprichos en esta gira, no quiero problemas, Max.

---No sé de qué me estás hablando. -- dije haciéndome el tonto.

---Más te vale. -- amenazó señalándome con un dedo. ---Ahora vamos yendo, que no quiero quejas de retrasos en la agenda por tu culpa. -- agregó poniendo los ojos en blanco.

La locación que habían elegido para las fotos, era una de las habitaciones del hotel, así que no teníamos que movilizarnos por lo menos. Era la presidencial, y la habían acondicionado especialmente para la revista que nos tendría en su portada. Había flores por todos lados, y se suponía que también habría una entrevista que la acompañaría.

Yo tenía que cambiarme y usar una camisa negra con un jean oscuro de una marca reconocida, y que era una de las que ahora me vestía para los eventos, mientras que a Delfina la habían hecho ponerse un vestido rojo apretado y provocativo con tacones haciendo juego.

La idea era hacer una foto cada uno por separado, y otra juntos en la que se nos viera compartiendo con buena onda. Nada romántico, solo amigos... Y un titular que hiciera creer a todo el mundo que aun habiendo salido en el pasado, podíamos seguir trabajando juntos como si nada, y nos llevábamos genial. Lo típico.

Estaba nervioso.

En el set se respiraba una energía rara, y sabía que era porque tanto ella como yo, estábamos rarísimos con el otro.

---¿Podemos hablar un segundo? -- le pregunté cuando ya no pude seguir aguantando, separándola de la maquilladora que estaba retocándole el brillo de los labios haciéndolos ver aun más jugosos e irresistibles.

---Mmm, ok. -- accedió y me siguió hacia el pasillo, lejos de las miradas curiosas. Miradas como las de mi representante que quería matarme, y miradas como las de Verónica, que divertida parecía saber qué sucedía con muchos más detalles de los que me hubiera gustado.

Se cruzó de brazos y me miró expectante.

El estómago se me hundió en el vacío, y de repente no supe por donde empezar.

Estaba tan guapa que me hacía olvidar hasta de mi nombre.

Delfina

---Estamos raros después de lo de anoche, y aunque a vos no te cueste nada esto de las cámaras, yo... bueno, yo no sé cómo hacer de cuenta de que está todo bien. -- dijo luego de una larga pausa, cambiando el peso de su cuerpo de un pie al otro.

Yo asentí lentamente y me mordí los labios, pensativa.

Me había pasado toda la noche pensando y pensando, y no había podido llegar a una conclusión. Por supuesto, había sido movilizador escucharlo decir todas esas cosas, y tenía la cabeza hecha un lío, pero además estaba esa atracción entre nosotros...

Esa que ahora, en ese rincón del pasillo, hacía que fuéramos acercándonos con complicidad para hablar, y aunque estábamos casi tocándonos, no se sentía suficiente. Quería más, y sabía que siempre lo haría.

Eso y sus ojos pardos, mirándome casi con miedo. Pendientes a lo que yo tenía para decir, y su boca... *Qué boca...* suspirando afectado, humedeciendo esos labios tan bonitos que tenía. Hambrientos y apasionados.

Todo eso podía tal vez explicar lo que hice a continuación. Porque me abalancé sobre él y le estampé un beso tomándolo de la nuca de manera impulsiva, notando cómo él soltaba el aire y me abrazaba por la cintura, correspondiéndome.

Sus manos se pegaron a mi cuerpo con fuerza y casi me pareció que sonreía contra mi boca mientras alargábamos el momento por unos instantes...

Un beso que con los ojos cerrados era un refugio de todo lo que nos esperaba fuera. Me sentía segura aunque sabía era solo una ilusión.

Aunque tuvimos que interrumpirlo inevitablemente para mirarnos y respirar.

---Delfi... -- empezó a decir, pero yo lo interrumpí poniendo una mano sobre sus labios.

---No necesitamos hablarlo ahora. -- dije, negando con la cabeza. ---Tenés todo mi brillito desparramado en la cara. -- me reí, intentando quitárselo suavemente y él sonrió.

---Delfi. -- llamó Vero asomándose desde la habitación donde se hacía la producción. ---Disculpen la interrupción, pero todo el equipo tiene que cumplir horario. -- agregó con gesto de disculpa, y lo que parecía una sonrisa divertida mal disimulada.

Al día de hoy no sé si realmente el equipo la había enviado a buscarnos... O eran excusas suyas por chismosa.

---Vamos. -- dije a Max, separándome de su abrazo y terminando de quitarle mi maquillaje del mentón a las apuradas, antes de retocarme yo también mis labios.

Los estilistas muy profesionales, mejoraron nuestro aspecto sin hacer ningún comentario a lo que resultaba bastante obvio, y la sesión de fotos transcurrió con normalidad.

Como si nada hubiera sucedido.

De hecho, creo que el fotógrafo nos había felicitado en varias oportunidades por el magnífico trabajo que estábamos haciendo, y nuestro entrevistador se había ido feliz con el material que había obtenido. Nos habíamos reído, habíamos bromeado, y hasta habíamos cedido a hacer unas tomas extra en donde yo hacía como que lo maquillaba con una brocha limpia y él hacía mala cara. Muy fiel a nuestra marca, decían. Muy fieles a esa idea que tenía el público que nos había conocido por mis videos y sus artículos donde supuestamente peleábamos, yo me reía y Max se frustraba.

Nos habíamos divertido, y habíamos divertido a todo el mundo... Pero si me preguntan qué estaba haciendo, no sabría responder. No tenía idea.

Oh Dios.

Lo había besado...

Capítulo 24

El resto del día fue una locura.

Llenos de compromisos los dos, apenas me había dado tiempo para pensar qué significaba lo que había hecho.

Nadie parecía haber reparado en nuestro cambio de actitud después de la sesión, o al menos nadie había dicho nada en mi presencia, pero Vero...

Mi asistente sí que tenía cosas para decirme.

---Vos estás totalmente loca. -- me acusó en el taxi cuando volvíamos al hotel esa noche después de una firma de libros. ---Un día le decís que no puede ser, después están juntos, te enojas, vas y le comes la boca de un beso.

Me mordí los labios reprimiendo una sonrisa, porque cuando lo decía así, de verdad sonaba a que estaba totalmente loca. Pero así había sido mi relación con Max desde un comienzo. No sabía explicarla ni yo misma, menos iba a poder hacer que otro la entendiera.

---Un poco es lo que él me hacía hace dos años. -- me reí de la ironía.

---¿Y qué es esto? ¿Una venganza? -- preguntó curiosa. ---Porque no es tu estilo, y desde ya te digo que te puede salir pésimamente mal.

---No, no es una venganza. -- suspiré. ---Ya sabés que me siguen pasando cosas con él y que no puedo evitarlo. Y no me va a salir pésimamente mal, porque esta vez soy yo la que elige lo que hace.

Me miró pensativa.

---Si la tenés tan clara, entonces te apoyo en lo que sea. -- dijo dándome seguridad. ---Me encargo de que nadie en el equipo diga nada ni filtre información que pueda traerles problemas. Pero si esto va a ser para que la pases mal como antes...

---No tengo idea, amiga. -- admití. ---Si te digo que sé lo que estoy haciendo y ya no me va a hacer mal... Te miento. No lo sé.

Asintió comprendiendo de lo que le hablaba.

---Te adoro, pero no me gustaría estar en tu lugar. -- dijo cuando llegamos, con esa sinceridad que la caracterizaba.

Y yo...

Yo tampoco estaba segura de querer estarlo.

Máximo

Tenía la cabeza en cualquier parte. Después del beso de Delfina, no podía pensar en nada que no fuera ella.

La tarde se me había hecho eterna, y si bien había disfrutado de la experiencia de seguir conociendo a mis lectores, quienes en definitiva justificaban esta gira que nunca me hubiera imaginado tener que hacer, los miraba, les hablaba... pero mi mente estaba aun conectada a lo que había pasado en esa sesión de fotos.

Miles de emociones encontradas me abrumaban, y aunque mi primer instinto hubiera sido aislarme de todos y encerrarme a escribir, tenía que cumplir con compromisos y no me quedaba más que seguir rumiando preguntas.

Había rechazado tres llamadas de Olivia, y eso me inquietaba, pero tampoco tenía la fortaleza suficiente para enfrentarla en esos momentos y contestarle. Tan solo estaba dilatando las cosas y lo sabía, pero ahora no podía lidiar con esa parte de mi vida. No me daba el cerebro para tanto.

Podía sentir que la culpa estaba ganando la pelea, y mi estómago se hacía nudos. Toda una vida queriendo hacer bien las cosas, toda una vida jurando que iba a ser tan correcto y derecho como había sido mi padre. Le había presentado mi madre a Olivia, por Dios...

Me sentía físicamente enfermo al imaginarme lo que serían esas dos conversaciones que me esperaban. La devastadora que tendría con mi novia, claro... Pero también la vergonzosa que tendría con mi madre.

Estaría tan decepcionada, y yo me había jurado que jamás haría que se sintiera menos que orgullosa de mí. Su hijo de casi treinta y cinco años, todavía seguía dando vueltas como un adolescente.

Pero era una montaña rusa...

Porque al mismo tiempo, reconocía esa sensación en el pecho.

Reconocía esas cosquillas en la panza, ese abismo, ese vértigo que solo Delfina me hacía sentir.

Me era familiar y me reconfortaba lo ilusionado que volvía estar ante la perspectiva de verla o besarla. No podía ni iba a negarlo...

Quería seguir esto que habíamos empezado en estos días y me moría por ver en qué terminaba. Aun si eso me traía dolor después, era lo que más quería.

En el camino de regreso, iba garabateando unas palabras que servirían después cuando tuviera que pasarlas en limpio para describir la mezcla de

pensamientos que tenía, y tal vez una vez escritos me dieran la claridad que necesitaba. Ese siempre había sido siempre mi cable a tierra. Escribirlo todo y así reordenarme por dentro.

Mi representante se había ido más temprano de la firma de libros porque tenía cosas que preparar para el día siguiente, así que era yo solo con todas mis reflexiones en ese asiento trasero del taxi, con los auriculares puestos pero sin música sonando en ellos. Precisaba escucharme a mi mismo con atención, y de paso, ponía una barrera para que nadie me molestara.

Me pasé una mano por el cabello, desacomodando los mechones de la frente hasta que quedaron algunos parados y otros revueltos, como más me gustaba, y me rasqué la barba crecida pensando que a lo mejor tendría que haberme afeitado.

A Delfina le gustaba así... -- recordé con una sonrisa boba. Le gustaba pasar la punta de sus uñas coloridas por mi mentón. Por todas mis mejillas y después por mis patillas. "James Dean" me había dicho... Le recordaba a su estilo, y yo no podía sentirme más halagado. Delfina me mordía suavemente el cuello, allí donde comenzaba a crecer la barba, para luego provocarme con su lengua, dándome besos calientes y húmedos que me volvían loco. Pero también podía reír como una colegiala si al besarle el ombligo, mi vello facial le pinchaba haciéndole cosquillas.

Se retorció haciéndonos reír a los dos.

Y era preciosa cuando reía.

Era pura tentación...

Mi intención era buscarla al volver y aclarar lo que aquella mañana no habíamos podido. Mi costado más lógico, aquel que aun se resistía a dejarse llevar del todo por esta locura, ese era el que exigía una charla civilizada para saber dónde estábamos parados, pero después de todo lo que había estado meditando... simplemente no pude.

Fue encontrármela en el pasillo de las habitaciones y vernos. Dios, no nos hacía falta más.

Nos abalanzamos hacia el otro, fundiéndonos en un beso deseado y lleno de fuego, en donde las respiraciones no eran más que jadeos desesperados. *Salí a buscarte, quería hablar...* -- había dicho cuando le di un respiro para besar su cuello. *Hablamos más tarde.* -- fue lo que le contesté.

Y a trompicones entramos a su cuarto quitándonos la ropa camino a la cama.

Delfina

Ya no recordaba ni lo que quería decirle.

Sus manos enormes, abarcaban toda mi cintura con una sola caricia y mis piernas ya se abrazaban a su cadera pidiendo más cercanía.

Su boca tomando la mía a mordidas, casi como comiéndome a bocados. Bocados hambrientos que sabían dulces en sus labios rellenos, y que hacían que quisiera más y más. Su boca siempre había tenido ese algo... Ese no sé qué, que me ponía a delirar.

Una de sus manos bajó metiéndose dentro de mi ropa interior muy despacio, haciéndome notar lo mucho que estaba esperando que me tocara... Mi piel estaba deseando ese contacto. Eché la cabeza hacia atrás con un gemido y él deslizó un dedo dentro antes de que pudiera reaccionar. Así, muy lentamente, sus caricias me fueron llevando a un lugar en el que apenas era consciente de lo que me rodeaba. Apenas consciente de que sus besos iban dejando un camino muy húmedo por mi cuello, mis pechos, mis caderas y por encima de mi tanga.

Sentir su lengua a través de la tela era tan erótico como si me lo hubiera hecho sin ella.

El encaje de la pequeña braga apenas alcanzaba de barrera y sus besos eran demasiado...

Demasiado.

La intensidad del momento pudo más y sin darme cuenta lo había tomado con fuerza de sus hombros, hundiendo mis uñas en su espalda como siempre hacía con la almohada.

Lejos de quejarse de que le hacía daño, Max levantó apenas la vista y con una sonrisa torcida, corrió la braguita hacia un costado y hundió su boca entre mis pliegues, besándolos con pasión, haciéndome gemir aun más fuerte.

Quitó mis manos de donde las tenía y tomó su cabello en mis puños porque necesitaba sostenerme de algo, estaba totalmente abrumada de tanto placer.

---No, no. -- dijo con la voz ronca, tomándome las muñecas y volviendo a poner mis manos donde estaban. ---Me gustan tus uñas... No me duele. Me encanta...

Lo miré excitada y jadeante, porque me había gustado que dijera que le encantaba algo de lo que yo le hacía, pero también porque sabía que no me mentía. Max solía dejarse llevar también, y a los dos nos gustaba un poco ser

bruscos en esos momentos...

---No quiero dejarte marcas. -- dije en un instante de cordura.

Frunció el ceño sin comprender.

---Delfi, no me importa que me dejes marcas. -- insistió, pero yo no podía dejar de pensar en que a mí si me importaba.

Ya no éramos solo nosotros dos.

Ya no estábamos solos en esa cama, claro que no. La presencia de su novia, aunque no física, podía sentirse en el aire, o al menos yo la sentía.

Si le dejaba alguna marca y ella lo veía, podía lastimarla sin pretenderlo. Y pensar en qué circunstancias ella podía verle esas marcas, estaba lastimándome a mí.

Cerré los ojos con fuerza, apretando los párpados negándome a ver la realidad porque me dolía. Escocía en cada célula de mi piel y las lágrimas empujaban en mi garganta con una presión insoportable. No podía con todo esto.

Frené a Max y le dije que no podía seguir, no así.

---Delfi. -- dijo dándose cuenta de que algo me pasaba. Se sentó a mi lado, y acariciando mi rostro, susurró. ---No quiero que te sientas mal, somos nosotros dos. Solo nosotros dos acá. No tenés que pensar en otra cosa.

No podía ni sorprenderme de que hubiera sabido exactamente lo que decían mis ojos. A estas alturas sabía leerme como un libro abierto.

---Eso no es cierto. -- le discutí abrazando mis propios hombros. ---No puedo evitar pensar que estás con alguien más, que alguien más te va a besar como yo... que alguien más te va a tocar. Sé que esta mañana yo... Pero no puedo. -- decía sin sentido con lágrimas corriendo por mis mejillas. ---Sueno egoísta. Sueno como una estúpida.

---No, no, no. -- me tomó del mentón para que lo mirara directamente a los ojos. ---No voy a volver a estar con ella, Delfi. No después de que nosotros... -- negó con la cabeza. ---No puedo ni siquiera imaginarme tocándola o besándola ahora. Ya no. Cuando vuelva voy a terminar esa relación, no tiene sentido seguirla. Pensé que lo sabías.

---No arruines todo prometiéndome cosas que no sabes si vas a poder cumplir. Me hace sentir peor. Por nosotros, por Olivia, por mí. -- dije sintiendo que comenzaba a enojarme. ---No quiero ser la razón por la que dejas a tu prometida.

---Pero lo sos. -- contestó con firmeza. ---¿Querés que te mienta y te diga que si no hubieras aparecido, de todas maneras hubiera cortado con Olivia?

Porque no es así. -- lo miré enfurecida. Odiaba darle la excusa perfecta que lo empujaba a tomar una decisión, pero en el fondo, una vocecita también me recordaba que al menos estaba tomando una. ---Verte de nuevo me hizo entender montones de cosas que creo que ya sabía y no quería reconocer. A nadie voy a querer como a vos.

---Tengo miedo. -- reconocí.

---Yo también. -- contestó. ---Pero no podemos hacer otra cosa que no sea ver qué nos pasa con todo esto. No estoy seguro, no sé lo que estamos haciendo, ojalá lo supiera y pudiera darte más, Delfi, pero por primera vez no sé ni dónde estoy parado.

Sonreí un poco a mi pesar, porque me daba una ternura enorme verlo tan desconcertado. Nunca lo había visto tan perdido...

---Pero, estás tomando una decisión. -- le reconocí.

---Ya sé, por fin. -- bromeó. ---Es hora de que arregle las cosas, y puedo no estar seguro de lo que estoy haciendo pero Delfi... Sé que es lo mejor. Lo sé.

No podía creerlo.

Era lo que había esperado por tanto tiempo. Más de dos años... Y lo que le había reprochado ahora que habíamos vuelto a vernos, pero ahora que finalmente sucedía, tenía una sensación en el estómago. Un salto al vacío gigante que podía acabar con los dos estrellados contra el piso, había que aceptarlo... Pero ¿y si salía bien? Aun estaba enamorada de Máximo.

Aun lo quería.

En medio de tanto pensar, recordé algo que me hizo sentir un poco mal.

---Tengo que contarte algo. -- dije sentándome más derecha. Todavía estábamos en ropa interior, como cuando antes nos estábamos comiendo a besos. Pero ahora solo mirándonos, uno al lado del otro. Teniendo lo que se sentía, la conversación que más importante que habíamos tenido desde que nos conocíamos. Necesitaba ser completamente sincera. ---Antes de la gira... Antes de volver a estar juntos, yo estaba conociendo a alguien.

Los ojos de Max se fijaron en los míos inquietos y noté que se ponía tenso.

Capítulo 25

---¿Si? -- preguntó con la voz algo ronca. Lo conocía lo suficiente como para saber que estaba fingiendo y que no estaba tan calmo y casual como parecía. ---No sabía nada, no salió en tus videos, ni en tus redes sociales. Tampoco en los portales de noticias. -- agregó desviando la mirada.

---¿Veías mis videos? -- quise saber, sorprendida y él asintió derrotado, reconociendo algo que lo dejaba muy expuesto, y me dejaba a mí con la panza hecha un lío de cosquillas. Estaba derritiéndome con cada confesión. Él odiaba lo que hacía en YouTube, no solía aguantar ni diez minutos de mis tutoriales... ---A la prensa no le cuento esas cosas, vos sabes. Y no, en mis videos nunca hablé de nada.

---Ni siquiera de nosotros. -- comentó. ---Solamente contestaste en un Q&A^[2] que ya no seguíamos viéndonos, meses después de que termináramos.

---Me costaba hablar del tema. -- admití. ---Estaba dolida, con el corazón roto, me sentía sola y no quería hacerlo público. -- mi garganta se apretó en un nudo. ---Estuve sola todo este tiempo hasta que conocí a Juan.

---Juan. -- repitió todavía sin mirarme. ---Todas las veces que hablamos de Olivia y vos no me dijiste nada. Me hiciste pensar que estaba haciendo todo mal y vos estabas con alguien también. -- algo en su tono había cambiado completamente. Lucía confundido y cada vez más molesto. ---Estabas con este Juan.

---Juan es solamente un amigo. -- le aclaré, pero seguía esquivando mis ojos. ---Salimos un par de veces, nos escribimos, me siento bien con él y quería darle una oportunidad. Dejamos todo en suspenso hasta que la gira terminara.

---Y qué... ¿es un youtuber de esos con los que haces videos? -- preguntó frunciendo el ceño.

---No, no es youtuber. Es estudiante de italiano y trabaja en un bar... -- quise decir más, pero no me dejó terminar.

---¿Cuántos años tiene?

---Veintisiete. -- contesté sabiendo que esa era una de las cosas que más le iban a afectar. Entre nosotros siempre había estado el fantasma de la diferencia de edad. De lo que los medios se habían agarrado para atacarlo. Uno de los motivos por los que le costó tanto estar conmigo, y con Juan nos llevábamos meses.

---Supongo que es lo normal. -- suspiró resignado. ---Tendría que habérmelo imaginado, Delfi. Sos preciosa, ¿quién no querría estar con vos? -- sacudió sus cabellos con fuerza, y buscó entre los bolsillos de su pantalón un cigarrillo para llevarse a los labios.

---Fueron un par de salidas. -- le repetí. ---Un par de besos, nada más.

Soltó el aire con los ojos entornados por el humo aun con ese gesto en sus pobladas y hermosas cejas.

---No tenés que explicarme... -- sonrió aunque le quedó de lo más forzado. ---Así hubiera sido más, no tenés por qué decirme nada. -- se aclaró la garganta. ---Bueno, si hay algo que quisiera saber. -- dijo dando una última calada antes de apagar su cigarrillo recién empezado. ---¿Te pasan cosas con él? ¿Estás enam..

---No. -- contesté interrumpiéndolo. ---De él no. -- me acerqué la distancia que nos separaba, y tomándolo del rostro, junté nuestros labios sin pensármelo. Le tomó un segundo reaccionar y devolverme el beso. Como si estuviera procesando lo que estaba sucediendo.

Y es que de alguna manera, este beso se sentía como el comienzo de algo grande. Estábamos definiendo nuestra relación, nos estábamos declarando y aunque lo había soñado tantas veces... Nada podría haberle hecho justicia a como era en realidad.

A cómo su boca adoraba a la mía con besos largos y profundos, y otros más cortitos. Apenas toquecitos que nos hacían sonreír. Miles de besos distintos, y todos nuestros. Quería todos los besos que Max era capaz de dar. Los quería a todos.

---Seguís siendo el único para mí. El único hombre con el que estuve. -- seguí confesando entre nuestras respiraciones agitadas. ---No quise estar con nadie más.

Él sacudió la cabeza como si no pudiera creérselo.

---Si hubiera sabido antes... -- balbuceó. ---Si se pudiera volver el tiempo atrás, haría todo distinto. -- agregó apoyando su frente en la mía con pesar.

---Yo también. -- dije abrazándome a su cuello, sintiendo su corazón galopar junto al mío de una manera que parecía tan natural, que asustaba. Si, habían pasado dos años. Pero nosotros estábamos retomando en el punto exacto en el que habíamos dejado.

Esto no se sentía como comenzar de cero.

---Siento que perdimos tanto tiempo... -- sus manos paseándose por mi

espalda, enredándose con mis cabellos, despertando hasta mi última terminación nerviosa, queriéndolo tener más y más cerca. No tenía ni idea de todas las cosas que me pasaban en el cuerpo cada vez que sentía su calor.

---Ahora no pensemos en nada... -- susurré a su oído, y de un solo movimiento me senté en su regazo y estampándole un beso hambriento, hice que recostara su espalda en la cama, dejándolo a mi merced.

Con el corazón quemando de tanto sentimiento, regué de besos su cuello, haciéndome cosquillas los labios con su barba crecida. Rasguñé su pecho con mis caricias y él, con un rugido se dejó por unos minutos antes de darnos vuelta y tomar el control como tanto nos gustaba.

Hicimos el amor por horas.

Ni siquiera sé cuándo nos fuimos a dormir por fin.

Solo sé que la luz del sol ya entraba por las cortinas y que su teléfono celular no había dejado de sonar con el nombre de Olivia en la pantalla.

Nos habíamos quedado dormidos abrazados. En nuestra burbuja.

Sin ganas de volver a Buenos Aires. ¿La verdad? Sin ganas de salir nunca más de esa habitación.

Máximo

Había sido uno de los mejores despertares de mi vida.

Un poco confuso al comienzo, porque lo había visto todo rosa... pero me tomó solo unos segundos darme cuenta que era su cabello todo enmarañado en mi rostro de manera descuidada.

Delfina desnuda a mi lado, con sus largas piernas enroscadas a las mías, y su cabeza apoyada en mi pecho suspirando entre sueños, era tan bonita, que no quería despertarla.

Le hubiera tomado mil fotografías, hasta la luz parecía perfecta. Entre las cortinas blancas, apenas unos rayos de sol que dibujaban líneas cálidas en la piel de su espalda y dejando sombras por todas sus curvas.

Era temprano, pero yo tenía cosas que hacer, una entrevista a la que ir. Mierda...

Cosas que me separaban de esa cama, que era el único lugar en el que quería estar por el resto de mi vida.

---Tenemos que estar en la firma en una hora. -- dijo con la voz ronca de dormida y se removió en mi costado con un quejido. ---Me quedaría

durmiendo ocho horas más.

---Y yo. -- me reí. No iba a reconocérselo porque me daba algo de vergüenza, pero la verdad es que estaba exhausto después de lo de la noche anterior. Me dolía todo el cuerpo, tenía los brazos débiles y los abdominales resentidos... Creo que hacía unos diez años que no me sentía así. Tal vez más.

Hice una nota mental de visitar el gimnasio cuando volviera a Capital, porque mi estado daba pena. O eran los años, que tampoco llegaban solos...

Luego de mucho esfuerzo tengo que decir que dejamos esa cama tan cómoda, para darnos un baño, arreglarnos y bajar a desayunar.

Con los minutos contados, llegamos a la firma de libros y nos pusimos a trabajar como lo habíamos hecho en toda la gira.

Delfi, estaba sacándose fotos con sus seguidores, y yo me tomaba un recreo de una hora para dar una entrevista. Mi representante me había advertido que el colega con el que iba a hacerla, era una persona difícil, y aunque hubiera estado más seguro con él a mi lado para que me guiara, tenía que supervisar otras cuestiones, así que estaba solo.

Ángel, era un periodista de espectáculos con quien había tenido un par de cruces en Twitter, nada grave. Algún comentario malicioso sobre uno de mis artículos, no estaba seguro, ya poco recordaba. Solo me había quedado la sensación de haber tratado con alguien bastante intransigente y soberbio que no aceptaba ninguna opinión si no fuera la suya. Pero éramos todos un poco así a veces. Cosas de nuestra profesión.

---Vamos a empezar con un par de preguntas y después le puedes hacer publicidad a tu nuevo libro. -- dijo sin mirarme mientras veía su móvil.

---Ok, no hay problema. -- contesté algo descolocado por su mala onda.

---Empeza contándonos por qué usaste la historia de tu padre como debut en el mundo editorial. -- leyó de sus preguntas. ---Porque es llamativo que siendo un periodista de chimentos, publiques una biografía que termina siendo casi una bajada de línea política. ¿Estás militando en algún partido o alguien te contactó para que escribas sobre eso?

---¿Qué? -- lo miré frunciendo el ceño. ---Escribí sobre la vida de mi padre porque es mi referente. Porque es una leyenda en el mundo del periodismo, y es un homenaje en reconocimiento a su trabajo. -- contesté haciendo uso de toda mi paciencia. ---Y aunque no me dedique a la política, es un tema que me interesa, no veo qué tiene de malo que exprese mi opinión.

---Nada de malo. -- sonrió con algo de maldad al darse cuenta de que

empezaba a picarme. ---Pero es como cuando las celebridades quieren hacernos creer que tienen algo de conciencia social, o se lanzan como candidatos. -- se rio. ---No es su lugar, el tuyo menos. Es gracioso que pases de escribir sobre una youtuber y sus aventuras con la brillantina, a estos temas tan serios. No parecen ser tu rubro.

---Ese es tu punto de vista. -- dije cabreado. ---Trabajo para una columna de espectáculos, no de chimentos. -- le aclaré, diferenciándonos. ---Y eso no me impide tener un criterio o ideología. Hago respetar mi libertad de expresión, y justamente es algo de lo que hablo en mi libro. -- lo miré ya disgustado. ---Si lo leíste vas a saber. Mi padre no siempre tuvo la suerte, al ser parte de la prensa en épocas de procesos militares.

---Bueno, Max, veo que es algo que te pone muy nervioso. Mejor pasemos a otra cosa, no creo que tus fans quieran leer sobre dictaduras ni por qué a tu padre se lo señaló tantas veces por cobrar algún dinero cuando estuvo cierto presidente que está siendo juzgado por corrupción. -- dijo como si nada y yo sentí que la sangre me iba a explotar en las venas. Apreté los puños con fuerza para no hacer caso al impulso de estrellárselo en la cara.

---Mi padre nunca cobró nada de ningún político. -- grité agraviado. --- Eso es una mentira, era la persona más íntegra que conocí.

---Se sabe de las amistades que mantenía con algunos funcionarios. -- insistió.

---Tenía amigos en todos los ámbitos porque era una gran persona. -- seguí gritándole, cada vez más acalorado. ---Persona a la que estás haciendo graves acusaciones sin pruebas y no está acá para defenderse.

---No, no, no. -- se atajó levantando las manos. ---No estoy haciendo acusaciones, solo estoy transmitiendo todas las cosas que se dicen... que han salido en miles de notas e investigaciones.

---Y nunca han podido probar nada de toda esa mierda. -- dije ahora al borde de arrancarle el cuello. ---Todos los que quisieron ensuciarlo, se quedaron con las ganas, porque si hubo alguien limpio, transparente...

---Rumores hay miles, Max. -- se rio, interrumpiéndome. ---No te lo tomes personal, ya sabes cómo es... Así como de vos que se dijo que salías con esa chiquilla de internet. Eso evidentemente era una mentira para ganar prensa. A tu padre se le inventó algo así con una de sus colegas, ¿Cristina se llamaba? Ella también fue un chimento, supongo.

Di unos pasos hacia delante y lo sujeté por las solapas de su horrible traje marrón. Cristina había sido una mujer con la que se lo había involucrado, si.

Pero fue otro invento de quienes querían perjudicarlo. Invento que hizo que mi madre sufriera por meses...

---No vas a hablar más ni de mi padre, ni de Delfina, ni de mí. No voy a permitírtelo. -- le ladré.

---¿Y la libre expresión? -- dijo entre carcajadas.

Estuve a punto de golpearlo. Ya había levantado el brazo, pero sentí como me sujetaban por detrás, frenándome.

---Max, no. -- dijo Delfina muy suavemente. ---Shh... no le hagas caso. -- insistía tironeando, porque yo quería zafarme, pero a la vez apartarla para que no se hiciera daño.

El muy maldito seguía riéndose y ordenándole a su camarógrafo que grabara el espectáculo. Que grabara también a Delfi abrazándome para calmarme.

Mi representante llegó corriendo, seguido por dos miembros de seguridad que escoltaron a Ángel y a su gente fuera del recinto entre los abucheos de la gente que en solidaridad con nosotros, se habían molestado muchísimo.

Después de eso, no recuerdo nada, estaba como en un estado de shock, no podían calmarme.

Me contaron que había querido salir a buscarlo, y que habían tenido que llevarme a la sala que había detrás y ahí recién había podido entrar en razón.

Mi agente hablaba con alguien por teléfono a los gritos, Delfina había pedido suspender el evento tras saludar a los seguidores que quedaban dentro, y la gente de seguridad discutía la mejor manera de sacarnos de allí por el revuelo que se había armado fuera.

No quería ni imaginarme cómo acababa de cagar las cosas, ni las consecuencias de lo que había hecho al dejarme llevar por la ira. Imágenes de lo que había ocurrido saldrían en todos los medios haciéndome quedar como un violento...

Yo no era un hombre violento.

No sabía qué me había pasado.

Escondí el rostro tras mis manos y me senté en un rincón de esa habitación tratando de recuperar la calma.

Capítulo 26

Delfina

Máximo se sentía fatal. No paraba de culparse por la pelea con ese idiota, y quería escribir algo en las redes donde pedía disculpas públicamente por su arranque.

Todavía le duraba el enojo, por supuesto. Podía arrepentirse de su reacción, pero no de haber defendido a su padre, eso nunca.

Nuestros agentes estaban trabajando a toda máquina para aclarar el incidente, y ayudaba bastante que mis seguidores hubieran grabado lo ocurrido en sus teléfonos, haciendo quedar muy mal a Ángel.

---No estás acostumbrado a tanta exposición. -- dije justificándolo, para que no se sintiera peor. ---Los nervios entre tanta presentación, las charlas, el lanzamiento de tu libro... lo nuestro. -- agregué. ---Todo te tiene más tenso, es normal.

---Nunca había reaccionado así, no me reconozco. -- contestó muy apenado. ---Esto va a salir en todos lados, hasta puede salpicarte.

---Eso no me preocupa. -- le aseguré. ---Ya subí a Instagram unas historias en donde cuento cómo fueron las cosas, tenemos miles de testigos, todo va a estar bien.

Max se volvió a cubrir el rostro con ambas manos.

---Ese idiota nos va a traer problemas, a vos también... -- dijo alborotándose el cabello. ---No tendría que haberle contestado, era obvio que estaba provocándome para que reaccionara así.

---Ya está, no te sigas castigando. -- le susurré sujetándole la mano con cariño, no me gustaba verlo tan derrotado. ---Estaba atacando a tu papá, tu reacción es lógica. Ahora confiemos en nuestros representantes y en la gente que estuvo acá y cree en nuestra versión.

---No sé qué hubiera hecho si no me hubieras frenado. -- admitió con la mirada torturada. ---No sé cómo me sentiría ahora si no estuvieras acá conmigo.

Sonreí sin poder evitarlo, llenándome de calidez en todo el pecho y sin importar que aun quedaba parte del equipo dando vueltas en la sala, lo abracé con fuerza conteniéndolo. Sus brazos me atraparon también por la cintura y su

cabeza descansó sobre mi hombro en un gesto tan natural, que hasta me asustó.

Podía sentir su respiración calmada en mi cuello y mi corazón se enloquecía cuando sus manos me acariciaban con ternura en la base de la espalda.

---Va a estar todo bien, estamos bien. -- le aseguré.

---Estamos juntos. -- dijo él y desarmó apenas nuestra unión para poder mirarme a los ojos. Aventurarme a besarlo era ir muy lejos, pero puedo jurarles que en mi vida tuve tantas ganas de hacerlo como en ese instante. Esas dos palabras encerraban la magia que nos hacía falta para superarlo todo.

Las semanas que siguieron, las cosas cambiaron entre nosotros. Como si lo sucedido nos hubiera unido definitivamente, a pesar de las circunstancias, y entre los dos existiera una complicidad única. Una complicidad de estar compartiendo un secreto. Algo que le ocultábamos al mundo, pero que era más real que cualquier otra cosa.

Cuando estábamos juntos, el mundo solo dejaba de existir. No tengo mejor manera de explicarlo. Estábamos ahí, y por unos momentos podíamos olvidarnos de todo.

Me estaba engañando a mí misma, o tal vez fuera un mecanismo de defensa para no salir tan lastimada, pero desde aquella noche, ya no pude volver a pensar en que Olivia estaba esperándolo.

La saqué de mi consciencia, la hice a un lado para poder vivir lo que estaba viviendo con Max como nos merecíamos.

Éramos amantes, lo tenía claro.

Pero es que cuando las luces se apagaban, los compromisos laborales llegaban a su fin, y era hora de volver, no podíamos evitar caer rendidos en los brazos del otro.

Llámenlo debilidad, llámenlo falta de voluntad, llámenlo cómo quieran. Para nosotros era amor, y nos habíamos tardado demasiado en verlo.

Verónica

Solo estábamos a unos días de terminar la gira, se me había hecho eterna y ya quería volver a casa.

Fini estaba cansada ya, pero al menos los ojos le brillaban y su humor estaba mejor que nunca. Nos había ido genial con la promoción, y no sabía ni de dónde sacaba a veces la energía para además estar grabando videos para su

canal.

Bueno, sí que sabía.

No lo habíamos hablado del todo, pero no era necesario, conocía a mi amiga. Y solo me bastaba ver las miraditas que intercambiaba con Máximo, y cómo en ocasiones ambos se distraían mirando la pantalla de sus celulares con sonrisas bobas cuando no podían hablar delante de todos.

Era su representante, y algunos días me había tocado preparar su vestuario en las habitaciones de los diferentes hoteles y su cama... Su cama estaba siempre perfectamente hecha.

Esos dos estaban durmiendo juntos otra vez.

Me alegraba de que estuviera feliz, pero la quería lo suficiente como para estar también un poco preocupada. No quería verla sufrir como sabía que lo había hecho con él.

Pero es que si en algo nos parecíamos con Delfina, es que nuestros corazones nunca escuchaban a nuestro cerebro. Jamás.

Si, probablemente a ella le convenía más un chico como Juan, alguien con quien no tuviera una historia pesada, y pudiera darse la oportunidad de salir como lo hacían las chicas de nuestra edad. Tener citas, dejarse impresionar con los gestos románticos que él tenía y pasarse el día solo riendo, relajada. Así como a mí me hubiera convenido cortar con René cuando empezó a hacerme daño y buscarme a alguien mejor. Pero ¿hacíamos lo que debíamos? Pues no.

Solo podía esperar que ella no terminara estrellándose contra un muro como yo lo había hecho.

No quería recordar aquello, no ahora que tenía la cabeza hecha un lío desde hacía semanas. Y por mucho que me costara admitirlo, mi lío tenía nombre, un lomazo, y un corazón enorme de bombero voluntario. Mierda.

Pablo me había escrito y llamado todos los días, y cada vez que conversábamos o nos veíamos por camarita, el corazón se me estrujaba con ganas de tenerlo más cerca.

Me la pasaba pensando en sus besos y en la manera en que sus brazos me sostenían con fuerza... y esa costumbre que tenía de despertarme con besos en el cuello llamándome "bebé". Si hasta me había encariñado con el bendito sobrenombre y me hacía ilusión escuchárselo decir mientras me sonreía.

Estaba fatal.

A todo el mundo le decía que se debía a lo mucho que habíamos congeniado en la cama. A la química que teníamos y lo bueno que era... porque

era por lejos, el mejor amante que había tenido sin punto de comparación. De solo recordarlo clavando sus manos en mis muslos mientras me tenía cargada sobre su cintura, *o como a veces me abordaba por detrás...* Sacudí la cabeza para aclarármela.

Estaba a demasiados kilómetros de mí, y las ganas ya eran de por sí insoportables. Mejor me concentraba en mi trabajo y no en extrañarlo.

Bueno, extrañarlo no. Lo deseaba y eso. Lo que echaba de menos era el sexo. Si.

Si...

Me cubrí la cara con las manos y con un suspiro miré a mi amiga Fini, mientras sonreía a sus fans en la firma de libros.

Franco

Apenas nos enteramos que mi hermana Delfina iba a pasar unos días en el Sur en medio de su gira, tuvimos que viajar a verla. Después de todo, también tenía que volver a casa a ver al resto de mi familia, y en un par de meses, se nos haría muy difícil viajar. Al menos en avión.

Era el momento perfecto, porque acababa de terminar mi último tour por un buen tiempo, y ya necesitaba unas vacaciones. Tati tenía que actuar en unas semanas, pero por unos días que nos ausentáramos, no pasaría nada. Ya se sabía el libreto de memoria, y el director confiaba en lo buena actriz que era. Sobre todo en estos momentos, todos le tenían un poco más de paciencia, y si antes era complicado decirle que *no*, ahora era prácticamente imposible.

Mi chica siempre tuvo su carácter...

En el mismo instante en el que entramos a casa, mi madre lo supo. No hizo falta que la pusiéramos al día con las novedades, nos dio un abrazo a los dos y se puso a llorar como sabíamos que haría. El festejo, claro, tuvo que esperar al fin de semana en que mi hermana se liberara de sus obligaciones, pero no nos salvamos de las miles de preguntas que nuestros padres quisieron hacernos. Era un momento feliz.

El más feliz del mundo, diría yo. Al lado, los campeonatos en los que había ganado miles de premios prestigiosos, eran solo recuerdos opacos.

No podía esperar a sorprender a Delfi también.

---Me dijo que ya estaba en el taxi, en menos de quince minutos llega. --

comentó Tati retorciéndose las manos de la ansiedad y sonrió dando un saltito. Me acerqué sin poder aguantarme, y tomándola de la cintura la besé con dulzura. Me daba ternura verla así de emocionada. Sus enormes ojos marrones iluminaban toda la habitación, estaba radiante.

---Hace meses que mis viejos no la ven. -- susurré haciéndole señas hacia la cocina donde estaban preparándolo todo para darle la bienvenida a su otra hija. ---Cuando entre no le van a dar respiro entre esos dos, vamos a tener que esperar para decirle.

Reprimí una sonrisa cuando hizo un puchero, pero luego asintió comprendiendo.

El sonido del timbre nos sobresaltó y Tati se agarró a mi brazo con fuerza con nervios.

---Tranquila, mi amor. -- le dije. ---Es solo Delfi.

Delfi, que entró con sus valijas a las patadas, quejándose del frío que hacía de noche como si no hubiera vivido veinte años en esta ciudad. Pero no fue eso lo que llamó mi atención.

Detrás, el periodista pretencioso, aquel que tanto daño le había hecho en el pasado, entraba con ella con una sonrisa de idiota, ayudándola a cargar con todas las pavadadas con las que siempre viajaba mi hermana.

¿Qué estaba haciendo con él?

Mi gesto debe haber reflejado mi disgusto, porque mi esposa había susurrado que me calmara y apoyándose una mano en el pecho, me contenía para que no lo matara a trompadas como quería.

Tenía que ser una broma...

---¡Máximo! Qué sorpresa. -- dijo mi mamá abrazándolo con cariño, totalmente ajena a todo lo que había ocurrido.

---Pero hija, cómo no avisaste antes... -- le reprochó mi padre. ---Sabemos que a Max le encanta el cordero, podríamos haber modificado el menú.

---No se hagan problema por mí, por favor. -- se apuró en decir él. --- Vengo a saludar y a ayudar a Delfina con sus cosas. Ya tengo una habitación de hotel reservada.

Si, claro. Como si mis padres fueran a permitir que durmiera en un hotel. -- pensé entornándole los ojos con odio.

---¿Un hotel? -- se horrorizó mi mamá. *Por supuesto...* ---De ninguna manera, se quedan con nosotros. Nos sobra el espacio y hace años que no te

vemos, Máximo. -- sonrió amorosa. ---Leímos tu libro y si no te molesta, queremos que lo firmes.

Puse los ojos en blanco.

Lo que me faltaba, ahora mis padres eran fans de este idiota. Miré a mi hermana en busca de explicaciones, pero ella solo tenía ojos para el periodista. Ojos, y una sonrisa enorme que conocía perfectamente bien. Otra vez había caído en sus redes.

---No vamos a dar la noticia hoy. -- dije a Tati en el oído mientras los otros seguían discutiendo a donde pasar la noche.

---¿Qué? ¿Por qué? -- me miró decepcionada, haciéndome sentir terrible.

---Porque no estamos en familia, y no quiero que la noticia se filtre todavía en los medios. -- expliqué mirando a Máximo con resentimiento.

---Fran, yo sé que el tipo es un imbécil, pero no sería capaz de... -- interrumpió su discurso y se volteó para mirarlo.

---Acordate de las cosas que escribía de Delfi. -- le hice ver, desesperado.

---Esta bien, tenés razón. -- reconoció haciendo un puchero. ---Dejame que hable con tu mamá para que no vayan a meter la pata. Eso si. -- me señaló con tono amenazador. ---Apenas volvamos a Buenos Aires nos juntamos y le decimos. Tu hermana es mi mejor amiga y no me va a perdonar si esperamos demasiado y se me empieza a notar.

Puse las dos manos en su barriga todavía plana, olvidándome de todos mis enojos y le sonreí con dulzura.

---Hecho. -- accedí. ---Cuando estemos allá le contamos que va a ser tía.

Tati me plantó un beso en los labios y se marchó a la cocina con una sonrisa gigante para hablar con mi mamá. Era una suerte que no hubiera insistido con decirle esta misma noche, porque no estoy seguro de que hubiera podido negarle algo por mucho tiempo.

Menos cuando la veía tan feliz y emocionada con nuestro bebé. Un bebé que había sido muy buscado, tengo que agregar, buscadísimo.

Si me hubieran dicho dos años atrás que iba a encontrarme ya casado y ansioso por convertirme en padre, no lo hubiera creído nunca. Pero ahí estaba aquella tarde que ella salía del baño con la prueba casera en la mano y lágrimas en los ojos. Todavía recordaba cómo me temblaban las piernas, y que esa semana no dormí más de tres horas por noche de la alegría, si. Pero también de miedo.

¿Sería un buen padre para ese niño? ¿Saldría todo bien? ¿Podríamos hacerlo?

No tengo respuestas para esas preguntas aun.

Solo un buen presentimiento que crece y se hace más fuerte cada vez que

veo la primera ecografía que Tati se hizo, o cada vez que la pesco distraída mirándose de perfil en el espejo al cambiarse por las mañanas. Se acomoda el botón del jean para que no le ajuste, y me pregunta a diario si noto ya algún cambio en su anatomía.

Y si tengo que ser sincero, ella es muy delgada y aun no tiene nada de panza, pero hay otros cambios que si se dejan ver. Y digo *ver*, porque de tocar, ni hablar.

Desde hace unos días, Tati se queja de que le duelen los pechos y los tiene sensibles. Y por mucho que a mí me guste su nuevo y más generoso escote, tengo que tener las manos quietas, porque jamás le haría nada que pudiera hacerle algún daño.

Cuando volviéramos a casa tendríamos otra visita a su doctor, en donde con suerte sabríamos el sexo del bebé, y podríamos dar rienda suelta a la decoración de su habitación como tantas ganas teníamos.

Si, tenía un buen presentimiento.

Estaríamos bien. -- sonreí llenándome de esperanza.

Capítulo 27

Delfina

Unos días con mi familia, era lo que estaba necesitando definitivamente.

Después de mucho negarse, Max terminó aceptando el ofrecimiento de mis padres, y se instaló conmigo en el departamento de casa, como aquella vez dos años atrás.

Claro que en esos días yo estaba con una gripe espantosa, intentando recuperarme, y nosotros estábamos empezando algo... Yo estaba enamoradísima y por primera vez creía que él también podía llegar a estarlo.

Y ahora...

Ahora no sabía ni dónde estábamos, pero me sentía bien.

Mi madre había cocinado para todos, y las risas llenaban la sala haciéndolo el día perfecto. Extrañaba mi hogar, mi gente...

Es que hasta mi hermano que es un poco cascarrabias, estaba feliz junto con mi amiga, emocionados por sus vacaciones por fin y dedicándose miraditas románticas como si estuvieran en su mundo. Era increíble como Tati lo había cambiado.

Tan mujeriego que siempre había sido, tan escéptico en temas del amor, y ahora estaba allí, hecho un bobo por su esposa.

Eran una postal tan bonita, que no voy a mentirles, hasta un poco de envidia comenzaban a darme. Yo también quería tener eso que ellos tenían. Yo también quería que Máximo me mirara de ese modo, y que me sujetara de la mano en plena cena familiar, con mis padres mirando.

Quería esas demostraciones de afecto que solo dejábamos para la intimidad, y que me susurrara cosas al oído sin tener que preocuparnos por nadie más.

Sin tener que pensar que tal vez la prensa podría recoger la noticia y armar un escándalo de nuestro romance.

Pero lo más importante, sin tener que sentirnos culpables por estar lastimando a alguien más. Olivia.

Si, cuando nos quedábamos a solas y nos dejábamos llevar por el deseo, se nos hacía imposible recordar nada que no fuera lo que estábamos viviendo, pero después...

Después ambos la llevábamos en la conciencia, lo sabía.

Ambos sabíamos que estábamos viviendo un *mientras tanto* en esta fantasía que nos habíamos inventado. Un *mientras* estemos de gira, *mientras* él estuviera en ese stand by con su novia... *Mientras* no estuviéramos en Buenos Aires, enfrentándonos a la realidad.

No podía evitar comparar estas mismas circunstancias con las de dos años atrás.

Antes también sabíamos que el volver a casa sería lo que terminaría por definir nuestro destino. Si continuábamos juntos o no, eso lo sabríamos cuando pusiéramos los pies sobre la tierra.

---Mañana voy a hacerte ese cordero patagónico que tanto te gusta. -- prometió mi padre cuando nos despedíamos en la sala antes de ir a dormir.

Max, que sonreía algo abrumado por tantas atenciones, se ofreció a ayudar encendiendo el fuego para el asado, y comprometiéndose a cocinarles uno cuando estuvieran de visita por la Capital.

Lo miré nerviosa, sin saber si podría mantener esa promesa y me mordí la lengua antes de preguntarle qué estaba haciendo. Mis padres no sabían nada, ni tampoco habían cuestionado el estado de nuestra relación, pero por las miradas cómplices de mi madre, suponía que entendían que volvíamos a estar juntos.

No tenía por qué pensar que dentro de semanas o meses, esa invitación que tan livianamente había soltado no fuera a cumplirse. Me preocupaba que pudiera ilusionarlos, cuando ni siquiera nosotros sabíamos dónde estábamos parados... Estaba hecha un lío. Tal vez debería tomármelo como un gesto de educación. Una cosa que se dice sin más intenciones que devolver la atención. Un "ya nos vamos a juntar" o "tenemos que vernos" que se suelen decir sin compromisos ni ataduras.

Entramos a mi habitación pasada la medianoche sin decir una palabra. Mi hermano y Tati acababan de marcharse a su casa y nosotros nos excusamos de la sobremesa diciendo que estábamos cansados de tanto viaje. No era una mentira, eso era en parte lo que me tenía sintiéndome drenada... Pero también estaba lo otro.

Estar otra vez aquí, con él... Definitivamente traía recuerdos.

Suspiré al ver que mi madre nos había dejado algunas toallas limpias sobre la cama perfectamente hecha, y una bandeja en la mesita de noche con lo

necesario para preparar té y café con galletitas.

Cuando le escribí para decirle que los visitaría, había corrido a comprar mis favoritas.

Dejé mi bolso de mano en el escritorio como siempre y me descalcé a patadas de mis zapatos rosados sin mirar dónde caían.

---Ey. -- dijo Max estirando una mano para sujetarme la muñeca. ---Estás muy callada. ¿Hice algo que te molestara? Todavía estoy a tiempo de irme al hotel. -- me giré y vi sus ojos marrones estudiarme con atención, frunciendo las cejas como de costumbre.

---Estoy bien, nada más que... -- hice un gesto con las manos rodeando mi cuarto y señalándonos a nosotros también. ---Es raro.

---¿Raro? -- preguntó confundido. ---¿No me querés acá? No me voy a ofender, Delfi, entiendo perfectamente si...

---Es raro porque la última vez que estuvimos acá juntos, me sentía muy parecido a cómo me siento ahora. -- confesé mirándome un segundo los pies descalzos.

---Esa vez no sabíamos qué estábamos haciendo... -- empezó a decir. ---Ni entendíamos qué nos pasaba con el otro.

---Como ahora. -- lo interrumpí, dura.

Me miró dolido y poniéndose de pie, tomó mi rostro entre sus manos.

---Yo sé perfectamente qué siento por vos. -- discutió con la voz ronca. --- Sé también que lo que más quiero es que estemos juntos. Después de dos años te veo, te vuelvo a tener así, cerca... -- sus manos bajaron tomándome de la cintura y abrazándome. ---Nunca dejé de quererte, y sé que nunca voy a dejar de hacerlo.

No podía evitarlo.

Quería creerle, pero no podía del todo, y sabía que él veía en mi gesto de escepticismo que no había nada que pudiera solo decirme, para hacerme sentir segura. La confianza es algo que se construye, después de todo. Y no estábamos aun en condiciones de prometernos nada más que esto.

Una noche para nosotros solos, alejados de todo y de todos.

Miré sus labios, generosos, oscuros, esos que tanto me gustaban, y humedecí los míos, hambrienta. Ya estaba bien de tanta conversación...

---Va a ser mejor que dejemos las charlas intensas para cuando volvamos a Buenos Aires. -- propuse, llevando mis manos a los botones de su camisa para desprenderlos.

Sin esfuerzo la bajé por su espalda y mis manos hicieron el mismo camino,

dejando un rastro con las uñas apenas rozándolo. Un jadeo se quedó atrapado en su garganta cuando seguí por su cinturón con algo de brusquedad, sin darle tiempo a seguir pensando.

Me besó con tanta fuerza que tuve que sujetarme a la cinturilla de su pantalón, para luego colgarme con una mano de su cuello, con la misma vehemencia.

Su lengua tentaba a la mía en caricias suaves y húmedas, y sus dientes tiraban de mi labio inferior dándonos breves respiros antes de volver a atacarnos a besos. Sabía a vino dulce y a él, no podía resistirme.

Mirándome a los ojos, tomó el ruedo de mi vestido, tocándome con toda la intención los muslos erizándome la piel y con un movimiento casi insoportablemente lento, me lo quitó por encima, dejándome en ropa interior.

Debajo, mi conjunto de satén rosa palo, dejaba ya poco a la imaginación, pero me lo había puesto para él, para qué mentir. A juego con mi cabello, daba el toque de inocencia que sabía que le volaba la cabeza...

Asintió con los ojos entornados, recorriéndome entera con la mirada, y volvió a besarme mientras yo le quitaba a tirones los pantalones.

Retrocedí unos pasos hasta sentir la cama detrás y lo conduje conmigo hasta quedar acostados los dos. Nos enroscamos en un abrazo torpe como cada vez que nos dejábamos llevar por uno de esos besos de los nuestros, y el acolchado terminó por caer al suelo junto con los almohadones que adornaban. Mis dedos se entretuvieron en sus cabellos, jalándolo cuando sus besos en el cuello se convertían en mordiscos fuertes.

Nos giramos hasta quedar él por encima y clavando las rodillas en el colchón separó mis piernas al tiempo que tomaba mis manos sobre mi cabeza para que no las moviera.

---No me cansaría nunca de besarte. -- susurró bajando por mi pecho... Descansando en un beso perezoso en el ombligo. ---Besarte toda...

Entendiendo sus intenciones, tiré de los lazos que ataban por los costados mi pequeña braga y ésta se deshizo con facilidad, quitándose de en medio para que Max siguiera enloqueciéndome.

Su boca no necesitó más instrucciones que esa para tomarme ansiosa. Separándome aun más las piernas y dejándolas apoyadas en sus hombros mientras él se dedicaba a besarme.

Besándome toda, como había dicho.

Chupándome justo ahí donde tanto me gustaba.

Usando un dedo, luego dos, entre jadeos encantados de ver cómo me venía

abajo una y otra vez.

Creo que hasta en un punto grité...

Si, había gritado.

Arqueando la espalda, y él me había callado con un largo beso, absorbiendo ese orgasmo con sus labios rellenos y un gruñido impaciente. Pegándonos con las pieles húmedas y las respiraciones agitadas, buscándonos porque necesitábamos más del otro, rozándose con su cadera, ansiando sentirme más.

Ya no podía seguir esperando.

Bajé el elástico de su bóxer y tanteé el bolsillo de su pantalón a un costado de la cama donde sabía que encontraría un condón. Se lo puse sin siquiera mirar y él maldijo entre jadeos cuando lo conduje hasta mi entrada y de un solo impulso, me tomó, llenándome entera.

Los dos gemimos de alivio por lo bien que se sentía.

Sus manos se pelearon con mi sujetador, y su boca rápidamente roció de besos mis pechos, mimándolos.

Él sabía que había sido mi único hombre, y hacía tanto que no me tocaba, que este reencuentro que estábamos teniendo tras dos años, era como aquella primera vez en muchos sentidos. Lo era desde el sentimiento, pero también desde lo más prosaico, y es que nos costaba a veces acostumbrarnos a las sensaciones.

Estaba apretada, y eso a él lo volvía loco.

Muchas eran las veces que tenía que frenar de golpe y pegar su frente a la mía con besos tiernos en todo mi rostro para que pudiera resistir unos minutos más. Me susurraba en el cuello que si seguía moviéndose se correría en segundos, y a mí me desarmaba la manera en que podía desearme... Así, sin control. Aun cuando era el que tenía experiencia de nosotros dos, siempre se sentía como una primera vez.

Nos giramos dejándome a mí encima, permitiéndome ver desde allí su pecho firme, y su rostro apenas reclinado hacia atrás, suspirando con cada movimiento ondulante de mi trasero.

---Delfi, más espacio. -- pedía intentando dominar sus impulsos y aguantar, pero yo no podía detenerme.

La fricción era tan intensa en esta posición, se sentía tan bien... Podía sentirlo todo.

Mis muslos lo abrazaron más y mis manos lo retuvieron quieto por debajo cuando realmente comencé a moverme.

Nuestra piel chocando y esa gota de sudor bajando por mi espalda, hacía que me sintiera poderosa. Como una amazona... Tan cómoda en mi cuerpo, que me parecía imposible. Sus ojos, oscuros por la pasión, me miraban con deseo y su boca murmuraba palabras sucias y quejidos al notarse cerca de acabar.

Y eso no hacía más que alimentar mi fuego.

Aceleré llevándonos al límite y esa presión tan familiar en el vientre me hizo apretar los dientes. A punto... Estaba a punto.

Max, excitado, me tomó por las nalgas y las apretó, pegándome más a él y casi haciéndonos doler, nos perdimos en embestidas frenéticas en una carrera sin descanso, que en pocos segundos nos tenía corriéndonos juntos. Con un gemido largo en el que había querido decir su nombre, y él, con un bramido tan brutal y sensual, que por poco me hace correrme otra vez.

Me recosté a su lado intentando recuperar el aliento, y lo vi retirarse el condón y dejarlo en el envoltorio en la mesita de noche. Nunca lo habíamos hablado, pero ya hacía rato que venía pensando en comenzar a tomar la píldora. Era más cómodo en muchos sentidos, sobre todo cuando la mayoría del año me la pasaba de gira, pero...

Pero no éramos nada, y por algo él tampoco me lo había preguntado. ¿Su novia estaría tomándola? Seguramente.

Es algo que ya habrían hablado, en pareja, como corresponde. Tendrían proyectos, habrían pensado probablemente que una vez casados ella podía dejar de tomársela y...

---¿Qué piensas? -- preguntó acariciando con mimo mi mejilla con sus nudillos. ---Estás lejos.

---No podríamos estar más cerca. -- bromeé, señalando nuestros cuerpos todavía entrelazados.

Max sonrió alzando una ceja y tomándome por la cintura, nos pegó aun más, acomodándose en su pecho.

---Algo te preocupa, Delfi. Me doy cuenta. -- insistió dejando besos en mi cuello. Su calor solo hacía que esa angustia en la boca de mi estómago aumentara. Celos horribles que me carcomían y lo retorcían todo, llenándome de dudas. Sabía que no debía meterme, pero era más fuerte que yo.

Las palabras me salieron solas como un torrente que no podía atajar.

---¿Olivia quería tener hijos? -- pregunté sin poder callarme.

Max a mi lado se tensó como un palo.

---¿En eso estabas pensando? -- quiso saber, extrañado, y yo asentí

desviando la mirada.

---No tenés por qué contestarme si no querés, eso forma parte de la intimidad de ustedes, y... -- empecé a decir.

---Si. -- contestó cortándome hasta el aire. ---Ella es pediatra, ama a los niños y tiene buena mano con ellos, supongo. Es una de las razones por las que nos íbamos a casar.

Tragué en seco sin saber qué decir, así que él siguió.

---Yo no me lo había planteado demasiado, pero al ver que íbamos en serio, teníamos estabilidad económica, qué se yo. -- se despeinó el mechón de la frente, incómodo. ---Sabés que soy bastante tradicional en algunas cosas.

Me giré, separándome de su abrazo y miré el techo a su lado sintiendo que acababan de arrojarme un balde de agua helada.

---Decí algo. -- pidió al rato, cuando ya el silencio se estaba volviendo insoportable.

---A veces me olvido de que estaban comprometidos. -- admití. ---Pero nunca me imaginé hasta qué punto... Ustedes tenían planes... -- el aire comenzó a faltarme. ---Yo... yo estoy arruinándolos. Estoy arruinando todo.

Max me miró muy serio y me sujetó el rostro entre las manos para que lo mirara.

---No estás arruinando nada. -- juró. ---Nos estábamos precipitando, yo en el fondo no estaba listo para todo eso... -- lágrimas calientes caían a borbotones de los ojos. ---Yo seguía queriéndote, Delfi. Nunca pensé que podría llegar a tener otra oportunidad con vos. Las cosas se dieron así, pero los dos sabemos que fue todo un malentendido dos años atrás. -- lo miré poco convencida. ---Es con vos con quién quería estar, y nosotros tendríamos que haber estado juntos desde entonces.

---Estoy celosa. -- admití secando a manotazos mis mejillas. ---Lo que ustedes tienen parece tan lindo, parece tan...

---Lo que *teníamos* -- corrigió. ---Nunca se va a comparar con lo que tengo con vos.

---En eso estoy de acuerdo, no se puede comparar. -- dije sentándome y tomando distancia, me tapé el cuerpo con la sábana hasta el pecho. ---Yo no quiero tener hijos. -- confesé mirándolo a los ojos. ---Nunca.

Capítulo 28

Máximo

Delfina se quedó mirándome muy seria por un rato, esperando a que le dijera algo... A que respondiera de alguna manera, pero no podía. Tras unos minutos suspiró de manera audible y me pareció que perdía la paciencia.

---Como nunca fuimos en serio... -- empezó a decir, mirando sus manos de repente. ---Nunca surgió el tema tampoco, pero eso. A lo mejor deberías saberlo antes de terminar con Olivia. -- su gesto se había enfriado ante mi falta de reacción y cada vez la sentía más lejos.

---No mezclemos. -- dije sentándome también. ---Voy a terminar con ella pase lo que pase entre nosotros, eso ya te lo había aclarado. -- dije viendo como de a poco volvía a mirarme a los ojos. ---Pero creo que todavía es muy pronto para plantearnos...

---No es por vos, ni por nuestra relación o lo que sea que tengamos. -- me aclaró, decidida. ---Yo no quiero tener hijos, y no voy a querer tenerlos.

---Sos muy joven para decir algo así. -- tomé una de sus manos para que volviera a mirarme. ---Tenés qué, ni treinta años. Yo a tu edad tampoco quería saber nada de esas cosas, pero...

---No me trates como a una nena. -- se soltó de mi agarre y me miró furiosa. ---Y no me trates con esa condescendencia cuando te estoy diciendo algo tan serio. -- me quedé congelado sin saber qué decir. Tenía razón, estaba encarando mal el tema.

---Perdón, no fue mi intención. -- asentí, arrepentido. ---¿Puedo preguntarte por qué decidiste eso? Si es por tu carrera, tenés que pensar que en diez o veinte años todo puede cambiar. YouTube es una cosa ahora, pero...

Se rio con amargura.

---En diez años va a ser raro que siga siendo youtuber ¿no? -- alzó una ceja y yo tuve la inteligencia suficiente como para no contestar a esa provocación. Era obvio que se había puesto a la defensiva, pero yo no quería pelear. ---No es por mi carrera. Yo no quiero. ¿Tan difícil es de entender? -- se levantó de la cama y buscó su ropa rápidamente. ---Así siga haciendo videos o me reciba y trabaje en una empresa, o me ponga a escribir más libros.

---¿Es por mí? -- pregunté inseguro y un poco desesperado al verla vestida

y tan enojada. Mierda.

---¿Por vos? -- se extrañó.

---Y si. -- expliqué. ---En diez o veinte años, vos vas a tener edad para ser mamá aun, y yo... -- me encogí de hombros. ---A lo mejor no querés tener hijos con un viejo.

Delfina frunció el ceño por unos instantes pensándolo y después me pareció que un poco suavizaba la mirada.

---Ni se me había pasado por la cabeza. -- admitió. ---Para mí nunca fue demasiado tremenda la diferencia de edad, por si no te habías dado cuenta.

---A mí si se me pasó por la cabeza varias veces. Sobre todo cuando creo que por estar conmigo te estás privando de experimentar o hacer cosas típicas de tu edad. -- expresé, dejando expuestos mis miedos. ---Cosas que podés vivir con este chico con el que salías.

Me miró mordiendo el labio y acercándose de a poco, volvió a sentarse a mi lado.

---No quiero tener hijos, porque mi relación con mi cuerpo no es la mejor. -- susurró con la cabeza gacha. ---Soy autodestructiva, y después de mi segunda internación, la verdad es que ni siquiera sé si soy capaz de quedarme embarazada. -- la miré sin entender. ---Estuve más de un año sin tener la regla, y varios con un desbalance hormonal muy grande. Todavía sufro algunas secuelas...

---Hoy en día la ciencia y la medicina hacen milagros... -- quise decirle, pero me interrumpió.

---Pero es que no quiero. -- insistió. ---Quiero que entiendas que no por ser mujer tengo que querer ser mamá, o estoy destinada a eso sí o sí. Puedo elegir, y ya elegí. -- me miró preocupada. ---Sé que tal vez te parezca egoísta, pero es mi cuerpo, y no voy a querer tener bebés.

---Está bien. -- asentí.

---Así como yo tengo derecho a elegir, vos también. -- agregó. ---Si querés quedarte conmigo después de saber esto, o no.

---Delfina... -- empecé a decir.

---No. No podés decirme que sí así a la ligera, este tema es algo que tenés que meditar bien. -- estiró la mano para sujetar una frazada que estaba al pie de la cama. ---Como vos dijiste, sos tradicional, y querías otras cosas para tu vida... Cosas que yo no voy a poder darte.

Y con esa última palabra, se fue dejándome solo en su habitación para irse a dormir a la habitación de invitados que había sido alguna vez la de su

hermano. Aturdido con mis pensamientos, y las ganas de salir corriendo detrás de ella y jurarle que nada me importaba.

Elegía una vida a su lado, con las circunstancias y condiciones que me pusiera.

Prefería tenerla conmigo que tener un montón de hijos con otra a la que no sería capaz de amar...

La quería.

Pero ¿nunca querría ser padre? ¿Ni siquiera en el futuro? ¿Realmente podía renunciar a eso para siempre?

Un bebé con los ojos de Delfina, con su sonrisa...

Me dejé caer en su cama y envuelto todavía en el perfume de su cuerpo en las sábanas, cerré los ojos, exhausto.

Esa noche había sido demasiado.

Delfina

Me había despertado hacía por lo menos una hora, pero no quería levantarme. Me estaba costando enfrentar el día, y no era solo porque fuera hacía tanto frío que amenazaba con nevar.

La conversación que había tenido la noche anterior con Máximo me había dejando pensando, y sabía que a él también.

Estaría replanteándose todo una vez más...

Enfurrugada, pensé que acababa de darle otra razón, además de las obvias, para no terminar con su novia, y eso además de dolerme, me enfadaba.

Estaba siendo inmadura, lo sabía, pero me molestaba.

Me jodía con todas las fuerzas nunca poder ser lo que él quería. Lo que él necesitaba. Siempre estaba lejos, como si no calificara del todo para encajar en su vida, y eso era algo que odiaba sentir.

Puse los ojos en blanco imaginándome lo que mi terapeuta me diría.

Si, racionalmente tenía claro que yo no tenía por qué encajar en un molde de la mujer perfecta de nadie, y que si me quería realmente, me querría tal cual era... Con mis defectos y mis decisiones. Con mi carrera y con mi edad.

Pero es que él ya tenía todo lo que esperaba de su pareja en Olivia, y yo...

Yo no podía dejar de compararme, y ella siempre salía ganando.

---¿Delfi? -- preguntó mi mamá, asomándose por la puerta con la misma

sonrisa con la que me despertaba años atrás para ir a la escuela. ---Te perdiste el desayuno, pero con tu papá queremos saber si vas a almorzar. Max nos dijo que estabas muy cansada por tanto viaje.

Me desperecé y miré la hora. La una de la tarde, genial.

---Me quedé dormida. -- balbuceé, fingiendo recién haberme despertado.

---Y si, hijita. -- se compadeció con tono preocupado. ---Tenés que hablar seriamente con esa representante que tenés y decirle que no podés tener ese ritmo de trabajo. Y además subiendo video nuevo todos los días.

Me reí.

---Los filmo semanas antes, má. -- expliqué. ---No te hagas problema que trabajo lo que tengo que trabajar.

Asintió conforme y rápidamente cambió su gesto a uno más alegre.

---Tu papá está cocinándole cordero a Máximo y él está encantado ayudándolo. -- comentó. ---Es tan buen muchacho... tan amoroso. -- agregó con una sonrisa cálida. ---Se nota que te quiere mucho.

No lo habíamos hablado hasta el momento, pero me imaginaba que mis padres sabían de lo nuestro, a su manera.

---Mmm... yo también a él. -- confesé. ---Pero por favor sean discretos, nadie se puede enterar de que salimos.

---No pensaba contárselo a nadie. -- respondió comprensiva. ---Me parece muy inteligente mantenerlo en secreto. Así nadie los molesta ni inventa cosas de ustedes.

---No estarás viendo los programas de chimentos, ¿no? -- pregunté preocupada.

---No, Delfinita. -- negó con la cabeza. ---No vemos programas así, ni miramos las noticias en esos portales de Internet que dicen pavadas y mentiras de la gente. Nunca lo hicimos, menos después de que aparecieron esas fotos tuyas hace unos años.

Ahhh... Mis fotos de cuando era más chica, esas fotos con las que habían querido avergonzarme.

Las que casi vuelven a llevarme al abismo.

---Mejor. -- contesté más tranquila. ---Tenés que saber que pueden empezar a decir mil cosas, o aparecer información falsa. Ustedes por favor no hagan caso a nada de lo que les digan.

---Si pudimos soportar el escándalo de esa chica que se veía con tu hermano, podemos con cualquier cosa. -- se rio, recordando a la ex conquista que había perdido la cabeza por Franco. ---Nosotros sabemos los hijos que

tenemos, sabemos cómo los criamos y de qué están hechos. No necesitamos nada más.

Sonreí porque era justo lo que me hacía falta escuchar en esos momentos y la abracé con cariño, agradeciéndole por todo. Lamentándome por la distancia que estaba a punto de volver a separarnos por meses... Disfrutando del reencuentro, que a pesar de que los años seguían su curso, se sentía como si nunca hubiera partido.

---Ahora me levanto y voy a comer. -- anuncié cuando pude tragarme el nudo de emociones. ---¿Puedo hacer algo para ayudar? -- me ofrecí.

---Podés ayudarme con la mesa. -- se encogió de hombros. ---La verdad es que tu papá y Max ya se encargaron de todo. Es un verdadero encanto.

Asentí desviando la mirada mientras me levantaba.

Durante el almuerzo, por supuesto, pusimos nuestra mejor cara, dejándonos agasajar por mis padres que se desvivían en atenciones, sin hacer alusión alguna de lo que habíamos hablado la noche anterior.

Aparentemente, los dos estábamos felices, de buen humor y pasándola genial, comiendo las delicias que habían cocinado, y riéndonos de las ocurrencias de mi madre que tras abrir la segunda botella de vino, se le había dado por ventilar todas las anécdotas graciosas de sus hijos.

Y digo *aparentemente*, porque cada vez que mis ojos se encontraban con los de Max, volaban chispas de todos los colores. Había una tensión en el aire, de la que solo nosotros seríamos conscientes, y que era esa charla que aun nos sonaba en la cabeza. Ese elefante gigante en la habitación, del que teníamos noción, pero solo no podíamos nombrar.

No teniendo público.

Demos gracias al Pinot Noir que corría como agua, y que hacía que mis padres estuvieran ajenos a todo lo que no fuera el cordero asado y las risas.

Cuando terminamos era entrada la siesta, y aunque mi mamá había insistido para que tomáramos un cafecito, lo habíamos rechazado con educación para salir de allí de una vez.

Ya estaba por volverme al departamento, cuando Max me frenó tomándome de la muñeca.

---¿Damos un paseo? -- sugirió con una sonrisa encantadora. Una de esas raras, muy raras en el eterno gesto adusto de su rostro... Irresistible. ¿Quién

iba a decirle que no?

---Era una sorpresa. -- dijo tirando de mi mano cuando llegamos. ---Me contó tu mamá que de chica este era uno de tus lugares favoritos, y que te encantaba viajar en él.

Yo apenas podía contener la sonrisa a esas alturas.

Pegué un gritito de alegría y lo abracé con todas las ganas. El Viejo Expreso Patagónico o "La Trochita", como era conocido más popularmente, era una de las atracciones turísticas más bonitas de mi ciudad.

Con su locomotora antigua, fabricada en los años veinte, hacía su camino desde los años cincuenta en mi ciudad, y te llevaba de recorrido por todos los paisajes hermosos que la Patagonia tenía para ofrecer.

Comunicando algunas localidades, cruzaba puentes, ríos y lagos, montañas nevadas y preciosos montes de los verdes más vivos en su recorrido de vías estrechas.

---¿Mi mamá te dijo que me gustaba venir? -- pregunté volviéndome a verlo. Estaba encantado por la sorpresa que acababa de darme.

---Si, esta mañana. -- se rio. ---Me mostró fotos de cuando viniste un par de veces. -- me encogí recordando que la última vez, habría tenido unos cinco o seis años, y además de estar usando ese jardinero con flores que me ponía todos los días, me faltaría algún diente o dos. ---Estabas preciosa. -- dijo al darse cuenta de mi apuro, tomándome por la barbilla para hablarme más de cerca. ---Con esos ojitos brillantes y ese pelo rubio atado en dos colitas. -- su nariz se arrugó con ternura y yo me reí, empujándolo de manera cariñosa.

---No se puede decir que mi estilo cambió mucho, solo el pelo. -- bromeé. ---Bueno, y los tatuajes, aunque cuando comía chicles me pegaba las figuritas en los brazos para que parecieran.

---Yo me los pegaba en la mano. -- admitió riendo.

---Me hubiera gustado conocerte a esa edad. -- dije con una sonrisa, imaginándome un Max pequeño, de cabello oscuro y despeinado, piel morena y ojos pardos verdosos. Seguramente me hubiera gustado también entonces. ---¿Eras tan cascarrabias como ahora? -- pregunté para picarlo.

---Más. -- respondió tomándome de la cintura y dándome un casto beso en los labios. Apenas un pico. ---Y si los cálculos no me fallan, cuando yo era chico, vos todavía no habías nacido.

Los dos nos reímos.

Nos subimos entre los numerosos pasajeros, y con el sonido de la máquina de fondo, nos preparamos para el camino. Max, que había llevado su cámara, había sacado un par de fotos al paisaje, aunque la gran mayoría me las había sacado a mí. A mí y a mi cara de boba, porque me hacía tanta ilusión volver a viajar en este tren, que no podía dejar de sonreír.

Por las dos horas que duró la travesía, juro que logré olvidarme de absolutamente todo.

Los problemas y las preocupaciones que apenas me habían dejado dormir, se habían quedado atrás, al principio del recorrido.

Capítulo 29

Me sentía como una niña.

Max me sostenía de la mano mientras cruzábamos puentes y valles en un día que no podría haber sido mejor. Hacía días que el frío era cruel en mi ciudad, e incluso habían tenido un par de tormentas, pero hoy... Hoy no.

Hoy el cielo se había abierto celeste y perfecto, con la brisa gélida típica, pero un sol tan brillante, que hacía no solo tolerable, pero agradable estar al aire libre. Como si el clima también se hubiera puesto de acuerdo para hacer la experiencia más espectacular de lo que ya era.

Después de un buen rato, habíamos hecho una parada en el asentamiento mapuche llamado Nahuel Pan como el cacique al que hacía honor, para mirar artesanías mientras la máquina se preparaba para llevarnos de regreso a la estación de la que habíamos salido.

Sabía que estaban sirviendo una merienda y otros refrigerios en uno de los vagones, pero nosotros quisimos alejarnos un poco para caminar.

Los aborígenes de la zona, exhibían orgullosos su arte colorido, y la cultura ancestral que se me hacía tan familiar gracias a mi mamá. A ella le encantaba esta parte del paseo e incluso conocía a algunos de los artesanos y a sus familias, se sentía parte.

---En temporada alta, se hace un simulacro de asalto al tren. -- comenté señalando donde los jinetes venían cabalgando, actuando el papel de los bandidos de la época como tantas veces había ocurrido en el pasado. --- Detienen la marcha y hasta se suben a los vagones para hablar con los turistas. -- sonreí.

---Es increíble la historia que tienen estos parajes y lo poco que se sabe de ellos. -- respondió Max, pensativo. ---No se sabe nada en realidad.

---No se sabe en Capital. -- me encogí de hombros. ---Los que somos de la zona, crecimos rodeados de todo esto.

El atardecer le daba todo un tinte cálido, en tonos anaranjados que contrastaban con algunas nubes en el horizonte color lila pastel.

---Quiero que terminemos la charla de anoche. -- dijo entonces de repente, alejándonos de los otros pasajeros, casi al límite de donde terminaba la feria.

---Estuve pensando como me pediste.

---Max, dije que te tomaras tu tiempo. -- empecé a decir. ---Esto no es algo que puedas decidir así como así. Yo no lo hice de esa manera, me llevó años y hasta terapia. -- confesé.

---Bueno, yo lo pensé toda la noche y parte de esta mañana. -- frunció el ceño. ---Me di cuenta de que no tenía nada que pensar, ya tenía la respuesta desde siempre.

Asentí algo asustada. Por supuesto Máximo había planeado siempre un futuro como el de sus padres que eran lo más importante que tenía. Él mismo me había dicho que era tradicional, y yo sabía hasta que punto podía ser conservador y estructurado. *¿Qué me sorprendía?* -- pensé algo decaída. No, no me sorprendía...

Pero sabía que iba a ser un golpe escuchárselo decir. De pronto el aire se había puesto más frío y la amenaza de una despedida flotaba en mi pecho, congelándolo todo.

Imágenes de las próximas fotos que vería en su Instagram --porque sí, pensaba seguir espiando lo que hacía, tal vez toda la vida-- me pusieron un nudo en el estómago. Fotos en blanco y negro de su boda... Olivia estaría preciosa.

Con una sonrisa radiante, vestida de blanco con él a su lado, elegante como lucía en todas las fotos, podría hasta ser tapa de revistas semejante evento. Meses después de torturarme viendo su luna de miel, ellos en una playa paradisíaca, con alguna frase al pie, o pedazo de alguna canción de Band of Horses... la mudanza a su nuevo hogar, tendría que prepararme para la noticia de la llegada de su primer hijo. Estarían ilusionadísimos, siendo la familia que él siempre había anhelado. Max tenía una relación muy especial con su padre, casi única, y querría repetirla también con ese niño al que transmitiría todas las enseñanzas de aquel hombre que tanto lo había marcado.

¿Qué pintaba yo en esos sueños? Nada. Y por más que sabía que Max sentía cosas muy fuertes por mí, y que la química que teníamos cada vez que nuestras pieles se unían, no era parecido a nada que conociera... La vida real era otra cosa.

Llegaría un momento en que ya ni mis besos serían suficiente, no podía ser egoísta.

Nuestros caminos eran dos totalmente distintos.

---Me imagino. -- dije bajando la mirada. ---Siempre tuviste planes y

proyectos concretos. Una carrera, tu libro, casarte... Un hijo. -- enumeré.

---Planes abstractos de lo que pensaba que tenía que ser mi vida. -- asintió, buscando mis ojos. ---Pero a esta altura ya te darás cuenta de que nada me salió como había previsto... -- se encogió de hombros y a mí se me cortó la respiración. ---Y en el fondo fue mejor así. Mirá mi carrera como periodista... -- se rio. ---Mirá cómo fue que terminé publicando un libro, y mirame ahora, saliendo en las revistas del corazón.

---Supongo que desde hace dos años que vengo complicándote las cosas. -
- me reí también.

---Cambiándome la forma de ver el mundo. -- asintió con los ojos casi tan cálidos como ese cielo que tenía de fondo. ---Esto es la vida que quiero, Delfi. -- me tomó de la barbilla. ---Y te quiero a vos en ella para siempre.

Jadeé sin poder disimular la sorpresa y el corazón me dio un vuelco, pero de manera agradable. Como cuando por fin entiende cómo latir en ese pecho que lleno de angustia lo pedía a gritos. Por fin sus latidos encajaban y todo estaba bien.

---No me importa cómo sea, pero mi futuro es tuyo. -- siguió diciendo con decisión antes de besarme. Sus manos rodeaban mi rostro con adoración y sus labios me acariciaban insistentes, haciéndome estremecer.

Ahora sí sentía que Max había cambiado.

Esta resolución, esta entrega... Esto es todo lo que había querido siempre, no podía creerlo. Me correspondía. Por fin me correspondía. ¿Sería posible que aun cuando nuestros destinos parecían ser opuestos y nuestras vidas el día y la noche, teníamos alguna esperanza de ser felices juntos?

¿Habría alguna manera de que al final todo saliera bien?

Todas mis inquietudes, mis desvelos... Toda la tortura por la que ambos habíamos pasado habrían valido la pena. Me habría equivocado pensando que éramos un imposible.

---Y esta vez vamos en serio. -- advirtió mirándome intensamente. ---Nada de escondernos, lo podemos hacer público apenas todo el tema con Olivia se haya solucionado. -- comentó.

"Solucionado". Lindo eufemismo para decir cuando terminara con ella. -
- pensé.

---La prensa... -- le recordé. ---Se van a enloquecer con la noticia... la van a ir a buscar. -- me lamenté pensando en que quisiéramos o no, alguien iba a salir lastimado de todo esto. ---No quiero que por mi culpa la pase mal.

---En todo caso sería por mi culpa, pero no te preocupes. -- intentó calmarme. ---Nunca hablé de ella en las entrevistas, siempre fui muy claro cuando les pedí prudencia. -- respondió más serio. ---Los dos habíamos decidido llevar un bajo perfil porque no es una persona pública ni le interesa serlo. No creo que le digan nada, pero si eso ocurriera, yo mismo me encargaría.

Lo miré poco convencida y siguió diciendo.

---Dos años nos tomó estar así... -- me abrazó por la cintura de manera posesiva. ---Dos años para estar juntos. No pienso dar ni un solo paso atrás, ya no. -- prometió.

---Suena hermoso... -- dije todavía escéptica, pero le sonreí porque era imposible no hacerlo al ver su ilusión. ---Tal vez por eso es que me da tanto miedo.

---Yo sé que no siempre pudiste confiar en mí. -- admitió y me mordí los labios. ---Ni en mí ni en mis sentimientos, y siento mucho no haber podido manejarlos desde el principio, pero voy a demostrarte que lo nuestro puede ser.

Me incliné hacia delante y volví a besarlo parada sobre la punta de mis pies. Si la gente que había venido con nosotros en el tren nos miraba, ya no me importaba. Estos éramos Máximo y Delfina, queriéndonos bien, y reafirmando lo nuestro.

---Y si aun así no logro que me creas, podemos hacerlo todavía más oficial y permanente. -- comentó con una media sonrisa que me puso de los nervios. --
-Podemos casarnos.

Me solté de su agarre y sentí que la temperatura bajaba de repente.

---No es gracioso. -- le reñí frunciendo el ceño.

---Te lo digo en serio. -- dijo tras soltar una carcajada, supongo que por ver mi reacción. ---Es más, esta mañana estuve hablando con tu papá y...

---¿Qué hiciste?! -- grité, abriendo los ojos como platos.

---No ahora, no entres en pánico. -- levantó las manos frenándome y me pareció atisbar dolor en su mirada que antes era divertida.

---¿Qué fue lo que le dijiste a mi papá? -- insistí, suavizando el tono.

---Yo no le dije nada. -- se atajó. ---Pero él asumió que estábamos juntos y que yo en algún momento querría sentar cabeza. -- bajó la mirada, reprimiendo una sonrisa. ---Me advirtió, si, que vos por nada del mundo ibas a querer hacerlo.

---Puede que les haya dicho algo así alguna vez... -- confesé avergonzada. Si, les había dicho eso exactamente cuando habíamos terminado, estaba destrozada y con el corazón roto. ---No voy a mentirte, Max. Tus planes y los míos, son... distintos.

---Me di cuenta. -- sonrió resignado.

---Además imagínate el revuelo que se armaría si alguna vez hacemos algo así. -- me reí. ---La prensa, las redes sociales... -- negué con la cabeza. ---No podríamos salir nunca más a la calle.

---Podríamos venir a vivir al Sur. -- respondió encogiéndose de hombros, como si realmente se lo hubiera planteado. ---Me encanta el paisaje, y la verdad no me puedo imaginar un lugar mejor para retirarme o dedicarme de lleno a escribir.

---Mi vida está allá desde hace años. -- lo interrumpí. Esto estaba yendo demasiado rápido, tenía que poner un freno cuanto antes porque aun no me parecía bien hacer planes. ---Es muy temprano para hablar de estas cosas. Muy temprano para nosotros.

---Ya sé, perdón. -- me tomó de la mano para volver con el contingente. --- Quería demostrarte que lo había estado pensando y que para mí no son solo palabras. Quiero que estemos juntos de ahora en más. -- se llevó mis dedos entrelazados a los suyos a la boca y los besó suave, con esos labios tan impresionantes que tenía.

No quería discutir. No hoy.

El corazón se me ablandó al final, sin poder evitarlo y con una sonrisa, nos unimos a los demás para regresar.

Tenía que aceptarle todos sus esfuerzos, porque de verdad los estaba haciendo. Tenía todo lo que quería y daba tanto miedo, que quería ni respirar fuerte para que nada fuera a cambiar. Pánico de que este castillo de naipes se terminara derrumbando bajo mis pies y me dejara nuevamente destrozada. Era normal, hubiera sido irresponsable por mi parte dejarme llevar así sin más. No quería volver a sufrir por Max. Pero a la vez...

A la vez respiraba esperanza.

Una renovadora que no había sentido en mi vida, y que me decía que de una vez iba a poder hacer realidad todo lo que había deseado por tanto tiempo.

Lo lograríamos...

Al día siguiente, estábamos armando las valijas y viajando con rumbo a Buenos Aires dando por finalizada la gira, después de casi dos meses de aquí

para allá.

Era el final de una etapa y el comienzo de una nueva que nos tenía a los dos sonriendo sin parar, y mirándonos embobados en el avión ya pensando cuando volveríamos a vernos.

El resto del equipo ya había vuelto y no tuvimos que preocuparnos por que nos vieran, y los pasajeros de aquel avión habían estado demasiado distraídos o cansados para darse cuenta de los besos que nos robábamos sin poder resistirlo.

Eso de que no tuviéramos que volver a escondernos y pudiéramos dar rienda suelta a lo que nos pasaba sin importar nada más, sonaba tan bien...

Tal vez no fuera mala idea recluarnos en el Sur.

No para siempre, pero unas buenas vacaciones lejos de todos, después de tanto trabajo y de tantas firmas y compromisos... Si, apenas me reuniera con los de la agencia pediría unas semanas.

Un descanso de mi canal de YouTube, también.

Nada de videos, nada de comentarios, nada de publicidades de marcas en mis redes sociales ni dramas. Nada de colaboraciones ni tendencias, memes o *challenges*. Nada de la comunidad de los youtubers, una desintoxicación en toda regla.

Solo Max y yo, mi cama y el paisaje de cuento de mi querida ciudad.

Sonreí en medio de mis fantasías y me despedí de él en la puerta del aeropuerto con la promesa de hablar horas más tarde. Tras tantos días de convivencia y de habituarnos a tenernos cerca, se me hacía difícil de imaginar tener que irme a casa sola. No quería.

Me dolía la distancia, aunque fuera poca, y en los ojos ilusionados de él, veía que también le costaba.

Sentía que si se iba, algo se rompería hasta volver a reunirnos.

Intimidad.

Esa que se logra cuando conectas del todo con la otra persona. Cuando te refugias en el olor de su cuello y el calor de sus brazos a la mañana con las sábanas desordenadas de tanto amor. Su voz rasposa susurrándome palabras bonitas y cariñosas al oído, o jadeando desesperado en mi cuello, minutos antes de derrumbarse sobre mi cuerpo húmedo. Las sonrisas compartidas y el buscarnos constantemente hasta con la mirada. Su cabello despeinado entre mis dedos y su boca generosa, insistente sobre la mía.

Las promesas dichas y la cuenta atrás de los días que teníamos por delante. Tantos planes, tanta ilusión.

No podía esperar a volver a verlo, y acababa de subirme al taxi.

Capítulo 30

Máximo

Dejé mi maleta en el suelo del living y me fui a dar una ducha rápida antes de ir a verla.

No es que me muriera por tener la charla que se venía, pero si quería que mi vida con Delfina comenzara de una vez y con buen pie, tenía que definir lo mío con Olivia. Sabía que sería duro, pero me sentía seguro de mi decisión y no pensaba dar un paso atrás.

Podría haber esperado a estar descansado, o por lo menos invitarla a comer fuera después de casi dos meses sin vernos. Me sentía un cabrón pero es que tenía prisa. Lo nuestro había acabado antes de que me fuera y ella lo sospechaba, me había dado cuenta en las pocas llamadas telefónicas que habíamos tenido en estos últimos días.

Así fue que apenas aterrizó el avión, le escribí un mensaje para avisarle que me dejaría caer por su casa esa misma noche y que teníamos que hablar. A lo que Oli solo había contestado con un escueto *Ok*. No había sorpresa, ella también era consciente de que se había acabado.

---Preparé la cena. -- dijo dejándome entrar sin besarme ni nada. No parecía enojada, solo... triste. Mierda. Sus ojos estaban hinchados, habría estado llorando.

---¿Estás bien? -- pregunté preocupado. Que no quisiera seguir siendo su novio, no quería decir que no me importara, por Dios. El corazón se me encogió cuando asintió y le quiso quitar importancia con un gesto con la mano.

---Me siento un poco mal, y estoy cansada por las guardias. -- comentó. --- Pero me pedí el resto de la semana para poder recuperarme.

---¿Por qué no me dijiste que estabas mal? -- pregunté e instintivamente le acaricié el rostro con ternura. Se la veía tan vulnerable, tan... poco como la Olivia que conocía, que me daba miedo. Ella nunca se pedía descansos.

---Estabas trabajando. -- dijo sin mirarme, esquivando mi agarre y conduciéndonos a la mesa. ---Además trabajo en un hospital, estuve bien y no es nada grave.

Asentí poco convencido y me senté en una de las sillas sin perderla de vista.

No voy a mentir, me lo pensé seriamente.

Odiaba sentirme como si estuviera inventándome excusas para no hacerlo, pero es que no era tan bruto para dejarla si se encontraba tan mal. Mierda. ¿Y si no era buen momento para tener esta charla?

---Sé que querías hablar, y necesito que me digas lo que venías a decirme, Max. -- dijo sin más rodeos. ---Yo también quiero hablar, pero después de que vos hayas terminado.

---Oli, puedo esperar a que te sientas mejor. -- contesté sintiendo pena al ver que le temblaba el mentón.

---Es mejor así. -- discutió inflexible y tuve que ceder.

El aire se había vuelto más pesado en el comedor y de repente me sentía helado. Me dolía el pecho al recordar todo lo que la chica que tenía en frente había hecho por mí.

---Te quiero. -- empecé diciendo tomándola de las manos. ---Sabes muy bien que fuiste, sos y siempre vas a ser una mujer importante en mi vida. Me ayudaste cuando estaba... Cuando estaba roto. -- agregué y la voz me salió forzada. ---Justamente por eso es que te debo el serte completamente sincero.

---Estoy de acuerdo. -- asintió y apretó sus labios rozados en una línea, como hacía siempre que no quería llorar.

---Oli, vos también te habrás dado cuenta de que nosotros no estamos como al principio. Que algo falta. -- comenté con dolor.

---A vos. -- me corrigió. ---Yo sigo sintiendo lo mismo que en ese entonces. Y no es que algo falte, es que algo sobra, y esa soy yo.

---Oli. -- negué con la cabeza.

---Sabía desde el mismo día en que volviste de verla. -- dijo resignada. ---Desde ese mismo día yo ya no estoy más en tu corazón, ni siquiera te molestes en negarlo.

---No es tan fácil. -- me excusé. ---Y si estás en mi corazón...

---No me amas más. -- se encogió de hombros. ---Querés terminar y yo ahora también.

La miré sorprendido sin entender, y ella aprovechó para seguir diciendo: --No puedo estar con alguien que no me ama, no me lo merezco. Necesito a alguien que pueda corresponderme, o estar sola. -- bajó la mirada, y jamás me hubiera atrevido a contradecirla. Por supuesto que se lo merecía. ---Sobre todo ahora.

---No sé qué decir. -- confesé avergonzado. ---Lo que vivimos fue muy lindo y quiero que sepas que esto me va a doler. Siento que te debo tanto...

---No digas eso. -- me cortó, molesta. ---No me debes nada, eso me hace sentir usada y no es el caso. Los dos nos hicimos bien. -- se encogió de hombros. ---Al menos por un tiempo.

---Nos hicimos más que bien. Nos queríamos muchísimo, Oli. -- sonreí y le acaricié los nudillos por unos segundos antes de que ella se soltara. --- Quisiera que pudiéramos seguir en contacto, que pudiéramos lograr con el tiempo ser ...amigos.

---Si otras fueran las circunstancias, te mandaría a la mierda. -- se rio con amargura y yo me sentí un imbécil. "*Seamos amigos*" no es lo que se le dice a la chica con la que acabas de romper y que fue hasta tu prometida.

---No era mi intención que sonara así. -- quise explicarme, pero ella me interrumpió.

---Está bien, también estoy de acuerdo. -- comentó y luego sacó algo de su cartera. Un sobre. ---Desde ahora, lamentablemente, acepto tu amistad si es lo que quieres ofrecerme porque la voy a necesitar.

Empujó con sus dedos hasta que la carta estuvo en mis manos y con un gesto de sus ojos me incitó a leer.

Sin comprender ni una palabra de lo que decía, la abrí y me encontré con unos papeles llenos de lenguaje técnico y porcentajes. A simple vista, unos análisis clínicos. ¿De ella? ¿Estaba enferma?

La miré inquieto sin saber qué esperar, y entonces soltó esa frase.

---Estoy embarazada. -- creo que no respiré por un buen rato. ---Ocho semanas ahora, y después de mucho pensarlo, quiero seguir adelante. Voy a tenerlo.

La determinación que vi en sus ojos era algo que nunca había visto, y si bien acababa de tirarme una bomba gigantesca, yo no era capaz de pensar en nada que no fuera cómo temblaban mis manos al agarrar el sobre. No escuchaba ruidos, ni veía nada a mi alrededor. Todos los sentidos se me habían adormecido, paralizándome.

---Vas a tenerlo. -- repetí intentando dar significado a las palabras, sin éxito. ¿Qué estaba sucediendo?

---Por supuesto no estoy esperando que nos casemos, ni nada. -- siguió diciendo y creo que el verme tan estupefacto, renovó sus fuerzas y superando toda tristeza, se había sentado derecha para seguir con esa conversación. ¿Cómo hacía? Yo no sabía ni dónde estaba parado. No, esperen, estaba sentado. ---Ni siquiera es mi intención que seamos novios o alarguemos sin sentido esta relación... Por algo dejé que hablaras primero.

---No entiendo. -- balbuceé.

---Sabía que venías a dejarme y no quería que te quedaras a mi lado por las razones equivocadas. -- aclaró.

---Un hijo no es una razón equivocada... Es... Mierda, Olivia es algo enorme. -- dije con la voz ronca de los nervios.

---Ya sé. -- asintió. ---Pero tampoco es una excusa para que dos personas adultas se hagan mal. Jamás querría que este bebé creciera en ese entorno, y vos ya no me querés como antes. Este hijo y yo nos merecemos más.

---Yo no... -- murmuré sacudiéndome el cabello. ---Yo no sé cómo haces para hablar así del tema, lo tenés todo tan resuelto. ¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a hacerlo?

---No te creas que no me cuesta, Máximo. -- sonrió derrotada. ---Pero tuve más tiempo que vos para pensar en... todas las posibilidades.

---Un hijo. -- dije en voz alta y me desmoroné hacia atrás en la silla, sintiendo todos los miembros pesados. Tenía suerte de que mi ex supiera de primeros auxilios por si acaso, porque la verdad es que sentía que me desmayaría de un momento a otro.

Un hijo.

Yo había venido a terminar con lo que nos unía porque estaba enamorado de otra mujer, y resulta que había algo que seguiría uniéndonos por siempre. *Alguien*, para ser más precisos.

¿Cómo había sucedido aquello?

Sabía perfectamente el cómo, y el cuándo ya que estábamos. Aquella noche que me había emborrachado y no recordaba ni haber vuelto a casa... Claro que sabía *cómo*, no me había expresado bien. Pero es que... Por Dios.

---Tampoco quiero obligarte a nada. -- dijo al verme tan callado. ---Puedo hacer todo esto sola, no tenés por qué ser parte si es que no vas a ser capaz de...

---No. -- me escuché decir con firmeza. ---Eso no tenés ni que decirlo, obviamente que voy a ser parte. Me voy a hacer responsable y pienso responder sin dudar.

Al menos eso lo tenía claro.

Ella asintió muy despacio.

---Vamos a tener que organizarnos con las visitas al obstetra y luego cuando nazca, ya vemos cómo planeamos según sus necesidades. Los primeros

meses va a necesitar estar todo el tiempo conmigo. -- enumeró. ---Después se puede hacer un régimen de visitas y dividirnos de la mejor manera posible. Yo tengo una buena obra social, el bebé va a tener la misma, y mis padres ya dijeron que van a comprar la cuna, el coche y el huevito para el auto.

Me mareé.

Literalmente me tuve que sujetar del borde de la mesa porque el suelo se había inclinado y mi cabeza pesaba dos veces más que hacía dos segundos antes.

Olivia, se apuró en buscar un vaso con agua y me dio aire abanicándome con el sobre. Ese bendito sobre.

---Sé que te estoy arruinando la vida con esto. -- dijo por fin saliendo de ese caparazón en el que se había refugiado para parecer tan segura, y sus ojos brillaron llenos de lágrimas y miedo. ---Creeme que yo tampoco quería que esto sucediera, y menos así. Yo tampoco estoy que salto en una pata de felicidad.

---Oli. -- sequé una de las lágrimas con mi pulgar, con una angustia en el pecho que no me dejaba decir mucho más.

---No es como si tuviéramos diecisiete años. -- dijo retirándose hacia atrás. ---Y sé que las circunstancias no son ideales, pero quiero tener este bebé, Max. -- una de sus manos bajó y sostuvo su barriga con mimo. --- Siempre quise ser mamá.

Lo sabía.

Ella me lo había dicho tantas veces... pero ahora esas conversaciones me sonaban tan lejanas. Como si no hubiera sido yo el que había proyectado una vida a su lado. Me costaba ver las cosas como las había visto en ese entonces.

Ese Máximo quería casarse con su novia y para ser totalmente honestos, no pensaba esperar demasiado en agrandar la familia. Consideraba que tenía una edad apropiada y que al establecerme, tendría ganas de ver a mi madre mimando a sus nietos.

Ese Máximo era el mismo que unas horas antes le había jurado amor eterno a otra chica distinta, con la que se había reencontrado dos años más tardes, después de un romance casi adolescente. Delfina era un torbellino que lo llenaba todo de luz, y a su lado era imposible pensar que algo no fuera a ser posible.

Tenía tantas ilusiones por esta nueva etapa que estábamos comenzando... Mierda.

Tenía que llamarla esa misma noche para ponerla al tanto de cómo me

había ido con Olivia, y ahora lo cierto es que no sabía ni qué iba a decirle.

No podía planteármelo todavía, así que ni lo hice.

Ahora estaba demasiado abrumado por lo que me estaba sucediendo y la cabeza no paraba de dar vueltas.

Los ojos de mi ex brillaban con dulzura en esa caricia y aunque todavía no se le notaba, ya se intuía lo buena madre que podía llegar a ser. Había nacido para serlo, de eso no había dudas.

Como tampoco dudaba de que pudiera hacerlo sola como había mencionado. Los niños eran su día a día. Era una pediatra dedicada, pero además era buena con ellos, mierda, era genial, la adoraban.

Tenía la heladera llena de cartas que sus pacientes le escribían, y yo mismo la había visto interactuar con pequeños, calmándolos, curándolos, haciéndolos sonreír hasta cuando peor se encontraban. Tenía mano con ellos, y tener un hijo era su sueño. Sabía que tenía nombres planeados, y ya tenía clarísimo qué tipo educación le daría. Alguna vez lo habíamos charlado, creo, pero había sido de manera vaga, y en plural. Me dolía saber que yo fuera a robarle parte de esa familia que siempre había querido al no quedarme a su lado... pero sabía que ella podía. Ella podía con todo.

Si había alguien capaz de ello, esa era ella... Y no, aun sabiendo eso, nunca lo hubiera permitido. Estábamos juntos en esto, de alguna forma u otra. Ya se vería.

Olivia quería ser mamá.

---Y yo papá. -- dije de repente, dándome cuenta de aquello. Podía decirle a Delfina que lo nuestro era lo único que necesitaba para ser feliz, pero supongo que en algún rincón mezquino de mi corazón, esperaba que ella cambiara de parecer en un futuro.

Este niño llegaría para desbaratarme todos los planes, pero llegaría al mundo siendo mi hijo. No había vuelta atrás.

La sensación de vértigo aun no se me pasaba, pero a pesar del pánico que sentía, también había otra cosa... Un calorcito en una parte muy dentro de mi cuerpo que no sabía ni que tenía. Algo en las entrañas, muy primitivo. Un hijo. Mi sangre.

Estiré la mano hasta la de Oli y la sostuve ahí no sé por cuanto tiempo.

Nuestro hijo.

Capítulo 31

Verónica

La gira había terminado y aunque Fini había querido pasarse unos días en su casa en el Sur con su familia, que era lo normal, yo tenía un poco de trabajo mientras la esperaba.

Trabajo que pensaba hacer con calma y desde casa ahora que por fin volvía a ella.

Las cosas estaban como las había dejado, por suerte. Había llamado a la guardería de gatos para ver cómo estaba Moona, y había programado ir a buscarla tal vez el fin de semana para que de a poquito se acostumbrara otra vez y cuando su dueña volviera, fuera más fácil.

No tenía nada de comida en el departamento, pero eran tantas las ganas que tenía de dormir, que tampoco me preocupé.

Apenas me dieron las energías para darme una ducha y arrastrarme a mi cama para desmayarme por horas.

Después de tantos eventos, compromisos y firmas, realmente valoraba el silencio de mi hogar y la suavidad de mis propias sábanas... Solo me faltaba algo. Una sola cosa para que fuera perfecto.

Pablo.

Me había querido ir a buscar al aeropuerto. Quería que le dijera cuándo aterrizaba mi avión para esperarme, o que apenas llegara lo invitara para verme, pero yo no podía con tanta intensidad.

Imágenes de él ahí con un ramo de rosas en medio de los arribos, como si fuéramos una pareja que hacía meses o años que no se veía, me ponía los pelos de punta. Ya lo veía ahí. Todo alto y vikingo como era, con esa sonrisa tan absurdamente adorable, preparado para alzarme por los aires como siempre hacía, y entre besos, se alegraría tanto de verme...

Uf...

Me aterraba tanto como me ilusionaba. Y por eso es que no lo había gestionado bien.

Le había mandado unos cuantos mensajes algo tensos, y como ya nos íbamos conociendo un poco, no tardó en llamarme y terminamos discutiendo.

Nos habíamos peleado y todo porque yo era una miedosa y él...

Él estaba dolido.

---No entiendo qué problema hay en que te vaya a buscar. -- me había dicho, molesto. ---Hace como dos veces que no estamos juntos. ¿No quieres verme?

Tan sutil como era, le había soltado puras pavadas como que no se sintiera con derechos que yo no le había dado. Que no era mi novio como para andar haciéndome reclamos y que no me asfixiara, porque con la gira ya había tenido suficiente. Ya nos veríamos cuando pudiéramos y eso...

---Si no soy tu novio no es porque yo no quiera. -- me dijo con pesar antes de cortarme el teléfono.

Mierda.

El estómago se me había encogido apenas lo hizo, y automáticamente me arrepentí de lo que le había dicho. *Maldita cagona*. Lo último que quería era herirlo, y me sentía una idiota, porque aunque me las diera de dura para proteger mi corazoncito... La verdad es que lo extrañaba horrores.

Tenía grabado a fuego los besos que nos habíamos dado en nuestra despedida, y su olor me perseguía hasta en sueños. Esa manera tan bonita que tenía de decirme "*bebé*".

¿Por qué tenía que comportarme así?

Ofuscada, quise volverme a dormir, pero ni siquiera eso.

Estaba desvelada y mirando al techo me hundí en un espiral de culpa tan oscuro, que al rato tuve que levantarme y ponerme a hacer cualquier cosa que me mantuviera ocupada. Si, hasta deshacer el equipaje, tarea que odio.

Así de desesperada estaba.

Las horas pasaban y yo no paraba de ver el celular por si él aflojaba y me escribía arrepentido de haberme cortado para pedirme disculpas. Siempre lo hacía... Siempre aparecía bajando la cabeza con su mirada de niño bueno y su sonrisa encantadora, listo para llenarme de besos.

Nada.

Ni un mensaje, ni una llamada, nada.

Nerviosa, comencé a morderme las uñas, y considerar muy seriamente llamarlo yo.

El temor a engancharme y dejarme llevar me frenaban, así como el orgullo, no voy a mentir... Pero aun así, había momentos en que el arrepentimiento me ganaba y estaba a punto...

A las doce de la noche no aguanté más y marqué su número.

Llamaba y llamaba y nadie atendía.

Mierda, de verdad se había enojado.

¿Y si ya se había cansado de ser él el que siempre insistía? ¿Y si finalmente se había dado cuenta de que conmigo no valía la pena ni el esfuerzo? Que yo estaba dañada, no tenía arreglo, y lo que fuera que estábamos haciendo, ya no le alcanzaba más.

Estaba para mucho más.

Se merecía una chica que pudiera corresponderlo, y recibirlo con los brazos abiertos cuando él despistado le decía "*te quiero*" en la cama al poco tiempo de conocerse. Otra chica que también lo llamaría "*bebé*"...

El estómago me dio un vuelco justo cuando alguien del otro lado atendía.

---Hola. -- dijo una voz desconocida, una mujer.

---Hola, disculpa. -- dije rápido, queriéndome golpear la cabeza contra el borde de la mesa, quedar inconsciente y ahorrarme el bochorno con un buen desmayo. ---Me equivoqué de número.

---No, esperá. -- respondió ella, apurada. Mierda. ¿En qué situación los habría interrumpido? Me quería morir. ---Te tiene agendada como "*bebé*". -- ay no, que no fuera una novia celosa por favor.

---Ahm... si. -- balbuceé. ---Pero no te preocupes...

---Me imagino que sos alguien importante. -- me interrumpió. ---Soy una compañera del cuartel de bomberos. Pablo tuvo un accidente hace unas horas, está en el hospital.

Si no solté el teléfono, fue por milagro.

El corazón me cabalgaba en el pecho y sentí que toda la sangre abandonaba mi rostro de manera repentina. Qué asco de sensación... Como estar siendo desgarrado desde dentro.

---¿Qué? -- me vi capaz de responder momentos después con un hilo de voz.

---Se cayó desde un segundo piso y tiene la pierna derecha quemada. -- relató con todo el tacto que pudo al darse cuenta de que yo estaba a punto de desesperar. ---No estaba consciente cuando lo trajeron y estamos esperando que salga algún médicos para darnos el parte.

---¿Dónde... -- pregunté sin aliento.

---Te paso por mensaje la dirección. Está en el quirófano... -- explicó y

apenas pude escucharla mientras me vestía con lo primero que pude encontrar y corría a buscar un taxi.

No podía pensar en nada más que no fuera mi adorable bombero vikingo.

Había sido una idiota con él, no me lo perdonaría.

Si algo llegaba a pasarle... -- un sollozo interrumpió mi pensamiento, y recién ahí fui consciente de estar llorando.

Estaba aterrada.

No podía ni siquiera imaginar que ya no fuera a abrazarme a su pecho para dormirme. Que ya no tendría su barba juguetona en mi cuello a primera hora de la mañana cuando me despertaba a besos... O sus caricias torpes pero tiernas cuando me miraba. Oh Dios. Cuando me miraba...

Sabía, porque podía darme cuenta, de que cuando me miraba, era mucho lo que se callaba. Que de no haber sido yo tan egoísta, tan arisca, fría y miedosa...

Él no hubiera reprimido algunas sonrisas cariñosas que estaba segura de que se guardaba. Todas esas palabras que no decía temiendo mi reacción.

Me iba a morir si no podía escuchárselas decir nunca.

Llegué al hospital hecha un mar de lágrimas y entre hipidos, saludé a sus compañeros y amigos, que al verme quisieron calmarme, pero también parecían igual de preocupados.

No recuerdo nada de ese momento, era como estar en una nebulosa...

Creo que me ofrecieron asiento, un té y hasta algo más fuerte para que me relajara, pero yo había dicho que no a todo.

Habían pasado horas y aunque ya habían terminado de operarlo, los médicos decían que aun no podíamos verlo. No nos decían nada. ¿Estaba fuera de peligro? No nos decían nada. Mierda.

Quería verme esta noche... Iba a cambiar su guardia, siendo que nunca hacía una cosa así, solo para verme, y yo no había querido.

Que estaba cansada, le había dicho antes de que discutiéramos. ¿Cansada? Lo que estaba era cagada de miedo. Un miedo horrible de enamorarme, pero qué estúpida que había sido.

Si le hubiera dicho que si, él nunca hubiera estado en ese incendio. Nunca se hubiera caído, no habría tenido un accidente. No estaría ahora luchando por su vida en el hospital.

Todo era mi culpa.

Una doctora venía muy seria en dirección a nosotros caminando por el pasillo, mientras se acomodaba el cabello con expresión cansada. Oh, no...

Me cubrí el rostro con las dos manos y me dejé caer en el suelo, resbalando por la pared y lloré. La tristeza que sentía no podía compararse con nada. ¿Cómo podía ser posible?

---¿Familiares y amigos de Pablo Beltrán? -- preguntó y algunos asintieron, pero a mí solo no me daban las fuerzas. No sabía ni cómo iba a volver a pararme.

---Verónica... -- me llamó Magali, la chica con la que había hablando por teléfono antes.

Apenas levanté la vista en respuesta, sintiéndome deshecha. No podía escucharlo, no quería.

Mi corazón se hacía pedazos... Negué con la cabeza y en ese movimiento casi mecánico, me quedé por minuto. Horas. Quién sabe.

Y a quién mierda le importa.

Mi adorable bombero vikingo...

---Verónica. -- volvió a decirme la chica y se agachó hasta donde estaba. --Verónica, Pablo está bien.

¿Qué?

La miré con los ojos como platos sin respirar.

---Va a estar bien. -- sonrió. ---Tiene fracturas, quemaduras bastante graves, pero pudieron estabilizarlo.

---Va a estar bien... -- repetí bajito, como queriendo hacerme escuchar esa frase y convencerme. ---Va a estar bien. ¿Va a estar bien? -- Magali asintió. ---¿Segura? ¿Dónde está ahora? ¿Cuándo podemos verlo? -- me paré atropelladamente y miré al final del pasillo. ---Llévame con él.

Se rio y comenzó a responderme que no se podía, no todavía, pero yo no escuchaba razones, y tuvieron que sostenerme para que no me precipitara corriendo allí de donde había salido su doctora.

Minutos después, y desinflándome como un globo por toda la tensión que había acumulado, lloré un rato más, abrazada por una chica que no me conocía de nada, pero que en esos momentos, había sido la mejor contención que podría haber pedido.

Habían logrado que me tomara un vaso con agua, pero seguía negándome a comer. Ya comería cuando me pasara bocado por la garganta, ahora la tenía cerrada y áspera de tanto lloriquear. No recordaba cuando había sido la última

vez que me había venido abajo de este modo.

Las horas siguieron pasando y aunque me habían dicho que sería mejor que fuera a casa, descansara o yo qué sé, lo único que podía hacer era mirar al final del pasillo y esperar.

Su familia había sido la primera en pasar a verlo, creo que eran sus hermanos, no lo sabía y tampoco estaba yo para presentaciones sociales. Ya después si es que Pablo quería seguir viéndome, me recordarían como la loca que lloraba en el suelo del hospital. Genial.

Después estaban sus compañeros más cercanos, con los que había compartido la guardia, pero al verme allí en ese estado tan lamentable, se compadecieron y me dejaron pasar antes con una seña.

Todos los bomberos eran así de adorables al parecer, no solo mi vikingo.

Corrí.

Literalmente troté por el pasillo hasta que di con su sala.

Estaba todo conectado a aparatos, y si bien en su rostro había algunos moretones oscuros y los vendajes daban un poco de miedo, lo vi más guapo que nunca. La mirada brillante que me devolvió y esa sonrisa que decía que no me esperaba en lo absoluto, ay Dios... Se me estrujó todo por dentro.

---Bebé... -- balbuceó con la voz rasposa, seguida por una tos.

---Shhh. -- lo regañé mientras me acercaba. ---No hables, te hace mal.

---¿Cómo supiste... -- empezó a decir, pero no dejé que terminara. Me lancé a su pecho y me abracé ahí, llenándome de su olor con un suspiro. Mis manos se aferraron a su cuello y sin darme cuenta, estaba sollozando otra vez.

---Ey, no... -- se quejó angustiado, abrazándome con su único brazo bueno. --- No llores.

Pasé mis manos por su cabello corto y dorado, pinchándome la punta de los dedos, agradeciéndole al universo por volver a sentir esa sensación y separé mi rostro para volver a mirarlo. Sus ojos, azules cristalinos me miraban sin entender mi llanto, pero a la vez, parecía emocionado. Quería recordar ese instante. Sus labios apenas curvados en una sonrisa, su caricia, haciendo un lado mi cabello, para mirarme también.

---Pablo. -- dije y sentí que si no lo decía, me moriría. ---Te quiero. Perdoname por todo, soy idiota.

Sus cejas se habían crispado con incredulidad y después esa sonrisa... Una enorme en esa boca tan bonita que tenía, una que no había visto nunca.

---Yo también te quiero. -- dijo y se hizo para delante para alcanzar mis labios. Ya casi tocaba su boca, pero un quejido nos interrumpió. ---Bebé, no te

apoyes en mis costillas. -- soltó jadeando y yo alarmada me quité. Los dos nos reímos, y volvimos a mirarnos. ---Mierda... ojalá esto no sea todo un sueño por la anestesia. -- susurró.

Solté una carcajada y le tomé el rostro con fuerza para que viera que era real. Le estampé un beso con todas mis ganas, dejándome llevar por el alivio de volver a verlo, y por el amor que lo que acabábamos de confesarnos me hacía sentir en el pecho. Él no había tardado en responderme, devorando mis labios también, sonriendo encantado, llenándome de palabras cariñosas que no olvidaría jamás.

Después de eso, creo que lo nuestro terminó por hacerse oficial.

¿No quería enamorarme? ¿No creía estar lista para una relación con otro que no fuera René? Bueno, pues lo que acababa de suceder, había arrasado con todo y hasta con mis dudas.

Estaba loca de amor por mi adorable bombero vikingo.

Ese que ahora era mi novio.

Capítulo 32

Delfina

Lo sabía.

Juro que lo sabía, y si no lo hacía, por lo menos lo intuía.

Apenas me llegó el mensaje de mi hermano pidiéndome que nos viéramos urgente, adiviné el motivo en segundos. Por fin había sucedido, después de meses de tanto buscarlo.

---Tati está embarazada, voy a ser papá. -- dijo entonces Franco, soltando todo el aire de su cuerpo mientras mi amiga me miraba expectante.

---¡Voy a ser tía! -- grité emocionada abrazándolos a los dos, y haciéndolos caer en el sillón, de paso.

---Ey, despacito. -- me regañó mi hermano, quitándome de en medio para que no fuera a aplastar a su esposa. No podía creer verlo así, tan protector... Quién lo hubiera sabido, hasta buen padre iba a ser.

---Hace rato sabíamos, te juro que no me aguantaba un día más sin decirte. -- dijo mi amiga, resoplando, y abriéndose la campera para que viera una pequeña, pero muy tierna pancita.

---¿Hace cuánto? -- pregunté confundida. ---Si hace poco que nos vimos...

---En casa. -- asintió Fran. ---Ahí ya sabíamos y estábamos por aprovechar para decirte porque nuestros viejos ya saben, pero... -- vi que Tati le codeaba el brazo, disimuladamente.

---Pero qué... -- los miré y ninguno me decía nada. ---Pero yo llegué con Max. ¿Es por eso?

---Era una noticia que queríamos dar en familia. -- explicó mi amiga. ---Y no sabíamos en qué habían quedado ustedes, o...

---O si podíamos confiar en ese idiota, o iba a escribir un artículo dando la exclusiva. -- la cortó su esposo, con mala cara.

No era un secreto que les caía un poco mal, y peor después de lo que había ocurrido dos años atrás. Yo me había refugiado en ellos, y ellos eran los que me habían visto recaer también.

---Por supuesto que pueden confiar. -- dije yo. ---Max nunca haría una cosa así.

---Si, claro. -- dijo mi hermano poniendo los ojos en blanco.

---No lo conoces. -- lo defendí como había hecho una vez hacía tiempo.

---¿Y vos sí? No puedo creerlo, Delfina. -- me miró molesto y decepcionado. ---Después de todo lo que te hizo sufrir, cómo podés volver a caer... Apenas lo ví aquella vez, me dio mala espina. Volver a trabajar con él ya era una estupidez, pero a mí no me engañas. No soy tonto, otra vez se están acostando.

Callé.

Callé y di por confirmada su teoría, no iba a mentirles.

---¿Vos también pensas lo mismo? -- pregunté a mi amiga que se mordía los labios. ---¿Vos también crees que soy estúpida?

---No te la agarres con ella. -- me frenó Franco, frunciendo el ceño. ---Si tan inteligente te crees que sos, decime entonces dónde quedaron los meses que tardaste para levantarte después de que te dejó. Dónde quedó tanta terapia, y todo por lo que te vimos pasar... Yo no me olvido de que bajaste como diez kilos y volviste a...

---Él no me dejó. -- lo interrumpí porque aunque estaba enfadado, sabía que le costaba hablar con propiedad de estas cosas. ---Y no mezclemos. Si, por él estuve decaída, pero no puedo achacarle mi depresión o mis desórdenes alimentarios. Esos ya los arrastraba desde antes, y esa recaída estaba ahí, esperándome a cualquier revés para aparecer. Yo no estaba bien, yo no me quería.

---Leí tu libro, no tenés que repetírmelo todo. -- dijo en tono ácido, y se ganó una mirada envenenada de mi amiga.

---No te pases, Franco. -- le dijo.

---Me preocupo. -- admitió. ---No puedo verlo reaparecer en tu vida, y hacer como si nada. ¿Qué se supone que tengo que hacer, felicitarla?

---Las cosas no son como creen... -- empecé a decir. ---Lo que creí leer en su cuaderno, no eran tan así. Máximo me explicó...

---Te llenó la cabeza, volviste a creerle y ahora que está de gira de promoción para su libro, justo, le viene genial tenerte de nuevo ahí. Comiendo de su mano. -- masculló con rabia y yo me encogí en el lugar.

---No te creas que le gusta tanto estar en el foco de la atención. -- dije. --- Tampoco le conviene ahora, él... -- cerré los ojos esperando la reacción de mi hermano. ---Él está en pareja.

---¿Qué? -- chilló fuera de sí. ---¿Me estás hablando en serio, Delfina? Y después te ofendes de que te diga estúpida.

---Sé que suena mal, pero es que no es tan fácil. -- me excusé. ---No se

imaginan cómo fueron las cosas, ni cómo me hace sentir, yo...

---Estás enamorada. -- asintió él. ---Y por eso haces pelotudeces. -- bajé la cabeza.

---Bueno, me cansé. -- estalló de repente mi amiga. ---Ahora Delfi, nos vas a contar todo desde el principio. Y vos te vas a quedar calladito hasta el final. -- le advirtió a su marido, con mirada severa. ---Y después vamos a salir a festejar mi embarazo como me merezco. -- agregó señalándonos con su dedo índice. Como retándonos a contradecirla, con los ojos entrecerrados, dramática como siempre.

¿Quién iba a discutirle? Porque yo no.

Después de contarles todo, les había rogado que dejaran el tema y que saliéramos a comer. Mi hermano quería seguir discutiendo, para él, Máximo seguía siendo un aprovechado que me iba a hacer sufrir y yo...

Yo ya no tenía ni la seguridad ni las fuerzas para defenderlo como lo había hecho dos años atrás.

Sabía que no era un interesado buscando fama, pero eso de que no iba a volver a lastimarme,... cómo podía saberlo. Simplemente no lo sabía.

Estaba convencida de que lo nuestro valía la pena esta nueva oportunidad que nos estábamos dando, y que en todo caso, ya tendría que lidiar con mi corazón roto si no funcionaba.

Me sentía agotada.

La gira se había quedado con todas mis energías, habían sido dos meses de tanto viaje, tantas firmas, tanto desgaste físico... y emocional. No me daba el cuerpo para más.

Amaba a mis amigos, pero ahora lo único que quería era encerrarme en mi casa, buscar series que me gustaran y quedarme hibernando en el sillón, rodeada de cosas ricas. En realidad sola no, para ser sincera. Quería que Max estuviera también, y que lejos de las cámaras y miradas curiosas, pudiéramos refugiarnos como nunca habíamos podido hacer con libertad.

Había quedado en llamarme para vernos la misma noche que volvimos, pero luego había cambiado de planes, diciéndome que le había surgido *algo*. No estaba preocupada... No era eso.

Sabía que le esperaba una situación difícil que manejar, y después de la relación que había tenido con Olivia, no esperaba que pudieran terminar así nomás en unas horas. Era comprensible.

Pero había algo, en lo vago que había sonado su mensaje de audio...

Algo que no me decía y no me daba buena espina.

Me aseguraba que nada había cambiado entre nosotros y que me quería con locura, tal vez adivinando que sería lo primero que pondría en duda. Vamos, que no era la primera vez que se pensaba mejor las cosas y se echaba atrás. Pero no parecía ser este el caso.

Antes de acostarme volví a marcar su número, pero como me había pasado las otras tres veces anteriores, no había tenido suerte.

Miré mi celular y me mordí los labios, viendo que su última conexión había sido hacía minutos. No quería molestarle, pero...

El timbre de casa sonó antes de que pudiera terminar la frase.

Me puse por encima cualquier buzo de los que vendía en la gira para tapar el pijama y abrí al ver por el portero eléctrico que era él. Su cara...

---Hola. -- dijo con una sonrisa algo contenida, y un beso casto en los labios. No era exactamente el reencuentro que había esperado, pero bueno.

---Hola. -- sonreí, quitándole la chaqueta de los hombros, mientras lo invitaba a mi habitación. ---Estaba llamándote. Estuve con mi hermano y Tati. A que no sabes... ¡Al fin van a ser papás! -- sonreí buscando iniciar la charla. La verdad es que se lo veía cada vez más afectado. Había perdido todo el color en el rostro.

---Ahm. -- se palpó los bolsillos, distraído. ---Lo debo tener en silencio. No podía contestarlo antes. -- se pasó las manos por el cabello. ---Qué bien por tu hermano y tu amiga. -- agregó sin entusiasmo.

---¿Pasa algo? -- pregunté inquieta. Sus ojeras me hacían pensar que hacía un par de días que no pegaba ojo.

---Pasa, si. -- asintió cansado. ---Tenemos que hablar, Delfi.

Me dejé caer sentada sobre mi cama y me miré las manos. Oh...

---Tiene que ver con Olivia. ¿No? -- dije bajito, casi para mí.

---En parte, si. -- respondió. ---Pero no es lo que estás imaginando.

Sonreí con ironía. ¿No era lo que imaginaba? ¿Acaso no nos conocíamos ya? El corazón me iba a mil por hora y fui llenándome de bronca hasta que mis puños quedaron apretados y mis nudillos blancos. ¿Para qué me había hecho creer que todo estaría bien? Tantas palabras... Tantos besos...

---No terminaste con ella como me habías dicho, pero tampoco vas a terminar conmigo. -- vaticiné. ---Vas a inventarte algo para que espere y así va a seguir pasando el tiempo hasta que alguna de las dos se canse y te facilite las cosas.

---No, no es así, Delfi. -- empezó a decir. Lucía cansado, pero tan arrebatadoramente guapo como siempre.

---¿Vas a seguir con ella? -- pregunté.

---Dejame que te explique... -- levantó las manos y suspiró mirando el techo, como buscando inspiración divina.

En ese momento, sin mentir, tuve que usar todas mis fuerzas para no echarlo a patadas de mi casa como ya había hecho antes en otra oportunidad. No podía creerlo. Iba a tener que darle la razón a mi hermano, después de todo.

---No tenés que explicarme nada. -- lo corté. ---Es muy sencillo, seguís o no seguís con ella. -- me encogí de hombros. ---Yo no quiero engañarla, y tampoco voy a ser la tercera en tu relación. Nadie se lo merece. -- los ojos me escocían, pero no iba a darle la satisfacción de verme llorar.

Ya no más.

---Delfina, por favor. Escuchame. -- dijo entonces, tomándome por los hombros. No lo sacudí de encima mío como quería, porque en sus ojos había tal desesperación, que me asustó. Estaban enrojecidos y hacía que parecieran hasta verdes. Los ojos más bonitos que había visto en mi vida, y los que más me habían perseguido en sueños también.

Me mordí los labios con violencia y esperé con paciencia.

Máximo me soltó y después se dejó caer a mi lado en la cama. Las manos le temblaban... Ni siquiera cuando había tenido aquel altercado con el periodista de espectáculos, lo había visto tan fuera de sí.

---Voy a seguir estando con ella, pero no como su pareja. -- susurró y cerré los ojos. ---Me necesita, no voy a dejarla sola, contestó contundente.

---Te necesita... -- repetí yo en voz baja, casi preparándome para otra posible excusa de las suyas. Ya estaba lista para que me dijera algo así como que por mi carrera, mi vida pública o la prensa... que la gira había sido una locura...

---Delfi, ella está embarazada. -- soltó entonces sin mirarme.

Algo se anudó en mi pecho, haciéndolo pesar el doble. *¿¡Qué!?*

---Es... Vos sos el... -- mascullé sin aire.

---Es mío, si. -- asintió con voz ronca, mientras se frotaba la barba apenas crecida de sus mejillas.

Me cubrí el rostro con las manos y me dejé llevar.

Si mi idea era no volver a llorarle, ahí estaba. Fracasando nuevamente, demostrándome una y otra vez la poca voluntad que tenía a su lado. Estaba embarazada. Su novia estaba embarazada...

---Obviamente no fue algo planeado. -- empezó a explicar. ---Fue un descuido terrible de parte de ambos, y ahora... -- frotó sus manos en su pantalón de jean. ---Es lo que es.

---Y los dos quieren tenerlo. -- dije, y no era una pregunta. No sé por qué, pero necesitaba escucharlo de su boca.

---Si. -- asintió con seguridad. ---La situación no es ideal, pero... Es mi hijo.

Un hipido fue toda mi respuesta. Ya estaba hecho, ya había sido resuelto.

Lo había decidido. Lo habían decidido los dos, porque era una decisión de ellos, yo no tenía nada que hacer allí.

Acababa de cambiarnos la vida a todos, pero yo no había sido parte de la historia, ni lo sería jamás.

El aire se me quedaba atrapado en la garganta, como si a pesar de tragarlo con todas mis fuerzas, no fuera suficiente como para llenar mis pulmones. Como si mi cuerpo se hubiera olvidado de cómo respirar correctamente. Me faltaba el aire. ¿O me sobraba?

Las manos se me empezaron a adormecer y la lengua se me pegó al paladar.

Ay no.

---Delfi. -- dijo Max, mirándome preocupado. Yo me había puesto de pie y caminaba como loca en busca de oxígeno. Tenía que salir de ahí.

---No puedo. -- dije atragantada. ---No puedo respirar.

---Tranquila, si podés. -- quiso sostenerme de las manos, pero me solté. --- Es algo normal, tenés que tranquilizarte.

Pero yo no lo escuchaba. Negaba con la cabeza y escapaba haciendo marcha atrás por toda mi casa, porque me ahogaba.

Era demasiado, no podía.

Creo que abrí la puerta de un tirón y eché a correr por las calles sin mirar

a nadie, y sin importarme quién pudiera estar mirándome.

La loca que corría a altas horas de la noche en pijama, como si estuviera escapándose del diablo.

¿Es que nunca podría ser feliz?

Siempre que mi mente y mi cuerpo lograban recuperarse, y mi corazón daba muestras de estar un poco más curado, pasaba algo y era empezar de cero.

Porque me sentía exactamente como me había sentido antes de ingresar a rehabilitación la última vez. Me sentía vacía. Sola.

Poco apropiada. Poca cosa...

No podía ni gestionar mis emociones.

Ahí estaba Máximo, adulto y centrado como siempre había sido, contándome que iba a ser padre. Que iba a formar una familia, que quería hacerlo porque además estaba listo para ello.

Y yo...

Yo no podía ni respirar bien. Todo el mundo podía, pero yo no. *¿Qué era lo que estaba tan mal conmigo, por favor?*

¿Por qué no podía ser normal?

La desesperanza que sentía era lo más devastador que me había pasado.

Capítulo 33

Máximo me encontró sentada en un portal no muy lejos de casa casi una hora después, cansada de tanto andar y con los ojos hinchados de tanto llorar.

Se podía decir que podría haberle peleado el puesto a la persona más dramática del mundo a mi amiga Tati, pero eso podía decirlo ahora, cuando ya todo había pasado. En ese momento, sentía que verdaderamente no había nada positivo a lo que agarrarse.

Recuerdo que se agachó hasta donde estaba sentada, se quitó la chaqueta que llevaba para ponérmela en los hombros, y me cargó camino a casa sin decir nada.

Tenía cara de haber pasado un mal rato mientras me buscaba, y casi me sentí mal por él también.

Sabía que no había sido madura mi reacción, ni la más apropiada, y ni por lejos la mejor que se espera en una conversación adulta como la que se suponía que estábamos teniendo, pero a quién quiero engañar a estas alturas... Max no estaba sorprendido exactamente.

Estaba preocupado, si. Pero para nada extrañado.

Miré mis manos blancas y temblorosas sosteniendo la taza de té caliente, y me pregunté qué es lo que hacía todavía aquí sentado. ¿Por qué no se había ido? ¿Por qué quería estar conmigo a pesar de todo? No le encontraba sentido.

Por el rabillo del ojo, vi que se desordenaba el cabello con la mano y suspiraba profundo mirando el suelo.

---Perdón. -- dije avergonzada. ---No tendría que haberme ido así, me sentía mal, yo... Era mucho.

Soltó el aire por la nariz de golpe y sus labios dibujaron una pequeña sonrisa de alivio, al ver que salía de ese estado de shock en el que me había encontrado.

---Te entiendo. -- asintió. ---Yo no me tomé mejor la noticia, casi me desmayo, de hecho.

Lo miré con cautela, devolviéndole la sonrisa.

---¿En serio? No te imagino. -- respondí con sinceridad. ---Siempre estás tan ...tranquilo, tan entero.

Soltó una risa ronca y negó con la cabeza.

---Estuve un buen rato sin entender ni qué estaba pasando, y cuando lo

hice, Olivia tuvo que darme un vaso con agua y abanicarme para que pudiera respirar. -- contó. ---Delfi, yo todavía estoy procesándolo todo, no te creas.

Dejé la taza en la mesa ratona, total sabía que no sería capaz de pasar nada por la garganta en esos momentos ni de chiste, y me acerqué un poco más a él, hasta que estuve prácticamente en su regazo.

---Es muy fuerte.-- dije. ---Estoy siendo egoísta, me doy cuenta, pero es que no sé si voy a poder con esto.

---Y lo voy a entender. -- cerró los ojos, abrazándose a mi cintura. ---Pero al menos lo intentemos. Intentemos pasar por esto juntos. Yo sigo queriendo estar con vos. -- se separó para tomarme del rostro. ---Solo con vos.

---Pero no se siente bien. ¿Qué pasa ahora con Olivia? ¿Va a tener que hacerlo todo sola? -- pregunté.

---No, yo voy a estar a su lado. -- contestó resuelto. ---Pero no como su pareja.

---Te necesita. -- insistí.

---Me necesita como al padre de su hijo, como un compañero, porque es algo que nos está pasando a los dos. -- explicó. ---Pero sabe perfectamente que la relación que teníamos había terminado desde antes de que me fuera de gira. Lo sabía desde que me devolvió el anillo y yo también.

Bajé la mirada a su pecho y suspiré. ¿Algún día dolería menos que la nombrara? ¿Algún día superaría eso de "el padre de su hijo", y lo poco que aquello me incluía a mí?

Mierda.

Max iba a tener un hijo con ella...

---No puedo evitar pensar en que lo que corresponde es que vuelvas con ella y lo intenten por el bien del bebé. Es inocente en todo este asunto, merece tener a su familia unida, y no rota por mi culpa. No rota por alguien que está hoy en tu vida, y el día de mañana tal vez no... Hace tan poco que volvimos. ¿Realmente vale la pena? -- solté de golpe con sinceridad. Podía sentir como Max se había tensado por mis palabras, pero es que si no lo decía, me ahogaba.

---Volves a dudar de mí. -- dijo con el ceño fruncido. ---De lo que siento por vos, de todo lo que te dije... Pensé que te había demostrado que era verdad.

---Estoy siendo realista. -- me defendí. ---Podés sentir algo hoy, y después... -- me encogí de hombros.

---No sé qué más puedo hacer para que me creas, Delfina. -- dijo con pesar. ---Pero si te ayuda a quedarte más tranquila, no sos el único motivo por el que mi separación de Olivia es la mejor decisión que pude tomar. Incluso por el bien de este bebé... Se merece más y mejor que dos padres forzando algo que desde que empezó tenía unos cimientos flojos.

---Se iban a casar. -- le recordé, aun ardidada por ese hecho que sentía que no habíamos discutido en su totalidad.

---Y yo iba a seguir enamorado de vos por siempre sin hacer nada, me había convencido de eso y pensé que podía acostumbrarme. -- me cortó. ---Hasta que no volví a verte... -- sujetó mi barbilla. ---Hasta que no volví a besarte... No supe que estaba a punto de cometer el peor error de mi vida.

---Yo también estaba lista para vivir sin vos. -- confesé. ---Me había tomado tiempo, dolor, y muchas cosas que ya te contaré... Pero casi lo había logrado. Hasta que volví a verte.

---Hasta que volvimos a encontrarnos. -- sonrió con los ojos cerrados y suspiró sobre mis labios. Su aliento, me hizo cosquillas y cerré los ojos también. Mis manos tomaron las suyas y nos besamos con calma, muy despacio. ---No quiero vivir esto solo. -- dijo entre besos. ---Quiero que compartamos esto y todo. Que tengamos una vida juntos, te quiero conmigo.

Un sollozo se me atoró en el pecho y lo besé con más ganas. Me dolía el cuerpo, y aun así sus palabras se sentían como un bálsamo capaz de curarlo todo. Era triste lo que nos pasaba, y lo que nos había pasado. Desde dos años para acá, desencuentros, malentendidos y sentimientos desbocados sin terminar de corresponderse. Yo, enamorándome de él antes de que estuviéramos listos... Él, queriendo recuperarlo cuando yo más quería huir. Los dos, ahora intentando arreglarlo y la vida... La vida tirando de nuestros costados para separarnos. No era justo.

Max también lo sentía, lo notaba. Las mandíbulas tensas y su boca arrasándolo todo con furia. Impotencia porque las circunstancias nos escocían, pura ira contra el destino y nuestras manos tirando las ropas para desvestirnos.

Desahogarnos.

Su respiración agitada y mis lágrimas saladas sobre su boca. Mis jadeos ansiosos y sus brazos sujetándome con firmeza contra su pecho ahora desnudo.

Mi cabello rosado entre sus dedos morenos temblorosos y la promesa en sus ojos.

No sabíamos que pasaría, pero esto. ESTO. Esto era verdadero y era para siempre.

Máximo

Nos habíamos quedado dormidos cuando comenzaba a amanecer. Abrazados como estábamos, en su cama, los rayos del sol no alcanzaban para calentarnos, esa madrugada nos había dejado así. Con el corazón frío.

Por supuesto que volver a sentirla entre mis brazos. Volver a hacerle el amor... había sido maravilloso. Todos sus besos me devolvían las ganas de seguir, me hacían creer que al final existía alguna esperanza de salir de todo esto ilesos. Pero nos dolía.

Nos daba bronca y nos dolía que las cosas siguieran poniéndose tan difíciles para nosotros. Para ella esto era terrible, y la entendía. De haber sido al revés, yo también tendría dudas de poder soportarlo. Quedarse al lado de alguien que estaba por tener un hijo con otra persona, era demasiado y ella decía no estar lista.

Odiaba verla tan triste, me rompía por dentro y me desesperaba. Tenía que hacer lo que fuera para que volviera a creer en mí como alguna vez lo había hecho. Una de las cosas que más me había enamorado de ella en el comienzo, había sido esa confianza que había tenido siempre conmigo. ¿Dónde había quedado aquello? *Yo se lo había arrancado.* -- me respondí.

Me daba culpa también.

Qué mierda, me moría de culpa. Porque yo quería ser padre, en el fondo era algo que anhelaba, y ahora que se haría realidad, me hacía ilusión. Quería ver a ese pequeño o pequeña crecer. Quería verme reflejado en sus ojos, dejar un legado... enseñarle el mundo, sentirme realizado cuando me llamaran "papá". ¿Cómo hacía para decirle estas cosas a Delfina? ¿Cómo hacía compatible el hecho de estar feliz por algo que a ella la había devastado?

Estaba dividido.

Quería poder disfrutar de lo que me sucedía, pero también de ella. Ella que era mi amor, y con quien quería estar...

Quería poder estar en todas partes a la vez.

Quería ser padre y quería ser el novio que Delfi se merecía.

Estar para Olivia y mi bebé, y demostrarle a Delfina que por esto, no pensaba irme a ningún lado.

¿Cómo mierda iba a hacer? -- me pregunté mientras acariciaba su espalda

desnuda y la pegaba más a mi cuerpo en un abrazo. Su piel clara donde se dibujaban los tatuajes más bonitos que también había empezado a amar, ahí en sus muslos, donde se adivinaban otras marcas que antes le habían hecho sentir tanta inseguridad. Estas, más naturales, recuerdos de quien había sido y por todo lo que había pasado. La amaba con todas sus cicatrices, con todas sus sensaciones. Con todo y sus ataques de ansiedad como el que había tenido la noche anterior, con todo y sus alegrías y lo que la hacía volverse mágica. Única, con esas particularidades que me habían hecho hasta rechinar los dientes apenas conocernos.

Hoy ya no me podía imaginar la vida sin ellas. Con cada una de sus excentricidades, su idioma, su gata y la forma que tenía de verlo todo de colores.

La amaba y me daba terror.

Me daba terror volver a pasar lo que nos había pasado dos años atrás. Claramente no quería volver a estar mal, pero tampoco quería que ella sintiera más dolor. Ya no más.

Lo que me asustaba era que sabía que si seguía a mi lado, sería inevitable. Que aunque mucho me esforzara, no me tendría al cien por ciento... Quería separarme en pedazos y cumplir con todo el mundo, pero era humano, y estaba lleno de errores. Sobre todo por esos días.

Delfina era especial.

Mierda nunca había conocido a alguien que fuera tan especial, y se merecía a alguien que la pusiera en el centro de su universo.

¿Era demasiado egoísta rogar que quisiera conformarse con menos para estar conmigo?

No me hizo falta contestarme esa pregunta.

Volví a dormirme agobiado de tanto pensar, y cuando volví a abrir los ojos, ya pasaba del mediodía. Delfina había abandonado la cama tras darme un beso muy suave en los labios y se había ido a encender la cafetera. Me había dicho que esa tarde tenía que trabajar, así que aunque había ganas, no podíamos quedarnos acostados todo el día.

---Tengo que hablar con Vero. -- dijo con la mirada perdida y las dos manos juntas envolviendo su taza de café. ---Ya hay muchos rumores dando vueltas, y ahora más que nunca me parece que tenemos que acallarlos. Seguro se le ocurre algo para desviar la atención.

Asentí poco convencido dejando mi taza a un costado.

---Yo debería poner al tanto a mi representante de ...de todo. -- pensé en voz alta. ---No quiero seguir escondiéndome, Delfi.

---Es lo más prudente. -- dijo ella sin mirarme. ---Si la noticia del embarazo se filtra, nosotros no podemos mostrarnos juntos. Me encantaría por fin hacerlo, pero por respeto, no me parece...

Resoplé molesto. Me importaba poco lo que fueran a pensar de mí, eso era cierto, pero ni Olivia ni Delfina tenían por qué estar en boca de todos por mi culpa.

---Si se filtra la noticia, quiero creer que por una cuestión de códigos, mis colegas van a querer confirmarlo conmigo primero. -- comenté. ---Y es algo delicado, puedo pedirles que no lo publiquen... Oli no es una persona pública, ni yo famoso... y este bebé no va a ser el heredero de la corona inglesa tampoco.

Delfi se rio por lo bajo, divertida por mi chiste y yo sentí como ese pequeño gesto me llenaba de alivio.

---No tenés que hacerlo por mí. -- dijo después de un rato. ---Lo mantuvimos oculto tanto tiempo, por unos meses más... -- se encogió de hombros para quitarle importancia, pero podía notar la decepción en su voz. -- -No quiero hacerle mal a ella. -- agregó sin nombrarla, aunque ambos sabíamos a quien se refería. ---Apenas se entera de que está embarazada, y que nosotros salgamos a decir por todos lados que estamos juntos, es terrible.

---De eso me ocupo yo. -- contesté pensativo, antes de acercarme para darle un beso. Uno tierno que dijera más que mil palabras, disfrutando de su dulzura, alimentándome de las fuerzas que me hacían falta para todo lo que se nos venía. Delfi me respondió entrelazando sus dedos con los míos en su espalda, donde mis manos la abrazaban. El calor que irradió su sonrisa enamorada cuando nos miramos, hizo que todo lo demás dejara de existir. Le sonreí en respuesta, con esa sensación tan adolescente que me ponía en el estómago cada vez que nos besábamos y quise creer que lo podríamos todo. Todo, si estábamos juntos.

Me despedí de ella sin querer hacerlo, y fui a ocuparme de mis cosas, así como le había prometido.

Olivia me había abierto la puerta algo confusa porque no me esperaba, haciéndome entrar con un gesto. Llevaba puesta la chaquetilla del trabajo, y

sabía que en menos de una hora tenía que partir, así que no me anduve con muchas vueltas.

---Quiero que hablemos de algo, Oli. -- le dije decidido. ---Van a salir algunas cosas a la luz, en los medios. Quería ser yo mismo el que te lo contara primero.

Ella asintió con esa forma que tenía, tan segura, como si pudiera saberlo todo antes de que se lo dijera. Compuesta y tranquila, como siempre había sido, se sentó en el sillón y yo hice lo mismo, apretándome las manos haciéndome casi un torniquete en el que apenas me circulaba la sangre. Mierda, hubiera matado por fumarme un cigarrillo.

O veinte.

---Estás con ella, se te nota. -- se rio con ironía. ---Querés ponerme sobre aviso porque van a salir en fotos y esas cosas, ¿no?

---Probablemente. -- reconocí.

---Perfecto, muchas gracias por decirme. -- dijo mirando el suelo. ---No tenías por qué, nosotros ya no somos nada, no me debes explicaciones.

---Oli. -- dije suspirando. ---Nunca quise hacerte mal, ni tampoco que veas las cosas así. Sí que somos algo, ahora más que nunca.

---Tenés razón, perdoname. -- contestó y la voz se le había quebrado al final. ---Estoy más sensible, no me des bola.

Me mordí los labios con fuerza porque vi que a ella también la iba a hacer sufrir. No hacía nada bien.

---Tenés todo el derecho de estar enojada conmigo. -- reconocí. ---Te juro que lo voy a hacer todo lo mejor que pueda.

---Ya sé, ya sé. -- dijo pasándose una mano por la colita de cabello que tan prolija peinaba a diario. ---No estoy enojada con vos, eso es lo peor de todo. - - sonrió con tristeza. ---No me querés, la querés a ella y fuiste siempre sincero. ¿Qué te puedo reclamar? Lo nuestro dejó de funcionar cuando ella reapareció.

---Yo no busqué esto... -- dije y me sentí como un pelotudo, porque odiaba darle respuestas de manual.

---Ni yo. No tengo la culpa de nada de todo esto, pero es donde estamos. -- se encogió de hombros, recobrando la postura. ---También voy a tratar de hacerlo lo mejor que pueda.

Ya me estaba yendo.

Habíamos terminado de hablar bien, y hasta de hacer planes para las próximas visitas médicas con la practicidad con la que decidíamos todo, poniéndonos de acuerdo sin problemas como de costumbre.

Casi había llegado a la puerta, cuando me llamó.

---Max, una cosa. -- dijo y yo la miré expectante. ---Si podés, no hables de mí, ni de este bebé con nadie más. Nuestras familias, los amigos, bueno, ella... Y nadie más.

---Pero mi representante debería estar al tanto por las dudas. -- me apuré en decir.

---Todavía no. -- me interrumpió.

---Te lo prometo. -- accedí.

Me fui de su casa algo más liviano.

No, no podría estar en todas partes a la vez, pero al menos lo intentaría.

Capítulo 34

Verónica

¿Alguna vez les pasó de soñar con alguien, y luego el resto del día no poder sacarse a ese alguien de la cabeza? Aun cuando es una persona que hace tiempo que no ven, o que pensaban que ya no les importaba tanto.

Aun cuando ese alguien era una rata de dos patas...

Una sensación extraña y poco bienvenida, casi de añoranza y también un poco de asco, para qué mentir... Porque había soñado nada más y nada menos que con mi ex, René.

Un sueño precioso, salido de la nada, de nosotros reviviendo uno de nuestros momentos más bonitos. Allí, abrazándonos y besándonos... Es que casi podía sentir sus labios cuando desperté. Casi podía olerlo cuando abrí los ojos, y lo odié. Odié sentirme así y me odié de paso a mí misma porque yo ya no pensaba en ese idiota cuando estaba despierta. Y ahora menos que nunca...

Mi relación con Pablo estaba en su mejor momento, me sentía en las nubes cada vez que me besaba. En unos días le darían el alta y podría volver a su casa, y ya habíamos arreglado que me quedaría unas semanas hasta que estuviera recuperado. Necesitaría ayuda para moverse y además ninguno quería separarse del otro, después de estos días que habíamos compartido en el hospital.

¿Qué hacía soñando con mi ex, cuando estaba por fin aceptando lo mucho que me había enamorado de mi novio?

¿Era una señal?

¿Era un mensaje que trataba de darme mi subconsciente de que aun no lo había superado? O era tal vez otra manera de auto sabotaje al estar tan feliz con mi chico.

Tantas veces había dicho que si no era con René, no sería con nadie, que aparentemente mi cerebro se lo había terminado creyendo.

O sería una premonición.

Estaría por aparecerse en mi camino después de tanto tiempo para molestar ...o para pedirme algo. ¿Y si me pedía que volviéramos?

No.

No creía en esas cosas, eran pura mierda. Por muy despreciable que pensaba que era el innombrable, no creía que tuviera poderes para

comunicarse conmigo en sueños. A lo mejor podía preguntarle a Fini, que sí le iban estas cosas, y solía ser más supersticiosa, quién sabe.

Lo único que sabía es que acababa de dejar a mi novio en una cama de sala común del hospital después de darle un beso, y ahora me iba a la agencia a trabajar, sintiéndome una traicionera.

Con una culpa desagradable que me hacía doler el estómago y para colmo de males, preguntándome qué estaría haciendo en esos momentos René, y si aun usaría esa loción para afeitarse tan fresca, que siempre le dejaba la piel deliciosa.

Puto René.

Delfina

Max se había ido hacía unas horas de casa y aunque tenía por lo menos tres videos que podría haber grabado, no podía concentrarme.

Era prender la cámara, mirarla y quedarme en blanco cada dos minutos, no tenía la cabeza para ponerme a hablar de rubores ni paletas de sombras. Había grabado en mis redes sociales dos historias con marcas que patrocinaban mi contenido y con quienes tenía una obligación comercial, pero hasta esas me habían quedado acartonadas y falsas, porque mi sonrisa así salía.

La imagen que me devolvía la pantalla era la de una desconocida, y mis seguidores lo notarían. Estaba rara, me sentía mal y necesitaba hacer algo.

Algo que cambiara el aire por completo.

Una decisión impulsiva, una sacudida --tal vez demasiado-- radical a las cosas, para sentirme de nuevo como un ser humano y me devolviera las ganas de sonreír.

Recursos que antes me habrían servido, ahora habían quedado atrás porque había aprendido lo terriblemente dañinos que eran. Ya no me valía hacerme daño, no pondría en riesgo mi salud.

¿Y qué hice?

Bueno, hasta mi gata Moona salió corriendo del baño cuando me vio entrar a él cargada de mis tijeras rosadas y mi peine lleno de brillo.

Si, se imaginan bien.

Sonreí a mi reflejo y empecé a recortar.

Corté y corté, viendo como trozos enormes de mi cabello rosa caían contra las baldosas enredándose en mis pies descalzos. Con ellos se iba el peso de

los últimos días.

Con ellos, dejaba atrás la Delfina que había sido y nacía una nueva. Una que después de terminar de cortar, se lavó bien la cabeza hasta que el rosado, alguna vez fuerte y casi neón que había sido una marca registrada, ahora parecía apenas un color pastel, dejando ver mi rubio natural por debajo.

Era algo simbólico, pero que me había sentado mejor de lo que había imaginado.

Que digan lo que quieran de los cambios de look, pero qué bien que se siente ser alguien nuevo por un rato.

No era la mejor peluquera del mundo, pero mi melena a los hombros hasta me favorecía y quedaba super mona con mi vestido amarillo veraniego. Si hasta me sentía más madura y chic.

La primera en notarlo apenas entré en la agencia, por supuesto fue mi amiga, que me recibió entre gritos encantada por mi apariencia.

---Pero ¿es tu pelo o es peluca? -- preguntó y creo que eso dijo dos cosas muy claras. La primera, lo loca que estaba que todo el mundo estaba tan acostumbrado a verme por ahí con pelucas de todas las formas y sin necesitar una excusa para ponérmelas. Y la segunda, creo que les ayuda con la descripción para que imaginen cómo me había quedado el corte, que se confundía con cabello falso. Eso, mis dotes de estilista...

---Es mi pelo. -- dije poniendo los ojos en blanco.

---Los del equipo de publicidad se van a enloquecer. -- se rio. ---Solo a vos se te ocurre hacer una cosa así en plena campaña, cuando todavía tiene que salir mil fotos tuyas con pelo largo... Pero qué preciosa que estás. -- agregó pasando sus dedos por las puntas para ver lo livianito que ahora se movía.

---Gracias, Vero. -- dije en medio de risas.

---Y ese color... -- se admiró con ojitos que solo una mejor amiga puede hacernos, porque ellas siempre nos ven bonitas.

---Ya necesitaba una actualización de estilo ¿no? -- pregunté viendo como los que iban entrando, se quedaban con la boca abierta.

---Después me tenés que contar a qué se debe en realidad. -- susurró. --- Porque ese corte de pelo me huele a pelea con tu chico.

---Algo así. -- contesté bajito.

---Me contas más tarde, ahora hablando de Roma, Máximo pidió una

reunión con todo el equipo para tratar un tema. -- se encogió de hombros.

Fruncí el ceño, pensando en qué podría ser eso tan importante que tenía que hablar y el corazón se me fue a la garganta imaginando que podía hacerles saber a todos que iba a ser papá.

Lo diría orgulloso y con una sonrisa llena de alegría como debería uno decir esas cosas, y no como había tenido que comunicármelo a mí...

Y desde ya, la reacción de todos no sería tampoco como la mía, de salir corriendo y llorando por ahí, no. Se levantarían, aplaudirían, lo felicitarían entre apretones de manos y abrazos como correspondía.

Las rodillas me temblaban cuando entramos a la sala de reuniones, pero por suerte, nadie lo notó.

Apenas lo vi, Max me sonrió señalándose el hombro y me guiñó el ojo con complicidad. *Me gusta*, vocalizó para que solo yo leyera sus labios, y allí recién recordé que acababa de cortar mi cabello, porque hasta me había olvidado de cómo pestañear.

Le agradecí con una sonrisa un poco tensa y me senté con los demás a esperar a que comenzara a hablar.

Claro, los cambios por fuera se sienten genial... durante un rato. Después los problemas que llevamos por dentro nos alcanzan y aunque quisimos ser por un rato otros, seguimos siendo los mismos en el fondo. Y había sido pensar en el embarazo de Olivia, y volver a cero en mi cabeza. Al instante en el que me lo dijo.

Escuché apenas que todos se saludaban y daban comienzo a la reunión, aunque yo solo fui capaz de asentir, concentrándome en no salir de ahí corriendo. Una cosa era hablarlo entre los dos, otra muy distinta era en frente de tanta gente.

---Lo primero, quisiera que antes de que sigamos con la gira de ambos libros, Delfina hiciera otras fotos para la promoción. -- comentó uno de los señores de traje, de esos que nunca había aprendido el nombre, pero sabía que trabajaban en publicidad. O prensa. ---Vero, en cuanto podamos organizarlo, mejor.

Mi amiga asintió y tomó nota rápidamente sin rechistar.

---No creo que mis seguidores no me reconozcan si aparecen las fotos con pelo largo. -- bromeé y el señor sonrió incómodo.

---Es por una cuestión de coherencia y continuidad. -- explicó. ---En tus videos podrás justificar que tenías pregrabados, pero con las producciones en donde te visten marcas que nos patrocinan, se complica. -- No pude evitar sentirme algo estúpida y solo dije *ahhh* mientras asentía. ---Pero te queda muy bien... quiero decir, te favorece. Estás muy linda así también. No creas que... estoy diciendo que te queda ...mal. -- se apuró en decir, nervioso.

---Entiendo, de verdad. -- lo interrumpí reprimiendo una sonrisa, y Max se aclaró la garganta con vehemencia. ---Estaba haciendo una broma. Por supuesto voy a hacer las sesiones de fotos que hagan falta.

---Bueno, ya que eso quedó solucionado ¿podemos seguir? -- preguntó Max impaciente y su agente lo miró con mala cara. Podía darme cuenta de que estaba al tanto de todo, pero que no estaba de acuerdo con lo que su representado estaba a punto de hacer.

---Claro. -- dijo el que antes había estado hablando. ---Disculpa, sé que era tu reunión, pero en plena gira, es importante que estas cosas se hablen. Después de todo queremos que el centro de los comentarios sean su trabajo, y no un corte de pelo. La prensa va a querer comentarlo a fondo, y querrán portadas con su nueva apariencia...

Ahí estaba. La vena que siempre se le dibujaba a Max en la frente cuando se ponía tenso. Oh...

---Estarás de acuerdo que no se puede volver a pegar el pelo con pegamento, así que da igual. Es solo pelo, puede hacerse lo que le de la gana. -- me defendió entre dientes. ---Sus seguidoras ya la conocen.

---Y no precisamente por ser discreta con sus looks, no es que ahora está más llamativa. Siempre fue un dibujito animado. -- dijo mi amiga que supongo quiso también ponerse de mi parte, aunque logró que Max se tensara más y que yo soltara una especie de tos disimulando mi risa.

---No, claro. -- estuvo de acuerdo el otro. ---Pero hubiera estado bien dar aviso, así sabíamos a qué atenernos... -- Max no lo dejó terminar de hablar.

---¿Seguimos entonces discutiendo sobre cabello o podemos pasar a otro tema? -- insistió con mala cara.

Nadie puso ninguna objeción mientras el periodista se acomodaba en el asiento muy serio. Vero, que estaba a mi lado, me miró alzando una ceja y yo solo me encogí de hombros porque además de sospechas, no tenía ni idea de qué es lo que quería decirnos.

---En realidad lo que quiero comentar está relacionado con la prensa. -- empezó diciendo. ---Algo que solo quiero tratar porque sé que va a ser

disparador de alguna que otra nota y que va a atraer atención de los portales de espectáculos, y me parecía bien adelantarme para que vean cómo lo manejan. -- ahí iba. Estaba por contar lo de su próxima paternidad. Tragué en seco. ---Ninguna de las partes involucradas están interesadas en dar notas al respecto, ni quiero demasiado escándalo. -- advirtió al ver que todos los de la reunión empalidecían. ---Hace algunas semanas, Delfina y yo estamos juntos, creo que tendrían que saberlo porque desde la gira, este equipo es el mismo.

Parpadeé dudando si había escuchado bien. Lo que sí podía escuchar era mi corazón tras los oídos... eso y la sangre subiendo a trompicones hasta calentar mis mejillas de repente de un rojo brillante.

Max me miró inseguro, tal vez preguntándose si había hecho bien y yo solo pude sonreírle. No podía creer que estuviera haciendo esto.

Por fin dejábamos de escondernos.

La vocecita insegura, esa que siempre me decía que él nunca lo haría, que aun seguía sintiéndome como si no fuera suficiente, que no estaba a la altura... Esa que había creído lo que había leído en su cuaderno dos años atrás... Ella tuvo que mantenerse callada de una vez por todas.

De fondo todos habían empezado a pensar estrategias para evitar los chimentos, algunos opinaban sobre la mejor manera de contestar a las preguntas que seguramente surgirían, pero nosotros estábamos más allá. No voy a mentir, nos importaba muy poco lo demás y lo que estuviera hablándose.

Max me había sonreído con alivio y yo finalmente sentía que se había jugado por lo nuestro.

No porque pensara que la mirada de otros, que la mirada ajena fuera la que tuviera que definir o determinar nuestra relación, pero porque ya no era su secreto.

Porque ya no teníamos que estar inventándonos estar o no estar de novios para beneficio de las habladurías.

No era una maniobra de publicidad, nos habíamos elegido, y eso le ponía un poco de luz a todo lo que nos estaba pasando.

---¿Y lo otro? ¿No vas a contar nada de tu bebé? -- le pregunté en susurros cuando salíamos de la sala.

---No, eso no. -- respondió muy firme. ---El único que lo sabe y tiene que saberlo es mi agente, por las dudas. Juró discreción, sabe que si dice algo, puede tener un lío con mi abogado. Olivia no quiere que se sepa, y tiene derecho a que eso se cumpla.

---Claro. -- respondí asintiendo. No es que me quedara del todo tranquila, porque aun corríamos el riesgo que semejante noticia se filtrara, pero ya veríamos cómo hacíamos llegado el caso. ---¿Ella sabía que ibas a hacer esto hoy? Que ibas a contar lo nuestro.

Él asintió en respuesta y yo suspiré.

Por más contenta que estuviera de que Max quisiera hacer público lo nuestro, la sombra de que hacíamos sufrir a alguien más, siempre me llenaba de culpa. Las circunstancias no eran las mejores, pero él lo había hecho bien y me daba un poco de paz saber que ella sabía todo.

Después de terminar, nos habíamos marchado de allí juntos a mi casa, dejándonos llevar por el momento, y nos habíamos besado con ganas antes de llegar a mi puerta, sin necesidad de encerrarnos para hacerlo. Sin tener que esperar a que las cortinas estuvieran corridas para acercarme a su boca. Sin tener que estar mirando sobre mi hombro por si alguien pasaba por la calle y nos descubría...

Sus manos bien aferradas a mi cintura y las mías acariciando su cabello color chocolate, como en las nubes.

Nada de lo que huir.

Nada de que avergonzarse.

Claro que para lo que vino después, si habíamos tenido que entrar...

Capítulo 35

Decir que se habían quedado todos impresionados, era quedarse cortos. En esa reunión nadie se esperaba la bomba que había soltado Max, aunque claro, algunos como mi amiga Vero sospechara desde hacía un tiempo que nosotros nos habíamos acercado en la gira.

Acostumbrados como estaban todos a mis locuras, seguramente tampoco me mirarían raro, ni comentarían nada a mis espaldas. Podía estar tranquila, porque ninguno de los presentes estaba interesado en apagar el incendio que supondría un escándalo en la prensa a estas alturas. No le convenía a nadie.

Mejor que se hablara de los libros o de mis videos, ya que estábamos.

La semana se pasó volando entre una cosa y otra, y con Max estábamos en ese periodo tan lindo que siempre tienen las parejas al comienzo. Enamorándonos de nuevo, como si fuera la primera vez. Mirándonos con complicidad, encontrándonos en los ojos del otro... Tocándonos mucho, y todo el tiempo.

No nos podíamos sacar las manos de encima, y era algo nuevo.

Algo que nunca antes habíamos podido hacer, y se sentía tan bien.

Irnos juntos a la cama era...

Siempre había sido genial, pero amanecer juntos, hacer cosas tan cotidianas como desayunar, preparar algo para comer o verlo escribir mientras yo hacía otra cosa, sabiendo que estaba cerca, era lo mejor.

Él solo iba a su casa cuando necesitaba buscar algo, vamos a decir la verdad. Desde ese día en que había dicho que estábamos juntos, no quisimos volver a separarnos.

Habíamos perdido tanto tiempo, que ahora sentíamos que teníamos que recuperar esos días, esos meses, esos dos años de estar separados.

Nunca me hubiera imaginado lo cariñoso que Max podía ser.

Siendo sincera, con ese gesto suyo tan hosco, y su tan poca paciencia, pensaba que por más que me demostrara en miles de maneras que me quería, no sería... bueno, no sería tan mimoso, y yo no hubiera tenido problema. Yo era ya muy mimosa por los dos.

Pero me había sorprendido.

Me sorprendía todos los días cuando me despertaba con besos, paseando su nariz por mi cuello antes de abrir los ojos. Cuando me abrazaba por detrás

y me susurraba al oído cosas preciosas, o cuando me veía editando videos en el sofá, y se acercaba con un libro, pegándose a mí hasta que muchas veces nos quedábamos ahí dormidos muy juntos.

No lo sabía, pero era de los que les gustaba andar de la mano a todas partes, así fuéramos a hacer las compras, o a trabajar en la agencia. Y no solo era sujetarse sin más, no. Él entrelazaba los dedos, y cada tanto, distraído, acariciaba los míos o se los llevaba a los labios para besarlos.

Y cuando no nos veíamos, también estábamos juntos. Aunque esa semana no se había dado mucho, él encontraba el modo de hacerme compañía.

Aunque solo fuera con un mensaje... Y lo bonito que escribía... Siempre me hacía sonreír.

---Están ñoños insoportables. -- había dicho mi amiga una tarde, cuando vio que me despedía de él con un "te quiero", y respondía "yo más" entre besos. Y yo me reí, porque no podía ni quería discutirlo.

Vero ponía los ojos en blanco cuando le explicaba que sus besos siempre habían sido para mí mucho más que besos. Eran magia pura. No me había pasado con nadie... Y sí, había besado a otros. A un montón de gente había besado. Hombres y mujeres.

Y aunque nunca había sido algo desagradable, eran solo eso. Besos vacíos.

Nada que me hiciera flotar del suelo y olvidarme que lo que me rodeaba, existía. Nada que me despertara esas ganas de tirar de él, pegarlo a mí y fundirnos si era posible. Nada que me hubiera provocado ese calor por dentro, volviendo imposible frenar... necesitando llegar al final.

Ningún beso que me diera tanta vida, como los que me daba él.

Perdón, pero es que hasta creía que nosotros dos éramos especiales, y nadie más podía sentir lo que nosotros cuando nos besábamos. No podía ni imaginarme que nadie más tuviera esto, que yo sentía tan único.

Max también lo creía, ojo.

Me repetía que nunca le había pasado esto con nadie, y que a veces se sentía un adolescente cuando lo miraba. Que le ponía el corazón a latir a mil por hora cuando lo besaba, y que cada vez que estábamos juntos me quería más. Aunque pensaba que ya era imposible hacerlo.

Nunca había conectado como conmigo, y sí, a veces salía a flote el tema, era inevitable. Y las comparaciones odiosas, pero es que había estado a punto de casarse con otra, y ni con ella decía haber sentido que el estómago se le hundía de la emoción con cada "te quiero".

---Con ella estaba bien, estaba tranquilo, pero no es lo mismo. -- me decía.
---Oli me bajaba a tierra, entre tanta locura, en mis momentos de más dolor...
Pero vos, Delfi. -- susurraba cerca de mis labios. ---Con vos, vuelo.

Y yo me derretía, claro. ¿Cómo no iba a hacerlo?
¿Cómo no iba a olvidarme a veces de todo?

Esa mañana, había sido una de las especiales.

Una de las que en la cama se nos pasaban las horas después de que el sol saliera, y ninguno encontrara las fuerzas para levantarse. Salir del calor de las sábanas y mantas, parecía tan difícil... Afuera el día estaba gris y era lunes, lo que lo hacía todo más complicado. La cafetera estaba funcionando, pero separarse del otro parecía una tortura por la que ninguno quería pasar.

Estábamos abrazados.

Entrelazados de todas las maneras posibles, boca arriba, bromeando con la cara de enojo con la que mi gata Moona miraba a Max a mi lado en la cama. Como si supiera que había llegado para ocupar su lugar, y no estuviera nada feliz con el cambio.

Él, que era el que tenía que soportar los estornudos y los ojos llorosos no se quejaba, claro, porque en definitiva, era el espacio de mi pequeña. Era él quien estaba irrumpiendo en su territorio.

Y yo...

Yo no podía ser más feliz.

Perdón, Moona... pero es que tenía el corazón tan lleno, y la panza tan colmada de emociones, que no podía más que sonreír. Sonreír cada vez que él recorría mi espalda con sus manos enormes.

Sonreír por lo linda que se sentía su voz llenando mi habitación. Esa voz rasposa tan profunda que me ponía la piel de gallina...

Sonreír con cada una de sus hermosas carcajadas. Otra cosa que estaba descubriendo de Max es que tenía una de las risas más contagiosas que había escuchado. Enorme, ruidosa... de esas que hacen cosquillas por todo el cuerpo. No eran algo común, porque así era él. Comedido, tan correcto siempre. Tan compuesto, que cuando en la intimidad se empezaba a soltar, era para quedarse mirándolo cuando lo hacía.

Y ahora nos estábamos sonriendo los dos.

Era uno de esos momentos perfectos... definitivamente esos en los que uno lo olvida todo.

Por lo menos hasta que algo rompía la magia y nos devolvía a la realidad.

Su teléfono comenzó a sonar. Una alarma de su agenda, de algo que tenía programado ese día, y a juzgar por lo cómodo que estaba aun recostado, había olvidado por completo.

Lo miré confundida, porque sabía que esa semana la teníamos más o menos libre de compromisos laborales. Por lo menos él...

Pero al acercar su teléfono para que dejara de sonar, pude ver en la pantalla algo que me sacó todas las dudas.

"Ecografía"

Solo eso ponía, no hacía falta más.

---No llego. -- escuché que decía, perdiendo el color en el rostro, y corriendo al baño mientras agarraba algo de ropa en el camino. ---La puta madre, me había olvidado que hoy era lunes.

Sujeté las emociones que estaban pasando por mi cuerpo en esos momentos para más luego y cerrando los ojos propuse.

---Te llevo en el auto. -- me cubrí los ojos con un brazo. ---Llegamos en cinco minutos.

---Mmm. no sé. -- dijo alzando la voz para hacerse escuchar sobre el agua de la ducha. ---No me parece que ...esté bien.

---Te dejo en la puerta, Max. -- dije un poco seca. ---No voy a entrar con ustedes y sujetarle la otra mano a Olivia.

Y no me hizo falta escucharme decirlo para saber lo mezquina que acababa de sonar. Me arrepentí casi al instante.

Un minuto de silencio, seguido por la ducha cerrándose.

Otro minuto, larguísimo, hasta que salió de allí a medio vestir con gesto contrariado.

---No es lo que quise decir. -- dijo ceñudo y yo quise comerme la lengua para no volver a hablar.

---Ya sé, perdón... yo. -- empecé a decir, pero me interrumpió.

---Es el hospital donde ella trabaja, y seguramente si vamos en tu auto nos vea algún fotógrafo o periodista de algún medio y nos esperen a la salida. Ella tiene que seguir yendo todos los días...

---No tenés que explicármelo, perdón. -- me senté en la cama y avergonzada me cubrí el rostro con las manos. ---No sé por qué dije eso, no me hagas caso.

---Sé que todo este tema ...es complicado para nosotros. -- siguió diciendo sentándose a mi lado. ---Pero si tenés algo para decirme, por favor que no sean indirectas. Prefiero que te saques todo del pecho, Delfi.

---Esto no debería molestarme. -- dije bajito.

---Pero te molesta. -- terminó de decir él. ---Es parte de nuestra realidad, no quiero que se vuelva un tema tabú.

---¿Cómo va a ser tabú? -- dije y sorbí por la nariz de manera poco femenina, intentando reprimir las lágrimas. ---Es tu bebé.

---Desde que vine de mi casa el jueves, no salió el tema ni una sola vez. -- comentó y yo suspiré porque por supuesto lo había notado... pero esperaba que él no. ---Me encantaría poder compartir esto con vos también, pero si no estás lista también lo entiendo. Tal vez necesites tiempo.

Sus ojos ahora verdosos al mirarme con tanta dulzura calaron en lo más profundo de mí, llenándome de culpa de la fea. De la más amarga. Tiempo...

La vida no iba a detenerse a esperar a que yo estuviera lista para sus desafíos y reveses. Tampoco yo me quedaría solo esperando a que las nubes pasaran, eso era algo que tendría que tener a estas alturas más aprendido. Olivia estaba embarazada, lo aceptara yo o no, y él iba a ser padre en meses. Ya estaba hecho.

Tocaba hacerle frente a la realidad.

Miré el reloj que tenía en la mesilla de noche y más me angustié.

---Tiempo es el que no tenés, Max. -- le dije señalándolo. ---Si no te apuras, vas a llegar tarde de verdad.

Se sobresaltó por un instante y miró su propio reloj con cara de preocupación, aunque todavía sin querer dejarme mal tras la conversación. No quería dejar las cosas mal entre nosotros.

Aun cuando yo estaba siendo de lo más injusta.

---¿Estamos bien? -- preguntó buscando tranquilidad en mis ojos.

---Si. -- afirmé y me acerqué para dejarle un pequeño beso en los labios antes de sonreírle. ---Me tomó por sorpresa tu alarma en el celular, y dije lo primero que se me cruzó por la cabeza. Yo también quiero que compartas esto conmigo. -- dije y sonrió.

Aunque todavía no sé cómo... -- es lo que me callé en esa frase. Porque éramos una pareja, y teníamos planes de seguir siéndolo. Así que su hijo iba a cambiar las cosas, y también sería alguien permanente. Como lo iba a ser Olivia en su vida al ser la madre...

Lo que me costaba ver era *mi* lugar en todo esto.

Máximo

No me gustaba cómo había dejado las cosas en casa de Delfi. Sentía que en su respuesta de la mañana había salido a relucir mucha de la bronca e impotencia que tenía con toda esta situación. Y la entendía... Vaya si la entendía.

Pero no podía hacer mucho más que estar a su lado y quererla. Era algo por lo que tenía que pasar para procesarlo, no nos quedaba otra.

Yo ya estaba seguro de que era la mujer de mi vida, y mi vida estaba a punto de cambiar para siempre.

Llegué casi a las corridas, pero Oli aun estaba en la sala de espera junto con otras veinte personas.

---Tranqui, está retrasada la doctora. -- me sonrió al verme agitado.

Asentí dejando escapar todo el aire de golpe, y me senté a su lado después de saludarla con un beso en la mejilla.

---¿Cómo estás? -- pregunté estudiándola con la mirada. Se la veía algo más pálida de lo normal, y a lo mejor más ojerosa.

---Hoy bien. -- respondió arrugando el gesto. ---Pero hace días que me cuesta mantener la comida en el estómago.

---Las náuseas. --adiviné y ella asintió, resignada.

---Lo normal. -- comentó. ---Los primeros tres meses, por lo menos.

---¿Y no hay nada que puedas tomar? -- quise saber, con algo de angustia. ¿Era normal sentir culpa por los síntomas de embarazo de tu compañera? Porque de alguna manera, todo esto era por mí.

---No se justifica, es lo normal. -- se encogió de hombros. ---Voy a tener que ir a una nutricionista para que me de una dieta mejor, y cambiar un poco los hábitos alimenticios para que disminuyan. -- se rio. ---Pero no hay mucho que se pueda hacer.

---Perdón. -- dije y ella al principio no entendió por qué se lo decía. --- Ojalá sintiera yo las náuseas.

---Le puedo decir a tu mamá que te mande dos ollas de ese locro hipercalórico que hace para los nueve de julio. -- bromeó y los dos nos reímos. ---La última vez estuviste tres días en cama después.

---No me hagas acordar. -- dije echando la cabeza hacia atrás. ---Creo que todavía me duele la panza. -- agregué y me alegré al ver que de tanta risa, se le ponían las mejillas más coloradas.

---¿Le vas a contar a Virginia? -- preguntó ahora sin mirarme, haciendo referencia a mi madre.

---Si, quería hacerlo mañana. -- me rasqué incómodo el mentón, por hacer algo con la mano. ---Con una foto de la ecografía, si me puedo llevar una.

---Claro. -- asintió y un silencio enorme se instaló entre nosotros.

Quería llevarle una foto de su nieto, de mi hijo... O hija. ¿Y si era una nena? No. Algo me decía que sería un varón.

Estábamos a punto de verlo por primera vez. Lo conoceríamos.

---López Bernal. -- dijo la secretaria y los dos la miramos. Oli se puso de pie y la seguimos al final del pasillo. No voy a hacerme el valiente justo ahora negando que me temblaban tanto las rodillas que no sé cómo hice para llegar al consultorio sin derrumbarme.

Aquí íbamos.

Capítulo 36

Verónica

La recuperación de Pablo estaba siendo rapidísima.

En nada de tiempo, ya había podido volver a casa, y aunque le habían recomendado mucho reposo, él, cascarrabias, se las ingeniaba para dejar su cama y en muletas sacar a pasear a sus mil mascotas.

Si me preguntan, voy a negarlo, pero la verdad es que me había compadecido un poco de mi chico, y había tenido que sacarlos a pasear varias veces yo. Si.

Hasta los había bañado y todo. A los mil, que tal vez no fueran mil, pero cuando hacían lío, lo parecían.

Y para otras cuestiones, se las ingeniaba todavía más...

No teníamos aun el permiso de su doctor, pero era de suponer que apenas nos quedáramos solos en su casa tras tantos días de estar entre médicos y enfermeras, nos urgiera aprovechar esa intimidad y volver a estar juntos.

Esa noche habíamos cenado a las apuradas, y después con la excusa de quedarnos viendo películas, nos metimos a su cama ...y no pasaron ni quince minutos, que ya estábamos matándonos a besos.

Su barba crecida me raspaba el pecho mientras su boca buscaba quitarme el sujetador a mordiscos. No estábamos para sutilezas, quedaba claro.

Sentada a horcajadas de él, me contoneaba haciendo malabares para meter las manos entre nosotros y bajarle ese pantalón tan sexy de pijama que llevaba puesto. No tenía ropa interior debajo... y solo de verlo, ya me había acelerado.

Gruñó algo inteligible cuando me bajé despacio, dejando que entrara en mí por fin, de lo que solo pude entender "bebé"... y "mi amor."

Nos habíamos desatado, y por más que yo estaba encima para evitar que cualquier esfuerzo fuera a hacerle daño, la verdad es que estábamos poniéndonos muy brutos. Él tomándose de las caderas al mismo ritmo que sacudía las suyas hacia arriba y todo su abdomen brillaba de sudor, ...y de marcas rojas que mis uñas le habían dejado tras rasguñarlos.

Las cabezas echadas hacia atrás y un coro de gemidos y jadeos que solo acallaban los maltratados resortes de aquella cama.

Estábamos a punto... Podía notarlo.

Nuestros cuerpos en tensión, y la cara que ponía Pablo... Si.

Cerré los ojos, dispuesta a disfrutar de aquel placer que tanto había echado de menos, y entonces algo pasó.

Como reventar una burbuja de repente, algo se rompió. Y no, no se asusten, que no le rompí nada a él de tanto meneo. Que sé de una amiga a la que le pasó eso con su chico y terminaron en urgencias, pero este no fue el caso. Ya bastante roto había estado el pobre este último tiempo.

Algo se había roto en mí, y había sido el momento. Como caer en picada cuando ya estaba lista para llegar, pero quedarme más fría que un témpano.

Me resistí, por supuesto.

Me moví encima de él, me recreé en su cuerpo, hasta puse una mano entre nuestros cuerpos y me toqué, pero no podía recuperarlo. Mi orgasmo se iba lejos, sin que yo pudiera hacer nada para retenerlo. Una lo sabe. Sabe perfectamente cuando no va a suceder.

Y no estaba sucediendo.

Pablo me miró mordiéndose los labios y yo...

Yo no encontré las fuerzas para negarle aquello que tanto había estado esperando después de la internación.

Chicas, esto está muy mal.

No lo hagan en sus casas, es una reverenda estupidez, pero como ya sabrán, estúpida soy un rato y ...no pude evitarlo.

Fingí.

Sé que están juzgándome, me da igual, no era la primera vez que lo hacía con otros chicos, y no sé decir si él lo notó.

Hice todo el circo. Me tomé de los pechos, gemí, dije su nombre, y después de ver que él quedaba exhausto y saciado, me dejé caer sobre su pecho y se lo besé diciendo que había estado genial.

Tal vez debido al cansancio o al efecto que empezaría a hacerle el calmante que tomaba para los dolores, se durmió demasiado rápido como para poner en duda mi actuación.

Con unos besos mimosos y algo murmurado a media voz, me acurrucó en su pecho y a los pocos minutos ya estaba soñando profundo.

¿Qué me había ocurrido?

Después de tanto tiempo, si algo no me faltaban eran ganas de estar con él, todo lo contrario. Estaba desesperada por volver a sentirlo, y la estábamos pasando tan bien...

Era como todas las veces en las que había estado con Pablo. Increíble. Pero entonces ¿por qué ese final tan inesperado?

Suspiré contrariada y con mucho cuidado de no despertarlo, me separé de su cuerpo un instante para levantarme. Necesitaba un vaso con agua.

Caminé por su casa sorteando todas las mascotas que descansaban en el piso rodeando la cama, y me dirigí a la cocina sintiéndome terrible.

¿Y si ya había comenzado? ¿Y si por fin empezaba a desencantarme, como me pasaba en todas las relaciones que tuve después de mi ex? No podía evitarlo aparentemente.

Llegaba un punto en el que comenzaba a sentirme cómoda, a gusto, y ahí moría todo mi interés. Primero era algún defectito, algún detallito en el que no éramos compatibles, a lo mejor hacía o decía algo que no terminaba de gustarme, y después lisa y llanamente me daban ganas de escapar.

Si, todos los que me conocían un poco me decían que era algo que hacía a propósito. Mi manera de auto boicotear mi felicidad simplemente porque estaba convencida de que no me la merecía.

Había sido el resultado de estar al lado alguien que me había convencido de lo poco que valía, y tampoco ayudaba el hecho de que me hubiera dejado de un día para el otro porque encontró a alguien mejor, más bonita y más joven... Con la que me engañó descaradamente después de todo lo que hice por él...

¿Era eso? Fini me había mencionado algo así. Algo que le pasaba a ella que le impedía bajar todas sus barreras y permitirse algo más con alguien, porque nunca se había sentido lo suficientemente atraída. Pero en el fondo era su poca estima lo que la hacía tan difícil de estimar al otro. Y mucho menos dejarse estimar. Sonaba raro, pero se lo había dicho su terapeuta.

¿Eso era lo que estaba haciendo?

Miré el reloj algo inquieta, pensando que tras lo ocurrido no iba a poder dormirme, y de todas maneras era temprano, por qué no aprovechar el tiempo para adelantar trabajo.

Abrí mi laptop y lo puse en mi regazo mientras me acomodaba en el sillón del living. No quería molestar a Pablo ni despertarlo, porque sabía que su medicamento le daba sueño y la recuperación lo dejaba agotado.

Fini tenía algunas presentaciones más y dos entrevistas importantes que aun no había terminado de organizar. Las fotos nuevas de la campaña, estrenando su nuevo look de pelo corto acababan de llegarme por correo electrónico, y habían quedado impecables. Salía hermosa en ellas, le iban a

encantar. Hasta podíamos usar algunas para sus redes sociales.

Asentí conforme al contestar el último email y después me quedé mirando la pantalla pensativa.

Me llevé una uña a la boca y la mordisqueé distraída...

Qué diablos.

Sabía perfectamente que página quería abrir.

Tomé aire con fuerza y tecleé su nombre en el buscador para ver las noticias que salían a donde se lo mencionaba.

Mierda.

Ahí estaba, sonriéndome desde la computadora. René. Mi ex.

No tenía idea de por qué quería verlo, pero desde que había tenido ese sueño, lo tenía atascado en la cabeza como si fuera una espina... Y no podía ignorar cierta vocecita allí que me decía que lo sucedido aquella noche con mi chico, también era por haberlo recordado.

Puto René, seguía dañándome la vida.

Sabía por los comentarios de varios colegas que la serie que él protagonizaba estaba en su mejor momento, y que lo habían visto yendo a demasiadas fiestas por estos días. De su novia, la modelito devenida en actriz, no se sabía mucho. Su papel en la novela había sido fugaz. *Probablemente porque se dieron cuenta de lo mal que actuaba.* -- pensé con maldad.

Ahora él...

Estaba exactamente como lo recordaba.

Con la misma media sonrisa y esa actitud suya tan arrogante. Los mismos ojos azules que congelaban el alma, capaces de mirar con tanta frialdad. Todavía me perseguía el recuerdo de aquella última conversación cuando me estaba dejando. No se le había movido un pelo...

Amplíé la foto de una de las notas que había abierto y me concentré en su rostro por unos minutos. Toda su cara en HD.

Estaba raro.

¿Se estaba inyectando Botox? ¿O era relleno en los labios? -- intenté adivinar inclinando la cabeza. Lo que le faltaba, realmente, para volverse menos humano, era tener cara de muñeco. ¿Alguna vez había estado enamorada de esta persona? ¿Cómo? Era atractivo, claro... Pero tan artificial.

Debo haber estado muy concentrada en mi análisis casi clínico, porque no

escuché los pasos a mis espaldas, ni noté cómo se apoyaba en el cabecero del sillón y miraba sobre mis hombros.

---¿Ese no es tu ex? -- dijo de repente, sobresaltándome.

Ya lo había visto, y no tenía ningún sentido ocultárselo, pero por supuesto, entré en pánico y cerré la tapa de la notebook, a la vez que me llevaba una mano al pecho por el susto.

---Eh ¿Qué? ¿Quién? -- pregunté haciéndome la distraída.

---El de la foto. -- contestó frunciendo el ceño. ---No me di cuenta de que te levantabas de la cama, los calmantes me dejan planchado. -- se rascó la nuca de manera adorable, y se sentó en el sillón a mi lado.

---No podía dormirme. -- dije evitando su mirada.

---¿Hice algo que te molestara antes? -- quiso saber, con cara de preocupación. ---Pensé que estaba todo bien entre nosotros, pero me despierto y estoy solo en la cama, y vos acá... -- señaló mi computadora.

---No hiciste nada. -- negué con la cabeza. ---Soy yo, que tengo la cabeza hecha un lío. No me hagas caso.

Pablo suspiró y me miró algo dolido mientras se reclinaba más en el sillón.

---¿Cómo me dijiste que se llamaba? -- preguntó.

---René. -- mascullé. ---Pero no tengo ganas de hablar de él, de verdad. Hacía tiempo que no tenía noticias tuyas, y un colega me hizo un comentario de su novela. Es por eso que entré a las notas de prensa. Curiosidad.

Asintió sin decir nada.

De hecho, se pasó unos cuantos minutos sin hablar. Se quedó mirando un punto fijo en la mesita ratona, perdido en sus pensamientos y yo a su lado, no sabía ni qué decir. El momento se estaba volviendo tan incómodo, que tuve que decir algo para romperlo.

---¿Estás enojado porque estaba buscando sobre él? -- Pablo negó con la cabeza.

---No, no. -- dijo y por fin me miró. Tenía la mirada triste y a mí se me partió el corazón. ---Es una persona que fue importante para vos, es normal que quieras saber de él.

---Tanto como saber de él, tampoco. -- me reí. ---Me dio curiosidad, se está hablando mucho de su carrera. -- aseguré, pero sintiéndome terrible y con la impresión de haberle mentado. Si, había escuchado esas cosas de él, pero también estaba el sueño que había tenido.

Y cómo me había sentido después de ese sueño...

---No quiero que sientas que me tenés que esconder cosas. -- comentó. --- Si estás pensando en él, si lo extrañas... -- empezó a decir. ---Yo sé que estas últimas semanas fueron muy complicadas para nosotros, con lo de mi internación...

---No, Pablo. -- tuve que interrumpirlo. ---No extraño a mi ex. -- aseguré. --Su recuerdo despierta cosas en mí, no te lo voy a negar. Pero no tiene nada que ver con lo que te imaginas.

---Lo quisiste mucho. -- sonrió con tristeza. Uno de sus gatos, creo que llamaba Bigotes, se acercó y se sentó en su regazo donde sabía que su dueño lo iba a recibir con mimitos.

---Lo quise, en pasado. -- contesté. ---Y también me hizo mucho mal. -- tomé aire. ---Pablo cuando me acuerdo de él, siento miedo. Tengo miedo de repetir la historia.

Me miró sin entender, así que tuve que seguir hablando.

---Después de estar con él, no pude mantener una relación con nadie y de alguna manera pienso que... No voy a ser capaz. -- confesé. ---Que lo que sea que me hizo esa ruptura, es demasiado para mí.

---Bebé, él no te arruinó para otros hombres. -- dijo alzando una ceja. --- Es atractivo, sí. Hasta yo puedo darme cuenta de que es un tipo... con facha. -- reconoció poniendo los ojos en blanco. ---Pero tampoco es para tanto.

Me reí de su comentario.

---No es por eso. -- negué con la cabeza. ---Honestamente, ya no me parece ni tan atractivo tampoco. Creo que se está inyectando botox. -- me señalé el contorno de ojos y él alzó las cejas sorprendido.

---Pero si es actor. -- dijo confundido. ---Si no puede expresar con la cara porque la tiene inmóvil, cómo hace para actuar.

---Es lo que menos se fijan cuando él está en escena. -- dije hastiada. --- Pero ese no es el punto... -- continué. ---El problema soy yo. Que siento que estoy por arruinarlo todo a cada rato. -- admití. ---Que cualquier día de estos, voy a pensar que esto no funciona, y la voy a cagar. Siempre lo hago.

---Hasta ahora lo venís haciendo muy bien... -- sonrió dejando de acariciar a Bigotes, para rozarme el brazo con dulzura.

---¿Y si en un futuro hago algo que ponga en riesgo lo que tenemos? -- pregunté con la garganta llena de angustia. ---No quiero hacerte mal, Pablo. Yo... te quiero. Mucho más, te amo.

La sonrisa que me dedicó, mezclada con el sonido de mi propio corazón

ante semejante declaración creo que fue lo que terminó por aflojar mis lágrimas, que comenzaron a caer por mis mejillas.

---El hecho de que te preocupe y de que no quieras hacerme mal, ya es buena señal. -- dijo con la voz bajita. acercándose de a poco a mi rostro para secármelo delicadamente con su mano. ---Y yo también te amo, bebé. --agregó soltando el aire con alivio. ---No sabés las ganas que tenía de decírtelo así. -- me reí, acurrucándome a su costado mientras me abrazaba. Bigotes, que no tenía problema en compartir el cariño, se hizo bolita entre los dos con un ronroneo. Ni se inmutó cuando empezamos a besarnos.

Desde esa noche, todas las inseguridades y los miedos, empezaron a parecerme cada vez más lejanos. Y mi departamento también, por lo que de a poco fui trasladándome hasta en unos días, mudarme con él. Mi novio.

Y por si se preguntan, esa había sido la primera y la última vez que fingía con él. Ya nunca más se había repetido.

Tal vez Pablo tuviera razón.

Esta vez con él, era completamente diferente.

Capítulo 37

Máximo

Estaba en un momento rarísimo de mi vida.

Por un lado, iba a ser padre.

Acababa de ver a mi hijo --o hija-- en una ecografía, y había quedado totalmente impresionado con la imagen. Era tan pequeñito que aun no podían decirnos el sexo, pero con su mamá, lo único que nos preocupaba era que fuera sanito. O sanita.

Dios.

Había salido tan emocionado, que había querido ir a comprar de todo. Empezar a acondicionar una habitación en mi departamento, esa que usaba a veces como estudio. ¿Para qué quería un estudio? Podía escribir donde fuera. Pero un niño necesitaría espacio. Una cuna, su ropa. Tendría que comprar juguetes...

Era muy temprano, pero de verdad moría por buscar una camiseta de San Lorenzo de su tamaño, nada más para lucirla como el nieto de El Cuervo. A mí los deportes me daban lo mismo, pero mi viejo desde el cielo, no podía perderse algo así.

---No te adelantes tanto. -- había dicho Olivia, frenándome. ---Todavía no estoy de tres meses, cualquier cosa puede pasar. Por eso es que nunca se anuncian los embarazos tan temprano...

El solo pensamiento de que a ese bebé pudiera pasarle algo, me puso helada la sangre y creo que hasta me mareé. No.

De a poco me estaba haciendo a la idea de cómo cambiaría mi vida, pero si había algo que había aceptado era su existencia. Ese era mi hijo, iba a nacer, y lo amaría tantísimo... si es que ya no lo hacía.

---Puedo esperar unas semanas para empezar a comprar cosas, pero decirle a nuestras familias, eso me parece que podemos ir haciendo. -- dije estacionando en su cuadra tras la visita al médico.

---Eso si. Contá conmigo para decirle a tu mamá si querés. -- se ofreció. --
-Tal vez sea un momento íntimo entre ustedes, no me quiero entrometer, pero...

---Me encantaría que vengas conmigo. -- dije seguro. ---Sabes que mi mamá te adora.

---Y yo a ella. -- asintió. ---Max, hay algo que quiero que hablemos. Tenemos tiempo, pero recién cuando dijiste que querías conseguir una de esas cunas como las que había comprado tu amigo Simón...

---Son geniales, se desarman con un solo movimiento. -- expliqué con señas. ---Y después la podemos guardar. Imaginate que a alguno le sale un viaje, se puede llevar en el baúl del auto. Son muy prácticas. No te digo en una gira, aunque tendría que hablarlo con el equipo que se encarga de...

---Esperá, Max. -- alzó una mano. ---Acá nadie se está yendo de viaje con el bebé. -- cerré la boca y me quedé callado. Estaba acelerado, y me había adelantado demasiado. ---Nada de giras, esa no es la vida que quiero para él, o para ella. Va a estar con su mamá. Va a vivir conmigo.

Desvié la mirada al suelo por un instante.

Ni siquiera se me había ocurrido pensar que ese bebé no crecería a mi lado, pero ahora que lo pensaba era obvio. Con Oli no estábamos juntos, iba a criarse en un hogar de padres separados... y el peso de aquello acababa de caerme todo de golpe sobre los hombros.

Era lógico que viviera con su mamá la mayoría del tiempo, así tenía que ser, y eso significaría que me perdería de mucho. Ahora mismo a veces sentía que no estaba participando lo suficiente de este embarazo, pero poco era lo que se podía hacer. Era algo que estaba pasando ella y su cuerpo.

Yo no era ni su novio ya.

Tragué en seco, y debió verme de repente muy desanimado, porque enseguida cambió la cara, y se giró para mirarme de frente.

---Pero vos podés tener una de esas cunas en tu departamento para cuando te toque estar con él. -- sugirió con una sonrisa dulce. ---Me parece inteligente que cada uno tenga un espacio adecuado para el bebé, aunque claro, los primeros meses no sería aconsejable que durmiera lejos de mí.

---No, claro que no. -- estuve de acuerdo.

---Digo meses, pero pueden ser años. -- siguió diciendo. ---Todo depende del tiempo que le dé el pecho, que es algo que quiero hacer todo lo que me sea posible. -- indicó.

---De todas formas en estos meses tampoco querría ausentarme tanto. -- dije pensativo. ---Las giras y todo eso. No quiero estar lejos y perderme cosas.

---Nosotros vamos a estar bien, vos no deberías frenar tu vida ni por mi embarazo, ni después. -- aclaró. ---Ahora no tiene sentido que estés pendiente.

---Las visitas al obstetra, las cosas que puedan hacerte falta, el contarle a

nuestras familias y allegados. -- enumeré dolido. Me estaba empezando a desesperar que Oli no me necesitara para nada. ---Quiero estar con vos en este momento, compartirlo con vos, hacer planes. Ver crecer la panza...

---Max no quiero ser cruel, pero esas son cosas que se comparten en pareja. No es conmigo con quien tenés que hacer los planes. -- su mirada seguía siendo dulce, pero sus palabras bastante más duras. ---Si yo estuve de acuerdo en dejar que me acompañaras a la mayoría de las visitas médicas, fue porque sé lo importante que es para vos, pero por favor no mezclemos más las cosas. -- bajó el mentón con tristeza. ---Para mí todavía es difícil nuestra ruptura, está muy reciente.

Nada.

No pude decirle nada. Me había quedado mudo en el lugar sin saber qué hacer.

Tenía razón, y yo no podía ser egoísta. Esto no se trataba de las cosas que yo iba o no a vivir... Ahora lo más importante era ella y el bebé que venía en camino, yo tendría que acomodarme con el lugar que quisieran hacerme.

Era inevitable pensar en lo distintas que hubieran sido las circunstancias de no haber terminado. De no haber nunca vuelto a ver a Delfina...

Tal vez ahora estaríamos celebrando juntos haber visto que nuestro hijo crecía sano y yo hubiera llevado la mano a su panza con ternura... Queriendo estar cerca. Sacudí la cabeza.

No, no estaba confundiendo mis sentimientos para con Oli. Tenía claro que estaba enamorado de otra mujer con todas las fuerzas de mi corazón.

Pero no podía no preguntarme cómo hubiera sido si...

---Disculpa si algo de lo que dije te molestó, Max. -- se apuró en excusarse. ---No era mi intención, pero creo que es mejor que hablemos claro de todo para que esto funcione.

---Entiendo, Oli. -- le dije sintiendo el pecho pesado. ---No tenés que justificarte, tenés razón en lo que decís. Nunca pensé que mi participación pudiera hacerte mal. Es exactamente lo contrario a lo que quiero.

---Lo sé. -- sonrió. ---Nos vemos este fin de semana si querés que te acompañe con tu mamá.

---Creo que va a ser mejor que vaya solo. -- dije, cambiando de opinión. No tenía ningún sentido que nos presentáramos ahí los dos, ya bastante lío tenía yo... Llevar a Olivia sería confundir las cosas. Confundirla a mi mamá.

---Me parece bien. -- se acercó para darme un beso en la mejilla y se bajó del auto unos segundos después, para cruzar por la entrada de su casa.

Hasta aquí llegaban mis funciones como padre por hoy, parecía. -- pensé amargamente. ¿Qué tan duro se me haría en unos meses, cuando el que quedara de ese lado de la puerta, fuera mi hijo?

Bueno, Max. Toca hacerle frente a la vida que elegiste, porque la situación podía no ser la ideal, pero por primera vez, era la que había decidido para mí. Era lo mejor para todos.

Delfina

Entre presentaciones, más firmas de libros y compromisos laborales, habían pasado semanas a toda velocidad.

Con Max estábamos en esa etapa linda que todos llaman *luna de miel* en la relación.

Finalmente parecía que lo nuestro se había encaminado, y aunque nuestras agendas se estaban complicando, nos las arreglábamos para compartir momentos cada vez que podíamos.

Rara vez discutíamos, y si lo hacíamos, siempre era sobre un tema, y un tema en particular. Al principio yo no podía pero después fue él quien no quiso hablar más del embarazo de Olivia frente a mí. Desde aquella mañana en la que había reaccionado tan mal, la sola mención lo ponía raro, aun cuando ya le había dicho mil veces que era normal, y que siendo yo su pareja, muchas serían las veces que el tema saldría. Era una parte importante de su vida, y yo no quería quedarme fuera.

Porque a medida que los días iban avanzando, las visitas al médico iban en aumento, como así también los trámites que ya estaban haciendo... Ya les digo, tener un hijo no es nada fácil. Hay que hablar de tantas cosas... Desde el nombre, el apellido que llevará, qué obra social tendrá, quién se hará cargo de los gastos médicos, cómo comprarán las cosas que hacen falta, en qué fechas harían las clases preparto, porque ambos debían asistir. Qué tipo de parto prefería ella, cómo sería el proceso, si estaba a favor de la medicación para anestesiarse el dolor. Y sabía que la lista de cosas no terminaba allí, esas eran solo algunas que había escuchado por casualidad cuando él estaba al teléfono, porque conmigo no las hablaba.

Eran nueve meses de preparativos, y después toda una vida de cosas para preocuparse, pero qué quieren que les diga... Yo lo veía preparado. Sería un padre fantástico.

Ese día en particular estábamos en su casa, era domingo, y aunque nos habíamos ido a dormir muy tarde, se me había acabado el sueño y moría de hambre, así que me levanté dejándolo solo en la cama, y me paseé por su departamento para ver si encontraba algo para comer.

Abrí la heladera, y donde antes había pilas y pilas de cajas de comida rápida, botellines de cerveza, algún tupper de su madre y tal vez un pote de dulce de leche para cuando yo estaba de visitas; ahora había un poco de todo. Fruta fresca, verduras, una botella grande de agua y montones de comida sana hecha.

Abrí los ojos como platos. ¿Eso era una palta?

Sorprendida, abrí su alacena y allí era aun más impresionante.

Latas de legumbres, frutos secos, pan integral, arroz. *¿Quién era, y qué había hecho con Máximo?*

Sacudí la cabeza y fui hasta la cafetera, pero por poco me da algo cuando vi que no había ni un grano de café.

---Qué caraj...

---Lo tengo escondido. -- sonrió con los ojos algo entrecerrados todavía por el sueño. ---Oli viene después del turno de la tarde cuando tenemos alguna cita con su obstetra y si lo huele, se tienta. Yo siempre escribo con una taza al lado, y supongo que su olfato es mejor que el mío.

---¿No toma café? -- pregunté curiosa, viendo como Max se estiraba y sacaba una lata de un estante alto, con solo sus bóxers blancos.

---No puede. -- dijo sin dar muchas explicaciones.

---¿No es bueno para el bebé? -- insistí. Quería sacar el tema para que tuviera que hablarlo conmigo. Tal vez mi método no fuera el más sutil, pero necesitaba que dejara de ser el elefante en el cuarto. Era ridículo, solo hacía las cosas más difíciles, y yo me sentía más ajena de lo que ya estaba.

---No lo recomiendan. -- contestó de nuevo muy escueto, y me alcanzó la bolsa de café, apenas mirándome.

---Ahm... -- asentí. ---Y ¿Cómo lleva las náuseas, se marea todas las mañanas?

---No, ya no. -- respondió algo inseguro. ---En unos días entra en el segundo trimestre, y dicen que eso mejora.

---Eso es bueno. -- sonreí. No podía decir que entendía a lo que se estaba enfrentando Olivia, pero en mis peores épocas, comía hasta enfermarse, y recordaba que aquello era una pesadilla, así que me compadecía bastante de su situación. Aunque en su caso no era por enfermedad, si no por algo mucho

más bonito. ---¿Qué síntomas son normales en esta etapa? -- pregunté y de verdad quería saber. Quería que él me contara. Que me explicara todo eso que sabía que había leído en los libros que sabía que tenía, y que escondía en el cajón de su mesita de noche.

---Se tiene que empezar a notar más la barriga, a lo mejor lo siente y... nos vamos a enterar el sexo. -- dijo apenas capaz de contener la sonrisa. ---En las ecografías anteriores no se dejó ver bien.

---¿Ya? -- me tapé la boca con las manos. ---¿Qué quieres que sea?

---Delfi, no sé si quiero hablar con vos de estas cosas. Sé que lo preguntas con la mejor onda, pero... -- empezó a decir.

---Soy tu novia, ¿no? -- pregunté sentándome en la mesada, y haciéndole lugar entre mis piernas. ---Ojalá pudieras hablar de todo conmigo, y que no sintieras esta culpa...

Max sonrió resignado y me tomó por la cintura con una caricia.

---Es que siento que te duele. -- se encogió de hombros. ---Que el tema te hace mal.

---El bebé no me hace mal, y tampoco que Olivia sea su mamá. -- dije, mirándolo a los ojos. ---Me duele quedarme afuera de tu vida, y es eso lo que está pasando.

---No es fácil. -- suspiró, apoyando su frente en la mía. ---No sé cómo integrar todos los aspectos de mi vida, y que ninguno salga ...lastimado.

---Podrías empezar por presentarme a Olivia. -- sugerí con timidez. No sabía cómo se iba a tomar aquello. ---Quisiera saber más de ella, verla, en plan amistoso. Nada incómodo.

---No, nada incómodo. -- se rió él alzando una ceja. ---Va a ser super violento para todos.

---¿Y cómo vamos a hacer más adelante? -- quise saber. ---Ella no va a dejar a su hijo en tu casa cuando yo esté acá. No puede confiar en una desconocida.

---Falta muchísimo tiempo para eso. -- dijo y me pareció que perdía un poco el color en las mejillas. ---Además yo pensaba que no te gustaban los bebés. -- agregó, aliviando el ambiente con un besito en la punta de mi nariz.

---¡Yo nunca dije que no me gustaran los bebés! -- me reí, contagiándolo. --Que yo no quiera tenerlos, no quiere decir que no me parezcan lo más lindo del mundo. Te recuerdo que en poquito tiempo voy a ser tía, y ese bebé va a ser el sobrino más mimado que exista.

---Igual, creo que tenemos aun unos cuantos meses para que se conozcan, y

para que todo se dé de manera natural. -- opinó abrazándome por la cadera. --- Pero si querés conocer a alguien, te puedo presentar a mi mamá.

---¿Tu mamá? -- pregunté algo asustada. Sabía lo importante que era esa mujer en su vida... Si le caía mal a ella, estaba segura de que podía ir olvidándome del hijo.

---Si, ya es hora de que vayas a casa. -- asintió animado.

---Está bien. -- me escuché decir con un hilo de voz, y una sonrisa que me quedó de lo más forzada.

La sonrisa de Max se ensanchó y me cargó así como me tenía sujeta, haciéndome dar vueltas de la emoción.

Minutos después, había agarrado el teléfono y ya le estaba llamando para organizarlo todo.

Y yo...

Yo me terminé el café de un solo trago, quemándome por completo hasta las entrañas.

Capítulo 38

La idea de Max era que conociera a su madre ese domingo en un almuerzo en su casa, pero yo hice hasta lo imposible por convencerlo de que no era lo mejor.

Faltaban unos días para el cumpleaños de él, y pensaba festejarlo invitando a sus más allegados a comer... ¿Qué mejor ocasión, que una en donde toda la atención no se centraría en mí? Así, de paso, mataba dos pájaros de un tiro.

Conocía a su mamá, a sus amigos, y a sus parejas. Y todo en un contexto de celebración en donde nadie se pondría demasiado inquisitivo, para no hacerle pasar un mal momento al cumpleañosero.

Sabía porque él me lo había confesado, que yo no era la persona favorita de Benicio y Simón, y me parecía comprensible. Máximo también la había tenido difícil con Tati y Franco, sin ir más lejos.

Habían visto a su amigo pasar una mala época tras nuestra ruptura, y que ahora volviera a verme, les parecía una pésima idea. Habían querido convencerlo muchas veces de que estaba equivocándose y que no debía dejar a Olivia... Sobre todo cuando se enteraron de que estaba embarazada.

Oh Dios, me odiarían.

¿Y su madre?

Ella es la que más me preocupaba.

Recordaba que unos años atrás, él me había dicho que nos parecíamos en muchas cosas, y hasta compartíamos algunos rasgos en común que podrían habernos acercado en las circunstancias normales... Una chica conociendo a su suegra...

Pero las circunstancias no eran normales.

Para empezar por cómo se había enterado de que estábamos de nuevo juntos, viéndonos en la portada de una revista de espectáculos. Y para hacerlo todavía peor, estaba el hecho de haberse enterado hacía unos días de que iba a ser abuela.

Max me había contado que había llorado con emoción por horas. Estaba tan ilusionada con su próximo nieto, que ya le estaba tejiendo escarpines y mantitas. Llevaba tiempo ganas de ver a su hijo siendo papá, y la noticia le había alegrado el año.

Y yo no solo no era la nuera aquella que la haría abuela, a la que ella tanto

adoraba y había conectado tan perfectamente; si no que era una chica con la que Max había casi salido dos años atrás, por la que había sufrido por meses y que además no quería saber nada con darle otros nietos para vestir escarpines.

Siempre sería eso ante sus ojos.

Siempre sería la mala decisión de su hijo, porque en el fondo, con quién debía estar era Olivia.

Ni yo entendía todavía qué hacía conmigo.

Si, sabía que era por amor. Por supuesto creía que él me quería como yo lo quería, y no me malinterpreten, me hacía feliz que así fuera. Pero si me preguntan el porqué...

No creo que pudiera dárselos.

Los preparativos para su cumpleaños fueron un poco caóticos, porque los dos estábamos tapados de trabajo, y entre una cosa y otra, no conseguimos ningún lugar que pudiera hacernos una reservación con tan poco tiempo de antelación. Por cuestiones de seguridad, donde nosotros salíamos, y sobre todo juntos, se llenaba de gente y requería contratar seguridad, y toda una movida que sería de lo más inconveniente. Así que decidimos que lo más cómodo sería que fuera en su casa.

Había preguntado a Max si invitaría a Olivia, porque me parecía que correspondía que fuera parte del festejo, pero me dijo que ya lo había hecho, y ella se había negado educadamente.

---Me dijo que de todos modos a la hora que cenamos ella últimamente ya se está yendo a dormir. -- dijo excusándola. ---Que no puede comer casi nada que después no le cause acidez, y así pudiera, no se sentiría muy bien.

Y yo había asentido sin decir nada, sintiéndome cada vez peor.

Ahora con más razón su madre y todos sus amigos pensarían que era una intrusa. Literalmente había tomado su lugar.

La madre de su futuro hijo no podía venir porque yo, la noviecita estaría. Uf.

Esa mañana revisé frenéticamente mi guardarropas buscando algo para ponerme. Quería no parecerme tanto a Fini, la youtuber, que seguramente hubieran visto en la tele o mis videos.

Mis videos...

---¿Tu mamá vio alguno de mis videos? -- pregunté a Max con cara de

pánico. Él estaba trabajando desde su computadora en mi cama y me miró con una sonrisa torcida.

---No es exactamente una de tus *lunitas*. -- respondió, refiriéndose al sobrenombre que tenían mis seguidoras. ---Pero algún video le puedo haber mostrado. En los que yo salgo, esos si se los vio a todos.

Me cubrí la boca con las manos.

---Debe pensar que soy una trastornada. -- me miré en el espejo. Llevaba solo la ropa interior, porque no lograba decidirme por ningún atuendo aun. --- Y con este pelo...

Me miró frunciendo el ceño.

---¿Qué tiene tu pelo? -- preguntó.

---Es rosado. -- contesté.

---¿Recién te das cuenta? -- se rio. ---Delfi, sos preciosa así como sos, y mi mamá no va a pensar otra cosa.

---¿Y si piensa que soy una tonta? -- pregunté por lo bajo, intentando peinarme con un moño bajo y recatado.

---Nunca pensaría eso. -- respondió, acercándose.

---Vos lo pensaste cuando apenas me viste. -- dije, dejándome abrazar por detrás, mirándonos en el espejo. Éramos tan diferentes que la imagen que nos devolvía, hasta daba gracia.

---Y me bastó con conocerte para darme cuenta de lo equivocado que estaba. -- me besó en el cuello. ---Un poco de nervios por conocer a mi mamá está bien, yo también los sentí cuando conocí a tus viejos en el Sur... Pero esto no. No me gusta que digas esas cosas de vos. -- sus manos se pasearon por mi cintura muy suavemente.

---Es que tengo miedo. -- admití. ---Tengo miedo de no gustarle.

---Me gustas a mí, y te gustas a vos misma. -- me hizo ver, corriendo hacia un costado mi cabello y dejando un camino de besos en mi nuca. ---Los demás no importan.

Sonreí cuando la punta de sus dedos desprendieron mi corpiño con habilidad, apenas haciéndome cosquillas, y suspiré cuando este cayó al suelo dejándome casi desnuda.

Sus manos se apuraron en cubrir la piel que había quedado descubierta, y me moví para pegar mi cadera con la suya sin poder evitarlo. Giré apenas mi rostro y nuestras bocas se encontraron a mitad de camino en un solo movimiento.

Una de mis manos se perdió en su cabello, acariciando su suavidad, y

enredándose entre los mechones para profundizar ese beso cada vez más.

Oí que se desprendía el cierre del pantalón y jadeé de expectación.

Por lo visto no iba a preocuparme por qué atuendo ponerme, por un buen rato.

Máximo

Nunca la había visto tan nerviosa.

Se movía de un lado al otro en la sala, y la había visto cambiarse la ropa por lo menos tres veces. En la última hora.

Llevaba puesto un vestido con caída rosa palo muy sobrio para su gusto, salvo por el escote en pico y las transparencias, pero no pensaba hacer ningún comentario ni en broma. Estaba preciosa, y seguro se lo tomaría como una crítica.

No había sido suficiente con lo que le había dicho. Ni siquiera cuando intenté convencerá a besos de lo maravillosa, y de lo hermosa que era.

Había puesto todo mi cuerpo y todo mi corazón, pero aun después de amarla de todos los modos que conocía, ella seguía temblando como una hoja.

Tal vez debería empezar a esconderle el café a Delfina también.

Estaba que trepaba las paredes.

Y yo...

Bueno, yo tampoco podía decir que estaba super relajado. Mis amigos no la odiaban, pero definitivamente no estaban emocionados con nuestra relación, y Simón, que acababa de ser padre, no entendía qué estaba haciendo que no volvía con Olivia.

Y mi madre... Ella tenía un lío en la cabeza.

Quería verme feliz, y sabía porque yo se lo había dicho, que Delfina era mi felicidad, no Oli... Pero su nieto tiraba más fuerte, y como ya me había dicho en un par de oportunidades, aun guardaba las esperanzas que de aquí a un tiempo, entráramos en razón y nos diéramos una nueva oportunidad.

Por supuesto que no le había dicho nada de esto a mi chica, no quería ponerla peor, pero era un escenario bastante complicado al que nos enfrentábamos ese día.

Me retorcí las manos con fuerza.

Mierda.

Justo ahora que había decidido dejar de fumar, moría por algunas caladas.

Unas rápidas que le quitaran un poco la electricidad al momento.

El timbre sonó y creo que los dos saltamos del susto.

---No nos volvamos locos. -- dije levantando las manos. ---Seguro es el del delivery, todavía es temprano.

Delfina asintió y salió corriendo a la habitación, donde tenía sus cosas. Si volvía cambiada una vez más, tendría que cerrar con llave esa puerta...

Habíamos pedido pizza, empanadas y sushi, porque con esa combinación era imposible fallar, y habíamos llenado la heladera de cerveza, gaseosas y dos o tres vinos, cosa que seguramente se consumiría aquel mismo día.

Delfi había llevado cosas dulces hechas por ella misma. Tortas, alfajores de maicena, masitas y galletitas con chispas de chocolate. Eran sus preferidas, y según decía, con el chocolate uno no podía equivocarse, así que eran lo único de lo que estaba segura.

Gracias a su canal de YouTube, había aprendido a hacer todo tipo de postres caseros y en ocasiones como estas, podía lucirse. Realmente esperaba que los brutos de mis amigos o sus chicas le dijeran que estaba todo buenísimo. -- pensé mordiéndome los labios, pensativo. Había puesto tanto esmero en que todo saliera bien..

Y horas después, la gente empezó a llegar.

Los primeros, habían sido algunas personas de la agencia, con quienes más relación tenía, mi agente, y Benicio con Catalina, que traían más bebidas a modo de regalo.

Estos últimos estuvieron haciendo bromas sobre los años que cumplía, y lo viejo que estaba, porque para qué están los amigos si no es para esas cosas. Esas, y decirle a Delfi que se buscara un novio más joven, que yo hasta tenía canas. Quería matarlos, ni siquiera eran tantas. Qué serían, unas tres...

Cuatro tal vez.

Ella por suerte, entendió enseguida su sentido del humor y les siguió el juego un poco, divertida, para después susurrarme al oído lo mucho que esas canas le gustaban, mientras acariciaba mi nuca con la yema de sus dedos.

Simón y Francesca llegaron un rato más tarde, excusándose por el retraso ya que habían dejado a su bebé recién nacida con su abuela, y tampoco podrían quedarse demasiado. Sonreí con ternura por la cara de cansancio que traían, ansiando con todas las ganas llegar a donde ellos estaban. Se los veía,

totalmente plenos.

Mi madre llegó casi con ellos, y como es costumbre, traía su peso en tupperes llenos de comida para el festejo, pero para que después me quedara porque yo nunca comía bien. Claro, que eso era antes.

Ahora a duras penas se hizo lugar en el refrigerador para guardarlo todo, de tantas cosas sanas que tenía. Me hubiera gustado capturar en una foto el rostro de sorpresa que se le quedó cuando vio el cambio.

La presentación con Delfi había sido corta, pero muy amorosa.

Es que mi madre era así.

Puro amor para con todos los que la rodeaban, rara vez caía mal, porque era como si la rodeara un aura de calidez, simpatía y paz que era difícil de romper.

Dimos buena cuenta de la comida, y las conversaciones se fueron dando de manera fluida, una encima de la otra, como era normal cada vez que se juntaban varios grupos de personas en un mismo evento. Delfi estaba sonriente, y me gustaba ver que había conectado con Catalina, la novia de Benicio, además de hacer algún comentario por aquí y por allá, cuando alguien más hablaba.

Respiré aliviado y contesté a algo que mi madre me había preguntado sin dejar de mirar a mi chica.

---Es bellísima. -- dijo también mirándola y yo asentí. ---Y muy joven también. Entiendo por qué todo esto puede ser demasiado para ella, Max. Tenele paciencia, parece una buena chica.

---Lo es. Muy buena. -- estuve de acuerdo. ---Pero ahora parece estarlo llevando mejor, creo. Hace unos días me hizo preguntas sobre el embarazo de Olivia.

---Eso es muy buena señal. -- me sonrió. ---Es un compromiso gigante estar con alguien que tiene hijos, tengan la edad que tengan.

---No sé cómo vamos a hacer. -- confesé en voz baja. ---Vivo con miedo de que cambie de opinión, o de que le parezca mucho y yo no pueda hacer nada. -- la miré nervioso. ---Si no sé manejar mis tiempos y...

---Vas a hacer lo que puedas. -- me tranquilizó tomando mi mano entre las suyas como hacía desde que era un pequeño. ---Sé que vas a poner lo mejor de vos, y si ella te quiere lo va a ver.

---¿Y Oli? -- pregunté. ---Tampoco quiero fallarle a ella y no sé cómo

hacer.

---Olivia es una chica estupenda. -- dijo con una sonrisa triste. ---Y no te creas, todavía me duele en el alma que lo de ustedes no pudiera ser, y que mi nieto no crezca con sus padres juntos, pero... -- se encogió de hombros. ---Las cosas son como son.

---Amo a Delfina. -- dije con firmeza.

---Lo sé, mi amor. -- suspiró resignada. ---Pero también sé que ella es aun una chiquilla, y vos pronto vas a pasar por cosas que te van a cambiar por completo. La vida tiene mil vueltas y uno nunca sabe.

---Yo sí sé. -- discutí, obstinado. ---Y así las cosas con ella no funcionen, con Olivia no funcionarían nunca porque no nos queremos.

---Max, estábamos diciendo que sería una buena idea hacer un asado con la gente de la universidad a fin de año. -- interrumpió Benicio, salvándome de aquella charla incómoda sin saberlo. ---Se cumplen diez años de que la mayoría se recibió, estaría bueno.

---Diez años... -- murmuró Simón, impresionado. ---Dónde se fue el tiempo, por favor, qué anciano me siento.

---Todos casados, con hijos, y pocos si no ninguno, dedicándose a la carrera. -- se rio Benicio.

Unas risotadas más, algunas anécdotas de gente que conocíamos y que habíamos pedido el rastro... y no tenía idea de cómo, pero la conversación comenzó a girar en torno a lo que más me temía. Bebés.

Francesca contaba para todos su experiencia, y aunque por un lado quería cambiar de tema para que Delfi no empezara a sentirse mal, por el otro, quería escucharlo todo y hasta tomar nota de lo que decía.

Mi amigo hablaba con una devoción de la paternidad y de las cosas que había vivido en esos meses, que se me ponía la piel de gallina.

Cuando Benicio y Catalina dijeron que el año siguiente comenzarían a buscar un embarazo juro que hasta me atraganté con la bebida. No podía creerlo. Benicio, justamente.

Mi madre, sensibilizada como estaba sobre el tema, había contado con lujo de detalles cómo había sido su embarazo, su parto y criarme a mí hacía ya treinta y cinco años.

Los del trabajo se habían ido, así que se podía hablar con total libertad, y por supuesto Olivia salió a colación, y cómo estaba llevando ella los síntomas y esas cosas.

Yo contestaba como podía, pero a la vez, no descuidaba a Delfina que sonreía todo el rato, pero sin decir nada. No la veía mortificada por tener que estar escuchando a mi familia y amigos del bebé, pero suponía que algo tenía que estar sintiendo...

¿Qué podía hacer?

Si me preguntaba, iba a tener que responder.

Además, tenía tal nivel de ansiedad, que hablar con ellos me estaba haciendo muy bien. Me estaban calmando algunos de mis miedos, y estaban contándome cosas que yo ahora sí podía relacionar con lo que ya veníamos viviendo en el embarazo. Fran, había elegido el mismo obstetra que Oli, y al parecer, estaba muy conforme con su forma de trabajar.

Simón comenzó a contar cómo es que se habían dado cuenta de que estaban esperando un bebé, y creo que ese fue el instante en que a Delfi la cara comenzó a cambiarle.

---No es que lo buscáramos, pero habíamos dejado de cuidarnos. -- contó mi amigo. ---Y una mañana la vi pálida sin poder pasar ni el café del desayuno y simplemente lo supe.

---Me acuerdo de que empezaste a hacer cuentas en la mesa, y sabías exactamente qué noche fue que lo concebimos. -- se rio. ---Te pido por favor, que aunque estamos en confianza, no cuentes toda la historia como haces siempre, que no sé dónde meterme. -- se rio.

---Es que estábamos metidos en casa de su mamá, era navidad. -- dijo el otro entre risas. ---No podíamos hacer ni un ruido, porque allá las paredes son finitas como el cartón, pero habíamos tomado tanto vino... Al día de hoy no sé cómo la puedo mirar a la cara.

---Simón. -- lo regañó, tentada de la risa.

---¿Vos Max? -- preguntó mi otro amigo, voy a pensar que sin darse cuenta de lo que estaba haciendo. ---¿Cómo se dieron cuenta ustedes de que Oli estaba embarazada? Porque Cata se juntó con ella cuando estabas de gira, y me dijo que la había notado rarísima.

Me aclaré la garganta cuando todos miraron al unísono la mesa, y además del codazo que su novia le pegó, no se escuchó nada más por un buen rato. Delfi disimuladamente se puso de pie, haciendo señas de que iba a por más comida, aunque no la había visto comer nada hoy. Mierda.

Clavé la mirada en mi amigo y él se encogió en el lugar susurrándome una disculpa que se la hice meter por ya saben donde.

Capítulo 39

Algunos minutos después, la seguí en la cocina, y la vi lavando los platos con tanta dedicación que cuando la abracé por la cintura con cariño, dio un respingo.

---Hey. -- dije para calmarla. ---No le hagas caso al boludo de mi amigo que no se dio cuenta. De verdad no lo hizo por maldad.

---No dijo nada malo. -- se encogió de hombros. ---Hizo una pregunta lógica, es normal que tus amigos quieran saber esas cosas...

---Mis amigos tienen que aceptar que vos sos mi novia ahora, y esos comentarios te pueden poner incómoda. -- discutí pero ella negó con la cabeza.

---Me vine a la cocina porque me di cuenta de que en esa conversación no tenía nada que hacer, pero vos necesitás tenerla. -- dijo mirándome con los ojos tristes. ---Max, a vos te hace falta hablar de tu bebé, y conmigo no querés hacerlo, por lo menos los tenés a ellos.

---Con vos quisiera hablarlo todo, pero me cuesta. -- confesé. ---Y sé que a vos también.

---Vayamos de a poco. -- sugirió y me dio un besito rápido en los labios. -- -Ahora anda, conversa con ellos, que yo voy en unos minutos. De paso me calmo un poco, porque me duran los nervios de haber conocido a tu mamá. -- agregó abriendo mucho los ojos.

Me reí de su gesto gracioso y le devolví el beso con ganas, girándola para poder abrazarla bien. No sabía qué había hecho para merecer estar con alguien tan comprensivo y compasivo como ella, pero definitivamente no quería hacer nada que fuera a arruinarlo. Íbamos a ir de a poco como ella decía.

Asentí y más tranquilo me fui al living con los otros invitados tras susurrarle a mi chica que no se tardara demasiado.

Delfina

Hasta ese momento el cumpleaños había sido de lo más agradable.

Creía haberle caído bien a sus amigos y sus parejas, y hasta tenía la impresión de que su madre me miraba con buenos ojos. Pero entonces salió el tema de Olivia y su embarazo, y simplemente no pude con ello.

Una cosa era querer hablarlo con Max y compartirlo con él en la

intimidad, y otra era ser testigo de cómo su familia y amigos hablaban de la madre de su hijo como si yo no existiera.

¿Celos? Tal vez un poco. Pero sobre todo esa sensación tan angustiada de estar de más. Sobraba en ese contexto, la verdad.

En esa conversación de bebés, barrigas y síntomas de embarazos, yo no podía participar, porque simplemente no sabía nada al respecto.

Resoplé pensando que cuando me juntaba con mi hermano y Tati ultimamente me pasaba lo mismo. ¿Es que la gente que espera bebés no sabe hablar de otra cosa? O es que yo estaba sensible y veía panzas por todas partes.

Terminé de lavar los platos y me quedé un rato con mi celular, contestando los mensajes que se me acumulaban en las redes sociales. Mis seguidoras estaban reclamando que hacía mucho que no subía un video contando sobre mi vida, y después de que ciertos rumores habían salido de mí y Max, exigían una respuesta.

Él había cedido en dejar de esconderse, y ahora todos en la agencia sabían que estábamos juntos, pero ¿y mi público? *¿Estaría de acuerdo con que yo lo contara?* -- me pregunté.

---Amor, me voy a acompañar a mi mamá que se va. -- me dijo una hora después, cuando estábamos tomándonos un café de sobremesa. ---¿Podrás llamar dos taxis para mis amigos?

---Claro. -- respondí. ---Me voy a buscar el teléfono que me lo dejé en la cocina.

Max asintió y se fue después de que todos nos despediéramos de Virginia con besos, abrazos cariñosos y la promesa de volver a vernos pronto. Yo avisé que iba a llamar los taxis y dejé a sus amigos en el living, sintiéndome aliviada de no tener que quedarme todo el rato con ellos sola.

La empresa de transporte me atendió unos cincuenta tonos después, y me pidió que tuviera paciencia ya que había mucha demora ese día. Los taxis tardarían en llegar.

Estaba por salir a avisarles, cuando escuché que en la sala, alguien había mencionado mi nombre. Hubiera quedado violento que saliera justo en ese momento, así que hice algo todavía peor. Me quedé escuchándolos.

---No me di cuenta de que estaba diciendo eso frente a ella, ¿qué querés? - se defendió Simón. ---Si dijo dos palabras en todo el día, es mucho. Me

olvidé completamente de que estaba.

---Qué bruto. -- lo criticó su mujer. ---A mí ella me pareció encantadora. Ese cabello que tiene me parece precioso... ¿Cómo me quedaría a mí un color así?

---Lindo, pero te echarían del trabajo. -- se rio su esposo. ---Esos colores dejáselos a los que no hacen nada, como esta chica, que vive de sus videos.

---Y gana el doble que vos. -- se burló Benicio con una risotada. ---A mí también me cayó bien, pero me da lástima Max... Está tan ilusionado con el bebé, y que no pueda hablar del tema porque la otra se siente mal...

Yo era la otra, suponía. El corazón me iba a toda carrera y tenía el estómago revuelto.

---Eso. -- estuvo de acuerdo Simón. ---A mí lo que me da es bronca. Él estaba perfecto con Olivia, y tiene que volver esta pendeja a hacerle líos en la cabeza. No está disfrutando el embarazo por su culpa.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

---Él la quiere a ella, no a Olivia. -- dijo una de las chicas. ---A mí Máximo no me da lástima. Que me perdone, pero si no quería que estas cosas pasaran, se hubiera cuidado. Es un irresponsable, y Oli está sufriendo como loca por toda esta situación.

---Ojalá entrara en razón y cortara de una vez con esta piba, pero está tan encaprichado... -- insistió Simón.

---Si con "esta piba" te referís a mi novia, te recuerdo que tiene nombre. -- dijo en ese momento Max que se ve que había entrado al departamento sin ser escuchado. ---Estas cosas se dicen en la cara, ¿no? -- reprochó sonando molesto.

Me dejé caer resbalando por la pared donde estaba apoyada y me sostuve las rodillas, conteniendo las lágrimas.

Desde el living ya no se escuchaba mucho, porque habían bajado la voz ahora, pero se notaba que estaban discutiendo de mala manera...

Cerré los ojos con fuerza, porque lo último que quería era que discutiera con sus amigos por mi culpa. Me sentía terrible. Cuando no sobraba, estaba metiéndome en medio de sus seres queridos. Ya lo había puesto, sin querer, en la situación de tener que elegir entre Olivia y yo. ¿Ahora serían sus amigos?

Dos portazos después, no se oyó más nada.

Levanté la cabeza para verlo entrar a la cocina con la mirada torturada. Se arrodilló donde yo estaba y me abrazó por los hombros con ternura.

---¿Escuchaste? -- preguntó, lamentándose.

---Un poco. -- asentí. ---Perdón, Max. Te juro que no sé cómo hacer para no complicarte las cosas, pero cada vez que estamos juntos...

---Los eché de casa. -- me interrumpió. ---Los mandé a la mierda y los saqué de casa.

---No, Max... -- lo miré llena de pena. ---Son tus amigos.

---Son unos pelotudos. -- dijo frunciendo las cejas. ---Creen que saben lo que es mejor para mí... Creen que se las saben a todas, pero no tienen ni idea. Nadie va a hablar así de vos.

---No dijeron nada... -- empecé a decir, pero él negó con la cabeza.

---Ni se te ocurra justificarlos. -- se apuró en decir. ---Si no te respetan, no quiero volver a verlos.

---Te estoy aislando de todos. -- pensé en voz alta. ---¿Qué estamos haciendo?

---Delfi. -- cerró los ojos, pegando su frente a la mía. ---Te pido por favor, que todavía me dura el enojo con estos idiotas... No hagamos esto. Ya sabés qué estamos haciendo. Yo te quiero más que a nada en el mundo, no me digas que todavía no te queda claro porque... -- suspiró moviendo mis cabellos. --- Ya no sé cómo hacer para demostrártelo.

Sacudí la cabeza y me aferré más a su abrazo. Tenía razón. Él estaba demostrándome que estaba intentándolo, no podía hacer que siguiera cargando con todas las presiones.

Que yo aun no encontrara mi rol en toda esta situación, no era después de todo problema suyo. Era el mío.

Ojala pudiéramos estar así como estábamos ahora mismo todo el tiempo.

Entre sus brazos me sentía segura, podía olvidar todo lo que nos rodeaba, sentía su amor y no necesitábamos nada ni a nadie. Cuando estábamos así, nada de lo que dijeran o pensaran los otros nos tocaba.

Cuando me cargó con delicadeza hasta su cuarto, y me llenó de besos en la oscuridad, mi mente ya no repetía la pregunta que se había hecho las últimas dos horas. Ya no hacía falta responderla.

¿Qué era yo en su vida? ¿Qué lugar ocupaba?

Cuando nos amábamos, parecía obvio que los dos pertenecíamos a donde el otro estuviera. Estaba dentro de mí, estaba en todas partes y yo formaba parte de él también.

Esa noche, antes de irnos a dormir, yo estaba acurrucada en su pecho y él

jugaba distraído con mi cabello. "Algodón de azúcar" decía que parecía, tal vez por el color, o porque de tanta tintura ya era hora de hacerme una nutrición o un tratamiento de keratina.

---A mi mamá le caíste muy bien. -- comentó como si nada, y yo me apoyé sobre mi codo para mirarlo a los ojos.

---Mentira. -- dije, pero él sonrió con fuerza asintiendo.

---Dice que sos muy hermosa y muy dulce. -- se encogió de hombros. --- Que le gusta que sea feliz, y me ve feliz a tu lado.

---Pensé que iba a odiarme. -- suspiré aliviada, besando su mentón, sin dejar de mirarlo.

---Ella no puede odiar a nadie. -- respondió. ---Y más allá de que quiere mucho a Oli, apoya lo que yo decida. Leyó tu último libro ¿sabías?

---¿Qué? -- chillé. Que mi suegra hubiera leído sobre mis problemas con la anorexia, la bulimia y la depresión, me hacía sentir extrañamente expuesta. Muchos lo habían leído, pero era algo tan íntimo. Era casi como si hubiera leído mi diario, lleno de vulnerabilidades y debilidades.

---Lo leyó hace unos días, cuando le conté que quería que la conocieras. -- comentó. ---Te admira mucho por todo lo que pasaste, pero no dijo nada porque no sabía cómo te lo ibas a tomar.

Me pasé una mano por la frente, abrumada.

---Menos mal que no me enteré esto antes de conocerla, porque me hubiera puesto todavía más nerviosa de lo que estaba. -- dije. Max me miró a los ojos con una sonrisa tierna y volvió a besarme.

---Estuviste genial con todos. -- me aseguró, acariciando mi rostro con sus nudillos. ---Pero ya sabía que les ibas a gustar. Están enojados conmigo y con mis decisiones, pero no tienen ningún problema con vos en realidad. A Simón la paternidad lo tiene un poco sensible.

---Tal vez en el tiempo, cuando me conozcan mejor... -- me aventuré a decir para que no olvidara un poco la pelea que había tenido con sus amigos. --A lo mejor aprenda a caerles bien después.

Max asintió y de un solo movimiento nos giró a los dos, poniéndose encima mío, con los codos a cada lado de mi rostro.

---Si te conocen mejor, te van a amar como te amo yo. -- dijo y la boca se me secó. Me derretía cada vez que me declaraba sus sentimientos con esa intensidad. Sus ojos verdosos conectaban con los míos y me leían hasta el alma. En momentos así, casi no necesitábamos hablar, las miradas lo decían todo. ---Bueno, no como te amo yo. Como te amo yo, no te van a amar.

---Solamente quiero que me ames vos. -- respondí mordiéndome el labio. Su respiración se aceleró cuando sus ojos bajaron de los míos a mi boca, y se quedaron ahí. ---Solamente vos. -- mi mano recorrió toda su espalda, aferrándose a su cintura. Lo quería ahora.

Solamente él podía hacerme sentir así.

Solamente él.

No estaría con nadie más.

Max tomó mi teléfono de la mesita de noche y me dio un beso largo y sensual. La cámara se disparó una, dos, tres veces, enfocándonos apenas con la luz tenue que nos alumbraba y después giró la pantalla para ver los resultados. En ellas, la escena además de íntima, parecía sacada de una sesión profesional. No sabía si era por la oscuridad, o por la manera en que nuestras bocas se sabían de memoria, pero por primera vez, nos veíamos como...

Hacíamos buena pareja.

Su piel morena, la mía pálida, así, casi en blanco y negro, era una obra de arte. Me gustaba lo que veía. Me gustaba demasiado.

---¿Puedo subir una de estas a Instagram? -- pregunté ilusionada. ---Si querés tapo algo, o le pongo algún filtro.

---Subí esa. -- eligió sorprendiéndome en la que se nos veía mejor. ---Y yo subo esta otra. -- dijo antes de volver a abrir la cámara. Enredó uno de mis mechones rosados en sus dedos y aprovechó un único rayo de luz que entraba por la ventana, que era del farol en la calle. Era perfecta.

No necesitaba ser explícita para hablar el mismo idioma de intimidad que la del beso. Con estas fotos estábamos saliendo del closet oficialmente. Como descripción los dos solo pusimos un corazón. ¿Qué otra cosa podíamos poner?

Una ola de adrenalina me recorrió al ver que la aplicación me avisaba que la foto había sido subida con éxito, y miré a Max que me sonreía de ese modo tan sexy que tenía él...

---¿Y si ahora apagamos un rato los celulares? -- sugirió alzando una ceja. ---Cuando tu agente y el mío vean las fotos y los comentarios en tus redes sociales empiecen a estallar, va a ser una locura.

---Va a ser una locura ahora, en media hora o de acá a dos días. -- me reí, ya adivinando las portadas de las revistas con nuestras fotos en la cama.

---Y está bien que se sepa de una vez que estamos juntos y estamos bien. -- dijo encogiéndose de hombros. ---Ya enfrentaremos esa locura después. -- bajó su rostro apenas hasta rozar mis labios con un susurro. ---Ahora quiero

que estemos solos.

Asentí con una sonrisa y apagando nuestros teléfonos, seguimos aquello que habíamos comenzado.

El mundo ya podía arder en llamas, porque nosotros no estaríamos disponibles las siguientes horas...

Así, en esa nebulosa, las semanas se hicieron meses.

Capítulo 40

---Es hermosa. -- dije mirando a mi sobrina después de que Franco la acomodara en mis brazos con mucho cuidado. Insegura, sostenía su cabecita y me emocionaba cada vez que la pequeña se movía aunque fuera un poco.

Todos habíamos creído que iba a ser un varoncito, pero Isabella nos sorprendió con sus hermosos cachetes rosados, su pelusilla rubia en la cabeza y sus vivarachos ojos oscuros, igualitos a los de mi mejor amiga.

---Es mi hija, no te voy a decir que no. -- dijo Franco, encogiéndose de hombros. ---Tiene a quien salir...

---Si lo decís por mí, seguro que si. -- dijo Tati, poniendo los ojos en blanco y todos nos reímos.

Mi familia estaba junto a la familia de ella, todos metidos en esa habitación de hospital, alrededor de la cama, esperando por turnos para poder cargar a la bebé, que claramente era el centro de atención.

Miré a Max que me había acompañado, y la sonrisa tierna que tenía en la cara, hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. No podía creer estar sosteniendo a mi sobrina. Era la hija de mi hermano mayor... Con quien me había criado. El mismo con el que había vivido tantas cosas, tantas aventuras, tantas cosas buenas, tantas otras malas. Mi mejor amigo. Era todo una locura.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y Max se apuró en secarla con una caricia, aprovechando para sujetarle una manito a Isabella.

¿Estaría pensando en su propio bebé? -- pensé, intentando adivinar sus pensamientos a través de su mirada. Llevé mi mano cerca de la pequeña y esta se aferró a mi meñique con fuerza, clavando sus pequeñas uñitas rosadas en él, sin hacerme el menor daño.

Me reí haciéndole caritas porque sus ojitos ahora parecían estar haciendo el esfuerzo por mirarme.

---Qué bonita te queda ¿eh? -- dijo con una sonrisa pícara la mamá de Tati, yo cambié el peso del cuerpo de una pierna a la otra, como para hacer algo.

Max me miró por un instante y volvió a fijarse en Isabella. Casi podía leer en su cara que el pensamiento acababa de cruzársele, y no sabía ni cómo sentirme.

¿Estaría pensando en cómo sería tener un hijo conmigo? No ahora, pero no era demasiado loco pensar que ya se lo hubiera imaginado alguna vez. Incluso cuando sabía que yo no quería ser madre, son cosas inevitables de pensar. Era

su novia, estábamos en una relación...

Mi mamá, que sabía esto y sabía lo de Olivia, me miró con compasión y aclarándose la garganta, cambió de tema preguntándole a los recientes padres por décima vez, cómo había sido el momento del parto.

Minutos después, nos estábamos despidiendo de todos con abrazos para irnos a mi casa. O por lo menos eso pensaba.

---Delfi, ¿no te enojas si me quedo un rato? -- preguntó Max. ---Quiero aprovechar que estoy en el hospital para visitar a Oli, ver cómo está... Llevarla a su casa después.

Me quedé mirándolo porque no sabía qué decirle, me había tomado por sorpresa.

---Claro. -- respondí sonriendo. ---No sabía que estaba acá. -- agregué mirando el final del pasillo de neonatología donde nos encontrábamos.

---Está en el piso de pediatría, tenía que ver a unos pacientes. -- contestó muy informado. ¿Cada cuánto hablaban?

Asentí y me puse en puntas de pie para saludarlo.

---Te quiero. -- dijo tomándose de las mejillas y volviendo a besarme no una, si no dos veces más.

¿Alguna vez sería menos raro tener que despedirme así de él para que fuera a verla a ella?

Porque en días como estos, tenía la sensación de que lo estábamos compartiendo en partes iguales. Tal vez ella se llevaba incluso más de él, porque yo estaba bien, y por Olivia se preocupaba todo el tiempo.

Vi cómo se iba hacia los ascensores y se giraba para saludarme con la mano una última vez, antes de desaparecer por las puertas plateadas.

Volví cabizbaja a la habitación de Tati y me encontré con mi hermano en pleno pasillo mirándome con el ceño fruncido.

Ya había sido un verdadero milagro que no pudiera problemas para que Max viniera también a conocer a Isabella, pero supongo que la situación aun no le hacía nada de gracia. Enterarse de que estaba esperando un bebé con otra mujer, me había costado varias peleas fuertes con él, incluso ya había empezado a ignorar sus llamadas telefónicas por lo pesado que se había puesto.

Me enteré de que Tati estaba de parto por mi madre, esa es la verdad.

Para mi hermano, estaba cometiendo un enorme error. Posiblemente el más

grande de toda mi vida, y ahora para colmo, estábamos involucrando una personita inocente en todo el lío que teníamos nosotros.

---¿Y tu novio? -- preguntó de malos modos.

---Tenía cosas que hacer. -- respondí sin dar demasiados detalles.

---¿Qué estás haciendo, Delfina? -- negó con la cabeza. ---Está por empezar una familia con otra persona... Nunca más vas a ser su prioridad.

---Nunca esperé serlo. -- contesté ya cansada de lo que siempre me decía.

---¿Y vos qué vas a hacer mientras él tiene a su bebé, ah? -- insistió. ---
¿Cuánto piensas que pueden durar en esos términos? Los dos van a tener diferentes prioridades. Le va a cambiar la vida.

Lo que más me molestaba de escucharlo, es que no me estaba diciendo nada que yo no hubiera pensado ya. Todas mis dudas e inquietudes dichas en voz alta, básicamente. Y daba miedo.

Daba un miedo terrible.

---Vamos a aprender y adaptarnos a su nueva vida, Franco. -- dije, queriendo creérmelo. ---No es el primer hombre que va a tener un hijo estando separado.

---No. -- estuvo de acuerdo. ---Pero justamente este hombre es el que está con mi hermana, y por eso me preocupo.

---Él me quiere. -- contesté obstinada.

---A veces con eso no alcanza. -- dijo siendo duro, pero consciente de que había cosas que necesitaba escuchar.

Me tembló el mentón, y antes de que me quebrara, Franco me tomó por los hombros y me abrazó con fuerza, haciendo que hundiera la cabeza en su pecho.

¿Cuántas veces me había visto llorar? Miles.

Su olor familiar y el cariño que solo un hermano podía transmitir fueron de a poco haciendo que me desahogara. Solté mis frustraciones en ese abrazo, y él se quedó allí, acariciando mi cabello, prometiéndome que si todo lo demás fallaba, siempre lo tendría.

Tenía que admitirlo, sería un padre fenomenal.

Máximo

Puse la mano otra vez en la barriga de Olivia y sonreí cuando lo sentí. A esta hora de la tarde siempre estaba despierto y se movía tanto, que hasta se podía ver debajo de su piel.

Oli estaba en su descanso.

Se los tomaba cada vez más seguido para no cansarse de estar de pie todo el día, y yo que ya me sabía su horario de memoria, la visitaba para no perdérmelo.

---Es que le gustan las cosas dulces. -- me explicaba ella, después de tragar la barrita de cereal que había elegido como snack.

---¿Puede escucharnos? -- pregunté agachando el rostro, intentando imaginarme qué estaría sintiendo, qué de todo lo que pasaba aquí fuera le llegaría a él.

---Si, puede. -- sonrió, acariciándose la barriga mecánicamente. No era enorme, pero había crecido bastante este último mes. ---Cuando nazca va a reconocer sobre todo la mía, que es la que más cerca tiene.

Miré la barriga con tristeza.

También quería que reconociera mi voz.

---¿Estás tomando líquido? -- le recordé, acercándole un vaso con agua.

---Max, estoy tomando todo el día. -- dijo poniendo los ojos en blanco. --- Y todo el día me la paso en el baño.

Sonreí por su queja, porque sabía que era cierto. Desde que estaba allí, había ido unas cuatro veces a hacer pis, y por cómo cruzaba las piernas, podía adivinar que pronto volvería a excusarse.

---Me parece que entonces nos quedamos cortos de pañales. -- bromeé. Hacía unos días, habíamos ido a comprar lo necesario para llenar el bolso para el hospital, y yo me había quedado impresionado con el tamaño de todo. Era todo tan chiquitito y frágil... Esa noche casi no había dormido. Creía de hecho, que había tenido una pequeña crisis nerviosa producto del miedo.

---Ja-ja. -- dijo ella, empujándome cariñosamente. ---Agradece que ya no tenés que compartir cama conmigo, me la paso levantándome cada cinco minutos. No es nada divertido.

La mención de la cama nos hizo mirarnos rápidamente para así de rápido también, desviar la mirada con algo de incomodidad.

En estas semanas, habíamos logrado encontrar un equilibrio en nuestra relación, y ahora podía decirse que estábamos cada vez más cerca de ser amigos. Pero claro, había gestos, comentarios, y algún sentimiento de por medio, que a veces lo ponían un poco... raro.

Y no voy a hacerme el distraído y decir que era todo de parte de Olivia, por supuesto que no.

Yo también metía la pata a veces cuando hablaba, o me la pasaba de protector, sin darme cuenta de que ese tipo de cosas ya no me correspondían. Y más allá de que estuviera llevando a mi hijo en su panza, yo no tenía ningún derecho de decirle lo que tenía que hacer, o de cómo debía vivir su vida.

Otras veces, me dejaba llevar y me la pasaba por horas mirando y acariciándole con cariño la barriga, que en definitiva, era ...ella. La estaba acariciando a ella, y eso tampoco era tan normal.

Delfi sabía que yo pasaba tiempo con Oli, y creía que a estas alturas, se habría acostumbrado un poco a las circunstancias, pero estaba casi seguro de que si ella hubiera estado presente, yo no hubiera estado tan encima de mi ex. No hubiera sido cómodo para nadie.

Y juro que no tenía otras intenciones.

Yo estaba allí por mi hijo. Era cariñoso porque ese era mi bebé...

Pero Olivia también era una persona, no una cáscara...

El día que nos enteramos de que iba a ser un varón, hice varias cosas.

Le escribí a Delfina para contarle, ilusionado, y a todos mis amigos, que me habían apostado con toda seguridad que sería una niña. Después fui a la tumba de mi viejo, y le conté a él, porque sabía que una noticia así, nos hubiera unido como nada en la vida...

Pero lo primero... Lo primero había sido abrazarme a Olivia y confortarla en su llanto, conteniendo el mío propio de manera estoica. Habíamos salido tan movilizadas de esa ecografía, que ninguno quería irse a casa aun, y simplemente nos quedamos por ahí, charlando.

Conversamos por horas, como hacía muchísimo que no lo hacíamos, acercándonos por fin, después de haber terminado. Reencontrándonos en el cariño que todavía nos teníamos, restos de un amor que había sido bonito, y causante, de algún modo, de este bebé que vendría en poquitos meses.

Me sentía tan extraño después en la noche, que llamé a Delfi para decirle que iba a dormir solo a mi departamento.

Toda la intensidad de lo que había vivido, me exigió un buen rato para reflexionar en silencio y a solas... Con algo de pena.

Tenía pena porque de haber sido otra mi realidad, de haber estado enamorado de su madre, esa noche la hubiera pasado hablándole a la barriga y acurrucado en la cama para sentirlos más cerca. Pero no era el caso.

Mi corazón estaba dividido y cada día dolía un poco más para estar con cada una de sus partes.

Delfina

Algunas semanas después, me enteré de que Vero, mi amiga y agente, se había ido a vivir con Pablo, su novio.

Estaban tan bien, que habían decidido dar ese paso tan importante, llenos de amor. Era una locura verla así.

Ella que la había pasado tan mal con su ex pareja, y ahora estaba tan ilusionada... Enamorada.

Hasta Vero que no se tenía nada de fe cuando de amor se trataba, estaba pasando por un buen momento. No me sorprendería si un día de estos, caía con un anillo de compromiso y todo.

Que por lo poco que conocía a Pablo, sería muy pronto.

Tati y Franco, estaban aprendiendo a ser padres con la pequeña Isabella, disfrutando de un descanso en el Sur, rodeados de familia que tan bien les hacía.

Tati había hablado de postergar su actuación para cuando su niña fuera más grande y pudiera ir a la escuela, y Franco hacía tiempo ya que estaba evaluando retirarse.

Era joven, pero sentía que era una etapa terminada para él. Había logrado todo lo que se había propuesto, y sus metas, al menos deportivas, le habían dado muchas alegrías.

Alegrías que se veían opacadas comparadas con su reciente paternidad.

Económicamente hablando, con el patrimonio de él solo, ya tenían la vida solucionada los tres, y no tendrían que preocuparse jamás de eso.

---Se van a quedar un tiempo en el Sur. -- le comenté a Max una noche, tras cortar la llamada. Él estaba escribiendo en su computadora, y levantó la mirada cuando me escuchó. ---No tienen apuro de volver.

---Bueno, vos en unos meses te vas de gira. -- se encogió de hombros. --- Seguramente ahí puedas verlos.

---Si, supongo. Pero no es lo mismo que tenerlos acá. -- dije al borde de

hacer pucheros. ---Los voy a extrañar.

---Vas a ver que en menos de un año se cansan y vuelven a Buenos Aires. -
- me consoló él, estirando la mano para que se la tomara y me sentara en su regazo.

Me acomodé apoyando la cabeza en su hombro, y oliendo el perfume fresco de su cuello me sentí reconfortada.

---¿Y si se quedan allá? -- dije, reflexiva. ---A lo mejor cuando yo me canse de tanto YouTube y esta vida, también me vaya para allá, con toda mi familia. El Sur es un lindo lugar, no hay tantos fotógrafos en las esquinas. -- dije haciendo referencia al conjunto que había en esos momentos en la nuestra. Es que hacía poco se habían enterado del embarazo de Olivia, y habían querido tener la declaración de Max, aunque él no se las había dado.

Se giró apenas para mirarme con una expresión extraña.

---No sabía que tenías pensado volver al Sur. -- dijo, frunciendo el ceño. -
--Decías que tenías tu vida acá.

---Puedo cambiar de opinión. ¿Te molestaría demasiado vivir allá? -- sonreí recordando. ---A vos te gustaba escribir cerca de ese paisaje.

---Si, me gustaría ir... De vez en cuando, y por poco tiempo. -- su tono se volvió más serio. ---Pero no puedo irme, mi hijo va a estar en Buenos Aires.

Tragué en seco porque ni siquiera se me había ocurrido pensar en aquello.

Lógicamente Max no se iría a ningún lado si Olivia y su hijo estaban aquí.

Asentí comprensiva y me mordí los labios con terror.

Con el terror de alguien que tiene una carrera que consiste en viajar diez de los doce meses del año.

Capítulo 41

A medida que avanzaban los meses, el embarazo de Olivia cobró más protagonismo en nuestra relación. Si antes él se privaba de hablar de ella, ahora parecía ser lo único que le importaba.

Estaba ya llegando al final de los ocho meses, y acercándose tanto el parto, la vida de todos giraba en torno a ella. No lo digo amargamente, aunque me amargaba... Es que si teníamos planes, un llamado de Olivia podía cambiarlos por completo. Incluso el trabajo de Max se había visto afectado.

Había comenzado a cancelar compromisos o posponerlos por visitas médicas y otras necesidades de su ex.

En la agencia sabían solo las personas que necesitaban saberlo, y por supuesto, lo excusaban de sus tareas porque su paternidad tenía prioridad en todos los casos.

Oli había tenido que dejar de trabajar hacía unas semanas, porque se sentía pesada y se cansaba de andar caminando todo el día. Según Max me había contado, se le hinchaban los tobillos y le dolía horrores la cintura por el peso de la barriga, así que llevar una vida más tranquila había sido una buena idea.

Y aclaro que Max me lo había contado, porque yo todavía no la había conocido en persona.

Las dos sabíamos de la otra, hablábamos de la otra, nuestras vidas se tocaban en un punto en común enorme, pero nosotras seguíamos sin vernos las caras. En este punto, no puedo saber si ella era la que no quería conocerme, o es que Máximo seguía negándose para evitar incomodidades.

Bueno, en un mes, las cosas se iban a poner aun más incómodas si todo seguía así.

Comprendía que no quisiera hacernos daño, la situación nos dolía a las dos por distintas razones, pero es que a veces me daba la sensación de que no quería mezclarnos para que su vida no se complicara. Y eso era un poquín injusto.

Me quería, lo sabía. Me amaba, me lo decía todos los días. Y cuando estábamos juntos, todo era perfecto, y hasta el mundo tenía más colores... Pero cuando se trataba de su futura familia, yo no formaba parte. Era como si estuviera creando un fuerte para protegerlos de mí. De la decisión que había tomado...

Me hacía sentir terrible, pero reclamárselo no nos llevaba a ningún lado.

Solo lograba que se ofuscara, y que me lo negara todo.

---¿Que te dejo de lado? -- había preguntado alzando las cejas, en una de nuestras discusiones. ---Pero si con vos paso todas las noches, todos los días.

---No todos los días. -- me oí decir y automáticamente quise patearme.

---Hago lo que puedo. -- se frotó el rostro con las dos manos. ---Pero te juro que no entiendo lo que decís... Publico solo fotos nuestras, en las revistas salgo con vos, a todos lados te llevo a vos. ¿Es así o no?

---Si. -- admití. ---Sos mi novio. -- le recordé porque parecía que estaba reclamándole locuras.

---Y ella la madre de mi hijo. -- retrucó. ---Esta semana la vi dos veces nada más, y nunca se quejó. Tengo una responsabilidad enorme con ella, y en vez de ir a todas las clases parto, fui a dos, porque no quería que te sintieras mal, Delfina.

Me quedé helada en el lugar sin contestarle nada. Yo nunca le había pedido que no fuera, o que viera menos a Olivia. Si él lo hacía porque pensaba que me iba a sentir mal, era una clara señal de nuestra comunicación ultimamente. No le reclamé.

Comprendía que estaba estresado, tenía la cabeza en mil cosas y eso le estaba pasando factura.

Un rato después, solo se había dado cuenta de su error y había venido a abrazarme con cariño, disculpándose mientras besaba mi cabello. Estaba nervioso, me había dicho. Tenía miedo, sentía que no estaba cumpliendo con sus responsabilidades, y si prestaba atención una cosa, era como si descuidara todas las demás en su vida.

Iba a estallar en cualquier momento de tanta presión que solito se estaba poniendo, y yo lo único que podía hacer, era devolverle el abrazo y prometerle que todo estaría bien.

Olivia había prohibido tratar el tema en los medios. Esto quería decir que Max no podía hacer ninguna declaración al respecto, aunque se lo preguntaran directamente, y tampoco podía permitir que se filtraran fotografías. Como ya tenía un número importante de seguidores, tampoco podía darse el lujo de subir nada a sus redes sociales personales, ni una foto, ni un comentario. Nada.

No es que no entendiera el punto de vista de ella, porque no era una persona pública ni quería que su hijo lo fuera, pero a veces me partía el

corazón que Max quisiera subir una imagen de las ecografías, o el avance del embarazo, junto con su experiencia los últimos meses.

Una noche escuché que discutían por teléfono porque ella había subido una selfie mostrando la panza, en lo que parecía un baby shower. Estaba enojado por no haber sido invitado o mínimo avisado del evento, pero lo que más le dolía era que se hubiera expuesto sin problemas, cuando le ponía tantos problemas si él quería decir que iba a ser papá.

La chica se defendió diciendo que su perfil ahora era privado, y que nadie que ella no quisiera vería las fotos... Pero claro, era demasiado fácil filtrarlas una vez que estaban en Internet.

Yo me mantuve fuera de la pelea, porque no me correspondía meterme, pero por dentro, moría por decirle a Max que tenía derecho a decir y a mostrar lo que quisiera. También era su bebé, y no tenía de qué avergonzarse ni esconderse.

El último mes de embarazo de Olivia, coincidió con las semanas más atareadas de mi agenda en la presentación del libro. Tuve que presentarme en montones de programas de televisión, hacer colaboraciones con otros youtubers y salir en millones de videos para mantenerme relevante antes de comenzar la segunda gira por el país.

Las ventas se habían disparado después de las fotos que subimos con Max, y después de haber leído mi historia, cada vez era más gente la que se interesaba por todo lo que había pasado.

Más gente que se identificaba con mis problemas, y más los que se comunicaban conmigo por privado para obtener ayuda, porque estaban pasando por algún trastorno alimenticio.

Yo no me consideraba una experta en el tema, lejos de eso, luchaba día a día por estar mejor, pero ahora respaldada por un equipo, podía brindar más ayuda con mis videos desde el lugar que me había tocado.

Todo esto, un poco me mantenía pensando en otras cosas, y lo agradecía, pero a la vez...

A la vez al estar más ocupada, menos eran los momentos que encontraba para estar con mi novio. Y ojo que él también hacía hasta lo imposible para hacerme un lugarcito en su día a día, porque los dos estábamos a mil...

Pero él por lo menos la tenía a Olivia y tenía a ese bebé. Yo, me sentía cada vez más sola.

Esa tarde, justamente, acababa de salir de una entrevista que había sido una tortura. Con el pretexto de hablar de mi libro y de la problemática que enfrentaban muchas adolescentes del país, me habían llevado a un programa de un conductor conocido por ser ...polémico. Vero me había asegurado que no se iría por las ramas, y que no se discutiría mi vida amorosa. Pero el programa iba en vivo, y el conductor, apenas vio la oportunidad se lanzó y me disparó un par de dardos envenenados.

---Nos enteramos hace poco que Máximo, tu pareja, va a ser papá. -- dijo como si nada. ---¿Cómo te tomaste la noticia, o ya lo sabías?

---Ya lo sabía, por supuesto. -- contesté rápido, forzando una sonrisa simpática. La experiencia me decía que si no me notaban afectada, no seguirían insistiendo sobre lo mismo. Si en cambio me quebraba, sería carne de cañón. ---Pero no es un tema mío, no voy a hablarlo.

---Es un tema tuyo porque sos su novia. ¿Eras su novia cuando dejé embarazada a esa chica, estaba con ella y la engañó con vos? -- preguntó como si fuera lo más normal del mundo. Como si alguien pudiera hacer ese tipo de preguntas a otra persona que ni conoce y esperar una respuesta que no sea un puñetazo en la nariz.

Para colmo de males, habían empezado a proyectar en la pantalla que teníamos detrás, fotos de Max y Olivia con panza. Él la acompañaba a una visita médica, pero los medios habían hecho un revuelo por la manera en que la había acompañado hasta el asiento pasajero de su auto, con una mano apoyada en su espalda.

Entendía que era para que entrara más rápido, como Max me había dicho. Quería evitar que les sacaran tantas fotos, pero igual era una foto... que daba para escándalos en los programas de chimentos.

Odiaba esas fotos.

Miré con nerviosismo a Vero, que detrás de cámara se estaba peleando con el productor y tragué en seco.

---No voy a contestar eso por respeto a todas las partes involucradas. -- dije firme, aunque me temblaban las piernas. ---Y te repito que no voy a decir nada más, así que si las otras preguntas que tenías para hacerme eran sobre eso, la entrevista ya puede ir terminándose.

El conductor se quedó unos segundo con la boca abierta, y el video de mi contestación se hizo viral en Twitter a los pocos minutos. Nadie podía creer lo

que acababa de soltarle, sobre todo yo, que tenía fama de ser una youtuber, simpática, complaciente, buena onda y con modos infantiles. Todo el mundo se solidarizó conmigo y me felicitó por mi aplomo.

Mientras yo volvía a casa, me hacía una bolita en el sillón y me dejaba abrazar por Max que besaba mi coronilla con cariño.

Pero eso ni siquiera era lo más loco que me había pasado esa semana.

Hacía unos días, había estado firmando libros en una librería dentro de un conocido shopping de Buenos Aires, y entre el gentío, había visto una sonrisa familiar.

---¡Juan! -- dije sorprendida de verlo haciendo fila con uno de mis libros en la mano.

---Fini. -- sonrió y se acercó para abrazarme. ---Estaba saliendo de la facu cuando vi los carteles de tu presentación, y tuve que pasar a verte. -- explicó, rascándose la nuca algo avergonzado. ---Acabo de comprarme tu libro. -- lo señaló.

---Dejame que te lo dedique. -- abrí la primera página y comencé a escribirle unas palabras con cariño, y otras bromas privadas, que seguramente solo tendrían sentido para nosotros dos. ---Qué lindo verte, después de tanto tiempo.

---Si, vi que estás con muchísimo trabajo. Te felicito. -- comentó señalando a la gente que había ido a verme también. ---Entonces sí que eras famosa.

Me encogí de hombros.

---Famosa en YouTube. ¿Cuenta? -- pregunté y nos reímos. ---Más que famosa, conocida.

---Deberíamos juntarnos, o hacer algo alguna vez, antes de que te vayas a tu próxima gira. -- comentó. ---Pablo y Vero van al bar donde trabajo casi siempre, y alguna vez vos también podrías venir.

---Me gustaría. -- dije con sinceridad. Claro que me gustaría.

Seguimos hablando poco más, lo que nos permitió el contexto en el que nos encontrábamos, y quedamos en vernos una de esas noches en las que tuviera que trabajar de barman con nuestros amigos. Me encantó que después de lo que había ocurrido, y de las citas que tuvimos que no quedaron en nada cuando volví con Max, entre nosotros las cosas no estaban incómodas. No notaba tensión ni rencor de su parte. Todo lo contrario.

Su mirada era amistosa, y el abrazo de despedida que me dio, me hizo sentir el cariño que tanto anhelaba de un amigo. Los míos estaban ocupados trabajando como Vero, o muy ocupados con su bebé recién nacido... como Tati y Franco.

Una salida me vendría genial. -- pensé.

Y esta noche me había llegado un mensaje de mi agente, contándome que en el bar de Juan, había un evento de Drag Queens y me invitaba para ir con ella y su novio Pablo. Miré a Max que en ese momento estaba con su computadora sobre el regazo, concentrado en algo que estaba escribiendo, con cara de no haber dormido en días.

---Vero me invitó a una fiesta, es acá cerca. ¿vamos? -- pregunté esperanzada, aunque en el fondo ya conocía su respuesta.

---Estoy destruido, mi amor. -- dijo cerrando los ojos y apretándose el puente de la nariz con los dedos. ---Pero vos podés ir, te va a venir bien distraerte del trabajo.

---No quiero ir sin vos. -- me lamenté. ---Y a vos te hace falta distracción igual o más que a mí. -- argumenté, quitándole la computadora de encima, y poniéndome a horcajadas en su lugar.

---Me encantaría. -- respondió, colocando sus manos en mi cintura al instante. ---Pero estoy que me duermo, ya estoy viejo para fiestas. -- bromeó.

---Puedo hacer que te despiertes muy rápido. -- susurré juguetona y comencé a levantar el ruedo de su camiseta. La media sonrisa de Max se hizo más grande, y gruñó en mi cuello cuando me moví en su regazo, rozándome sobre su pantalón.

---Para eso no tengo tanto sueño... -- dijo él, metiendo las manos por el elástico de mi short pijama y apretando mi trasero para acercarme más.

Sonreí triunfal y terminé de quitarle la remera para empezar a besar su pecho con dedicación. Él tomó todo mi cabello con una mano y se puso de pie, cargándome sobre sus caderas sin dejar de morder cada rincón donde sus besos me alcanzaban. Chocamos contra el marco de la puerta de la sala, y estábamos a punto de entrar al pasillo para dirigirnos a mi habitación, cuando su celular vibró en el bolsillo de su pantalón, rompiendo toda la magia.

Rápidamente, como hacía cada vez que le llegaba alguna notificación, lo sacó y miró muy serio la pantalla. Me mordí los labios y despacio fui bajando de su cuerpo para dejarlo leer mejor. Además porque las ganas se me acababan de esfumar. Disculpen, pero que tu novio esté leyendo mensajes de

su ex con tanta atención interrumpiendo ese momento en el que estábamos, hubiera derrumbado la libido de cualquiera.

---Es Oli. -- aclaró, como si hiciera falta. ---Antes le había preguntado cómo se sentía, y me contestó que un poco cansada. Que no podía andar porque estaba muy pesada, y que había tenido algunas contracciones. Normales, pero le habían dolido...

---¿Contracciones? ¿No falta todavía un mes? -- pregunté alarmada, y sorprendida de que él no estuviera histérico.

---En cuatro días se cumplen los nueve meses. El parto puede ser cualquier día de estos. -- me explicó mientras buscaba su camiseta en el suelo y volvía a colocársela.

Supongo que su libido también se había derrumbado en picada.

---¿Qué vas a hacer? -- quise saber, al ver que empezaba a guardar sus cosas en el bolso que siempre cargaba consigo cuando venía a quedarse en casa.

---Voy a ir a verla, asegurarme que esté bien... -- dijo con cautela. Estudiando mis expresiones con cuidado, para ver si esto me molestaba. --- Vos tenés una fiesta de todas formas, así que aprovecho y voy. ¿Te jode?

Así me hubiera jodido... ¿Cómo se salía bien parada al decir que sí?

A ver. Si me quejaba, en qué me convertía. En una novia fastidiosa, o en una persona inmadura que no sabía distinguir entre verdaderas prioridades. El inminente parto de su hijo al lado de una fiesta cualquiera, era una elección obvia. Yo no quería ser ese tipo de persona, no lo era, y no quería ponerlo a él en ese lugar. Porque si cedía y se quedaba aquí para ir a la fiesta. ¿En qué lo convertía a él?

En un padre poco responsable. En un hombre que ignora las necesidades de la madre de su hijo y prefiere irse de fiesta. Max no era así, y justamente por eso estaba tan enamorada de él.

Sacudí la cabeza porque la tenía hecha un lío.

---Me voy a cambiar. -- le dije tras darle un besito rápido en los labios. --- Espero que esté todo bien. -- agregué refiriéndome a Olivia y sus contracciones.

---Gracias, mi amor. -- dijo él, tomándome de la barbilla y volviéndome a besar. Un beso lento y romántico que me hizo sonreír.

Capítulo 42

Hacía mucho tiempo que no me divertía así.

En el bar donde trabajaba Juan, montones de Drag Queens daban un show donde cantaban, bailaban e imitaban a celebridades conocidas, con un talento y una pasión que nunca había visto.

Vero y Pablo se la pasaron animándome a beber y brindar con ellos, y arrastrándome a bailar cada vez que tenían oportunidad, junto con Juan que no paraba de hacerme reír con alguno de sus comentarios. Recordamos aquella noche en la que nos habíamos conocido con algo de nostalgia, y bailamos algunas de las canciones que antes también habíamos bailado.

Estábamos riéndonos y sacándonos fotos con una imitadora de Britney Spears, cuando el teléfono me sonó.

Un mensaje de Max.

"Oli está un poco incómoda y le duele la cintura. No me gusta que pase la noche sola, así que me voy a quedar un par de horas."

Genial.

Asentí y me llevé a los labios la copa que tenía más a mano. Juan, que se había dado cuenta de que me había cambiado la cara, se acercó con un vaso de vaya a saber qué cosa, y me miró como pidiéndome que le contara todo.

Supongo que en su trabajo como barman, tendría experiencia y tendría un don, porque en minutos me vi soltándole todo como si fuera mi terapeuta ...o mi cura confesor.

No me paré a pensar en que podría ser injusto contarle justamente a él todo lo que me estaba ocurriendo con mi novio, hasta que estuve ya demasiado borracha como para pedir disculpas. En mi defensa, tengo que decir que el chico no había insinuado en ningún momento que siguiera interesado en mí de esa forma. De hecho, había estado coqueteando con una rubia que estaba sentada en la barra hasta hacía unos minutos.

---Sos muy bueno. -- observé con una palmada en su espalda y un hipo algo patético. ---Muy bueno.

---"Sos muy bueno", "te quiero como amigo", "te voy a lastimar, mereces a alguien mejor"... -- enumeró. ---Esas frases me las conozco de memoria. -- rio, encogiendo los hombros con resignación.

---Está bien ser bueno, hay poca gente buena. -- reflexioné, porque ya no sabía ni lo que decía.

---Si me estás comparando con tu novio, o ex, o lo que sea, no lo hagas. -- dijo. ---Claro que conmigo la hubieras pasado mucho mejor, y no estarías acá tambaleándote de tanto tomar, ¿no? -- se rio, y yo creo que también, pero con ronquido incluido. ---Pero tampoco hubiera sido algo que valiera la pena. Un amor que valiera la pena.

---¿Vos decís? -- pregunté, entornando los ojos para enfocarlo mejor.

---Pueden estar pasando por un momento duro, pero por como te brillan los ojos cuando hablas de él... -- negó con la cabeza. ---Nunca tuve una chance con vos.

---Muy bueno sos. -- repetí y se rio, como si le hubiera contado un chiste graciosísimo.

Después de eso, ya no quiso servirme más alcohol, y avisó a Pablo y Vero que me llevaba a mi casa, para que ellos pudieran seguir de fiesta. Mi amiga me preguntó si estaba bien, y yo creo que le dije que sí, que siguiera disfrutando con su chico.

Juan era bueno, me llevaría a casa. No tenía de qué preocuparse.

A una cuadra de casa, me había mareado un poco y había tenido que frenar porque pensaba que iba a ponerme enferma. Se detuvo a un costado y me sujetó el cabello con cuidado, pero había sido una falsa alarma. Lo que no fue falsa alarma, fue el golpe que me dí cuando al bajarme del auto, caí de rodillas contra la acera, raspándome toda. Fue rapidísimo, pero yo lo viví como en cámara lenta.

¿Se podía ser más torpe?

Después de eso, el desafío más grande, fue ayudarme a encontrar las llaves y abrir la puerta acertándole a la cerradura. Tentados de la risa, me cargó hasta la sala, y encendió todas las luces con el codo. Impresionada por estas nuevas habilidades que estaba demostrando, aplaudí y él me hizo callar mientras buscaba donde dejarme.

---Los vecinos van a pensar que estás de fiesta y es muy tarde. -- dijo en susurros mirando hacia los sillones y llevándome allí.

Una luz al final del pasillo se encendió, y estuve a punto de mirar a Juan para ver si había sido él, y no. Podía cargarme y encender las luces con los codos, pero aun no había desarrollado poderes de para hacerlo de una habitación a otra sin tocar el interruptor.

Max con cara de dormido, salió a ver qué pasaba y se cruzó de brazos cuando me vio en los de Juan, hecha un lío.

---Hola. -- le sonrió él, amable. ---Soy Juan, amigo de Fini.

Mi novio asintió y miró con el ceño fruncido mientras el otro me dejaba entre los almohadones del sillón con delicadeza.

---Él es Máximo. -- dije yo, mirándolos por turnos, ya que este no se había presentado. Ví que Juan alzaba un poco una ceja, pero no hacía ningún comentario sobre la antipatía de mi chico.

---¿No podías caminar? -- preguntó rompiendo el silencio, y mirándome solo a mí. Que era seco, antipático y cara de mala leche, eso ya lo sabíamos... Pero que no se pasara con el pobre de mi amigo, que era bueno. Buenísimo, y no se merecía el maltrato.

---Nop. -- negué con la cabeza y una risita tonta se me escapó. ---Me enredé cuando bajaba de su auto y me caí en el cordón de la vereda.

---Agradece que no te arrancaste la cabeza del golpe. -- me regañó Juan, aunque su sonrisa burlona me decía que estaba bromeando. Otra vez me solté una carcajada recordando mi aparatosa caída.

Algo cambió en el rostro de mi novio. De enojo a culpabilidad en menos de un segundo.

---¿Estás bien? -- por fin preguntó Max, acercándose a mí. Miró los raspones en mis manos con un gesto de dolor y se apuró en buscarme una toalla húmeda para limpiarme.

---Yo me voy yendo. -- dijo mi amigo con una sonrisa. ---Me deja tranquilo que no te quedes sola. -- señaló la cocina donde Max se había ido y susurró para que solo yo escuchara. ---Si necesitas algo, escíbime o llámame.

Asentí y me despedí de él con un beso en la mejilla.

---Gracias por todo. -- dije dándole un rápido abrazo.

---¿Te vas? -- preguntó Max, un poco menos parco que antes. ---Estaba haciendo café para todos.

---Te agradezco, a lo mejor otro día. -- le sonrió. ---Un gusto conocerte. -- Juan estiró la mano y mi novio se la tomó, saludándolo.

---Igualmente. -- respondió el otro, con educación.

Después de que se fuera y yo me tomara una taza de café bien cargado, Max me cargó en sus brazos y me llevó a la habitación.

---Volviste a casa. -- observé con una sonrisa mientras me acurrucaba en su pecho.

---Obvio. -- dijo besándome despacito. ---No iba a pasar la noche fuera. Después de que me aseguré de que no era nada serio lo de las contracciones, volví.

---No te enojas con Juan que es más bueno que el pan. -- le pedí devolviéndole el beso.

---El pan no es bueno, es malísimo. -- sonrió socarrón. ---Las harinas son lo peor.

---No te quejabas en casa de tu mamá, cuando te zampaste tres bollos antes de comer, con la salsa de los ravioles. -- comenté haciéndolo reír.

---No dije nada. -- alzó las manos, y después me envolvió en un abrazo, tapándome con las mantas a su lado. ---No estoy enojado con él. -- agregó y me sentí mejor.

---Si no estás enojado con Juan, ¿estás enojado conmigo? -- quise saber, mirándolo a los ojos. O al menos todo lo que la luz de la mesita de noche me lo permitía.

---¿Por qué voy a estar enojado con vos? -- respondió, extrañado. ---Para nada, pero me gustaría que habláramos mañana. Cuando estés más sobria y te acuerdes de la conversación. Ahora imposible, puedo oler en tu aliento como cuatro tragos distintos, y todos muy fuertes.

---Ew. -- arrugué la nariz. ---¡Qué asco! Me voy a lavar los dientes.

---Ahora dormite. -- aconsejó abrazándome más fuerte. ---No estás ni como para caminar hasta el baño sin caerte. Mañana te lavas.

---Mañana. -- balbuceé yo en respuesta, más allá que acá, y todo se fundió a negro.

Debo haber dormido muchas horas, porque al abrir los ojos, el sol estaba escondiéndose otra vez. Miré confundida al otro lado de la cama, y vi a Max que me sonreía mientras dejaba de lado su cuaderno de anotaciones.

---No tenés idea ni de qué día es ¿no? -- preguntó haciendo un gesto de lo más sexy con la boca.

---Domingo. -- dije con la voz ronca, intentando sentarme y de hacer un lado mi cabello para verlo mejor.

Asintió y se acercó para darme un beso de buenos días. O buenas noches...

Me separé rápido de él, y aunque me quiso retener, corrí a darme una ducha y cepillarme los dientes. Ya nos habíamos visto muchas veces recién

levantados, pero con la resaca que traía aquel día, ni yo me soportaba.

Volví más fresca del baño y me acomodé a su lado para ahora sí, saludarlo como correspondía. De rodillas a su lado, me pareció tan guapo que no pude más que soltar un suspiro y sentarme a horcajadas sobre sus piernas. Pasó sus dedos entre mis cabellos mojados y me mordió despacito los labios, juguetón. Anoche antes de que me fuera de fiesta, nos había quedado algo pendiente...

Sonriendo entre besos, metí mis manos por debajo de su camiseta, y me apuré a quitársela, mientras él hacía un lado la toalla que cubría mi cuerpo, para pegarme contra el suyo.

Sus brazos cruzados tras mi espalda, y su cabello color chocolate, rozándome el cuello al besarme el pecho me puso tanto, que eché la cabeza hacia atrás y me moví más cerca, sintiéndolo duro debajo de mí.

Su aliento vibró en mi piel cuando dijo "mmm" y agarró mis caderas para alentarme a que siguiera haciéndolo. Marcando el ritmo, aun cuando yo estaba desnuda pero él llevaba todavía el pantalón pijama. Ese que usaba sin ropa interior...

Había encontrado el punto justo, y la fricción nos había prendido fuego, haciendo que me frotara de arriba abajo por toda la extensión de su miembro. Estaba mojándolo, o posiblemente también fuera un poco él... pero no nos importaba.

Arqué la espalda cuando necesité más velocidad, y él se tomó de mi trasero con un jadeo, adelantando su cadera con fuerza, uniéndose a mi movimiento. Estábamos haciéndolo con ropa, y si bien podríamos haber terminado de quitar lo que nos separaba, que no pudiéramos esperar, lo hacía aun más caliente.

Sus ojos, ahora de un ardiente color verde, me miraban con deseo, hablándome en ese idioma que solo nosotros podíamos entender.

Gemí con fuerza cuando de repente me giró dejándome de espaldas contra la cama, y comenzó un camino de besos hacia mi ombligo. Una de sus manos, separándome las piernas, colocando una por encima de su hombro, y la otra acariciando mi cintura en sentido descendente.

Tocando con la punta de sus dedos todo aquello que después su boca alcanzaba. Haciéndome retorcer de placer con un beso delicado sobre mi pubis, sujeté un mechón de su pelo sin querer dejar de mirarlo. Sus labios mullidos brillaban con una sonrisa maliciosa, repitiendo ese beso un poco más abajo, a un costado, con la boca apenas abierta... dejándome con ganas de más.

La punta de su lengua rodeando el punto exacto que me hacía estallar, haciéndome gemir una y otra vez cuando solo unos minutos después, me corría con todo el cuerpo clavando mis talones en su espalda.

Vi por el rabillo del ojo que se incorporaba de a poco y se colocaba un condón bajándose el elástico del pantalón, tanteando excitado mi entrada, sin poder seguir esperando ni un segundo más.

Estaba a punto de entrar en mí, los dos jadeando agitados, muertos de deseo, cuando su teléfono sonó en la mesita de noche, con ese tono que había asignado a una sola persona.

---¡Mierda! -- gruñó, mordiendo su labio. Miró hacia abajo a su erección y mi cuerpo desnudo, expectante, y volvió a maldecir. ---Perdón, amor. -- dijo jadeante, y se quitó el preservativo para bajarse de mí y girarse a mirar el aparato, pero este había dejado de sonar. La chica era como kriptonita. Su mensaje o llamado, acababa con todas las ganas que pudiéramos tener...

---Íbamos a hablar. -- le recordé, poniendo una mano en mi frente, controlando la respiración con un suspiro.

---¿Ah? -- me miró confundido por un segundo, mientras escribía un mensaje apurado. ---Ah, si. Por lo de anoche.

---Si, quería aclararte lo que pasó... -- empecé a decir, pero me interrumpió.

---No hiciste nada malo como para que tengas que aclararme nada. -- se encogió de hombros. ---Trabajas mucho, tenés que salir a divertirte, te lo merecés. Además tenés la edad para hacerlo, siempre y cuando te cuides.

Lo miré algo mosqueada. No me gustaba el tono con el que me estaba hablando. Tenía la mejor intención, seguramente. Pero había algo en su condescendencia que me chocaba. No era mi padre... Y sentía que estaba salvándome de su regaño.

---Eso ya lo sé. -- respondí levantando una ceja. ---Te iba a aclarar lo de Juan, yo sé cuidarme bien solita.

El entendimiento hizo que levantara la vista de su bendito celular.

---Me expresé mal, perdón. -- dijo un poco arrepentido. ---En todo caso está bien que hablemos que mientras vos vas a querer salir y hacer todo lo que hace la gente joven, yo, tengo otros intereses, y la verdad... Estoy todo el tiempo agotado. Ir a boliches, no me atrae para nada.

---De repente, tenés ochenta años. -- bromeé, despeinándolo.

---No, pero dentro de unos pocos, cuarenta. -- me sonrió él. ---Y ni

siquiera a los veinte me gustaba ese tipo de salidas, ya lo sabés.

---Está bien, no hace falta que te guste lo mismo que a mí. -- acepté y nos sonreímos. ---Ahora, Juan...

---¿Es el mismo Juan con el que salías hace unos meses? -- quiso saber, bajando la mirada a la pantalla de su móvil.

---Si, el mismo. -- respondí. ---Y quedamos siendo amigos. No pasó mucho entre nosotros, y es una gran persona.

Asintió pensativo, y aun sin mirarme, dijo por lo bajo.

---Me pareció buena persona. -- admitió como si le hubiera costado esfuerzo físico. ---Estuvo bien que te haya traído a casa y se haya preocupado por vos.

---Si, es divino. -- dije y lo ví apretar un poco la mandíbula cuando usé ese adjetivo.

---Divino. -- masculló.

---¿Estás celoso? -- me acerqué, cariñosa y le acaricié la mejilla para que me mirara.

---No. -- contestó con las cejas tan juntas, que me entró la risa. ---Pero lo detesto, cambiemos de tema.

Lo empujé cariñosamente y a regañadientes sonrió.

---Sos ridículo. -- dije y lo besé, queriendo retomar donde antes habíamos quedado. Él tomó mi barbilla, dispuesto a seguirme el juego, cuando su celular volvió a sonar. Un mensaje esta vez.

El rostro de Max se puso pálido, y después se levantó de la cama como si tuviera un resorte.

---¿Qué pasa? -- pregunté asustada viéndolo buscar ropa a manotazos entre las mantas. Parecía algo grave, y mi corazón se estrujó con preocupación.

---Olivia... -- dijo casi sin aire. ---Está camino al hospital, rompió bolsa.

Contuve la respiración sin saber ni cómo reaccionar.

Capítulo 43

Me paseé por la sala por décima vez sin saber qué hacer.

Max se había marchado a las diez de la noche, y eran las tres de la mañana y yo no tenía ni noticias.

Para entretenerme, había lavado ropa, sábanas, había limpiado mi casa de arriba abajo y se me había dado por cocinar algunas comidas para tenerlas ya preparadas en el freezer. Lo que fuera que me mantuviera ocupada.

Pero ni así podía tranquilizarme. ¿Cómo estaría Max? ¿Ya habría nacido su hijo? No podía parar de darle vueltas a la cabeza.

A las cinco, ya resignada porque no podría pegar un ojo, le escribí un par de mensajes que no contestó, preguntarle cómo iba todo.

Pensé en llamar a su madre o sus amigos, pero rápidamente desistí, porque Simón y Benicio no me querían, y su madre... Suponía que estaría también en el hospital para recibir a su nieto, como debía ser.

La única que se quedaba afuera de todo, como de costumbre, era yo.

Odié estar perdiéndome uno de los momentos más importantes en la vida de Máximo, porque sabía que sería un antes y un después... pero ni se me había ocurrido pedirle si podía acompañarlo.

Y él tampoco lo había mencionado.

Apenas me dijo lo que estaba ocurriendo, salió corriendo de aquí sin darme más detalles, y sin siquiera despedirse de mí. Era la primera vez que se iba sin darme un beso, y aunque pueda parecer algo sin importancia, para mí había sido como un golpe de realidad.

A esto se refería mi hermano, claro.

Yo nunca más sería su prioridad, y estaba bien que así fuera. Era lo normal, y había tenido nueve meses para hacerme a la idea. Pero no por eso fue menos duro ver cómo todo eso que había pensado, se volvía realidad.

Me senté en un sillón y me cubrí el rostro con las dos manos.

Estaba desesperada por saber cómo estaba, y si estaba todo bien. Esperaba que Olivia se encontrara bien también. Si algo había logrado en estas semanas, era olvidarme de los celos que le tenía a la ex de mi novio. Podía pensar que las circunstancias eran raras para todos, y que Max me excluía, pero con la chica no tenía problemas.

De hecho, quería conocerla, porque sabía que formaría parte de nuestras

vidas si mi relación con Max continuaba creciendo.

No podía ni imaginarme el dolor que estaría pasando, y solo deseaba que todo saliera perfecto.

Resoplé frustrada y miré mi celular en busca de notificaciones, que por supuesto no habían llegado. Max seguía sin responderme.

Agotada por tanto estrés, me dormí alrededor de las nueve de la mañana hecha una bolita entre los almohadones. De no ser porque Moona me arañó el brazo cuando se escapó del sonido estridente de mi teléfono, probablemente hubiera seguido durmiendo.

---Hola. -- dije despertando de repente, sin mirar quién llamaba.

---Delfi. -- la voz de Max al otro lado, sonaba como si estuviera sonriendo con ganas.

---Mi amor... -- dije llevándome una mano al pecho. Por fin.

---Nació hace dos horas. -- soltó agitado. ---Ahora Oli le está dando el pecho... Es. Hermoso. -- agregó con la voz tomada.

Una lágrima caliente rodó por mi mejilla y sorbí por la nariz con fuerza.

---Te felicito. -- gemí también emocionada. ---¿Cómo se llama? ¿Qué nombre eligieron? -- pregunté, porque sabía que estaban entre varios, y aun no se decidían.

---Santino. -- rio y me pareció que también sorbía por la nariz. *¿Estaba llorando?* ---Es un gordito hermoso de tres quilos, quinientos gramos.

---Me muero por abrazarte. -- dije sin poder contenerme, y era tan cierto... Hubiera dado cualquier cosa por estar en esos momentos a su lado para comérmelo a besos.

---Y yo, mi amor. -- contestó con ternura. ---Pasé tanto miedo, fueron las horas más intensas de mi vida... pero Oli estuvo genial.

---¿Cómo está ella? -- quise saber, secándome la cara con una mano.

---Bien, aunque no da más. -- respondió. ---Fueron doce horas de parto, no sé cómo hizo... es una genia.

Ignoré el picor de celos que me causó el comentario, tapándolo con la vergüenza que me daba tener ese tipo de sentimientos por alguien que acababa de pasar dando a luz por tantas horas de manera heroica.

---Me alegro de que estén bien. -- dije sincera. ---Estaba preocupada, no contestabas mis mensajes.

---Tenía el celular en el bolsillo trasero del pantalón. -- se excusó. ---

Además, fue todo tan loco, no tuve un segundo para verlo...

---Me imagino. -- mentí, mordiéndome los labios. No podía imaginármelo porque nunca había vivido algo así, ni lo había visto de cerca.

---Me tengo que ir. -- dijo de repente, cuando alguien lo llamó. Su madre, parecía. ---Esta noche vuelvo a llamar... me voy a quedar con ellos hasta que les den el alta.

Alcé las cejas sorprendida.

En todos estos meses, no habíamos hablado de cómo sería el momento del parto, ni cuánto se implicaría él como padre que era. Todo porque se le hacía tan complicado discutir estos detalles conmigo por miedo a hacerme daño, y por eso ahora no sabía ni cómo proceder.

¿Era normal que se quedara allí con ella mientras estaba internada? Le darían el alta mañana, o pasado mañana. ¿Pasaría las noches en el hospital? ¿Tendría una cama al lado de la de ella?

¿Esto también se hacía cuando los padres del bebé ya no eran una pareja?

¿Tenía yo derecho a estar algo molesta por que no me lo hubiera consultado?

---Mmm... ok. -- fue todo lo que dije. Si no lo habíamos hablado antes, ahora no me parecía el momento, y me hubiera odiado si se lo arruinaba con reclamos fuera de lugar.

---Te quiero. -- dijo antes de colgar.

Miré la pantalla del teléfono con impotencia y segundos después me puse a llorar.

Eran demasiadas emociones, unas peleando con otras para salir a la superficie.

Estaba contenta por Max, había nacido su hijito por fin, y sabía lo mucho que eso significaba para él. Me lo imaginaba con su bebé en los brazos, mirándolo con amor a los ojos, y todo el cuerpo se me derretía por dentro. Me hubiera ido corriendo para verlo en persona, pero evidentemente no estaba invitada.

No había ni mencionado la posibilidad de que me acercara al hospital para conocer a Santino, y eso me dolía más de lo que me gustaría admitir.

Estaba viviendo todo esto de lejos, y sentía... Me sentía celosa. Celosa de todos los que iban a poder compartir esta experiencia con él, y yo, como si hubiera hecho algo terrible, estaba siendo castigada manteniéndome bien alejada de todos.

Lloraba porque me sentía mezquina.

Me sentía egoísta e infantil por extrañar a mi novio, y querer estar con él en esos momentos, y esperar a que se preocupara por mis sentimientos cuando en realidad, tenía cosas más importantes en las que pensar.

Me dolía el pecho de tanto llorar porque sabía que esta era la primera, pero no sería la última vez que me sentiría así.

Máximo

Colgué algo triste el llamado con Delfi, pero no sabía por qué. Me había emocionado con ella, y recién después de trece horas de terror, me había podido por fin desahogar en un minuto de pura paz al escuchar su voz. Me sequé los ojos, frotándome la cara con las manos y me acerqué a donde estaba mi madre que recién llegaba y quería abrazarme.

La sujeté con fuerza, sonriendo ante sus palabras cariñosas y perfume tan familiar. Ahora que ya todo había pasado, ya no sentía miedo, estaba feliz.

Mucho más que feliz.

---Acabo de verlo. -- me dijo sujetándome las manos con ternura. ---Es igual a vos, Máximo. Igualito.

---Es la segunda vez que me lo dicen en el día. -- me reí. ---Salió cuervito, qué le vamos a hacer. -- dije haciendo referencia a su oscura y tupida cabellera.

---Si tu papá estuviera acá... -- empezó a decir, pero no pudo terminar la frase. La abracé de nuevo, y los dos nos emocionamos recordando a mi viejo.

---Si estuviera acá, se hubiera fumado ya la segunda etiqueta de cigarrillos por tanta espera. -- bromeé y mi mamá asintió, estando de acuerdo.

---Qué raro que vos no te hayas escapado a fumar uno. -- observó, extrañada.

---No, lo voy a dejar. -- me encogí de hombros. ---No quiero oler a humo estando cerca del bebé... Y ahora no pienso separarme de él ni para salir diez minutos a la calle. -- dije mirando la habitación de Oli. Ya quería entrar a verlo de nuevo.

---Me parece muy bien, es un hábito asqueroso. -- dijo, como tantas otras millones de veces en su vida. ---Pero eso de no querer separarte, hijo... Vas a tener que estar preparado. Lo sabes ¿no?

---No quiero pensar en eso ahora. -- la interrumpí, sintiendo que la garganta se me cerraba, y ella me miró con preocupación. ---Veamos si ya

podemos entrar a verlo. -- sugerí, cambiando de tema.

Golpeé la puerta y Oli gritó que pasara, así que le hice señas a mi mamá para que me siguiera.

Había terminado ya de darle de comer, y ahora estaba dormido en la cuna que habían colocado al lado de la cama.

---Qué preciosidad, querida. -- dijo mi mamá en susurros, rodeando la habitación y abrazando con cuidado a Oli. ---Felicitaciones.

---Gracias, Virginia. -- dijo esta, abrazándola con fuerza. ---Es el bebé más bonito y tranquilo que vi. Y a diario veo montones. -- bromeó y todos reímos.

Me acerqué a su cunita mientras mi ex le contaba a mi madre todos los detalles de lo que había sido su trabajo de parto, y aproveché para rozar su cabecita con los dedos.

Sus párpados algo hinchados, aleteaban como si quisieran abrirse y su boca ponía gestitos graciosos, como haciendo piquitos. Sonreí lleno de una enorme y abrumadora sensación de amor en medio del pecho.

¿Cómo era posible sentir tanto por alguien que acababa de conocer? Cómo explicar que sentía que lo conocía desde siempre, que era parte de mí, mi sangre... Mi hijo.

---¿Le vas a poner tu apellido? -- preguntó bajito mi mamá, tal vez creyendo que no la escucharía. No quería crear conflictos entre nosotros, pero sabía que se llevaba muy bien con mi ex, y en otra época habían sido muy confidentes.

---No. -- sonrió Oli. ---Se va a llamar Santino Echeverría. -- confirmó y se me puso la piel de gallina. Lo habíamos hablado un par de veces, pero sin llegar a ningún acuerdo.

Me acerqué a ella, y teniendo cuidado de no apretarla demasiado y no hacerle doler, la abracé agradeciéndole infinitamente.

En las últimas veinticuatro horas, acababa de darme tanto, que un simple *gracias*, se sentía tan insuficiente... Tan poco adecuado.

Me separé un poco y vi que tenía los ojos húmedos, casi como un acto mecánico, acaricié su rostro y fruncí el ceño con impotencia.

---Las hormonas. -- se excusó, con una sonrisa triste. ---En los próximos días, voy a ser un lío, desde ya les aviso para que sepan perdonarme.

---Después de lo de hoy, te perdono lo que quieras. -- le sonreí, dándole un beso en la frente.

Lo siguiente fue un desfile de amigos y familiares se hicieron presentes para conocer a Santino. Cuando los padres de Olivia llegaron, y para hacer lugar porque la habitación era pequeña, invité a mi madre a comer algo en la cafetería de abajo.

---¿Qué fue eso de recién? -- preguntó con mala cara, y yo la miré sin entender. ---Eso de abrazar a la pobre chica así, y darle besos.

---La abracé porque la quiero, es mi amiga, acaba de tener a mi hijo... -- enumeré como si fuera obvio. ---Y le di un beso en la frente, mamá. La frente.

---¿Viste cómo reaccionó? -- me hizo ver, señalando a sus espaldas. ---La estás confundiendo, ella todavía siente cosas por vos.

---Y yo por ella. -- dije ante la aturdida mirada de mi progenitora. ---Un cariño y una admiración enormes, eso no va a cambiar nunca.

---¿Ella lo sabe? -- insistió. ---Porque para vos, lo que puede ser un inocente abrazo fraternal, para ella puede ser algo más. No quiero que la ilusiones, Máximo. No quiero que la haga sufrir.

---Claro que lo sabe. -- contesté ofendido. ---Y yo soy el que menos quiere hacerle mal a Olivia.

---Entonces fijate mejor lo que haces. -- frunció los labios disgustada. --- Por ejemplo, ¿dónde está tu novia ahora? ¿Por qué no vino a acompañarte? Estoy segura de que no se lo pediste.

La miré por un instante y no supe qué contestar. No tenía una respuesta para eso.

No, no se lo había pedido.

Al principio, porque estaba tan asustado por Olivia, y porque todo saliera bien, que no quería arriesgarme a que algo pudiera contrariarla, pero a medida que fueron pasando las horas, más lo pensé... Y más me costó llamarla para que viniera.

No estaba listo aun para verla, y no terminaba de entender por qué.

Cuando la viera, yo ya no sería más solo su novio. El chico que conoció dos años atrás... Ese malhumorado periodista al que había enamorado con sus besos, su cabello perfumado y esos ojos de muñeca.

Sería padre.

Sería padre de un niño con otra mujer, y no sabía aun como manejarlo frente a ella.

Me daba terror pensar en cómo podía llegar a cambiar nuestra dinámica y el modo en que ella me vería desde entonces. Las responsabilidades que

acarreaba este nuevo rol, y cómo afectaría mi vida en pareja.

Hasta dónde podía integrar en mi vida tantos roles antes de explotar. No sabía aun donde estaba parado, y me daba hasta vergüenza admitirlo frente a Delfina. Estaba haciendo aquello que me había echado en cara cuando nos volvimos a ver después de dos años, mis indecisiones y mi poca capacidad para tomar las riendas cuando era necesario... No quería volver a decepcionarla.

Tal vez por eso, había sentido esa angustia tras llamarla.

Un poco se sentía como si una etapa gigante de mi juventud, hubiera quedado atrás, y eso era algo que ella no podría comprenderlo por más que se lo explicara.

Mi madre me miró disgustada y conforme al haberme dejado la cabeza hecha un lío, se levantó y se marchó para volver a ver a Oli.

Yo me quedé allí solo con mis pensamientos, deseando haber esperado unos días para dejar el cigarrillo definitivamente.

Capítulo 44

Delfina

Max me llamó esa noche.

Fueron algunos minutos, y toda la conversación giró en torno a su hijo. Estaba embobado con su bebé, y quería contarme absolutamente todo lo que había hecho desde que había nacido. Me lo describió a la perfección, tanto que podía imaginármelo sin problemas. Sabía cada cuanto se despertaba para comer, y que no lloraba si alguien lo tenía en brazos y lo mecía hacia los costados muy despacio. Me había contado la ropa que le habían regalado y lo enorme que le habían quedado aquellos escarpines que yo le había comprado una vez a poco de enterarme que iba a ser papá.

Me dijo que era muy parecido a él, y que según lo que le había contado su madre, dormía haciendo la misma expresión que cuando él era un bebé.

Estaba emocionado, podía notarlo, pero también muy cansado.

Habían sido días largos, y desgastantes física y mentalmente, pero además había algo...

Esa llamada telefónica me había dejado por horas pensando, porque lo había notado raro. Algo en el tono de su voz, o lo evasivo que había estado al contestar cuando le había preguntado cómo estaba, o le había dicho que lo extrañaba.

Tal vez estaba paranoica o demasiado sensibilizada por todo, pero me quedé con la sensación... Con la sensación de que algo había cambiado.

Para empezar, nunca en todos estos meses, había nombrado tanto a Olivia en una charla conmigo. Si salía el tema, él siempre se encargaba de cambiarlo, o dar el mínimo de detalles posibles, pero ahora ella y su bebé era de lo único que quería hablar.

Desde que me había sonado el teléfono, había querido preguntarle dónde iba a dormir aquella noche, porque era evidente que si me llamaba tan tarde, a casa no vendría, y había dicho que quería quedarse en el hospital hasta que les dieran el alta... Pero la pregunta no me salió. No quería que sonara a reclamo, y por suerte solito respondió a mis dudas comentándome como si nada.

---Hay un sillón en la habitación de Oli, y ahí me voy a acomodar. -- asentí aunque no pudiera verme. ---De todas formas, no creo dormir tanto, Santi se despierta cada tres horas.

---¿Un sillón? -- sonreí imaginándomelo. ---Amor, medís como dos metros, no vas a entrar en un sillón.

---Me quedan colgando las piernas por un lado, pero es una noche nada más. -- se rio, quitándole importancia.

---Ok. -- me mordí los labios. ---¿Necesitas que te lleve algo? ¿Una almohada, ropa, tu computadora? -- me ofrecí. Si tenía que llegar a la puerta del hospital y no entrar para no incomodarlos, lo haría. No iba a forzar mi presencia donde no me habían invitado.

---No, mi amor. Gracias. -- respondió. ---Simón me trajo todo lo que me hacía falta.

---¿Simón? -- pregunté frunciendo el ceño. ---¿Estuvo Simón?

---Sí, hoy a la tarde estuvieron mis amigos. -- contó. ---Querían conocer a Santi, así que pasaron con Fran y Cata a visitarnos.

Claro, era lógico.

Había nacido su hijo, el momento más importante de su vida, querría compartirlo con sus seres queridos. Y no es que yo no lo fuera, pero evidentemente sí era la única que había quedado al margen.

Él no estaba aislándose, me estaba dejando de lado a mí.

No sabía cómo había hecho, pero no me había venido abajo en esa llamada. Había esperado a que Max colgara para sentirme una mierda y ponerme a llorar.

Me dolía su actitud, y no podía decirle nada. No ahora, y menos aun por teléfono. Yo siempre había sido muy comprensiva con todo, había tenido paciencia, pero es que me estaba superando. No estaba orgullosa de mis sentimientos, pero me dolía el alma por los celos. Celos de todos los que podían estar a su lado, celos de esa vida en la que no me estaba incluyendo.

Sabía que le preocupaba no ser capaz de dividirse, y la verdad deseaba que no tuviera que hacerlo, porque si tenía que elegir entre su familia o yo... Bueno, la respuesta era obvia.

Eran momentos como estos, en los que me quebraba y me pasaba llorando como idiota, que me sentía una niña pequeña en medio de una pataleta.

No podía decir nada, porque en el fondo, comprendía su situación y no quería exigirle más. Nada que pudiera terminar de alejarnos.

¿Qué hice?

Me anoté para dos materias en aquel semestre, aunque Vero me había recomendado que no lo hiciera porque no tendría tiempo con tantos compromisos.

Tenía una tutoría cada quince días, y lo demás podía hacerlo a distancia, así que sería genial para mantenerme ocupada.

Eso y mis videos, que tenía acumulados por filmar. Las ideas que surgían y estaban todas anotadas en mi agenda, ahora tendrían fecha en mi calendario de grabación y servirían para publicarse cuando estuviera de gira.

Así, los días empezaban a llenarse de obligaciones, y mi cabeza iba a estar ocupada con otras cosas que me levantarían el ánimo de a poco como siempre ocurría. No sabía a qué hora le daban el alta a Olivia, pero yo no estaría en casa dando vueltas como león enjaulado, mirando la pantalla del celular.

Esa tarde, habíamos tenido una reunión con todo el equipo para tratar un nuevo cronograma ahora que Max no podría participar de todo lo que habíamos pactado al comienzo.

---Vamos a adelantar las presentaciones de Córdoba unas semanas. -- anunció uno de los ejecutivos. ---La fecha que nos habían dado no era la ideal, se juntaba con un evento deportivo, así que saldríamos beneficiados. -- comentó, alegre como si estuviera dando la mejor noticia. ---Después tendrías dos semanas para descansar en Buenos Aires, con dos o tres presentaciones antes de salir por todo el país. -- miró la pantalla de su Tablet. ---Según lo que nos comentaba tu agente, sería justo a tiempo para que rindieras finales.

---O sea que se adelanta todo. -- dije, alzando las cejas. ---Pero Max...

---Max está excusado. -- se apuró en aclarar. ---Y de todas maneras, ayer nos reunimos con él para hablar esto mismo y no tiene claro si quiere seguir con la gira.

Contuve el aire y Vero me miró preocupada.

No podía creerlo.

Hacía días que no lo veía, pero se había hecho tiempo para reunirse con los ejecutivos de la agencia a discutir sobre trabajo.

---Perfecto. -- asentí, con el corazón a mil y ganas de morder a alguien.

---Eso es todo por hoy. -- dijo mi agente, y disimuladamente se acercó a mí, y me sacó de la sala antes de que estallara. Había logrado llevarme a su casa, dejándome descargar toda la bronca que tenía dentro, prestándome el oído.

Esa noche los cansé.

Pablo y Vero me habían dado asilo, como los buenos amigos que eran. Habían invitado Juan, y los cuatro habíamos comido pizzas y hablado hasta la madrugada. No querían dejarme sola, y francamente, yo tampoco quería

estarlo.

Estaba cansada de sentirme sola.

Máximo

Apenas el peso de Santino llegó a los valores necesarios, él y Olivia fueron dados de alta.

Pequeñito y recientemente pelado, había partido a su nuevo hogar con sus dos padres muertos de miedo mirándolo como si fuera a romperse.

Cualquiera hubiera dicho que Oli tendría mucha práctica y sabría qué hacer, pero la verdad, tenía cara de estar aterrada.

---No es lo mismo. -- me había dicho. ---Primero, yo no trato recién nacidos... Y después, es mi bebé. Mío...

Asentí dándole la razón. Porque en mi vida había cargado montones de bebitos. Unas semanas antes, de hecho, la bebé de Simón y Francesca, o la sobrinita de Delfina... Y ninguna vez me habían temblado así las manos cuando sentía lo frágil y chiquitito que era. Dependía de nosotros.

Toda su vida, que siguiera vivo, dependía de mí y de su mamá.

El que diga que eso no asusta, está mintiendo.

La idea era que yo la ayudara a instalarse porque aun le dolía todo, y después me fuera a casa a descansar. Pero preparamos la cuna de Santi, su ropa y todo lo que pudiera necesitar, y aun así, sentía que faltaba algo.

Si, faltaban mis ganas de irme.

Quería quedarme al lado de Santi todo lo que pudiera. Desde que había nacido, no me había separado de él por más de unos minutos, y pensar en irme para regresar mañana, se me hacía insoportable.

---Creo que lo mejor va a ser que me quede para que vos duermas bien esta noche. -- le dije, rogando que no se diera cuenta de que un poco le mentía. ---Para recuperarte.

---Vos también estás cansado, Max. -- sonrió agotada y me dio un besito en la mejilla mientras pasaba a mi lado, como solía hacer antes.

---Si, pero yo no tengo que darle el pecho cada tres horas. -- dije, tratando de convencerla. ---Duermo en el sillón del living, ni te enteras de que estoy, y si el gordo se despierta llorando, yo me encargo.

---¿Seguro? -- me miró, inclinando la cabeza.

---Por favor. -- rogué, juntando las manos y ella se rio.

---Está bien. -- cedió y tomó a Santi de mis brazos para alimentarlo otra vez.

Me quedaba una noche más con ellos.

Sonreí feliz, y sin poder evitarlo, los abracé a los dos por detrás, y volví a agradecerle a Oli mil veces, haciéndola reír.

Desde hacía meses que sentía que las cosas entre nosotros habían cambiado. Me sentía unido a ella, y no en una manera romántica. No, eso no. Eso había quedado bastante atrás, pero ahí donde había habido amor, ahora quedaba un cariño enorme.

Cariño y agradecimiento, que me hacía sentir ahora, tranquilo y en paz cuando estaba a su lado. Éramos una familia.

No una convencional, pero una familia que se quería mucho, y que encontraría el modo de que todo funcionara en el futuro.

Antes de que se me hiciera más tarde, llamé a Delfina para avisarle que me quedaba y ella no me dijo nada. Tuve que separarme el celular de la cara y mirar si no se me había cortado la llamada, pero no. Solo no había contestado.

---Pensé que venías a casa, tenía que contarte algo. -- suspiró con fuerza, y me la imaginé con ese gesto de frustración que ultimamente me ponía cuando se disgustaba. Mierda. ---Pero probablemente puede esperar.

---Delfi, perdóname. Sé que te molesta la situación, pero te juro que voy a dormir en el living, ni siquiera en su habitación. -- expliqué, intranquilo.

---Ok. -- dijo en voz baja. ---Que tangas una buena noche.

Me despedí con un *te quiero* que ella nunca respondió, que se me quedó incrustado en el pecho, preocupándome, y después me fui a ver a mi hijo antes de irme a dormir.

Santi dormía en brazos de su mamá después de comer, y ella le acariciaba los cachetes con dulzura, cantándole una canción. Sonreí ante la imagen, y el dolor en el corazón un poco se me aflojó.

Todos mis problemas parecían resolverse cuando veía aquello...

Me acerqué a ellos y me agaché para escuchar también la voz de Oli, mientras sujetaba la manito de mi bebé y me dejaba llevar por la ternura.

Solucionaría las cosas con mi chica, por ahora, el estar así, viviendo este mismo instante, valía la pena completamente.

Delfina

Pasaron días.

Desde aquella noche en la que supuestamente él tenía que quedarse en casa de Olivia porque ella estaba tan cansada, que necesitaba ayuda para cuidar a Santino, habían pasado casi nueve días.

Me llamaba todas las noches para contarme qué tal les iba, pero de venir a verme, no decía nada.

Estaba que me mordía la lengua por las ganas que tenía de decirle que esto no podía seguir así. Era ridículo que hubiera pasado tanto tiempo y aun no teníamos ni una charla como correspondía.

Siempre me decía que al día siguiente se haría un rato y me vería, pero claro, siempre surgía algún imprevisto. Siempre tenía la excusa perfecta para no venir.

Que si el pequeño había llorado mucho la noche anterior, que si Olivia había tenido alguna molestia y no quería dejarla sola, que si tenían que ir a la primera revisión desde el alta para sacarle sangre al bebé... En fin.

Al décimo día, apareció en la puerta de casa con flores, mi helado favorito y una cara de arrepentimiento que casi hizo que me olvidara de todo.

Casi.

---Wow. Ya me había olvidado de tu cara. -- bromeé, dejándolo pasar.

---Sigo tan feo como antes. -- dijo, siguiéndome el juego y acercándose para darme un beso.

Me abracé a su cintura y respiré su perfume porque aunque había estado molesta, también lo había extrañado muchísimo. Sus manos me rodearon con cariño y nuestros labios se volvieron a buscar para besarse.

Era Max. Besaba como Max... pero no olía como Max. Otros perfumes se mezclaban en su ropa y me desconcertaban. Aroma de otro hogar, era inevitable, y otro... Uno muy suave y dulce, que olía a manzanas. Seguramente la colonia de su bebé. No voy a mentir, eso último me dio mucha ternura.

Ternura que se me pasó cuando sus dedos se perdieron bajo la tela de mi vestido y su respiración se volvió más profunda a medida que su beso iba haciéndose más intenso. Murmuró contra mi boca que se moría de ganas de estar conmigo, y yo solo pude responder tirando de su camisa para llevármelo al cuarto.

Si morderme el lóbulo de la oreja susurrando todo lo que quería hacerme, o tomarme de las caderas para cargarme camino a la cama; habían sido su

método de distracción para que retrasáramos la charla que teníamos pendiente... Tuvo éxito.

Capítulo 45

Dos horas después, nos estábamos muriendo de hambre, así que llamé al restaurante de comida china, y pedimos lo que solíamos pedir cuando era tarde y ninguno quería cocinar. Cuando estábamos en su casa, preferíamos lomitos, porque tenía cerca un lugar que los hacía buenísimos.

Ya era la segunda vez que quería sacar el tema de la gira, pero Max estaba distraído, y no paraba de mirar la pantalla de su celular.

---¿Estás esperando una llamada? -- tuve que preguntar, porque acababa de soltarle un monólogo de lo que había sido mi semana de trabajo, y él solo había gruñido y había seguido escribiéndole a alguien. ¿Estaba chateando?

---¿Eh? -- respondió, claro, sin saber qué había dicho.

---Que estás acá, pero no estás del todo. -- reclamé, señalando su teléfono y él lo dejó en la mesa, alzando las manos a modo de disculpa.

---Santi está un poquito molesto esta noche. -- explicó. ---Llora a cada rato, me parece que voy a tener que irme después de comer. -- miró su reloj.

---¡Pero si acabas de llegar! -- me indigné. ---Teníamos que hablar.

---Si, yo sé... -- dijo pasándose una mano por el cabello. ---Pero no entendés, estoy con la cabeza en otra cosa. Me preocupa que tenga fiebre, hoy estaba con los cachetes más colorados.

---Máximo, su mamá es pediatra. -- le hice ver, al borde de perder la paciencia.

---Disculpame, tenés razón. -- admitió, dejando de lado por fin su móvil y mirándome a la cara. ---¿Qué era lo que me querías decir?

---En tres días me voy a Córdoba. -- contesté sin dar vueltas. ---Hago las presentaciones allá y después vuelvo a tiempo para rendir, y empacar para la gira por el resto del país.

La cara de Max pasó por montones de expresiones.

De la sorpresa, a la incredulidad ...a fruncir el ceño hasta que casi sus cejas se tocaran.

---¿Ya? -- se aclaró la garganta. ---Pensé que teníamos más tiempo.

Me encogí de hombros.

---Yo también, pero adelantaron las fechas, y ahora son estas. -- le mostré el archivo que Vero me había pasado para que lo viera.

---No puedo irme con vos... -- empezó a decir, y lo interrumpí.

---Ya sé. -- dije. ---Pero estaba pensando que a lo mejor más adelante, en

plena gira, podés viajar por uno o dos días para verme.

---Mmm... no sé. -- dijo rascándose el mentón.

---Si no van a ser meses sin vernos. -- re recordé y él se llevó los dedos al puente de la nariz, agobiado. No sé en qué momento, pero mi cabeza había hecho un click. Fue paulatino, pero ya no podía seguir quieta viendo como todo pasaba y no hacía nada. ---¿Vas a seguir en su casa? -- pregunté.

---Supongo. -- respondió casi sin dudar. Me evitó la mirada y más me encendí.

---¿Hasta cuándo? -- insistí.

---No sé, no lo hemos hablado. -- contestó después de suspirar.

---¿Hemos? Olivia y vos, veo... Ese "*vemos*" no me incluye. -- me puse de pie, porque empezaba a perder el norte. ---¿No tendrías que hablarlo también conmigo?

---Obvio, pero todavía no tomé ninguna decisión. ¿De qué voy a hablarte? -- dijo, haciéndose el bobo.

---De cualquier cosa, literalmente. -- me quejé sin poder seguir callándome. ---Ya no hablamos de nada...

---Santi es chiquito y Oli me necesita ahora, tenés que entender. -- explicó con cansancio.

---Va a ser chiquito unos cuantos años más. -- acoté. ---Qué pensas hacer ¿mudarte con tu ex?

Max abrió los ojos como platos, sorprendido. Como ya sabrán a esta altura, yo no era de responder así, ni de confrontar. Huía a las discusiones y solía ser más paciente, pero no podía más. Antes de conocerlo había peleado tan pocas veces en mi vida...

Él despertaba cosas hermosas, pero también esto. También este fuego que necesitaba salir por algún lado.

---Delfi, sé que te va a costar ponerte en mi lugar. -- empezó diciendo con tono conciliatorio y resoplé. ---Es mi hijo...

---Ya estamos con eso otra vez. -- me crucé de brazos para que no se notara que me temblaban las manos de los nervios. ---Como yo no tengo hijos, no puedo entender. Conmigo no podés hablarlo, porque me va a costar ponerme en tu lugar, y por lo visto tampoco me da la cabeza para imaginármelo... -- enumeré.

---No digo eso, Delfi. -- se quiso defender, pero yo ya había empezado y tenía tanto dentro que no me iba a frenar.

---Estamos juntos supuestamente, y soy la última en enterarme de todo. --

reproché. ---Tengo que enterarme cuando ya decidiste quedarte en el hospital hasta que les dieran el alta, cuando ya te acomodaste en el sillón en casa de Olivia... Cuando ya te reuniste con los ejecutivos de la agencia para hablar de trabajo. -- su gesto se volvió más severo. No le gustaba lo que estaba oyendo, y no me importaba. Tenía que escucharlo. ---Ahora mismo... estábamos bien, estábamos pasando un buen rato después de días, y no podías dejar el celular.

---Si te estás comparando con Santino que tiene días, estás siendo muy injusta. -- dijo con los dientes apretados.

---¿Me estás tomando el pelo? -- me reí con amargura. ---No me comparo con él, me comparo en todo caso con Olivia, con tus amigos, hasta con tu carrera, porque todo está primero. ¿No? -- no pudo decir nada. ---No podías invitarme a que conociera a Santino, ¿no? No podías hacerte media hora para venir a verme, pero sí podías reunirte en la agencia. -- vi que de a poco mis palabras le estaban llegando. ---No podías o no querías.

---Delfi, acabo de ser padre. -- dijo y le tembló un poco la voz. ---No sé ni qué hacer la mayoría del tiempo, y trato de estar en todo, pero no puedo. ¿qué querés que haga?

---No te estoy pidiendo mucho. -- respondí ya sin fuerzas. ---Pero tenés razón. ¿Qué quiero que hagas? Nada, tenés razón. -- repetí.

---Delfi... -- quiso tomarme de la mano, pero yo me solté rápido.

---Eso sí, yo no voy a dejar de hacer mi vida cuando en la tuya ocupo tan poco. -- me revolví el cabello, agotada. ---Ahora si querés, podés volver con tu familia, porque yo tengo que preparar la valija.

---No, no me voy a ir y dejar las cosas así. -- se puso de pie de repente, y me miró con desesperación. ---Lo hablemos.

---No, Máximo. -- me escuché decir con seguridad. ---No va a ser cuando vos quieras y como vos quieras. Cuando yo quiero hablar vos no podés, y ahora de verdad soy yo la que no quiere. Ya escuché todo lo que tenía que escuchar de tu parte.

---Te vas en unos días, lo arreglemos. -- rogó, lleno de pena. ---Dejame que lo arregle... voy a hablar con Olivia y nos vamos a organizar mejor.

---Chau. -- dije evitando mirarlo para no quebrarme. Lo había hecho tan bien hasta entonces, que me hubiera dado una palmada en la espalda por mantenerme firme.

Me giré y me fui de la sala, dejándolo solo.

Máximo

¿Cómo puedo haber sido tan pelotudo? -- me pregunté, cubriéndome el rostro con ambas manos.

Delfina

En esos tres días me había estado llamando constantemente. Me dio gracia porque antes de nuestra pelea, había sido yo la que había tenido que estar persiguiéndolo para rogarle un segundo de su tiempo. Ahora los roles se habían invertido, y no tenía ni la más mínima gana de lidiar con él.

Ignoré sus mensajes aunque moría por responderle, y no había accedido a que me llevara al aeropuerto para despedirme. Ni siquiera sabía a qué hora salía mi avión, y no pensaba decirle.

Que este tiempo separados, nos diera aire y nos pusiera en perspectiva para pensar lo que queríamos.

Tenía claro que amaba a Max, de eso no tenía dudas, y él sentía lo mismo por mí, pero las cosas tenían que cambiar.

Recién cuando puse muchos kilómetros de por medio entre nosotros, y tuve un rato después de acomodarme en el hotel, es que acepté por primera vez una de sus llamadas. Se disculpó y tengo que admitirlo, en el momento, escucharlo tan sobrepasado, me dio lástima y en el fondo un poco lo perdoné. Eso y la distancia. El saber que estábamos tan lejos, también comenzaba a aflojar mi enojo. Decía que me echaba de menos, y a mí la panza se me llenaba de cosquillitas.

Se notaba que estaba esforzándose por recomponer nuestra situación, estaba siendo más atento, nunca me dejaba los mensajes sin contestar y cada vez que podía se lamentaba por la discusión que habíamos tenido.

Quería perdonarle todo, pero había actitudes tuyas que seguían molestándome.

---¿Estás todavía en casa de Olivia? -- pregunté un día antes de regresar a Buenos Aires. Me había dicho la noche anterior que regresaría a su casa, pero por el modo en que me había hablado, en susurros, podía adivinar que seguía allí.

---Si, todavía estoy en su casa. -- admitió. ---Santi tiene cólicos, y me siento un inútil si me voy sin ayudar. -- explicó. ---¿Volveres mañana, no? Voy a

buscarte al aeropuerto.

---Mañana a la mañana. -- respondí. ---Te paso más tarde los datos del vuelo.

---Perfecto. -- estuvo de acuerdo. ---Y después podemos ir a almorzar. Ahora te dejo, que tenemos que hacerlo dormir. Te amo. -- agregó bajando más la voz.

---Yo también. -- dije y colgué.

Un poco más liviana al ver que poco a poco volvíamos a estar bien, me fui a seguir trabajando.

Las presentaciones habían sido una locura. Creo que nunca había visto tanta gente junta. La provincia me encanta y también su gente, pero no pude evitar recordar la primera gira que compartí con Max. De alguna manera, aquí es donde había comenzado nuestra historia, aquí es donde me había dado nuestro primer beso.

Y por más que estaba ocupada y enfocada en las firmas de libros y en conocer a mis seguidores, me parecía que cada esquina estaba llena de recuerdos.

Habían pasado un poco más de dos años, pero después de todo lo que había ocurrido en los últimos diez meses, parecía otra vida totalmente. Qué distinto era todo entonces...

Vero se separó de mí al bajar del avión, y fue corriendo a los brazos de su chico que la esperaba con un ramo de flores con el resto de la gente. Me encogí un poco pensando en la reacción de mi amiga, a la que aquellos gestos le daban un poco de urticaria... No le iba la cursilería, y se había topado con el chico más dulce del mundo.

En serio, demasiado dulce.

---Te extrañé un montón, bebé. -- oí que le decía entre besos. Habíamos estado literalmente quince días fuera. Quince. Y estos dos parecían una pareja que se reencontraba tras la guerra. Vero se había trepado rodeándolo con las piernas y no paraba de darle picos mientras reían.

¿Sentía envidia?

Si.

Ahí estaba yo, mirando como se daban amor mientras me habían dejado plantada con todo y mis valijas.

Pablo me sonrió y preguntó si quería ir con ellos en el auto, y yo, después de esperar más de media hora y mirar varias veces el reloj, terminé cediendo.

Había intentado a su celular, pero no me había contestado, así que suponía que algo había surgido con el bebé, y ya me contestaría cuando pudiera.

¿Estaba enojada? No.

Con un recién nacido, no se pueden hacer planes y mantenerlos todo el tiempo. Son impredecibles, podía entenderlo. En esos días había dado muestras de estar más presente para conmigo, pero tampoco pretendía que descuidara a su hijo. Y a esta altura, él lo necesitaba más que yo.

¿Estaba decepcionada? Si.

Porque se había comprometido a buscarme, y el bebito también tenía a su mamá para cuidarlo. Pero bueno, ya me lo explicaría esa tarde cuando fuera a casa.

Yo ahora necesitaba llegar, darme una ducha larga y dormir una siestita reparadora para ponerme a estudiar.

Ya tenía las fechas de los finales, y tantas horas entre shows y eventos, me habían rendido para empezar a leer, pero si no me ponía de cabeza con los libros, no llegaría a verlo todo.

No quería atrasarme.

Cuando llegué a casa, tenía un mensaje de Max que decía que se quedaría en casa de Olivia porque ella había salido a hacer trámites, y le tocaba cuidar a Santi.

No creía que se retrasaría demasiado, pero se le había hecho imposible buscarme. Puse los ojos en blanco.

Podría haberme avisado cuando vio que no llegaba, pero al menos me había escrito.

Sacudí la cabeza, dispuesta a no dejar que aquello me arruinara los planes. Las materias necesitaban toda mi atención, y si me amargaba y me hacía la cabeza, no podría concentrarme después.

Así que apenas me dejaron en casa, corrí a bañarme y me desplomé en el colchón con la alarma programada para dormir una siestita.

Una hora después, me había preparado el almuerzo y había comenzado a estudiar mirando cada tanto el celular. Había quedado en escribirme o llamarme cuando estuviera por venir, pero iba avanzando la tarde y nada.

Justo cuando hice un pequeño recreo para tomar aire, el timbre de casa sonó y suspiré aliviada.

Al final sí había venido...

Me miré en el espejo y me acomodé el cabello que tenía atado en una colita alta para estudiar, y de paso me quité los anteojos gigantes que tenía para leer.

Dos largas semanas. Cuánto lo había extrañado.

Abrí la puerta con una sonrisa enorme, esperando verlo allí. Con su cabello chocolate todo despeinado, esas patillas a lo James Dean... su miradita seductora y esa media sonrisa que siempre me podía.

Pero no.

No era él.

---Olivia. -- dije, reconociéndola de todas las fotos que había visto en las redes sociales.

---Hola, Delfina. -- dijo ella con tono seguro. Un tono que inmediatamente me intimidó. ---¿Puedo pasar?

Capítulo 46

Era mucho más hermosa que en las fotos.

Su cabello rubio estaba elegantemente peinado lacio y perfecto, brillando dorado sobre sus hombros. Unos delicados pendientes de perlas le daban un toque de inocencia y su vestido liviano y al cuerpo, dejaba a la vista una figura atlética y cuidada.

Nadie hubiera dicho jamás que esta chica había sido mamá hacía tan poco tiempo, y sé que está muy mal hacer ese tipo de observaciones. Yo misma debería saberlo mejor, por todo lo que había pasado y todo lo que había aprendido en el centro donde había hecho rehabilitación. Un embarazo es un proceso natural por el que pasa el cuerpo, y aunque la sociedad se enfoque tanto en el resultado final de la mujer, y espera que apenas pasado el parto una vuelva a su peso, eso rara vez se daba. Y estaba bien que así fuera.

Pero Olivia estaba preciosa, y yo tan celosa, que no me daban ganas de tener una actitud más madura.

La hice pasar al living y nos sentamos en los sillones, enfrentadas, mirándonos con atención. Estudiándonos con intensidad. Pensando seguramente en las razones por las que Max se había fijado en la otra. ¿Por qué nos hacemos estas cosas?

Se cruzó de piernas, ajustando más fuerte el agarre en la correa de su fina cartera de marca y clavó sus ojos azules en los míos con seriedad.

---Voy a ir al grano. -- dijo sin titubear. ---Esta no es una visita social, tengo algo que pedirte, y sé que es algo muy grande.

---¿Algo que pedirme? ¿A mí? -- pregunté, recordándome cada tanto de cerrar la boca para no parecer una tarada.

---Si. -- asintió y su prolija melena se movió al compás. ---Quiero que dejes a Max.

Sentí que el corazón me caía en picada dentro del pecho, para aterrizar de manera incómoda en el estómago.

---¿Qué? -- balbuceé en voz baja, sin poder creérmelo.

---No puede terminar de ser feliz con su hijo ni conmigo porque siente culpa. -- explicó. ---Tiene culpa de hacerte daño, y no va a dejarte. Nunca tomaría por sí mismo esa decisión, vas a tener que hacerlo por él.

---Pero... -- la interrumpí. ---Yo lo quiero. Olivia, no voy a dejarlo.

---Sé que él también te quiere. -- dijo. ---Está enamorado de vos, no de mí... pero conmigo todavía puede ser feliz. Por Santino.

---No es lo que él quiere. -- insistí, cada vez con menos fuerza.

---Él nunca sabe lo que quiere. -- dijo poniendo los ojos en blanco, haciendo que me llenara de bronca. Era lo que yo tantas veces le había reclamado a Max, pero que lo dijera alguien más, y justamente ella, me ponía los pelos de punta. ---Ya no me querrá como antes, pero sabés que todavía siente cosas por mí ¿no? Estamos bien ahora, más unidos que nunca... Lo siento cerca otra vez y sé que podemos estar mejor.

---Yo... no sabría decirte si eso es cierto. -- dije, pero ella siguió hablando.

---Somos una familia, y eso es más fuerte y más importante que un enamoramiento o un romance que ahora parece eterno, pero puede terminarse como lo hizo hace dos años. -- argumentó y yo alcé las cejas, incrédula. --- Estas últimas semanas, de hecho, no estuvieron bien. Se habían peleado y todo antes de que te fueras.

---¿Te contó? -- quise saber, sintiendo que se me estaba destrozando el corazón.

---No tengo nada personal en tu contra, Delfina. -- dijo con un suspiro. --- Te estoy hablando de mujer a mujer. Máximo no me contó, pero lo escucho hablar por teléfono cuando está en casa. -- explicó. ---Lo veo abrumado, culposo, con tanto pesar... Y si vos lo dejaras libre, podría disfrutar de su paternidad a pleno y sin cargas. -- me sonrió con tristeza. ---Pensalo, por favor.

No pude responderle, y ni siquiera hizo falta. Porque cuando terminó de dar su mensaje, se levantó con la misma gracia y elegancia con la que había llegado, y tras despedirse se marchó dejándome destruida.

Todo lo que me había dicho, me lo había dicho yo misma millones de veces, y esta visita acababa de confirmar todos mis temores.

Lo primero que hice fue escribirle a Max y pedirle que nos viéramos recién al día siguiente. No me sentía lista para hablar con él todavía ni verlo, después de todo lo que Olivia me había dicho.

Necesitaba despejarme, ya que claramente tampoco podría volver a estudiar por ese día.

Estaba por llamar a Vero y pedirle que hiciéramos algo, pero un mensaje

interrumpió el que estaba escribiendo, como caído del cielo.

"Tengo libre hasta las ocho. ¿Querés que vayamos a ver esas luces que querías comprar?" -- Juan.

Una de las últimas veces que habíamos hablado, le había comentado que estaba necesitando nuevo equipo para mis videos, y él, que tenía el dato de un lugar que tenía variedad y buenos productos, me había dicho que cuando tuviera tiempo me acompañaba.

Estudiaba una carrera y trabajaba casi todas las noches en el bar, así que la verdad que no me tomé su ofrecimiento tan en serio. Pero tendría que haber pensado en que si él quería ayudarme, no me dejaría colgada. Jamás lo hacía.

Acepté casi inmediatamente y le dije que después de ahí, podíamos ir a comer algo. No tenía comida en casa, mataba dos pájaros de un tiro.

Habíamos caminado por horas, y me había comprado de todo un poco para mi estudio de grabación. No me olvidaba de mis problemas, pero al menos había sido una jornada productiva.

Cuando nos sentamos a comer en un Burger, nos pusimos al día y como ya venía siendo una costumbre, Juan me hizo de oído y me escuchó sorprendido mientras le contaba de la visita de Olivia.

---¿Le contaste a Max? -- preguntó sin poder creerlo, mirándome con sus ojos marrones y expresivos.

---No, todavía no lo vi. -- respondí. ---Y tampoco tengo en claro si quiero contárselo. Todo lo que me dijo es más de lo que yo ya sabía... -- me recogí el cabello con las manos sobre la nuca, agobiada. ---Me siento horrible. Como si estuviera metiéndome en sus vidas.

---No es así. Él te quiere a vos, no a ella. -- me dijo para consolarme. ---Y tendrías que decírselo, se merece saber de lo que Olivia es capaz.

---Es lógico lo que hizo, no creo que haya sido nada malo. -- contesté y puso los ojos en blanco.

---Fue injusta, no tiene derecho a decirte estas cosas y hacerte sentir así. -- me tomó de la mano con compasión. ---Sos buena mina, Fini, pero a veces te importan todos, menos vos misma.

---¿Vos decís? -- sonreí. ---Porque con este tema, me siento de lo más egoísta.

---Para nada. -- negó con la cabeza. ---Estás teniendo demasiada paciencia. -- se mordió el labio, pensativo. ---Esta chica Olivia está muy

confundida, no puede forzar a nadie a que esté con ella por compromiso u obligación. -- agregó. ---Hablá con Max, hacelo por él.

Me quedé mirándolo por un rato sin decir nada, y a duras penas pude terminarme la hamburguesa.

Esa noche, como tantas otras, me la pasaría pensando por horas sin poder dormir.

Al día siguiente, me desperté sobresaltada porque mi celular no paraba de sonar. Tanto me había desvelado, que cuando por fin pude pegar un ojo, los primeros rayos del sol asomaban, así que suponía... era bastante tarde.

Me llevé una mano a la frente, porque comenzaba a dolerme la cabeza y miré la pantalla de mi teléfono.

Cuatro llamadas perdidas de Máximo. -- ví, asustada. ¿Habría ocurrido algo? ¿Estaría bien? También me habían llegado mensajes de él y de mi agente, pero me dije que si era algo importante, no podía esperar a leerlos, y me dispuse a llamar primero a Max.

Nada. Sonó tres veces y me colgó.

Confundida, estaba a punto de volver a intentarlo cuando el timbre de casa sonó.

Recuerdos del día anterior, me pusieron alerta y algo precavida, así que miré por el telefonito antes de abrir, pensando que podía ser nuevamente Olivia, pero no.

Era Max, justamente.

Abrí sin dar vueltas y me fui a lavar la cara mientras él pasaba.

---Amor, no sabía que venías a la mañana. -- dije desde el baño. ---¿Por eso me llamabas? Ayer me dormí muy tarde.

---Me imagino. -- contestó, y su tono sonó algo seco. Me giré para encontrármelo de brazos cruzados cerca de la puerta, y el ceño tan fruncido, que todas las arruguitas de su frente se marcaban, severas.

---Si es porque no nos vimos ayer, la verdad es que estaba cansada después del viaje y...-- empecé a decir, atajándome. Se lo veía molesto.

---Tan cansada no estarías, porque saliste con ese chico Juan. -- reprochó, interrumpiéndome.

---Fuimos a hacer unas compras. -- me excusé. ---Pero bueno, no entiendo qué te molesta. -- comenté, empezando a enojarme yo también. ---Si hubieras hecho lo que te comprometiste a hacer, y me hubieras ido a buscar al

aeropuerto, hubiera salido con vos a comprar luces. Que es todo lo que hicimos.

Esto no terminaría bien.

---¿Entonces fue una venganza? -- preguntó con una media sonrisa que lejos de ser de esas que tanto me gustaban, esta me hacía erizar los vellos de la espalda. ---Estabas enojada conmigo y te fuiste de fiesta con este pibe con el que te emborrachaste la otra noche.

Listo. Era demasiado, hasta para mí.

---Me emborraché con mis amigos, Juan me trajo a casa. -- le corregí. --- Salimos a comprar equipo para mis videos, porque él tenía la tarde libre y me había recomendado un lugar que conocía. ¿Qué te pasa? -- pregunté muy decepcionada de su reacción. Este ataque de celos era totalmente inmerecido.

---¿Qué me pasa? -- se sacó el móvil del bolsillo, buscó algo y lo giró para que lo mirara. ---Esto me pasa. -- dijo mientras yo trataba de dar sentido a lo que estaba viendo. ---Esta mañana me llamó mi agente para decirme que otra vez éramos noticia.

Recortes de por lo menos cinco medios distintos, y una misma foto que alguien se habría tomado la molestia de venderles a todos, de mí ...y de Juan, saliendo de comer en el Burger.

---¿No puedo salir a comer con un amigo? -- le reclamé, queriendo tirarle el celular por la cabeza.

---Lee lo que dicen. -- me pidió. ---Que como yo tuve un hijo con otra mujer, vos estás saliendo con otro por despecho.

---¿Eso piensas? -- en serio, que agarrara su celular y me lo quitara de las manos o volaría.

---¡Obvio que no! -- contestó enojado. ---Pero es un momento de mierda para volver a ser tapa de revistas, Delfina. Tengo un bebé chiquito, y tengo que hacer malabares si lo tenemos que llevar al pediatra o algo así. Es una pesadilla también para su mamá, que no puede ni sacarlo a la puerta de casa, porque ya tiene una cámara en la nariz.

---¡Yo no llamé a los medios para que me sacaran esas fotos! -- ahora yo también había levantado la voz.

---No empezó ayer tu carrera, ya sabías que te iban a sacar alguna foto... -- reprochó. ---Si estabas molesta por lo del aeropuerto, tendrías que habérmelo dicho y lo hablábamos. Hacer esta pendejada nos complica a todos.

Apreté su teléfono en mi puño y calculé el daño que le haría si lo estrellaba contra el suelo y no en su cara, como quería... Y no me dio tanta

satisfacción, así que se lo devolví, estampándoselo en el pecho.

---Me molestó lo del aeropuerto, sí. No te lo voy a negar. -- respondí, odiándome por las lágrimas que se me habían acumulado en la garganta, y por como había comenzado a temblar. ---Pero no mientas, porque así hubiera querido decirte que me molestaba, vos no me hubieras contestado mis mensajes para enterarte de que me había dolido no verte cuando te esperaba. - - ví que apretaba la mandíbula y seguí hablando. ---En el momento, ni se me ocurrió que me sacarían fotos, Máximo. Estábamos en un lugar público, rodeados de gente. -- argumenté como si fuera obvio. ---Si quiero tener una cita romántica para engañarte, no me iría a un Burger, y eso los medios lo saben perfectamente. Lo saben porque no me vieron ni acercarme a Juan en toda la noche. Vieron a dos amigos, pero lo que vende es el drama...

---Eso lo sé. -- contestó todavía hosco. ---Trabajé por años en un portal de espectáculos, ¿te acordás?

---Sí, pero se ve que vos no tanto. Sabes que yo no tengo la culpa, pero te es más fácil enojarte conmigo. -- me defendí y no respondió. ---Ayer estaba mal, y no pensé ni por un instante en que podía seguirme un fotógrafo. No lo hice para molestarte o complicar a nadie.

---¿Estabas mal? ¿Por qué no me dijiste que estabas mal? -- se extrañó.

---Vos a mí no me decís nada... -- me encogí de hombros. ---Necesitaba salir, tomar aire.

---¿Por lo del aeropuerto? -- quiso saber, ahora más tranquilo. Su mirada se había tornado confundida, y no lo culpaba. Podía entender que le pareciera raro que me enfadara por algo así, cuando ya había soportado tantas otras cosas.

---No. -- sonreí con tristeza, y me pareció que sus mejillas perdían un poco el color.

---¿Te pasó algo en el viaje? -- preguntó. ---¿Por qué estabas mal?

---No iba a contártelo, pero ahora veo que no me queda otra. -- me senté en el sillón y le hice señas para que hiciera lo mismo. Él se dejó caer a mi lado, con cara de preocupación. ---Olivia vino a verme.

---¿Qué? ¿Cuándo? -- se movió en su asiento, algo inquieto y se despeinó con una mano, despejándose la frente.

---Ayer, antes de que viera a Juan. -- contesté y Max clavó la vista en el suelo. Tenía cara de no estar entendiendo nada, así que continué hablando. --- Me pidió que te dejara. -- dije en voz baja. ---Dijo que no te estoy dejando disfrutar de tu paternidad como te mereces.

Max se volteó para mirarme y dejó escapar un jadeo de sorpresa.

Omití la parte en que ella decía que todavía podía hacerlo feliz, porque sentía estar traicionado demasiado la confianza de la chica que había venido a hablarme de mujer a mujer. Tampoco quería poner esa idea en la cabeza de Max... Ya si ellos volvían a darse una oportunidad, sería porque así se daban las cosas. No porque yo los empujaba a estar juntos.

---No sabía nada. -- su voz ahora era un susurro ronco. ---¿Por qué me dijiste que no viniera ayer? Me hubieras contado todo entonces y yo podría haber hablado con ella...

---Necesitaba pensar. -- respondí con sinceridad. ---Todo lo que me dijo, yo ya lo había pensado y es lo que vengo diciéndote.

---No, no, no. -- negó con la cabeza, algo desesperado. ---No empecemos de nuevo con lo mismo. -- tomó una de mis manos y automáticamente me miró para estudiar mi reacción. Cuando vio que no lo rechazaba, se acercó un poco más. Suspiré cuando sus labios rozaron el dorso de mi mano, y me ablandé un poquito cuando dejó esa misma mano apoyada en su mejilla, mientras sus ojos me miraban cautelosos. ---Vos sabés que yo te quiero a vos. -- agregó con su boca muy cerca de la mía.

Y yo respiré de su aliento, sintiéndome hasta mareada.

Este rato, era el resumen perfecto de lo que se había convertido nuestra relación. Malos entendidos, una pelea en la que los dos nos echaríamos todo en cara, para después tenerlo a él, arrepentido, y rogándome que le creyera que me amaba con locura. Faltaba un beso.

Con un beso, me tendría justo donde quería, porque sabíamos los dos que una vez que nos besábamos no había retorno. No podía dejarlo pasar así como así.

Me separé un poco para mirarlo.

---Voy a hablar con ella, pero es comprensible que esté sensible, con todo el lío de hormonas que tiene. -- la defendió. ---No se lo tengas en cuenta.

---O sea que yo me ligo un regaño por salir con un amigo, pero a Olivia hay que entenderla. -- me solté de su agarre.

---Perdón. Sabés que no me molesta que te veas con Juan. -- dijo entornando los ojos. ---Me enojé por cómo se dieron las cosas, nada más. Fui un idiota. -- no se lo negaría. ---Y con Olivia qué querés que haga. Lógicamente la entiendo, es la madre de mi hijo.

Dejé caer la cabeza, exasperada.

---Creo que lo mejor va a ser que nos demos un tiempo. -- dije sin mirarlo.
---Yo tengo una carrera exigente y los medios siempre van a ser parte del combo que es salir conmigo. Ya tenía esta vida cuando nos conocimos, pero la tuya cambió bastante últimamente. -- le sonreí derrotada. ---Y tengo demasiadas cosas por delante, para estar teniéndome que cuidar por si salgo a comer con alguien, si me ven con otra persona, o si los que se relacionan conmigo quedan siempre pegados al escándalo.

---Delfi, entendeme. -- rogó, cansado. ---No puedo ignorar mis obligaciones como padre.

---No, claro que no. -- respondí, segura. ---Pero yo tampoco puedo dejar todo de lado por vos. Por vos ni por nadie, perdón.

Abrió la boca para decir algo, pero nada le salió.

Habíamos llegado a un punto muerto.

Un callejón sin salida.

Y otra vez yo me iría de gira sin que lo solucionáramos.

Capítulo 47

Máximo

Delfina se había ido de gira.

Después de días de no hablar tras nuestra última discusión, había partido en su recorrido por todo el país para presentar su libro y conocer a sus fans. Originalmente yo era parte del tour.

Se suponía que aprovecharía las conexiones que la agencia había hecho y los eventos en las librerías más importantes, para que también se me conociera. Y de paso, al terminar, pasaríamos unas vacaciones juntos, lejos de todo, para festejar que otra vez estábamos juntos y tan bien.

Claro que nuestros planes habían cambiado desde que me había enterado del embarazo de Olivia. Meses después iba a tener que empezar a cancelar compromisos, y dar de baja por completo mi participación en la gira. De las vacaciones con Delfina, ni hablar. Eso sin mencionar que teníamos poco qué festejar ultimamente, porque bien lo que se dice *bien*, no estábamos.

Odiaba tener que darle la razón en esto, pero necesitábamos un tiempo separados, de verdad.

Estaba abrumado por la cantidad de cosas que tenía que atender todo el tiempo, y ella no podía sentarse a esperar a que me desocupara. Ni se lo merecía tampoco.

Era una chica joven, atractiva, y probablemente en el mejor momento de su carrera. Por supuesto tenía que enfocarse en ella. Yo quería verla feliz, y parte de esa felicidad, eran sus logros y éxitos profesionales.

Me había enamorado de ella siendo quien era, no podía pretender que pospusiera nada de lo que le esperaba, porque había trabajado duro por ello. Era su momento de brillar.

Mierda. -- pensé amargamente, aunque me hacía gracia. Esa última frase hubiera quedado perfecta en un artículo si ahora tuviera que describir todo lo que estaba viviendo #FiniMoon.

Estaba brillando.

En cada una de las presentaciones y firmas que hacía, dejaba a más fans y seguidores enamorados que la aclamaban a los gritos, y morían por conocerla.

Y yo...

Yo estaba en una situación tan distinta.

Mi realidad por completo era diferente, y aunque me duela admitirlo, no sabía cómo integrar a Delfina en ella. Estaba confundido.

Cuando estaba con ella, era el Máximo que siempre había sido, pero cuando estaba en casa de Oli, era otro. Otro con otras obligaciones y responsabilidades... Otro que era un papá primerizo bastante maniático, lleno de miedos, y también uno que mimaba a su bebé y protegía al punto de casi obsesionarse.

No podía evitarlo, pero ese segundo Máximo cada vez cobraba más protagonismo frente al otro, haciendo que de a poco este dejara de existir... ¿Y qué hacía con Delfina?

Me desconcertaba también la actitud de Olivia, pero la entendía. Al principio me había chocado que fuera a ver a Delfina, pero a medida que fueron pasando los días, no pude más que ponerme en su lugar.

Comprendía por lo que estaba pasando, y ella de algún modo, me comprendía a mí. Me veía todos los días luchando por estar con Santi, atenderlo, y además teniendo que estar pendiente del teléfono y de Delfi, porque no quería defraudarla.

Solo Oli sabía lo mucho que el bebé nos necesitaba. Lo mucho de nuestro tiempo que era consumido por preocupaciones.

Parecía que todos los días era algo nuevo, pero no parábamos un segundo de ajustarnos al pequeño. Ayudaba bastante que ella fuera pediatra, porque sabía cosas y estaba acostumbrada a ver de todo en la guardia... Porque la primera vez que Santi tuvo fiebre y al chequearlo, podía ver el puso en su cuellito de lo agitado que estaba; fue ella la que me calmó y evitó que me lo llevara corriendo al hospital, desesperado.

Puede sonar a que era una tortura, y no. Estaban siendo los mejores días, las mejores semanas, y los mejores meses de mi vida. Santino era la alegría de mis mañanas, literalmente. Su pequeña sonrisa hacía que todo pareciera más brillante, y el futuro, esperanzador.

Olivia se sentía del mismo modo... Por eso tal vez podía entenderla tanto.

No compartía el modo en que había hecho las cosas, eso no me había gustado para nada. Delfi era mi novia, no tendría que haberle dicho lo que le dijo ...menos aun a mis espaldas, pero en el fondo ella pensaba que estaba haciéndonos bien a todos.

Cada vez que recordaba la pelea que había tenido con Delfina, me sentía

un estúpido. Y cualquiera hubiera dicho que ser padre me daría más perspectiva, y maduraría, pero no. Seguía siendo el mismo idiota cascarrabias, que se iba de boca y después se lamentaba por meses. Temía que algún día no pudiera perdonar mis boludeces...

Me sentía un idiota por haberle echado en cara su salida con Juan.

En el momento estaba tan molesto... Si, me había enojado porque mi agente me había llamado enloquecido, porque hacía días que estaba luchando para que no aparecieran fotos nuestras en los medios, y después iba Delfina y se exponía de ese modo con alguien más, para que se dijeran mil cosas. Pero también tenía celos. No porque pensara que pasaba algo entre ellos... que no lo pensaba. Al chico podía gustarle mucho mi novia, y se notaba que le gustaba, pero confiaba en ella.

Tenía celos de la relación relajada y sin problemas que podía tener con él.

Darse el lujo de salir cuando quisiera, comer por ahí, hacer su vida, sin tener que estar pensando en horarios de mamaderas, pañales, ni haciendo malabares para ver quién se queda cuidando al bebé.

Tenía celos porque él era más joven, y seguramente más divertido... Yo llevaba días sin hablar con otro adulto que no fuera Olivia. Y todo lo que hablábamos tenía que ver con el bebé.

Delfi no tenía que pasar por esas cosas.

Y después de tantos compromisos, tenía derecho a divertirse. No podía reprocharle nada, y menos cuando ese mismo día, yo le había fallado.

No había ido a buscarla al aeropuerto como le había prometido, porque Oli tenía turno en el médico...

Bueno, eso me había dicho a mí. Porque resulta que se había ido a ver a mi novia. -- me dije pensativo, mientras golpeaba con suavidad la espaldita de Santi para sacarle el aire. Él movía las manitos para refregarse los ojos, señal inequívoca de que era hora de su siesta. Miré hacia la habitación donde estaba la cuna, y su mamá acababa de acostarse.

Así ocurría siempre.

Cada vez que pensaba en confrontarla por aquello, la veía cansada, ocupada o concentrada en Santi. Conmigo en casa, dormía siempre que el bebé lo hacía, para tener energías ya que le daba el pecho cada vez que podía. Y así seguía pasando el tiempo, y yo seguía dándole vueltas a su visita en casa de Delfi.

En su pedido.

Le había pedido que me dejara...

¿Qué había detrás de ese pedido? ¿Lo había hecho como amiga? Al verme tan superado por las circunstancias, o al escucharme discutir con ella por teléfono...

¿O es que había algo más?

La conversación que había tenido con mi madre en el hospital apenas había nacido Santi, aun me hacía ruido.

Delfina

Miré el calendario otra vez porque no podía creérmelo.

Tres meses.

Habían pasado tres meses desde que me había ido de gira por todo el país, y había estado tan ocupada que apenas me había dado cuenta.

Había sido tan bien recibida en todas las provincias, y la había pasado tan increíblemente, que parecía muchísimo menos tiempo.

En Mendoza había dado incluso una charla en la universidad, sobre temas relacionados con la alimentación, y me había emocionado hasta las lágrimas cuando una chica en la audiencia, me contó que había superado su enfermedad inspirada en mi libro.

Algo tan simple como había sido un consejo que había escrito en uno de los capítulos, era lo que más la había marcado. Simplemente decía que no se quedaran con la ropa que comenzaba a quedarles chica en el camino a la recuperación. Eso desencadena un proceso de comparación poco sano, y solemos atacarnos de manera despiadada... Ella sentía que esa sola frase le había cambiado la vida.

¿Se imaginan tener ese impacto en alguien?

Me había afectado tanto que después la llamé para conversar con ella a solas, y le había dado un abrazo de agradecimiento y de cariño. Todos necesitábamos cariño en este proceso.

Amor propio y amor de los que nos rodean.

Estaba viviendo un sueño con todo lo que me pasaba con mi carrera, y aunque me hubiera encantado poder compartirlo con la persona que más amaba, confiaba que la decisión que había tomado antes de irme, nos haría bien a los dos.

Tenía la seguridad de que esos primeros tres meses con su bebé, era algo que tenía que disfrutar plenamente y sin culpas, como había dicho Olivia. Y si

no lo hacía, después se arrepentiría, o peor, me guardaría rencor de por vida.

Ahora que ya estaba en casa de mi familia, tenía algunos días de descanso antes de volver a la capital, pero como seguramente supongan, ese *descanso*, seguía estando lleno de grabaciones para mi canal de YouTube, programación de redes sociales, y alguna que otra reunión por video llamada.

Como esa tarde, que había dejado todo lo que estaba haciendo para atender una comunicación de Estados Unidos.

Casi me caigo de la silla cuando escuché la propuesta que me estaban haciendo. Una de las marcas más importantes del momento, que se había puesto de moda por trabajar con influencers de todas partes del mundo, quería hacer una colaboración conmigo. ¡Conmigo!

Si lo hacía, sería la primera en toda Latinoamérica en tener una paleta de sombras hecha especialmente con mis preferencias, y que llevaría mi nombre y mi diseño. Me dejaban hacerlo todo.

Solo tenía que ir para su fábrica, reunirme con su gente, y hasta conocer el laboratorio donde se formularía el producto. No podía creerlo.

Era uno de los sueños de mi vida...

Uno de esos tan grandes, que ya me había hecho a la idea de que jamás sucedería.

Solo había un detalle...

Tenía que mudarme un año a Los Ángeles, California.

Verónica

Por lo que me fueron conociendo hasta ahora, puedo decir que no voy a sorprender a nadie si les digo que lo primero que hice cuando volví a Buenos Aires fue volver a los brazos de Pablo.

Me estaba esperando en el aeropuerto con flores, para después llevarme a casa donde tenía lista una cena romántica para nosotros dos a la luz de las velas.

¿Se puede más cursi?

Les respondo, no.

Era el colmo de la dulzura, pero a mí me encantaba porque era él y lo había extrañado. Hasta había extrañado a sus mil animales, a los cuales había que sumarle a Moona, que se había quedado aquí mientras Fini se iba de gira, al cuidado de mi chico. Él los cuidaba a todos.

Tampoco voy a sorprenderlos si les cuento que ni siquiera cenamos, porque me le tiré encima y casi lo atacué.

Habíamos pasado todo el fin de semana metidos en la habitación, y me ahorro los detalles, aunque después de tres largos meses, pueden imaginarse lo que había sido eso...

Pero el domingo a la noche, había querido hacer algo bonito y me sorprendió con reservaciones en un restaurante bastante conocido de la zona. Con su accidente y la gira, hacía mucho que no teníamos una salida tipo cita, así que dejé que me invitara.

Había estado tres horas mirando el rincón de su guardarropas en el que habían sido amontonadas todas sus pertenencias cuando me mudé, preguntándome qué se ponía uno para ir a esos lugares.

Se la pasaba de uniforme todos los días, y no tenía ropa elegante para lucir, y la verdad a mí no me importaba. Hubiera ido orgullosa con él vestido como fuera. Incluso si aparecía vestido de bombero. Pero se estaba esforzando, así que lo ayudé, eligiendo un pantalón oscuro y la única camisa blanca que tenía.

Estaba guapísimo hasta desnudo.

Sobre todo desnudo.

Yo me había puesto un vestido ajustado color rojo, que hacía que mi melena destacara y me había maquillado para la ocasión, recibiendo los piropos de mi novio cuando me vio aparecer en la sala.

El restaurante estaba repleto.

Teníamos reservación, pero incluso teniéndola, habíamos tenido que hacer fila en la entrada tras estacionar el auto cerca.

Pablo me tenía abrazada por la cintura y me susurraba ñoñerías en el oído, cuando lo ví.

René.

Mi ex, rodeado de otros actores de la serie que estaba grabando, un productor y cinco mujeres preciosas que no conocía ni me sonaban de nada.

---¡Roni! -- se acercó con los brazos abiertos, saludándome con ese apodo tan estúpido que me había puesto cuando salíamos. Roni y René tenía su gracia entonces, ahora no. ---¿Cómo estás? Hacía mucho que no nos veíamos.

Su sonrisa socarrona y la manera en que miró a mi chico no me pasaron desapercibidas.

---René, él es Pablo. -- dije casi automáticamente, tensándome como un palo. ---Mi novio.

Inevitablemente, cuando escuchó el nombre de mi ex, sus brazos se ajustaron más en mi cuerpo y casi pude sentir cómo se ponía a la defensiva.

Me giré un poco para mirarlos, mientras se saludaban, y vi algo en sus ojos que me rompió un poco el corazón. Estaba intimidado, y odiaba que lo estuviera.

Por un idiota como René, no valía la pena.

---¿Y tu novia? -- pregunté, buscándola entre la multitud. Era raro que no la tuviera colgada del brazo como cada vez que se los veía juntos.

---¿Novia? -- se rio, burlón. ---Eso se terminó. -- me hizo una de sus caiditas de ojos y agregó. ---Tenías razón, no era buena para mí. No teníamos nada que hacer juntos, ella nunca supo quererme bien...

Alcé una ceja porque casi estaba dando entender que la actriz no lo había querido *como yo*, y no entendía a qué venía ese tipo de comentarios ahora.

Estaba por contestarle, cuando noté cómo miraba a mi novio. De arriba abajo, de manera despectiva, estudiándolo como si fuera un animal del zoológico. Lo veía venir...

---¿Vos también sos actor? No me suena tu cara... -- preguntó, inclinando la cabeza. Su tono sobrador, estaba poniéndome enferma.

---No. -- respondió Pablo. ---Soy bombero.

---¡Bombero! -- se rio el idiota de mi ex. ---Qué increíble, quién hubiera dicho, todo un héroe. -- el gesto de mi chico se oscureció de repente. ---No sabía que el sueldo de los bomberos daba como para frecuentar estos lugares. -- señaló el restaurante. ---Deben estar cobrando muy bien.

---Soy voluntario... -- gruñó el otro. ---Y qué te importa.

René alzó las manos, dijo otra bobada y se despidió de nosotros disculpándose falsamente por habernos molestado, y yo solo pude mirarlo con asco.

Unos metros más allá, lo vimos reírse con sus amigos, mientras todos miraban a donde estábamos nosotros.

---Odio este mundillo. -- dije sin poder evitarlo. ---Es lo único que me jode de mi carrera.

---Pensé que te gustaba. -- contestó Pablo, pensativo.

---¿En serio? -- fruncí el ceño. ---¿Los famosos, las luces y todo este

circo? Lo detesto, es la peor parte.

Pablo se giró para mirarme y soltó todo el aire, aliviado, antes de besarme.

---Te traje acá porque no quería que extrañaras toda esta vida por estar conmigo. -- confesó bajando un poco la cabeza, y me morí de ternura.

---¿Qué decís? -- lo interrumpí. ---Prefiero estar con vos en una parrilla diente libre de barrio como al que fuimos la otra vez, mil veces.

---¿Segura? -- insistió.

---Te amo. -- es todo lo que pude contestar. Me puse en puntas de pie y me colgué a su cuello para comérmelo a besos.

El corazón me estallaba de amor.

Ahora, no es que fuera vengativa...

Pero ese lunes cuando volví a trabajar, envié un correo que hacía tiempo tenía ganas de enviar. En él, estaba vendiendo una información a un importante programa de chimentos, sobre el verdadero Renato, galán y protagonista del momento.

Resulta que no había estudiado actuación como les había hecho creer, tampoco tenía toda la experiencia que decía su hoja de vida... y desde luego, no tenía el origen humilde que había dicho para crearse una historia interesante.

Era un mimado niño rico de zona Norte.

¿Todo ese cuento del padre alcohólico que tanto había sufrido? Lo había visto en una película.

Por fin había llegado el momento de que se cayeran las caretas.

Capítulo 48

Máximo

Extrañaba muchísimo a Delfina.

La pensaba todo el tiempo...

Estaba todo el día pendiente de las redes sociales, y las cosas que se decían de ella en la televisión. Le estaba yendo tan bien... Estaba orgulloso de ella y todo lo que había logrado, y a la vez me moría de angustia por no estar a su lado, celebrándolo con ella. No aguantaba las ganas de verla.

Ahora que Santi estaba un poco más grande y tenía horarios más estables, ya podíamos organizarnos con Olivia, y eso me dejaba bastante tiempo para pensar. Y solo pensaba en Delfina.

Con los días cambiados, y habituado a no dormir de noche, me la pasaba viendo sus videos y sujetándome las manos para no escribirle mensajes.

Quería respetar su voluntad y darle tiempo, y quería dármelo a mí también. Era lógico que al estar tanto tiempo separados, empezara a desesperar y quisiera mandar todo a la mierda y llamarla... Pero ya la había defraudado lo suficiente.

En parte sentía que este era mi castigo por el lío que había causado en todas nuestras vidas.

Yo era el culpable, y ahora tenía que pagarlo viéndola feliz, cumpliendo sus sueños y acumulando logros, a la distancia.

Era una consecuencia de mis decisiones, y después de tanto tiempo y dolor que me habían costado mis errores, ya había aprendido a enfrentarlos poniéndole la cara a todo.

Me faltaba aun mucho camino, pero de a poco, las cosas empezaban a encajar.

Oli en poco tiempo regresaría a trabajar y cuando lo hiciera, yo haría lo mismo, así que el bebé se quedaría en casa de su abuela materna, que vivía cerca. Al menos hasta que empezara la guardería.

Era tan chiquito que pensar en separarnos de él, nos dolía, pero era normal. Todos los niños pasaban por aquello cuando sus padres volvían a sus rutinas. Y es que después de tres meses, pensar en volver a nuestras vidas normales, nos parecía tan lejano...

Volver a escribir por las noches, trasnocharme con litros de café metido en algún libro, presentaciones y firmas, todo se me hacía una realidad paralela.

Esa noche, estábamos haciendo dormir al bebé. Eran las nueve, y Santi cerró sus ojitos acurrucado en su cuna, bien arropadito como lo habíamos dejado.

Nos miramos con Oli llenos de alivio, y nos fuimos a comer a la cocina, pendientes de escuchar cualquier ruido que fuera a provenir de su cuarto.

---¿Querés que veamos una película? -- preguntó, pasándome la ensalada.

La miré algo desconcertado. Más que comer juntos, y las conversaciones que teníamos sobre Santino, no solíamos compartir mucho más. Esto era nuevo...

Creo que no veíamos una película juntos desde la época en la que salíamos. Tuvo que leer mi expresión, porque rápidamente aclaró.

---No tengo sueño y hace años quiero ver una que ponen en Netflix. -- comentó, con ilusión.

---Tendría que ponerme a trabajar. -- le dije, algo incómodo. La verdad es que se me hacía demasiado raro, y no estaba de humor para situaciones incómodas. ---Quería ponerme a revisar el libro.

---Está bien. -- contestó, visiblemente desanimada. ---Supongo que puedo verla sola, no te hagas problema.

Miró su plato, pensativa, y me dio tanta pena, que tardé medio minuto en ceder. Tanto Oli como yo, dedicábamos nuestro tiempo completo al bebé, y tenía derecho a un poquito de distracción y esparcimiento, y ella quería compartirlo conmigo.

Me sentía una basura si se lo negaba.

Momentos después, estábamos en su sillón viendo una película policial de la que había muy buenos comentarios en Internet. Aunque cuando nosotros veíamos una película o serie, no solo la veíamos.

Nos pasábamos las dos horas, criticándola de principio a fin. Analizando cada detalle y opinando sobre todo, era una tradición que habíamos creado al ver que teníamos tantas cosas en común.

No recuerdo qué había dicho que le había parecido tan gracioso, pero ahora no paraba de reírse. Tapándose la boca para no hacer ruido y despertar al bebé, cosa que lo volvía todavía más chistoso, y terminamos riéndonos los

dos.

Como fuera, en una de sus carcajadas, hizo un mal movimiento y terminó tirando el contenido de nuestros vasos sobre la alfombra, haciendo un estruendo. Nos quedamos quietos, mirándonos con los ojos como platos, esperando el llanto de Santi desde su cuna, pero los minutos pasaron y nada.

No nos había oído.

Otra ronda de nuevas carcajadas sordas mientras limpiábamos, y esa complicidad que me alegraba de volver a tener con ella. Ya casi había olvidado lo divertida que podía ser.

Estaba pensando justamente en eso, cuando se agachó para alcanzarme un trapo para limpiar el estropicio y como si nada rozó mi mano.

La miré descolocado, y sus ojos fueron directo a mis labios.

No lo ví venir.

De un impulso, terminó de inclinarse hasta mi rostro, y pegó su boca a la mía, sin dejarme reaccionar. No había llegado a ser un beso. Solo un toque tímido, antes de que yo hiciera la cabeza hacia atrás, sorprendido.

---Oli ¿qué haces? -- pregunté, alejándome unos pasos.

---Pero yo pensé que... -- dijo, con los ojos llenándosele de lágrimas. --- Estás separado de tu novia, hace mucho que no se hablan, y nosotros esta noche, solos, viendo una película acá en el sillón...

---Sabes cómo son las cosas. -- respondí bajando la cabeza, apenado. No quería verla llorar. ---Todavía estoy con Delfina, y la quiero a ella.

---Perdón. -- se apuró en decir, secándose las mejillas. ---No sé, estábamos tan bien, me dio la impresión de que pasaba algo más. -- parecía avergonzada.

---Perdoname vos a mí. -- me rasqué la barbilla. ---Perdoname si te hice sentir algo que no era.

---Me confundí yo sola. -- se cubrió el rostro con las manos. ---Es que desde que nació Santi, vivís con nosotros y...

---Por él. -- admití.

---Pero estabas tan cariñoso, tan considerado. -- enumeró y me encogí más en el lugar.

---¿Alguna vez fui de otra forma con vos? -- pregunté y negó con la cabeza.

---¿No me querés? -- insistió, conteniendo un sollozo.

---Claro que sí. -- respondí. ---Siempre te voy a querer muchísimo, Oli. -- la abracé y sentí que sus lágrimas mojaban mi remera. ---Pero amo a alguien más.

---Ya lo sé, pero tenemos un hijo juntos. -- comentó. ---Pensé que podríamos intentarlo un tiempo, y si no funciona...

---No, nunca te haría pasar por algo así. Menos al bebé. -- dije, resuelto. --
-Porque estaríamos bien, Oli. Nos querríamos como los compañeros que somos, yo te trataría como te mereces y vos me mimarías como siempre lo hiciste. -- agregué. ---Pero ¿seríamos totalmente felices?

---¿Quién lo es realmente? -- preguntó y sentí tanta lástima por ella, que me hizo daño.

---Mereces enamorarte de verdad, rubia. -- dije, acariciándole el cabello.
---Un amor que te de vuelta el mundo y te rompa la cabeza.

Ella se rio de mi descripción y se separó apenas para mirarme.

---¿Eso te pasa con Delfina? -- quiso saber.

---¿No se nota? -- pregunté yo y ella sonrió, asintiendo.

---A veces pienso que nadie me va a querer. -- confesó al rato. ---Teniendo a Santi... y con las exigencias de mi trabajo.

Puse los ojos en blanco y la tomé de los hombros para que me mirara.

---Sos preciosa, Olivia. -- comenté. ---Exitosa y una de las mujeres más inteligentes y más buenas que conozco. Te tenés que abrir a la posibilidad, nada más.

---Pero si no tengo tiempo de nada. -- se quejó, refregándose los ojos, con frustración.

---Ya todo se va a ir acomodando. Y por Santi no te preocupes, me tenés a mí. -- le hice ver. ---Hace dos meses no podríamos ni haber cenado como lo hicimos hoy, sin tener que levantarnos cada diez minutos para atenderlo.

---¿Cuando tenga una cita vos lo vas a cuidar? -- preguntó con una sonrisa.

---Prometido. -- dije y se rio, dándome un abrazo de oso.

Me alegraba de haberla hecho reír, y que nuestra charla la hubiera hecho sentir mejor, pero a mí me había hecho pensar en muchas cosas.

Yo también me tendría que acomodar.

Olivia iba a hacer su vida y yo tendría que hacer lo mismo que tanto le aconsejaba.

Por más cómodo que estuviera ahora, sabía que la vida era mucho más que comodidad.

---Mañana me vuelvo a casa. -- anuncié decidido y ella asintió, como si hubiera sabido de antemano que lo diría.

Era el momento.

Delfina

Al menos el descanso en lo de mis padres me había venido de maravillas. Me habían mimado, y estaba bien, pero la angustia del todo no se me iba.

Lo extrañaba.

Había estado molesta con él al principio, pero ahora solo sentía ganas de salir corriendo y acurrucarme en sus brazos, y que nos olvidáramos de todo. Y hubiéramos podido... Pero sentía que tenía que ser él quien se moviera.

No era una cuestión de orgullo, si no de amor, y yo necesitaba que me demostrara que lo seguía sintiendo por mí.

En esos días, mis amigos habían viajado a verme.

Las fechas coincidían con un feriado puente, y yo tenía tantas ganas de distraerme, que les había pagado los pasajes de avión para que conocieran mi casa.

Así que esa noche los tenía a todos. A Vero, Pablo y a Juan, listos para salir después de cenar. Porque ellos sí habían podido hacerse el tiempo de venir...

De más está decir que nos vinimos arriba con los festejos, y después de una larga previa, los brindis se nos habían ido de las manos. Conclusión, estábamos todos achispados y dispuestos a divertirnos en uno de los boliches de la zona.

En los pocos recuerdos que tenía de esa noche en particular, todos bailábamos y nos reíamos de cualquier cosa, tomándonos fotografías.

La habíamos pasado tan bien, que nos pusimos a hacer planes para las vacaciones que teníamos cercanas. Viajaríamos a unos kilómetros de aquí, a Bariloche y disfrutaríamos de la noche. Yo ya había hecho ese viaje con Max, pero él mismo me había contado que vivirlo con amigos tenía algo especial. Era distinto.

Uff... recordar a Max me puso nostálgica y bastante idiota.

Lo suficientemente idiota como para separarme del grupo y escabullirme al patio del lugar, tambaleándome en busca de privacidad. Saqué mi celular y sin siquiera mirar la hora, marqué.

Cinco tonos.

Cinco largos tonos hasta que su voz ronca me contestó del otro lado. Estaba adorablemente dormido, y solo con imaginármelo, un calor reconfortante me envolvió el pecho. Así me hablaba al oído cuando dormíamos juntos. Sonaba justo así.

---¿Delfi? -- se aclaró la garganta. ---Amor ¿pasa algo?

Por poco lloro al escucharlo. Que me llamara "*amor*" después de cómo habíamos dejado las cosas me llenó de esperanzas ...y ganas de tomarme un vuelo urgente a Buenos Aires.

---Amor, te extraño. -- dije lastimera, notando que arrastraba las consonantes.

---Y yo a vos. -- contestó, soltando el aire aliviado. Tal vez mis palabras habían tenido el mismo efecto que su apelativo cariñoso había tenido en mí.

---¿Dónde estás? -- pregunté de repente. No susurraba como siempre hacía cuando estaba en casa de Olivia, y no pude evitar sentir curiosidad.

---En casa. -- contestó y el corazón se me aceleró.

---¿Te fuiste de su casa? -- insistí sin poder creerlo. Quería que me lo confirmara.

---Si. -- admitió. ---¿Estás bien? Te escucho rara... ¿estuviste tomando? -- preguntó preocupado. ---Por favor decime que no estás sola.

---Nop. -- me reí. ---Estoy con Vero, Pablo y Juan. Viajaron a verme. ¡Tengo una idea!

Escuché que reía del otro lado.

---Qué miedo. -- bromeó. ---¿Cuál es tu idea?

---Ya que te fuiste de su casa y ahora podés, tendrías que venir con nosotros de viaje. -- propuse. ---Queremos ir a Bariloche todos, salir a bailar. En unos días, para las vacaciones de invierno. ¿Te acordás de cuando fuimos a Bariloche?

---Me acuerdo. -- contestó. ---Suenan divertidos, y seguro que la pasan muy bien, pero yo no puedo.

---Son dos días nada más. -- insistí. ---Tomas un vuelo directo y...

---Amor, ya no estoy para esas cosas. -- dijo con paciencia, como si le hablara a un niño. ---¿Te parece que estoy como para salir a bailar como un adolescente?

Miré el teléfono con bronca. Otra vez con ese tono condescendiente. Otra vez tratándome de adolescente.

---Ya no estás para estar conmigo. -- respondí molesta. ---Todos pudieron hacerse el tiempo para venir... Te pedí dos días.

---No es lo mismo, Delfi. -- respondió, con cansancio. ---Yo no puedo irme tan lejos, si Oli o Santi me necesitaran...

---Hay teléfonos y aviones. -- retruqué sintiendo que siempre tenía que estar rogándole cosas. ---Pero no importa. -- me reí con amargura. ---No importa que te esté pidiendo esto después de tres meses de no hablar y más aun de no vernos. Ya no importa nada.

Colgué antes de poder escuchar su respuesta y volví a entrar para buscar a mis amigos.

Me sentía tan rechazada que el pecho me pesaba toneladas.

No estoy orgullosa, pero esa noche, odié a Max. De verdad lo odié.

Capítulo 49

Si la noche anterior me pesaba el pecho, hoy la cabeza le hacía competencia.

No podía ni levantarme de la cama sin sostenerme la frente para que dejara de latirme ...o para no vomitar.

Mis amigos, que no se habían pasado tanto con los tragos, habían disfrutado del desayuno y ahora estaban ayudando a mis padres con el asado. Pablo, según decía, tenía experiencia y una habilidad especial para hacerlo.

Vero tomaba sol con mi mamá, conversando de cualquier cosa, y a Juan le había tocado la tarea de chequear cada tanto si yo seguía viva.

Esta por ejemplo, era una de esas veces.

Asomaba su cabeza por la puerta, intentando adivinar el bulto que era yo en medio de la cama cubierta por la oscuridad y ver si respiraba.

Con un gruñido le hice saber que seguía ahí y él más tranquilo, me ofreció algo para comer o tomar antes de volver al jardín.

Yo no quería nada.

Quería seguir durmiendo a ser posiblemente por todo lo que quedaba de esa semana. Esta era la última vez que me excedía así con la bebida.

Sabía perfectamente que para mi recuperación y para mantenerme saludable, no podía permitírmelo. Mi nutricionista había sido clarísima, y mi terapeuta también lo desaconsejaba, pero como nunca había tenido como hábito el salir y emborracharme, no había prestado demasiada atención.

Se había acabado. Nunca, nunca más.

Me giré sobre el colchón y mi frente dio con algo frío y rígido cerca de la almohada.

Mi celular.

Fruncí el ceño inmediatamente recordando la conversación que había tenido con Max la noche anterior. Me había pasado muchísimo.

Si bien pensaba lo que le había dicho, ahora con la mente más clara, reconocía que esos no eran los modos. Prácticamente le había hecho entender que ya nada importaba.

Que lo que teníamos no importaba.

Que no valía la pena tantos problemas.

Lo había tratado tan mal...

Y después estaba lo otro.

En mi estado de ebriedad, había estado bailando con una chica. Una chica muy bonita, con la que podría haber pasado algo más, aunque no... No había hecho nada.

No hubiera sido la primera vez, ni tampoco me hubiera sorprendido demasiado. Ebria o sobria, mi sexualidad no era algo que me cuestionara, era lo que era. Ni siquiera la había besado, pero de igual manera me sentía culpable.

Yo no era así.

Yo no iba a besar a nadie por despecho.

¿Qué hubiera solucionado aquello? Al contrario, traería más y más reproches, culpa e interminables pases de facturas.

Estaba llegando a mi límite de mi resistencia, y sabía que no podía seguir más tiempo así.

Por la noche, armándome de valor... Y tragándome el orgullo como sentía que venía haciendo por meses, llamé a Max para aclarar las cosas.

---Me siento mal, Delfi. -- dijo, derrotado. ---Me siento pésimo por no poder ir, por no poder estar para vos cuando me lo pedís.

Me tragué las lágrimas como pude.

Yo también me sentía mal por no tenerlo.

---Te extraño, quiero volver a estar con vos... que estemos como antes. ¿Y si no vamos a Bariloche, pero nos vamos más cerca? -- propuse, dando el último manotazo de ahogado para salvar lo que quedaba de nosotros. --- Podemos tomarnos unos días más cerca de Buenos Aires y...

---No puedo. -- contestó tajante.

---Pero... -- empecé a decir y me interrumpió.

---No puedo irme ahora, y siento que te estoy fallando. -- la voz se le quebró al final. ---También te extraño, con locura... -- dijo y sonaba torturado. ---Te extraño a vos, a lo que somos cuando estamos juntos. A cómo me siento cuando estoy a tu lado... Hace tanto que no me siento así. -- un silencio en el que se aclaró la garganta. ---Y también lo extraño a Santi. -- la voz ahora le salía temblorosa. ---Hace pocos días que me fui de casa de Olivia, y no me acostumbro.

---Oh, Max. -- dije, sintiendo su dolor. Nunca lo había escuchado tan afectado, creía de hecho que nunca lo había visto llorar.

Me estaba rompiendo el corazón. Él con su dolor, yo con el mío...
Y el dolor de lo nuestro.

---Ojalá pudiera estar con vos ahora. -- dije odiando los kilómetros que nos separaban.

---Yo también, te necesito. -- reconoció quebrado. ---Pero a la vez, no quiero que te pierdas de vivir todo lo que te está pasando. Te merecés salir, viajar, disfrutar de todo lo que te espera. -- quise interrumpirlo, decirle que eso me importaba poco si él no me acompañaba, pero no me dejó. --- Necesitas hacerlo, tenías razón la otra vez. No podés dejar de hacer tu vida por mí.

La cabeza comenzó a darme vueltas, y algunos viejos fantasmas parecían burlarse de mí. Como si estuvieran asomándose de la puerta entreabierta del closet y me asecharan con sus sonrisas ladinas. Sabían que iba a volver a caer.

---¿No querés estar más conmigo? ¿Eso es lo que pasa? -- las inseguridades me pesaban en el pecho. Hacía segundos que estaba echándolo de menos, compadeciéndome por el momento difícil que vivía con su hijo, y ahora...

Y ahora estaba entrando en los mismos pensamientos oscuros de siempre.

Yo no era suficiente. No lo había sido para él en un pasado, y por lo visto tampoco lo era ahora. Esta era la forma en que Máximo siempre actuaba para no lidiar con los problemas o las grandes decisiones. Quería dejar lo nuestro, como había hecho con Olivia.

Me soltaba todo esto de que tenía que vivir la vida para que en el fondo, lejos de culparlo, tuviera que agradecerle. Las manos me temblaban y por poco no dejo caer el móvil.

¿Habría vuelto con ella? ¿Se habría dado cuenta al final que juntos podían ser una familia como la que él siempre había soñado? Aquella que yo no podía ofrecerle.

De fondo escuchaba su voz. Se desvivía explicándome que ese no era el caso. Que sí quería estar conmigo y que me amaba, pero a mí ya todo me sonaba a palabras vacías.

Me separé el teléfono de la oreja y miré la pantalla con resentimiento.

Colgué antes de darme cuenta.

Entré en crisis antes de darme cuenta.

Como zombie, me acerqué a donde estaban mis amigos, y justo antes de

que se giraran a verme, me obligué a poner buena cara. Era lo mío, después de todo. Nunca me había costado fingir una sonrisa cuando hacía falta, y ahora realmente hacía falta.

Se habían quedado en casa, y ahora estaban preparándose para salir. Debería haberme incluido en esos planes, porque supuestamente yo iría con ellos a cenar fuera, pero ahora no tenía el cuerpo como para soportarlo.

No sé todavía cómo había logrado mantener la sonrisa y decirles que la resaca por la noche anterior aun me tenía bastante débil y no quería salir. Les pedí que no se enojaran y que ellos hicieran la suya, porque el clima estaba perfecto para pasarla bien.

Se fueron despidiéndome con abrazos, ya que al otro día partían de regreso a casa, y yo solo pude suspirar llena de alivio cuando la puerta se cerró, dejándolo todo en silencio.

Mis padres habían aprovechado para salir también.

Tati y Franco los habían invitado a comer, y nunca se perdían una oportunidad de ver a su preciosa nieta.

Otra vez sola, Delfina. Había subido a mis historias de Instagram que estaba teniendo unos días ideales en el Sur, y en el fondo...

En el fondo yo no era ni de cerca esa Fini que publicaba esas cosas. Esa chica positiva que tenía frases motivadoras para motivar a su audiencia, ni la que hablaba de amor propio y de tratarse amorosamente. La que decía que amarse uno mismo era lo que valía, y la que se imaginaba lejos de sufrir por un chico. La que se jactaba de tener tan claro el tóxico mensaje de las redes sociales y de nosotras frente al espejo, que a pesar de trabajar en el medio, sabía gestionarlo de manera inteligente.

No hoy.

Hoy quería llorar por Max, sintiéndome como otras veces me había pasado, *poquita cosa*. Quería sentir bronca por ser como era, por haberlo alejado y por no ser como otras. Por no ser como Olivia.

Hoy frente al espejo, me veía insoportablemente fea. Fea por dentro y fea por fuera.

Instintivamente metí panza y me enojé conmigo misma por hacerlo. Estaba furiosa por haber bebido tanto últimamente, no podía perdonarme ese descuido en mi nutrición que ahora se traducía en un abdomen inflamado.

Saqué de mi guardarropa la tabla de madera que escondía un doble fondo y detrás me esperaba mi vieja amiga.

Mi vieja enemiga.
La balanza.

No me juzguen.

Ahora les rogaría que no me juzgaran por cómo me comporté a partir de leer los números que esta arrojaba. Estaba en un ataque de ansiedad, había entrado en un viejo patrón que tenía tan mecanizado que ni aunque hubiera querido, hubiera podido romper. No estaba en mis cabales.

Apagué mi celular por completo y me fui a la cocina a revisar las alacenas. La heladera aun llena de comida por la visita de mis amigos ayudó. Galletas en los muebles, algunas cosas que mi familia tenía de conserva. Vivían en una ciudad que varias veces al año se quedaba aislada del mundo por las nevadas, así que habitualmente había reservas de todo. Desde que me había enfermado intentaban no hacerlo, o al menos esconderlo mejor, pero yo ya no vivía ahí.

En la tele una peli de Netflix que solo era una excusa. Un fondo para que mi mente se perdiera en lo que estaba haciendo... Ruido para acallar el que hacía mi cabeza, ruido para silenciar las culpas y solo eso.

Comer.

COMER.

Comer sin pensar en todas las veces que me había sentido así, sin pensar en todas las herramientas que había aprendido para no llegar a este punto. Ignorando por completo cualquier cosa que me hiciera entrar en razón.

En momentos así, no había razón... Era impulso, del más crudo. Una compulsión.

Tantas veces sintiéndome insuficiente, que empezaba a creer que mi vida entera no lo era. ¿Acaso no tenía esa sensación constante de que siempre faltaba algo? Me había echado la culpa a mí misma, y es cierto que cuando todo me salía bien, esa sensación se atenuaba, o casi se iba por completo, pero en el fondo...

En el fondo seguía pensando que había algo que no estaba bien en mí, nunca lo había estado. Y Max por fin se había dado cuenta.

Era un fraude. Tanto hablar de superación personal, pero tomando antidepressivos a diario... Me los habían recetado en mi última recaída junto con la terapia, aunque nunca se lo había contado a nadie. Ni siquiera aparecía en mi libro. Había sido un secreto por meses...

Siendo sincera, al volver con Max, los había dejado por completo porque me sentía bien, cosa que también había ocultado a mi terapeuta. Más culpa.

Más vergüenza. A todos había fallado, porque eso era lo que hacía... mi familia no se sorprendería.

Un dolor en la boca del estómago me hizo frenar de golpe.

Claro, esa era otra sensación que conocía.

Subí la música de lo que estaban dando en la tele a todo volumen y me encerré en el baño. El agua corriendo de todas las canillas a la vez, eran otro indicio si alguien llegaba entrar a casa. Lo sabrían sin que tuvieran que verme u oírme, habían sido años así. Y no es que quisiera que alguien se enterara, es que me daba lo mismo.

De quien más quería ocultarme era de mí misma por la vergüenza que me daba, y no se podía. Ya el reflejo del espejo en ese baño era humillación suficiente.

Empezaban a temblarme las manos y el hormigueo constante en ellas me hacía sujetarme más fuerte del váter. El sudor pegajoso en la frente me era tan familiar, que casi me daba alivio.

Casi me reconfortaba el hecho de estar un lugar que tanto conocía, porque ahora me dolía todo, y al menos lo que venía, me lo sabía de memoria. Una vez que empezaba, era caer en un espiral oscuro que no tenía fin. Un ciclo infinito del que tantas veces pensé haberme librado.

Un mareo fuerte me hizo caer hacia delante de manera precipitada y creo que en medio de mi desmayo, manoteé el aire para sujetarme a lo que fuera, sin éxito. Mi cabeza fue a parar al piso con un golpe sordo que me abrió los ojos aunque ni vi nada.

Esa expresión de ver estrellas, era exactamente lo que me había pasado, porque cuando la vista se me empezó a aclarar, todavía veía mal.

No, no, no.

¿Qué estaba haciendo?

Ya no podía permitirme esto, yo había cambiado. Lo había hecho.

En realidad lo había hecho.

Me puse de pie como pude, sintiendo que las náuseas me retorcían por dentro el pecho y salí corriendo de allí.

No miré atrás, no recuerdo ni siquiera si apagué el televisor.

En trance, hice la maleta con todo lo que había traído a casa de mis padres, a las apuradas, sin importarme si entraba o no.

Temblaba como una hoja, como nunca antes. Fue como si algo me hubiera estado sacudiendo y lo agradecía, porque lo necesitaba. Necesitaba esa cachetada para hacerme volver a la realidad.

Yo no quería volver a lo mismo. No quería dejarme morir de esa forma, no iba a regresar a ese comportamiento enfermizo porque era mejor que eso.

Encendí el teléfono desesperada y marqué al número que tenía en discado rápido.

Mi terapeuta atendió a los tres tonos.

Capítulo 50

Máximo

No podía dejar de darle vueltas a la última charla que había tenido con Delfina. Había pensado mucho la noche en la que me había llamado desde el boliche, y lo cierto es que era algo que llevaba meses maquinando.

Creía que había hecho bien en decirle lo que le había dicho.

Que hiciera su vida, que disfrutara como cualquier otra chica a su edad tenía que hacerlo, incluso más, teniendo en cuenta que antes no se lo había permitido por diferentes motivos. Seguía creyéndolo, pero a la vez tenía una sensación rara en el estómago.

La distancia y el tiempo no cambiaban en nada la conexión que tenía con ella, y me había bastado una llamada telefónica para darme cuenta de que algo entre nosotros estaba cambiando y definitivamente.

Estábamos en momentos distintos, eso lo entendía, pero nos queríamos. Estábamos enamorados, y estaba convencido de que ella era la única para mí... Y de que nos íbamos a encontrar en muy poco tiempo cuando todo se acomodara.

Habíamos pasado dos años sin vernos ni hablarnos, y al reencontrarnos, habíamos sentido que aquello que nos unía estaba intacto. Cada beso, cada caricia, cada una de sus miradas, era como volver al inicio. Volver a enamorarme una y otra vez de sus locuras.

Delfi era joven y le estaban pasando cosas muy buenas.

Ese viaje a Bariloche con los amigos le vendría genial si lo hacía sola, tenía que ser así. Tenía que vivir esa experiencia y yo, no podía ni imaginármela. Para ser sincero, no tenía nada de ganas de irme de fiesta. Mis intereses no tenían nada que ver, pero además, tenía otras responsabilidades y me hubiera sentido fuera de lugar todo el tiempo. Les hubiera arruinado el viaje a todos con mis preocupaciones y mis histerias de padre primerizo.

Muy lejos de trasnocharme por salir a bailar, si dormía mal una noche, era por cuidar de Santino cuando Oli tenía alguna guardia nocturna. Porque si no, eran las once y ya estaba cabeceando del sueño.

Toda esta situación me daba culpa, claro.

No estaba acompañándola, no estaba compartiendo con ella sus triunfos y era un novio de mierda. A veces sentía que ya no tenía nada más para

ofrecerle. Que era un viejo y no solo por los años que nos separaban, si no también por la montaña de cosas que me preocupaban, mientras su vida era tan simple.

Ser padre me había cambiado la perspectiva.

Y hablando de ser padre, ahora mismo, estaba llegando a casa de Olivia para buscar a mi pequeño porque me tocaba. El plan era pasar la tarde con él en casa de mi madre, para que pudiera ver y mimar a su nietito, a la vez que intentaba seguir escribiendo algún capítulo de mi nuevo libro.

Las cosas con mi ex estaban mejor. Habíamos logrado volver a tener un trato amistoso muy de a poco, y ya no había vuelto a insinuar nada como aquella noche.

No era ingenuo, y sabía que el proceso había sido fácil justamente porque Delfina estaba lejos, y no había tenido que escucharme hablando con ella, ni nombrársela. Pero con el tiempo tendría que hacerse a la idea, le gustara o no.

Mi mamá nos recibió en la puerta de su casa con una sonrisa enorme y los brazos abiertos haciéndole gestos al bebé que llevaba en el cochecito. Creo que nunca había salido a la calle a esperarme a mí, solo el pequeño lo había logrado. Sonreí y la abracé cuando llegué a su lado, y antes de que desesperara, saqué a Santi de su asiento para pasarlo a sus brazos.

Una vez lo tuvo con ella, comenzó a hablarle y hacerle caritas mientras entraban, y yo me quedé solo con la tarea de desarmar el bendito coche con todas sus trabas y mañas complicadas, en plena vereda, con todo y bolsito de ositos colgando de un hombro.

No me cerró la puerta en las narices de casualidad.

Mi querida madre, a la que ahora estaba conociendo en su rol de abuela para el que parecía haber nacido. Era impresionante verlos interactuar, siempre me emocionaba. Verla recordar su historia, su pasado, contarme anécdotas de cuando yo era tan joven como Santi, y lo mucho que teníamos en común.

Lo mucho que me había querido entonces y el amor con el que me miraba, el mismo, si no aun más intenso con el que miraba a mi hijo. Y es que las madres tienen esas cosas... Ya podía verlo en Oli.

Esa manera en que conectaba con Santino, era algo innato. No necesitaba de más explicaciones, y lo dejaba a uno sintiéndose abrumado. Qué cierto eso que dicen de los celos que siente el padre, pero no del niño. En todo caso

celaba esa relación tan brutal que tenían ellos dos. Yo por más que quisiera a Santi y él a mí, nunca sería ni comparable con el vínculo que tenía con su mamá.

Oli le daba el pecho y los dos se miraban de una manera que nos dejaba al resto del mundo fuera. Una burbuja donde estaban solo ellos dos, y era natural que así fuera.

Se tenían el uno al otro de ese modo desde que estaba en su panza, habían sido uno por nueve meses. Era una conexión indestructible.

Miré a Santi sonriendo, y quitándole de paso una llave que había manoteado de la mesa cuando mi madre no estaba mirando. En estos días, los bebés están descubriéndose las manos, y las sensaciones de tocarlo todo hacían que hubiera que tener el doble de cuidado con lo que dejábamos cerca.

---No, loco. -- dije besando sus mejillas rechonchas. ---Con eso no jugamos. Tomá. -- le alcancé su conejito de peluche, pero él solo lo tomó dos segundos y después lo tiró al suelo, desinteresado.

Si hubiéramos estado en casa de Delfi, hubiera sido una locura tener que esconderle los mil cachivaches que mi chica tenía por ahí. Todo era estimulante, de colores divertidos, brillantinas y lucecitas. Santi se hubiera vuelto loco...

Pero Santi ni siquiera la conocía a ella.

Tenía que admitir que en eso me había equivocado muchísimo.

Había tenido miedo de que al cambiar yo, lo que nosotros teníamos cambiara, pero no me había dado cuenta de que era inevitable. Los dos eran parte de mi corazón, y ahora me arrepentía por haber actuado como lo había hecho.

Mi vida había cambiado, pero ese cambio había sido infinitamente positivo. Santino era más amor, más luz, había conocido todo un nuevo mundo con él, y Delfi...

Delfi era la mujer a la que amaba.

¿Qué sentido tenía mantener esos mundos separados? No se podía.

---¿Oli te puso un paquete de pañales en el bolso? -- preguntó mi mamá, distrayéndome. ---Me parece que necesita un cambio.

---Si, también dos mudas de ropa y el cambiador. -- respondí buscando en el bolso de los ositos. ---Es el mismo bolso que vamos a armar para la guardería. Empieza la semana que viene.

---Es tan chiquito para ir a la guardería. -- dijo negando con la cabeza, mientras acariciaba los cabellos de mi bebé. ---Yo podría cuidarlo cuando ella trabaja. Entre los dos y su otra abuela podríamos turnarnos, y...

---No tiene sentido. -- la interrumpí antes de tener que escuchar por décima vez lo mismo. ---Si lo acostumbramos así, va a llegar un momento en que yo esté de gira, ella de guardia y vos no puedas ¿y qué pasa ahí? -- pregunté. ---Va a tener que ir a la guardería de todas maneras. Por lo menos así se va adaptando.

---Pero... -- quiso insistir.

---Es lo mejor para él. -- comenté. ---Además el jardín es uno de los mejores, y me queda a una cuadra de casa.

---Sí, pero ahora que tenés tiempo... -- siguió.

---Ahora tendría que estar escribiendo. -- discutí, frotándome la frente, agobiado. ---Y no te creas que me hace feliz, pero si yo me acostumbro a estar todo el tiempo con él, después no voy a querer volver al trabajo, mamá. La separación ya está siendo brutal así como está.

Mi mamá se acercó a donde estaba y me tomó de la mano en señal de apoyo.

---Lo extraño todo el tiempo. -- confesé.

En otro momento, sé que me hubiera dicho que ojalá las cosas hubieran sido diferentes. Que tal vez si con Olivia lográbamos continuar con lo nuestro por el bien del nene, podríamos haber estado bien... Pero ya se había resignado a que eso no sucedería.

Quiero pensar que había llegado a la conclusión de que no seríamos felices, porque ya no insistía.

Sabía de Delfina, pero al verme un poco triste, no quería sacar el tema muy a menudo, a menos que yo se la nombrara. Era demasiado, y ella solo me escuchaba.

Guardaba silencio, me cebaba unos mates y me escuchaba.

Era lo que más necesitaba.

Delfina.

¿Qué estaría haciendo?

---Está tan parecido a vos. -- observó mi mamá, al notarme pensativo.

---Esperemos que no tenga también mi carácter. -- me reí.

Después de pelarlo, había ya perdido el primer cabello de bebé, el típico

oscuro y abundante con el que nace la mayoría, y ahora lucía uno muy fino y rubio, igual al de su mamá. Pero la boca y los gestos, eran clavados los de su papá.

Al principio no se notaba tanto, porque todos los recién nacidos se parecen, y no tienen rasgos aun que puedan identificarse, pero a medida que pasaban los meses, se hacía más evidente.

Tenía fotos de bebé que eran iguales a Santino a un nivel que asustaba. Mi madre las había sacado a relucir y hasta creo que las había puesto al lado de unas de Santi.

Idénticos.

Y nos seguiríamos pareciendo...

Ojalá Delfina pudiera verlo. -- me encontré pensando. Ojalá hubiera podido compartir este mismo momento también con ella.

Ojalá ella ahora pudiera tenerlo en brazos y sonreírle como lo hacía mi madre. Quería que lo conociera porque estaba orgulloso de él y de lo bonito que era...

Quería que él la conociera a ella, y desde ahora fuera haciéndola parte de su vida, porque los dos eran fundamentales de la mía.

Triste, me excusé un rato y con el pretexto de tener que hacer una llamada, salí al jardín para tomar algo de aire fresco.

Seguramente a su regreso podríamos vivir tardes como estas juntos con ella y Santino, y serían igual de especiales e inolvidables, pero no podía evitarlo. La extrañaba.

Echaba de menos hablar con ella y sentirla cerca. Por Dios, incluso antes de separarnos físicamente tampoco la sentía cerca si lo pensaba bien...

¿Qué nos habíamos hecho? ¿Por qué habíamos llegado a este punto?

Instintivamente saqué mi móvil y busqué donde tantas veces había podido encontrarla cuando más me hacía falta, allí donde estaría y había estado esos dos años en los que moría a diario por verla.

YouTube.

Fruncí el ceño y actualicé la pagina dos o tres veces, maldiciendo la lenta conexión que había en casa de mi madre. No podía ser... Delfi siempre subía contenido dos o tres veces a la semana, pero ahora no había nada.

Su último video era uno que ya había visto, y en los comentarios todos estaban reclamando uno nuevo que al parecer, nunca había llegado.

Contrariado, fui a sus redes sociales para ver si había anunciado por allí que se tomaba vacaciones del canal, o algo parecido, pero para mi sorpresa,

estaban desactivadas.

Tanto su Facebook como su Instagram estaban cerrados por completo, como si nunca hubieran existido.

Sentí que el corazón me iba a mil por hora, y con dedos atolondrados, escribí en Twitter el Hashtag con su nombre para saber qué novedades había, y #FiniMoon era tendencia.

Tendencia por haberse esfumado por completo del mundo digital. No podía ser, en plena gira, con la publicación de su libro tan reciente, tenía que tratarse de un error.

Escribí un mensaje a su Whatsapp, pero al ver que no tenía foto de perfil y que no aparecía en línea desde hacía días, supe que no iba a contestar. Intenté llamarla, pero su número tampoco estaba disponible.

Fuera de servicio.

¿Qué mierda?

El aire se me empezaba a quedar atrapado en el pecho con una sensación asquerosa parecida a la de haber corrido una maratón.

¿Y si estaba haciendo lo mismo que había hecho dos años atrás? ¿Y si esta vez iba más allá y realmente no volvía a verla?

Como si me hubiera leído la mente, un llamado entró al celular que tenía en la mano, y al que no dejaba de mirar la pantalla sin poder creerme lo que estaba pasando.

Verónica, su agente y amiga me estaba llamando.

Ella tendría las respuestas, pensé antes de atender.

---Max. -- dijo acelerada, poniéndome más alerta de lo que estaba. ---
¿Fini estuvo con vos? ¿Sabés algo de ella?

Mierda. Habría visto lo mismo que yo, y tampoco podía comunicarse. Esto era grave.

---No y no me atiende el celular. -- contesté, jalándome el cabello en todas direcciones. ---¿Qué pasó? Iba a irse con ustedes de viaje, pensé que estaban en Bariloche...

---No, nunca fuimos a Bariloche. -- dijo confundida. ---Canceló los planes y nosotros volvimos a Buenos Aires. Max, algo pasa... Tengo un mal presentimiento.

---Ella no estaba muy bien conmigo, nosotros discutimos... -- expliqué cada vez más nervioso. ---Lo que pasa es que otra vez está desapareciendo de

mi vida como ya hizo dos años atrás. Así empezó y...

---Disculpame, pero me parece que esto no tiene que ver del todo con vos. -- me interrumpió de manera impaciente. ---Porque no está contestando ni a sus padres. -- me contó y ahí sí entré en pánico. ---Tengo miedo de que haya tenido otra recaída.

---¿Recaída? -- pregunté con un hilo de voz.

---Cuando ustedes dos terminaron hace dos años, ella volvió a tener problemas... Estuvo en rehabilitación. -- empezó a decir y me tuve que sentar en el suelo, porque las rodillas ya no me sostenían. ---Debes saberlo a estas alturas, ella estuvo muy enferma cuando era más chica. Anorexia ...y bulimia.

---Eso sabía. -- confesé. ---Pero no me dijo de su recaída. Si yo hubiera sabido... -- cerré los ojos, arrepintiéndome de absolutamente todo.

---Fini estaba siendo tratada por depresión. -- comentó con pesar. ---Mucho no quiso contarme, pero me imagino que esto viene de hace años.

Depresión.

El pecho se me había cerrado totalmente de la angustia. ¿Depresión? ¿Cómo podría haberme dado cuenta cuando era una de las personas más alegres que conocía?

Pero claro, esa era la Delfina que ella se esforzaba en mostrar. Me había perdido en su personaje y me lo había creído porque se me hacía sentir más cómodo.

¿Cómo había sido tan idiota? Tan egoísta.

Había puesto todo por encima de ella, y cuando me había necesitado, yo me había encerrado en mí. ¿Qué carajo importaba ahora si yo creía que por ser padre me miraría distinto? Todo ese tiempo que había pasado analizando mi vida, mis sentimientos, mi nuevo rol... Los sentimientos de Oli, de mi madre, literalmente de todos ¿y los de ella?

También tenía problemas, y yo la había ignorado. Quería darme patadas cada vez que recordaba que yo mismo le había aconsejado que viajara sola e hiciera su vida... Delfi lo que quería era que estuviera con ella.

Si algo le pasaba, sabía que no sería capaz de perdonármelo jamás. Mucho más que eso, no sabía cómo seguiría

Pasamos quince días buscándola por cielo y por tierra.

No queríamos alertar a sus fans, pero repasábamos una y otra vez las redes sociales para ver si alguien decía algo de ella, si la nombraban o si alguien la veía o se sacaba alguna foto donde apareciera.

Sabía que por más triste o cansada que se encontrara, nunca le había

negado una foto a un seguidor, y teníamos esperanzas de que alguien pudiera habérsela cruzado en la calle, en algún shopping, en el supermercado. Algo.

Pero había desaparecido. No había ni una pista de su paradero, y el nivel de desesperación que manejaba ya no era sano.

En esas semanas, había tenido que hablar con Oli y junto con mi madre, nos habíamos organizados para no descuidar ni cambiar las rutinas de Santi, y de no haber sido por lo mucho que esas dos mujeres me ayudaron, no hubiera podido ni conmigo. Estaba a nada de volverme loco, lo juro.

Una sensación dolorosa en la boca del estómago se me había instalado desde hacía días, y no tenía tiempo ni ganas de ir al médico, pero podía imaginarme que pronto tendría problemas de úlcera debido a todo el café que últimamente bebía, y las preocupaciones.

Estaba asustado. Mortalmente asustado.

Por momentos empezaba a perder todas las esperanzas, y fue justamente en uno de esos, que recurrí a lo último que se me ocurría para dar con ella.

Llamar a su hermano Franco.

---Perdón pero si mi hermana no quiere hablar con vos y no te atiende el teléfono, será por algo. ¿No? Quedate con la mamá de tu hijo si te aguanta y dejá a Delfina tranquila. -- contestó a mi pedido con una risita sarcástica que me puso los nervios de punta.

---No me atiende a mí, no atiende a su agente y ni tus padres saben de ella. -- me obligué a bajar el tono, porque claramente así no lograría nada. ---Mirá, Franco, sé que no te caigo bien, pero estoy desesperado. -- solté el aire, abatido. ---Perdido, totalmente perdido, y podés reírte y burlarte todo lo que quieras de mí, ya no me importa.

---Burlarme no es precisamente lo que quisiera hacer si te tuviera cerca. -- contestó entre dientes.

---¿Me querés pegar? ¿Con eso te desahogarías? -- pregunté.

---A lo mejor. -- contestó. ---Le hiciste mucho daño a mi hermana, fuiste un irresponsable. Dejaste a una mina embarazada que oh sorpresa, también abandonaste.

---No voy a justificarme, aunque me hubiera gustado que conversáramos como corresponde alguna vez. -- dije frotándome la frente. ---Hice todo mal. - admití. ---Soy el primero que lo sabe, Franco. Todo mal hice, y ahora estoy queriendo arreglarlo. -- ya estaba entregado... ---Te lo ruego, si sabes algo de ella, decímelo. Después podemos vernos, podemos hablar y podés pegarme

todo lo que quieras, ni siquiera me voy a resistir. Me lo merezco.

---Eso no voy a discutírtelo. -- dijo con un resoplido.

No respondí. Ya había hecho todo lo que podía, quería darle el espacio a que se desquitara. A que me reclamara todo lo que quisiera, a que me insultara, a que me dijera todo aquello que tenía guardado y pudiéramos seguir adelante, porque ahora, la verdad es que lo único que me importaba era Delfina.

Hubo un silencio largo, o tal vez es que a mí se me hizo eterno, y después de un suspiro, por fin habló.

---Está en mi casa. -- cedió. ---Está con nosotros, llegó ayer.

---¿Llegó ayer? ¿Dónde estuvo? -- quise saber.

---Eso te lo contará ella si quiere. -- me dijo cortante. ---Tendrás que esperar a que vuelva a Buenos Aires, supongo, porque no pienso pasarle el teléfono.

---No puedo esperar. -- negué con la cabeza.

---Vas a tener que hacerlo, estás a miles de kilómetros de acá. Estamos viviendo en el Sur. -- respondió.

---En realidad me estoy bajando de un taxi en la esquina de la casa de tus viejos. -- dije tras pagarle al taxista y sonreírle en forma de agradecimiento, mientras sujetaba el móvil entre la oreja y el hombro. ---Ya no me aguantaba allá, y si tenía que buscarla por toda la Patagonia, iba a hacerlo.

Se rio algo sorprendido y después me pasó una dirección a regañadientes.

---Más te vale arreglar todas las cagadas que te mandaste con ella, Máximo. Se merece ser feliz por fin. -- agregó antes de colgar.

Final

Delfina

Si ahora me veía en un espejo, no podría reconocirme.

El cambio que había sufrido no había sido solo mental o espiritual, no. Es que físicamente parecía otra persona.

Había cambiado mi emblemático cabello rosado por el mío natural. Un rubio algo oscuro que no llevaba desde que era pequeña.

No era mucha la gente de la ciudad que me frenara por ser conocida en las redes, pero aun así, no quería ser descubierta por algún turista ni nada. Así que había optado por esconderme en mi antigua apariencia, vistiéndome con ropa normal de mi amiga Tati, y usando gorras, gafas oscuras y hasta capucha cuando tenía que hacer algún recado.

Estaba triste.

Sabía que me había salvado por un pelo de volver a caer en mi enfermedad, y creía que aquel golpe que me había dado en la cabeza, era de hecho un milagro.

Un milagro que me había dejado un chichón espantoso unos cuantos días, y un ojo morado, pero lo agradecía con el corazón.

Ahora iba a reuniones una vez a la semana como parte de mi rehabilitación y además visitaba a mi terapeuta tres o cuatro veces si necesitaba.

Me había borrado para curarme de verdad, porque aunque antes había podido ponerme una careta y disimular para mis videos, lo cierto es que el cambio nunca sería real, si no cortaba con la toxicidad de las redes sociales. No eran las causantes de mi estado, pero tampoco eran un lugar seguro para mi recuperación, y las conocía perfectamente.

Estaba segura que pronto empezarían a decirse todo tipo de pavadas e inventos sobre mi desaparición y no tenía ganas de leerlas, así que hasta había borrado las aplicaciones del celular. Celular al que le había hasta cambiado el chip para que nadie pudiera ubicarme.

Dirían que había caído en las drogas como tantas celebridades, que me había escapado para casarme, que tenía problemas de dinero, que estaba quebrada o que me lo había gastado todo en el juego. Quién sabe, hasta podrían decir que me había vuelto loca.

Todas cosas que ya se habían dicho de mí alguna vez. ¿Cuántas veces me

habrían dado por muerta, secuestrada o abducida por extraterrestres? En serio, habría tantas hipótesis como personas hablando del tema.

Los rumores en Twitter se expandían así, y no pararían hasta que no apareciera algo nuevo sobre lo que hacer teorías conspirativas. Además de eso, me conocía.

Sabía que usaría mi trabajo para apoyarme como siempre lo había hecho. Cuando las cosas no andaban bien, me tapaba de cosas que me mantenían ocupada y me refugiaba en mis videos y mis seguidores. Tampoco podía recurrir a Max, quien me había hecho sentir mejor cuando estábamos juntos.

Necesitaba romper con tanta dependencia y hacer las cosas por mí. Y hacerlo sola.

En un principio había pensado que el desaparecer y aislarme había sido por no querer fallarle a él. Por no querer defraudarlo con mi recaída y que tuviera que verme así, pero gracias a terapia, me había dado cuenta que a quien menos quería fallar, era a mí misma.

Si Max ya no me quería, no podía venirme abajo de esa manera. No podía hundirme si elegía estar con su familia, y se quedaba con Olivia. Yo tenía que seguir adelante.

Lo amaba con locura, y lo extrañaba aun más, pero otra vez estaría sujetándome a algo o alguien buscando la felicidad fuera. La felicidad que no tenía por dentro.

Estaba dolida.

Me dolía que él se hubiera alejado y que me hubiera mantenido al margen desde el embarazo de su ex. Que hubiera mantenido alejado a su hijo, como si se avergonzara de mí...

Tenía rencor, por cómo me había sacado de su vida.

Estaba decepcionada conmigo por cómo lo había tomado, y hasta donde me había llevado tanto dolor.

Había terminado explotando y no había sido bonito, pero supongo que me había servido para seguir aprendiendo. Ahora restaba recomponerme.

¿Cómo se habría tomado él mi desaparición? -- me pregunté, preocupada. ¿Me odiaría? -- creería que estaba terminando con nuestra relación y que no quería saber más nada con él, por no haber querido viajar conmigo a Bariloche.

A lo mejor pensaba que estaba encaprichada y solo le estaba provocando un problema más en su más que ocupado día a día. Max que ahora tenía mil

obligaciones y preocupaciones reales, seguramente no tendría tiempo para mis berrinches.

¿Me echaría de menos todos los días como me pasaba a mí con él? O es que tal vez ni siquiera se hubiera dado cuenta de que mis redes sociales no estaban activas, porque para empezar, ni siquiera me había buscado para hablar y volver a verme.

Tal vez me había llamado, tal vez no.

La respuesta a mis preguntas, llegaría pronto. Pero aun no lo sabía.

---Hola hermanita. -- dijo Franco, entrando por las puertas del jardín a donde estábamos con Isabella, su hija, jugando. ---¿Cómo estás? -- preguntó con disimulada preocupación.

---Estoy bien. -- respondí por tercera vez en el día, poniéndole los ojos en blanco. Sabía que cada vez que yo nombraba mi enfermedad a mi familia entera se le encendían todas las alarmas, y me sentía terrible de que así fuera. ---Y voy a estar bien, creeme.

---Te creo. -- asintió con una sonrisa poco convencida. No me creía y no lo culpaba. Le sonreí también, agradeciendo tener un hermano que me amaba lo suficiente como para seguir aguantando mis locuras. ---Me tengo que ir a entrenar, pero si necesitas algo, podés llamar a Tati que está cerca.

---Anda tranquilo. -- me reí. ---Ahora jugamos en las hamacas, después la baño, toma su mamadera y a dormir. -- enumeré la rutina de la pequeña para que viera que no tenía por qué preocuparse.

---Ok. -- respondió, pero aun no se iba. Se me quedó mirando por unos segundos y volvió a la carga, mirándome con seriedad. ---Pero estás bien, ¿no?

---Sí. -- juré besando mi dedo pulgar como cuando éramos niños para que me creyera y él esta vez suspiró y sí se fue.

Había aprendido a no odiarme por todo lo que había hecho pasar a mi familia, pero suponía que siempre me pesaría un poco cuando veía sus ojos.

Días atrás, había tenido que lidiar con mis padres, que furiosos me reclamaron el desaparecer así sin dar aviso, y hasta mis amigos habían sufrido un regaño por ser mis cómplices.

Yo les había asegurado que estaba bien, o que al menos lo estaría. Que aunque había estado cerca, esta no había sido una recaída del todo, y que había pedido ayuda justo a tiempo... Pero igual había tenido que soportar y

comprender que se hubieran asustado.

Cargué a Isa sobre mi regazo y con suavidad me empecé a hamacar como le gustaba a mi sobrina. Muy despacito, hacia delante y hacia atrás. Me reí de su cara de sorpresa cuando bajábamos y subíamos, y solo me dejé llevar por el momento. Haber venido a casa de mi hermano tras mi pequeño e improvisado viaje, había sido un acierto.

Nada se comparaba a la paz que sentía en este paisaje que se me hacía tan familiar, rodeada de gente querida, y con esta pequeña en mis brazos, que olía a bebé y a perfumito de limón super dulce.

Su calorcito me daba paz, y me hacía sentir que la vida era algo hermoso a lo que sujetarse con fuerza.

Estaba tomando mis medicaciones por estos días, pero ojalá los laboratorios hubieran sabido cómo embotellar esta sensación y hacerla de venta libre, porque todos serían felices con una mínima dosis. Respiré profundo y la abracé más a mí con cariño.

Tenía los sentidos abrumados por el placer. El calorcito del sol, el aroma de los árboles y el césped húmedo, y la visión de esta bebida perfecta, sonriendo con fascinación.

El sonido del rechinar de la hamaca, los pajaritos, y las piedritas de la entrada cuando alguien salía al jardín. Oh, lo suponía.

Puse los ojos en blanco antes de girarme, porque esperaba ver a mi hermano, que venía a confirmar una vez más si estaba bien, pero no fue a él al que me encontré.

Clavé los pies en la tierra para quedarme quieta, y me paré como si tuviera un resorte. Isa se removió en mis brazos, tal vez para que volviera a la hamaca, pero yo ya no me creía capaz de balancearnos y mantener el equilibrio.

Franco tuvo el atino de salir en ese momento y cargar a su hija para llevarla consigo dentro, antes de que me desmoronara.

Max.

¿Era real o me lo estaba imaginando? ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo había descubierto dónde estaba? ¿Cómo había hecho para que mi hermano le abriera la puerta y sin golpearlo, lo dejara verme? Respiré con dificultad, pero no tuve tiempo de seguir pensando.

Justo en ese instante, vi que caminaba hacia mí con paso rápido y

decidido, y con una fuerza que no había sentido nunca, me abrazaba a su pecho, sin dejarme reaccionar.

Su respiración también estaba agitada, y hasta parecía que le temblaban las manos.

---Delfi. -- soltó con alivio. ---Por qué... ¿Por qué no me dijiste que estabas mal?

Claro, mi hermano seguramente le había dicho.

---Ya estoy mejor. -- contesté automáticamente, y él se separó apenas para mirarme a los ojos. ---Voy a estar mejor. -- me encogí de hombros, todavía impresionada por tenerlo tan cerca. Era él. De verdad era él.

---Perdoname. -- dijo pegando su frente a la mía. ---Perdoname por todo, nunca tendría que haber hecho las cosas que hice. Alejarme así. -- negó con la cabeza.

---Hiciste lo mejor que pudiste. -- lo excusé, porque sabía que en el fondo, sus intenciones siempre habían sido nobles.

---No fue suficiente. -- susurró con la voz rota y a mí se me partió el corazón. ---Estaba pasando por un momento delicado y me encerré en mí mismo. Nunca me voy a perdonar ser tan egoísta.

---Ya sabemos que yo tampoco soy muy buena comunicando mis sentimientos, y que me encanta aparentar que todo está bien, cuando por dentro... no lo estoy. -- reconocí mi parte de culpa, para alivianar la suya mientras acariciaba su mejilla. ---De todas maneras, no hubieras podido hacer mucho para que esto no me pasara. Mi terapeuta dice que nadie puede ayudarme si yo no quiero hacerlo. Y no quise. -- me miró devastado. ---Pero no voy a volver a hacer lo mismo nunca más.

Sus ojos se habían puesto brillantes, y con la luz del sol, parecían verdes. Eran preciosos, pero tan llenos de dolor, que me llenaban de angustia.

---Nunca más. -- me prometió y se prometió a sí mismo, aspirando fuerte por la nariz. ---Pensé que me moría. -- confesó. ---Hace quince días que estoy más vivo que muerto. Si te pasaba algo... -- no pudo seguir. Su ceño fruncido, dio paso a un gesto de pesar y una lágrima enorme cruzó su rostro camino a sus labios, quedándose atrapada ahí.

Sin poder evitarlo, pegué su boca a la mía y lo besé, recreándome en la suavidad del momento, y en el sabor de aquella lágrima mientras nos reencontrábamos.

Sus manos subieron rodeándome la cara con devoción, con sus dedos

acariciando mis mejillas, a la vez que nos dejábamos llevar. Ahí estaba de nuevo esa magia que solo nosotros compartíamos.

Ese cosquilleo en todo el cuerpo cuando nuestras lenguas, tímidamente se encontraban, esa electricidad de sentir su aliento cálido sobre el mío, y una risa torpe compartida, al ser conscientes de que ahora los dos estábamos llorando.

Había dejado crecer su barba un poco y mis uñas se paseaban por ahí, camino a sus tan características patillas, como si quisieran recordar centímetro a centímetro sus facciones, después de tanto tiempo de no rozarlas.

---Te amo. -- susurró besando ahora mis mejillas, mi nariz, mis párpados, con desesperación.

---Yo también te amo. -- sonreí abrazándome a él con fuerza.

Un carraspeo a mis espaldas, me recordó donde nos hallábamos y me separé apenas de Max para ver a mi hermano.

---De verdad me tengo que ir a entrenar. -- dijo incómodo sin querer mirar a ninguno de los dos en particular.

Me reí y antes de soltar a Max le di otro beso rápido. Tomé a mi sobrina de los brazos de Franco y sintiéndome renovada repetí que estaba bien y que podía irse.

---No sé cómo hiciste, pero gracias. -- murmuré antes de despedirlo. Él puso los ojos en blanco, y masculló algo parecido a *"más le vale portarse bien o..."*

---Está preciosa. -- observó Max, abrazándome por la cintura cuando mi hermano se fue. La pequeña Isabella estiró los bracitos pidiéndole que la cargara y los dos nos reímos.

---Es la nena más dulce que conozco. -- dije antes de pasársela a él, y de que se me cayera bastante la baba al verlo tomarla con tanta ternura.

---Se llevaría bien con Santi. -- comentó sacando de su bolsillo el móvil. Tocó un par de cosas en la pantalla y después me lo pasó con un gesto para que viera. ---Y vos también. -- agregó. ---Vos también te llevarías bien con él.

En su celular, una foto de su bebé sonriente que me dejó con la boca seca. No solo era un niño bonito, era...

---Es igual a vos. -- sonreí sin poder dejar de mirarlo.

---Tiene alguno de mis gestos, supongo. -- contestó él con humildad. ---

Aunque los ojos y el cabello se parecen a los de su mamá.

---Me muero por conocerlo. -- me salió decir, sin pensarlo. Rápido lo miré calculando su reacción, y me sorprendió ver que me sonreía con dulzura.

---Me muero por que lo conozcas. -- dijo él y después se puso serio. --- Otra cosa por la que tengo que disculparme. Debería haber... -- empezó a decir, pero lo corté.

---Cuando vuelva a Buenos Aires, entonces. -- propuse y asintió. Ya no tenía sentido seguir repasando lo que cada uno había hecho mal. Los dos teníamos cosas de las que arrepentirnos.

Y yo acababa de perdonárselo todo con ese beso.

---Ahora quiero saber de vos. -- dijo de repente, tomándome de la barbilla. ---¿Dónde estuviste? ¿A qué se debe ese cambio de look?

Me reí alzando una ceja.

---¿No te gusta? -- bromeé.

---Todo te queda precioso. -- acarició uno de mis mechones. ---Pero hay algo más ¿no? Esto no es solo un poco de tintura.

Negué con la cabeza, dándole la razón. Nos conduje a las hamacas y nos sentamos cada uno en una para poder hablar más cómodos.

---Estos días estuve de acá para allá. -- le conté. ---Tomé una mochila y caminé muchísimo. Quería pensar, quería estar sola. No quería que nadie me reconociera. -- me señalé la cabeza. ---Por eso me saqué el rosado... -- expliqué. ---Después de haber estado semanas recorriendo el sur, volví a la ciudad, y me quedé en casa de mi hermano. -- suspiré, mirándome los zapatos. ---Retomé terapia, volví a tomar medicación para la depresión y estuve pensando... En dejar mi carrera como youtuber.

Max abrió los ojos como platos.

---¿Por qué? -- preguntó.

---Porque quería una vida normal. Estaba confundida y no sabía si me seguía haciendo feliz o no. -- admití. ---Todavía no lo sé. -- lo miré deseando poder hacerle entender lo que sentía de mejor manera. ---A veces quiero ser como cualquier otra chica de mi edad. Tener una vida tranquila. -- me encogí de hombros. ---No puedo evitar pensar que nosotros no hubiéramos pasado por tantos desencuentros si yo no hubiera sido un personaje público.

---Si no lo hubieras sido, nunca me hubieran asignado una entrevista con vos. -- comentó él con una sonrisa torcida. ---Vos no te hubieras topado nunca con este periodista insoportable y malhumorado... -- me reí. ---Delfi, yo no me

arrepiento de nada.

---¿De verdad? -- pregunté entornando los ojos.

---No te querría más si fueras otra. -- contestó seguro. ---Sos quien sos, sos Delfina, y así me enamoré de vos. Con todo, tu pelo rosa, tu gata, tus videos y tu locura.

---Con todo y mi desastroso pasado. -- agregué.

---Sobre todo por haber pasado por todo lo que pasaste y seguir acá, a mi lado. -- estiró una mano y yo se la sujeté con cariño. ---No cambiaría nada de vos.

---Qué suerte. -- sonreí aliviada. ---Porque después de tanto tiempo, ya empezaba a extrañar a mis seguidoras y tengo veinte mil ideas para grabar más videos. -- me llevé la otra mano al cabello. --Pero primero lo primero, y es volver a ser Fini.

Max se rio y tiró de mi mano para sentarme en su regazo junto a Isabella. Acercó su rostro y rozó su nariz con la mía en una caricia.

---Nunca dejes de serlo. -- me pidió, antes de besarme.

Y resulta que aunque me hubiera gustado ser tan inteligente y haber estado tan empoderada, hay lecciones que no se puede enseñar una misma.

Si, con terapia había trabajado sobre algunas, y mis seguidores me habían ayudado con otras, pero había sido con Max que había aprendido la mejor y más importante de todas.

Nunca podía permitirme dejar de ser yo misma --por más máscaras y tintura que usara-- ni podía renunciar a mis sueños por nadie --por más que fuera alguien a quien quería con el alma--.

El amor no requería ese tipo de sacrificios, porque cuando es real y tiene que ser; te acepta con todo... Hasta con nuestras peores debilidades y errores.

Y por lo visto, por mucho te escondas, te encuentra hasta en el fin del mundo.

Epílogo 1

Máximo

Delfi había vuelto con todas las fuerzas de su pequeño retiro.

Le estaba yendo genial con el libro y los videos, y sin querer, el que hubiera desaparecido había puesto a hablar a medio mundo, por lo que ahora que había resurgido, todos querían verla y saber de ella. Le faltaban una o dos materias para recibirse en Publicidad y Marketing, y aunque no pensaba dedicarse a eso, se sentía realizada con la posibilidad de alcanzar un título universitario.

Un logro más en su vida, y esta vez yo estaría ahí para acompañarla como debía.

Me fui reincorporando de a poco a mi trabajo. Por suerte estaba en una posición económica que en ese momento me lo permitía, y eso hizo que el cambio no fuera tan brusco para Santi.

Oli fue la más complicada de toda la ecuación, pero con el tiempo, todo se fue acomodando entre los tres mientras encontrábamos un equilibrio. Ella y Delfi ahora hablaban y se llevaban ...bien. Todo lo bien que podían llevarse, teniendo en cuenta las circunstancias. Las dos eran mujeres increíbles e inteligentes, y quién iba a decirlo, tenían más cosas en común de las que me imaginaba. El amor por los animales, y sobre todo los gatos, era lo que había terminado de unirlos. Moona iba y venía entre nuestras casas, siguiendo a su nuevo humano, que era Santino. Eso había sido amor a primera vista, y ya no podíamos hacer nada.

Y por supuesto, no me había equivocado. Mi hijo adoraba a mi novia.

Estaba fascinado con su cabello rosado y los dibujos coloridos que pintaban su piel y que ella había recreado con fibras de colores sobre uno de sus pantalones para que también los luciera. Tanto se querían, que a los doce meses justos, su tercera palabra --después de "mamá" y "papa", había sido "*Fefi*".

Ella había llorado como una condenada, y creo que lo tenía grabado en su celular, orgullosa, mientras Santi reía y aplaudía contento.

Me arriesgo a decir que el mocoso la quería incluso más que a mí...

Y eso no podía hacerme más feliz.

Ahora, a un año de su regreso, habíamos llegado por fin a un momento de calma y tranquilidad. Un momento en el que estábamos en paz con nuestras decisiones y la rutina nos permitía pensar en el futuro.

Qué mierda, era el momento perfecto para dar otro gran paso que yo necesitaba dar urgentemente. No podía seguir esperando.

Estaba en el estudio de grabación en la nueva casa que compartíamos, y concentrado, miraba la configuración de la cámara como para hacer algo. Después me miré el cabello, la ropa, y lo que tenía en la mano, antes de volver a guardarlo en el bolsillo.

Nosotros ya habíamos hablado de niños, y sabía que ella no quería ser madre, pero había otra cosa que sí quería.

Algo que me había insinuado hacía unos meses, y yo estaba que no podía más de la impaciencia.

Justo cuando pensé que me iba a volver loco, la vi entrar y dejar su cartera en forma de unicornio en el sillón antes de acercarse y saludarme con un beso en los labios.

---Acabo de hacer un challenge con Roxy maquillándonos con productos que no pasaban los cien pesos. -- comentó con una sonrisa.

---Qué bien. -- contesté sin haber escuchado una palabra, intentando que no se notara que me temblaban las piernas como un flan.

---La próxima vez viene ella y vamos a hacer uno usando los productos más costosos que tengamos. -- comentó y siguió diciendo no sé cuántas cosas más de maquillaje.

---Qué bien. -- repetía yo, con la boca seca y las manos clavadas en su cintura. Duro como un palo. ---M-me parece muy bien.

---Tengo que grabar un video colaboración con una marca de cuidado de la piel y me servirías de modelo. -- dijo entonces, alzando una ceja. ---¿La hacemos ahora o a la noche?

---Qué bien, sí. -- respondí, y ella chilló riéndose.

---¡Max! -- reclamó. ---No me estuviste escuchando, estás rarísimo. ¿Qué te pasa?

Cerré los ojos con fuerza y tomé aire, parándome más derecho.

---Si, algo me pasa. -- admití. ---Quiero decirte algo, pedirte algo...

Esto no estaba yendo como yo imaginaba, y empezaba a preguntarme si había sido una buena idea la de dejar correr la cámara y agregarle presión al momento que ya de por sí, me tenía histérico.

---Decime, amor. -- dijo ella, acercándose más y pegando sus labios a mi cuello. Sus manos se perdieron bajo mi camiseta y un ronroneo involuntario salió de mi garganta.

No. No podíamos ahora ponernos en esas... *La cámara*, me recordé.

---Delfi. -- llamé su atención, separándome un poco de ella y mirándola a los ojos. Me miró algo impaciente por haber interrumpido lo que había comenzado. ---Sé que nuestra historia no fue como otras, y que nos tocó vivir mil cosas...

---Me estás poniendo nerviosa. -- reconoció con los ojos llenos de alarma. Ahora tenía como costumbre decir lo que estaba sintiendo, era algo que trabajaban con su terapeuta. Terapeuta que en la actualidad nos atendía a los dos como pareja también.

---Qué bueno, así no soy el único... -- bromeé, pasándome una mano por la frente llena de sudor. Aproveché su risa para meter la otra en el bolsillo y sacar lo que llevaba semanas escondiendo.

Los ojos de Delfi fueron de los míos a mis manos y después se agrandaron como platos.

---Max qué...

---Tardó en llegar porque la piedra de este color es bastante rara. -- expliqué, mostrándole el anillo con el diamante rosa más brillante que había visto. ---Hace meses que quiero hacer esto...

---¿Nos casamos? -- se rio, llevándose una mano en el pecho.

---Eso se supone que tenía que preguntártelo yo, pero sí. -- me reí también. ---Si vos querés.

---Claro que quiero. -- confirmó para mi alivio. No sé ni cómo hice, pero saqué la joya de su cajita y se la coloqué en el dedo antes de que se me abalanzara a besarme.

Tenía el pecho tan lleno de emociones, que apenas pude devolverle el beso y abrazarla a mí con fuerza y desesperación. No sabía ni cómo sería, si sería una boda tradicional, o haríamos "un vivo" en Instagram desde el registro civil, pero tampoco me importaba.

Estar con ella era lo único que quería.

---Esperá. -- dije cuando sus besos empezaron a subir de tono. Me acerqué a la cámara y la apagué para llevármela a la habitación.

---¿Estabas grabando? -- dijo después de soltar una carcajada.

---Pensé que ibas a querer ese contenido para tu canal. -- confesé. Ya nos conocíamos bastante.

---Si al final, tenés alma de youtuber. -- bromeó antes de volver a besarme.

---Llegabas a decirme que no, y hacía desaparecer esa tarjeta de memoria.
-- agregué y nos reímos.

Si están preguntándose, claro que lo subió.

El video se hizo viral a las pocas horas de estar online, con millones de reproducciones, y gente pidiendo a gritos que después de semejante performance, yo también me hiciera un canal en YouTube.

Epílogo 2

Delfina

Estábamos en el living de casa, acostados en el sillón grande con las luces bajas mirando un video nuevo de YouTube. Benja acababa de subir un videoclip musical, para ser más precisos, y era uno muy especial como me había dicho. Así que cuando se hizo la hora, paré todo y me puse a verlo ansiosa.

Como el creador de contenido inteligente y creativo que era, había elegido este medio para "salir del closet" y contarle a todo el mundo que era bisexual. Damián, su novio, era parte de la producción e incluso tenía un pequeño papel en él donde hacía de príncipe.

Era bellissimo, y no podía estar más emocionada por ellos.

Cuando terminó, yo tenía el rostro lleno de lágrimas y no podía parar de sollozar mientras le escribía un sentido mensaje de apoyo y por qué no, felicitaciones por el paso que había dado.

Sabía que llevaba años con una carga pesada sobre sus hombros y hasta su pareja se había resentido después de mucho esperar el momento y que nunca llegara. Pero por fin se había decidido y estaba orgullosa de él. Como decía la canción, no iba a seguir esperando a que el mundo estuviera listo para aceptar su verdad.

Ese era él, y los que lo queríamos, seguiríamos haciéndolo siempre.

Santino se acercó y mirándome preocupado, me alcanzó su conejito casi estampándomelo en la cara a modo de consuelo al verme llorar.

Entiendan que era un bebé de tres años aun, y que no sabía que se podía llorar de felicidad tanto como de tristeza.

Colmada de ternura, lo abracé y le llené esos cachetes gorditos que tenía, de besos.

---Quiere consolarte. -- me explicó Max con una sonrisa y nos abrazó a los dos.

---Estoy bien, Santi. -- le aseguré con una sonrisa y él también sonrió. Paso seguido, manoteó un vaso que había en la mesita ratona y se llevó algo que había encontrado en el suelo a la boca.

---No, loco. ¿Qué comés? -- lo regañó su padre con ternura y cuando vio

qué era, me miró con una sonrisa torcida llena de complicidad.

---Me las regaló una seguidora. -- me excusé al ver unas grageas de sabores como las que habíamos probado tanto tiempo atrás. ---Pensé que estaban en el estudio.

---Este loquito encuentra todo por más que lo guardes. -- dijo, negando con la cabeza.

El timbre sonó puntual a la hora que siempre lo hacía, y empezamos a movernos de manera sincronizada, recogiendo todo el desorden que nos había quedado.

---El bolso está en la cama. -- le indiqué a Max, mientras yo abrigaba al pequeño y lo cargaba en mis brazos con mimo. ---Llegó mamá. -- sonreí y él aplaudió contento.

Conocer a este niño me había cambiado la vida y mi manera de mirarla.

Era estar con él, ver sus ojitos, escucharlo llamarme "*Fefi*" y ver cómo era Max con él, para terminar de enamorarme de ambos. Sabía que mi novio quería más niños, tenía unas ganas terribles, pero nunca presionaría ni insistiría sobre el tema, porque me conocía.

Habíamos hablado mucho, y no pensábamos buscar ese destino, pero si llegaba...

Abrí la puerta a Olivia, que tomó a su bebé en brazos y lo abrazó con fuerza tras todo un día de trabajo lejos de él.

Como siempre hacíamos, nos poníamos al día brevemente, y yo le daba los mensajes que tenía de la maestra del jardín para el día siguiente. Estábamos hablando de que festejarían los cumpleaños de todos sus compañeritos y tenía que llevar merienda para compartir, cuando Max se fue de la sala a buscar algo a la habitación, dejándonos solas.

---¿Ya le dijiste? -- preguntó en un susurro, interrumpiéndome.

No era como hubiera querido planearlo, pero ella había sido la primera en enterarse. El destino quiso que justo el día que iba a la clínica para hacerme los análisis, ella estuviera ahí, y se enterara. Ahora daba gracias de que ese hubiera sido el caso, porque de verdad había necesitado una cara amiga que me sostuviera cuando casi me había desmayado con los resultados.

---Todavía no. -- contesté con una sonrisa.

---Tendrías que hacer un video reacción para desquitarte por esa pedida de mano que te hizo él. -- opinó, bromeando. ---Además muero por verle la cara, así que voy a ser la primera en verlo.

Nos reímos, pero después lo pensé mejor.

Definitivamente iba a valer la pena tener la grabación de cuando Max se enterara de que iba a ser papá por segunda vez para mostrársela a nuestros hijos cuando crecieran.

---No es mala idea. -- acepté.

De esa noche no pasaría.

Agradecimientos:

A mis lectoras, y aunque parece que en todos los agradecimientos me repito, lo digo de todo corazón. Me siguen apoyando siempre aunque no estuve publicando seguido, aunque me borraba de las redes, perdía mis cuadernos y hasta me mudaba de casa. Ahí estaban y muchas gracias. Porque por sus mensajes y su cariño, sigo dedicándome a esto diariamente.

Este libro estuve publicándolo por capítulos en Wattpad justamente para demostrar todo ese agradecimiento y que no se quedara solo en palabras, así que espero que hayan podido leer un avance del mismo, y ahora que lo tienen completo en sus manos, lo disfruten.

Gracias a mi familia por aguantarme en todo el proceso y gracias también a todas mis autoras favoritas que nunca dejan de ser una fuente enorme de motivación e inspiración.

Gracias a mis *musos*, que son quienes me mantuvieron enamorada hasta el final, incluso en épocas donde quise matarlos a ambos de maneras terribles.

Y como siempre digo:

Gracias a todos los que llegan a este libro por casualidad, y le dan una oportunidad. Sepan que le dediqué tiempo y cariño, y espero lo lleguen a sentir entre sus páginas.

¡Sígueme en Instagram! https://www.instagram.com/ns_luna/

Sobre la autora:

Soy Argentina, de la provincia de Córdoba.

Hace 10 años que escribo novelas, pero desde hace muy poco he decidido compartirlas, porque antes, lo había hecho solo para mí.

Soy autora de libros de ficción románticos, fantásticos, fan-fictions y novelas eróticas en castellano. Desde que tengo memoria, me obsesionó leer. Al punto de pasarme la noche entera sin dormir, para terminar un libro que estaba interesante.

Además de eso, me dedico a la moda, que es otra de mis pasiones, en donde me dedico a la producción y comunicación de marcas.

Muchas gracias por leerme y espero lo disfruten.

N. S. LUNA

En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>

Instagram: https://www.instagram.com/ns_luna/

Otras obras de la Autora:

Trilogía Escapándome: Disponible en Amazon

1 -- ESCAPANDOME -- N. S. Luna

2 -- ENCONTRANDOTE -- N. S. Luna

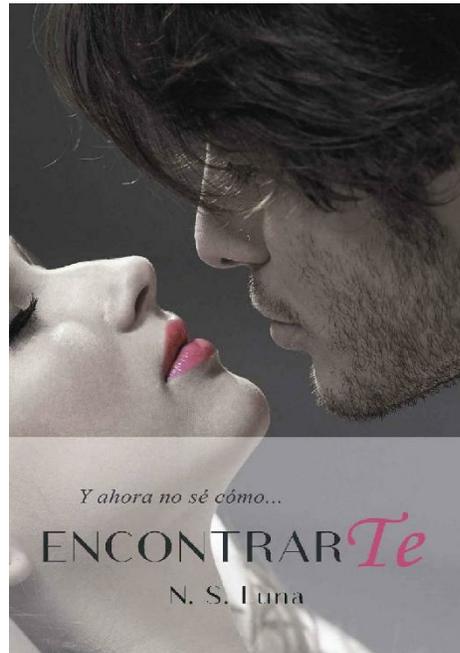
3 -- ENCONTRANDONOS -- N. S. Luna



En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>

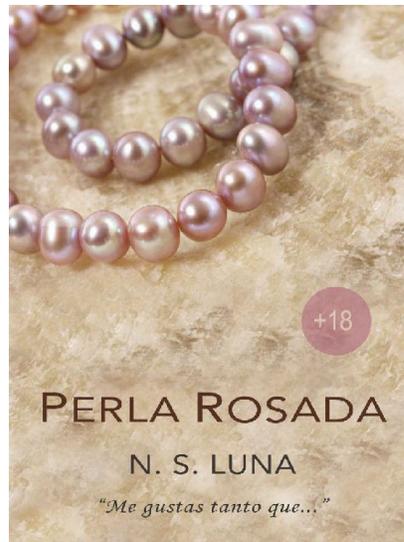
**Después de la Trilogía Escapándome, la historia de Mirco.
Disponible en Amazon.**

Y ahora no sé cómo encontrarte

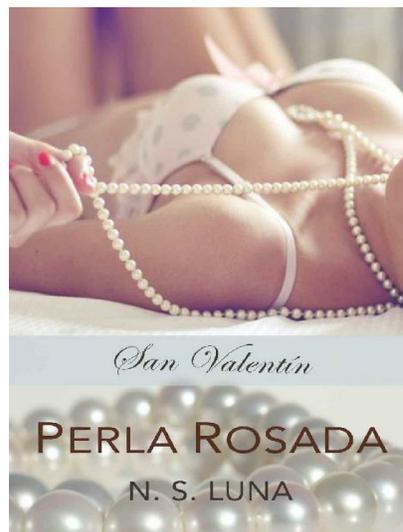


En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>

Perla rosada: Disponible en Amazon



Y el especial: Perla Rosada: San Valentín



En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>

Trilogía Fuego y Pasión: Disponible en Amazon

1 -- Nueva York --Amazon

2 -- Milán --Amazon

3 -- París -- Amazon

En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>



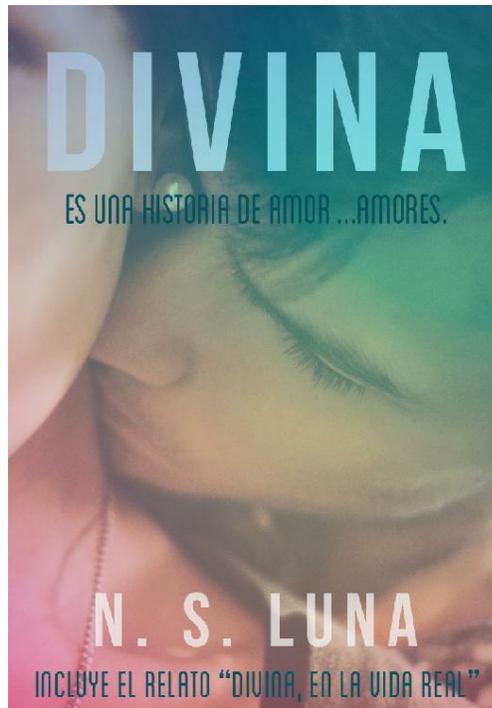
Divina Edición Especial: Disponible en Amazon

Novela

Relato Epílogo

Y extras...

En Amazon y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>



Bilogía Te hace falta un beso: Disponible en Amazon

1 -- Te hace falta un beso --Amazon

2 -- Te hacen falta mis besos --Amazon

Y tienda NUBE: <https://nsluna.mitiendanube.com/>



^[1] Usuarios que comparten su estilo de vida o intereses en Instagram, usando esta red social como herramienta de publicidad y medio de influencia hacia otros usuarios.

^[2] Q&A: Questions and Answers, en castellano: Preguntas y Respuestas.